Juan Eslava Galán

LA MADRE DEL CORDERO

Curiosidades y secretos de la simbología cristiana

Planeta

Índice

Portada

Prólogo

1. Un redil para las ovejas de Cristo

2. Del campanario a la cripta

3. Suspiro de monja y pedo de fraile, todo es aire

4. Esa vidriera tiene una buena pedrada

5. Tres en uno: un dogma multiusos

6. Cristo tiene más disfraces que Mortadelo (con el debido respeto)

7. ¿En qué quedamos: modelo de pasarela o un desperdicio de hombre?

8. El himen complaciente

9. En cada pueblo su Virgen y en algunos dos

10. Las Vírgenes Negras

11. La Biblia: menudo culebrón

12. Cuatro animales de compañía

13. Los doce colegas de Jesús

14. Figurantes del Nuevo Testamento

15. El abultado censo de los santos cristianos

16. Ángeles del Cielo (y del Infierno)

17. Mártires entre leones (y no son domadores)

18. Eremitas, estilitas y cenobios

19. Mártires del sarraceno

20. Santos por méritos académicos

21. Santos hasta para el fornicio

22. Santos de cuando la Iglesia se ató los machos en Trento

23. Monjas y pastores a los que la Virgen o Jesús encomiendan alguna gestión

24. Santos en los tiempos tormentosos del Modernismo

25. Iconografía cristiana

26. El ajuar de la Iglesia

27. Reliquias y exvotos

28. Heráldica de los religiosos

29. Heráldica de las Órdenes religiosas

30. Heráldica de las Órdenes militares

Apéndices

1. El libro mudo de la iconografía religiosa
2. El dogma de la Inmaculada Concepción

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Prólogo

En la catedral de Córdoba, debajo de uno de los púlpitos barrocos que enmarcan el altar mayor, el visitante se sorprende ante la escultura, a tamaño natural, de un buey agonizante echado en el suelo con las tripas fuera.

El buey destripado de Córdoba tiene su leyenda: durante la construcción de la catedral, uno de los cabestros que tiraban de los carros de piedra reventó a causa del esfuerzo y el cabildo lo hizo esculpir bajo el púlpito como homenaje a su sacrificio.

La realidad es más prosaica: ese buey que vemos debajo del púlpito simboliza el Evangelio de san Lucas (cuyo símbolo es un toro)[1] y lo que parecen tripas son, en realidad, nubes: las nubes del Cielo, que eximen al escultor de tallar un toro entero, lo que habría obligado, por las leyes de la proporción, a construir un púlpito del tamaño de la platea de un teatro.

El toro que simboliza al evangelista está en ese preciso lugar, bajo el púlpito, para significar que el Evangelio, la buena nueva, la palabra de Dios, se difunde desde el púlpito y resuena en el mundo con una voz potente y clara como el mugido de ese animal.

El caso del toro de la catedral cordobesa nos ilustra sobre una carencia del hombre moderno y no digamos de las desventuradas víctimas de la LOGSE: hacemos turismo y, en el tiempo que nos dejan las comidas copiosas y exóticas y las compras (el inconfesado objetivo de esas excursiones), acaso incurrimos en la autocomplacencia de creernos cultos porque visitamos las iglesias y catedrales que nos salen al paso, y nos arrobamos ante la belleza de los frescos románicos, de los lienzos renacentistas, de los retablos barrocos, de las imágenes de bulto talladas en sillerías, canecillos y retablos, de las prodigiosas arquitecturas que conforman el edificio, pero no entendemos lo que representan.

Buey que simboliza el Evangelio de San Lucas en la catedral de Córdoba.

Un alumno de cuarto de ESO, es decir, de unos quince años de edad, sale despavorido de la capilla de su instituto, un edificio antiguo, y le dice al profesor:

—¡Tenemos una momia en el instituto!

El logsetomizado alumno había confundido el altar que preside la capilla con un sarcófago egipcio. «Quizás el alumno había visto recientemente alguna película de momias —explica el profesor—, pero no había entrado jamás en una iglesia.»

Vemos sin ver, miramos sin entender.

¿Por qué esta santa sostiene unas tenazas? ¿Por qué esta otra lleva en la mano una palma y se apoya en una rueda dentada rota? ¿Por qué este santo se señala una llaga en la rodilla izquierda y la da a lamer a un perro?

Ni idea.

¿Qué significan el sombrero y las borlas del escudo de este obispo?

Ni idea.

¿Por qué hay cruces con dos travesaños derechos y uno torcido?

Cero. Ni puta idea.

El templo está lleno de símbolos que no entendemos. Nos hemos alejado de ese mundo que puebla nuestras iglesias y ya no sabemos leerlo, ni mucho menos interpretarlo. «Muchos profesores de Historia del Arte muestran su inquietud por la falta de conocimientos de religión que hay entre los jóvenes, debido sólo en parte a la corriente laica que ha restado fieles a las materias que tratan los orígenes del cristianismo. Porque una cosa es el laicismo y otra muy distinta la ignorancia sobre aspectos de cultura general imprescindibles para comprender muchos porqués de nuestra sociedad.»[2] En el nivel universitario la situación no mejora, pues, como se queja otro profesor, «en clase no cabe hacer muchas alusiones a conceptos o personajes de la Biblia, pues los estudiantes no las entienden».[3]

El sarcófago egipcio de nuestro alumno (altar de la iglesia de San Matías, Budapest).

El cristianismo desarrolló un mundo de símbolos rico y variado que nuestros ancestros, aunque analfabetos (y precisamente por serlo), sabían descifrar correctamente. Para ellos una iglesia era un libro mudo que contaba historias. El cristiano que penetraba en ella sabía interpretarlas, a veces con ayuda del clero, que por algo se había erigido en mediador entre Dios y los hombres.

Cruz ortodoxa rusa.

En las páginas que siguen, el lector se va a introducir en el frondoso laberinto de los símbolos que pueblan nuestros templos, algunos de creación netamente cristiana, otros, como veremos, herencia de cultos más antiguos que el cristianismo ha reciclado y asumido como propios.

Dicho esto, vayamos a la faena.

1

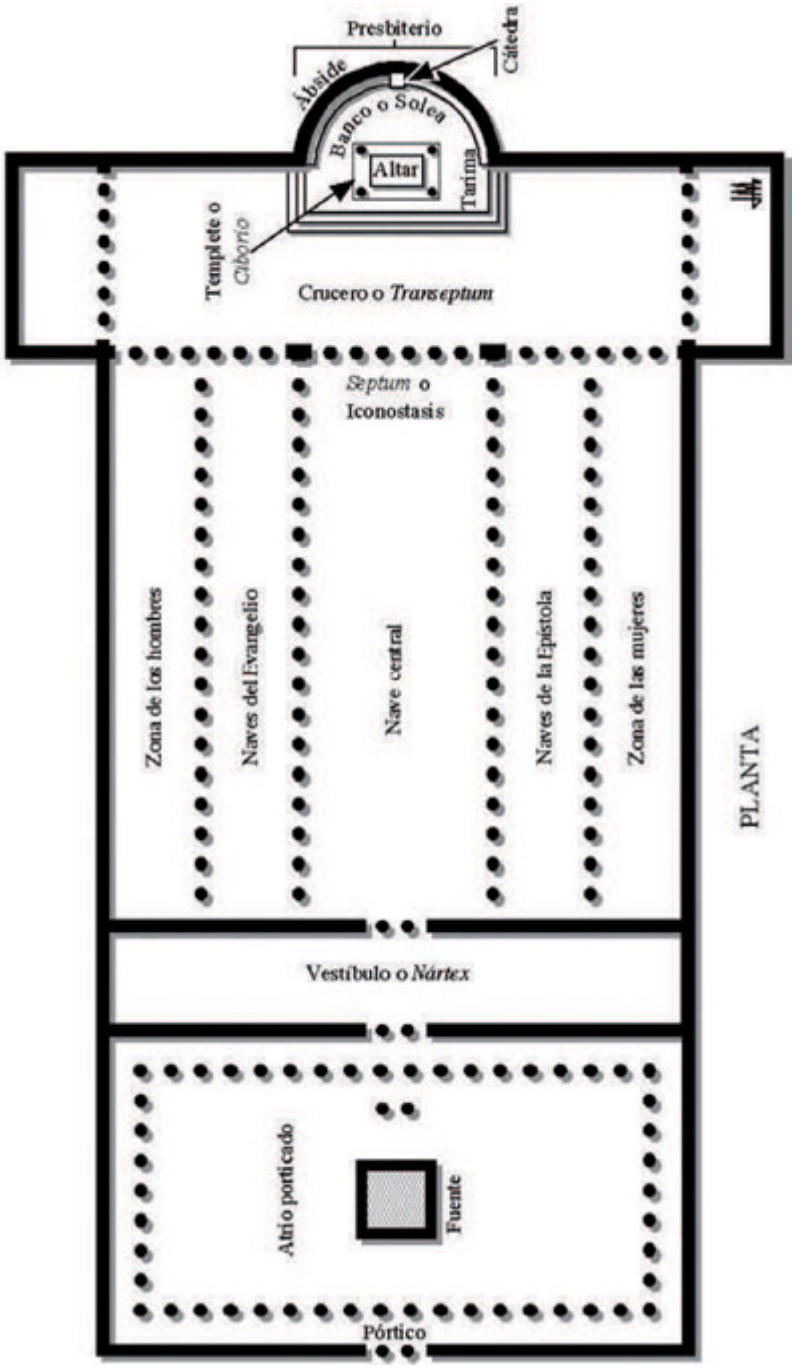
Un redil para las ovejas de Cristo

Cuando los romanos querían construir un palacio de exposiciones y congresos, un edificio polivalente que sirviera de tribunal, de salón de actos, de templo, de lonja comercial, incluso de mercado, construían una basílica.

No se quebraban la cabeza: para cualquier actividad que debiera desarrollarse a cubierto de las inclemencias del tiempo, levantaban una **basílica**, o sea, una gran nave rectangular a la que se accedía por un porche adornado con columnas. En el extremo opuesto de la entrada, en una cabecera semicircular, se colocaba la presidencia.

Basílica de Santa María de los Arcos (Tricio, La Rioja).

Los cristianos salieron de la clandestinidad en el año 313 (Edicto de Milán) y se encontraron las iglesias ya hechas. Bastaba con ocupar una de aquellas basílicas multiuso, pintarle un pez o un crismón en el pórtico, el obispo le rezaba un gorigori y ya era iglesia. Básicamente, un edificio alargado cuyo eje longitudinal dividía la nave desde la entrada principal al altar.[1]



Planta basilical (según Fran de Almería).

Con el tiempo, a las iglesias se les fueron añadiendo diversos elementos: una vistosa fachada principal con una o dos torres-campanario; unas proyecciones laterales para que la planta del edificio tuviera forma de cruz latina (brazos desiguales) o griega (brazos iguales);[2] capillas a lo largo de las naves laterales, retablos, dependencias para necesidades litúrgicas (baptisterios, capillas, relicarios) o administrativas (sacristías, despachos, trasteros), etcétera.

Las iglesias suelen tener planta basilical y estar orientadas al Este, pero también existen algunas de planta circular o poligonal, igualmente inspiradas en edificios de la antigua Roma.[3]

DONDE EL OBISPO SE SIENTA

¿Una iglesia inmensa, repleta de tesoros artísticos? No. Lo que verdaderamente diferencia una iglesia de una catedral es su función: la catedral es la iglesia titular del obispo, su parroquia. La palabra viene de «cátedra», que significa «asiento». Es la iglesia donde el obispo tiene su asiento, trono más bien, desde el que dirige a los sacerdotes de la diócesis, los párrocos de las iglesias y desde el que juzga y pastorea el rebaño que el papa le ha encomendado.

La Iglesia dividió su imperio, la Cristiandad, en diócesis o provincias copiando al Imperio romano de cuyo cadáver se alimentaba. Al frente de cada diócesis puso a un obispo, que hacía las veces de gobernador directamente designado por el papa.

En el pasado, los obispos eran príncipes temporales dotados de pingües rentas y ello disculpa que algunos aspiraran a la gloria mundana (sin, por ello, descuidar la divina, naturalmente). Cada uno quería eclipsar al vecino y rival, cada uno aspiraba a inscribir su nombre en el libro de la Historia (por eso hacían reproducir por todas partes sus escudos episcopales). Parece una contradicción tratándose de personas que predican el desprecio de las glorias mundanas, que elogian la humildad y la pobreza, pero es así.

Catedral de Jaén.

De hecho, jamás han existido edificios más lujosos ni más costosos que las catedrales. Si una ciudad es sede episcopal, puede darse por supuesto que su mejor y más artístico edificio será la catedral.

Debido a los enormes recursos financieros y técnicos que la construcción de una catedral exigía, a menudo no salían las cuentas, se acababa el dinero y había que suspender las obras. En otros casos la construcción se demoraba durante años, a veces durante siglos, lo que explica la diversidad de estilos de muchas catedrales, como la de Jaén, que empezaron góticas, siguieron renacentistas y terminaron barrocas.

Escudo episcopal.

2

Del campanario a la cripta

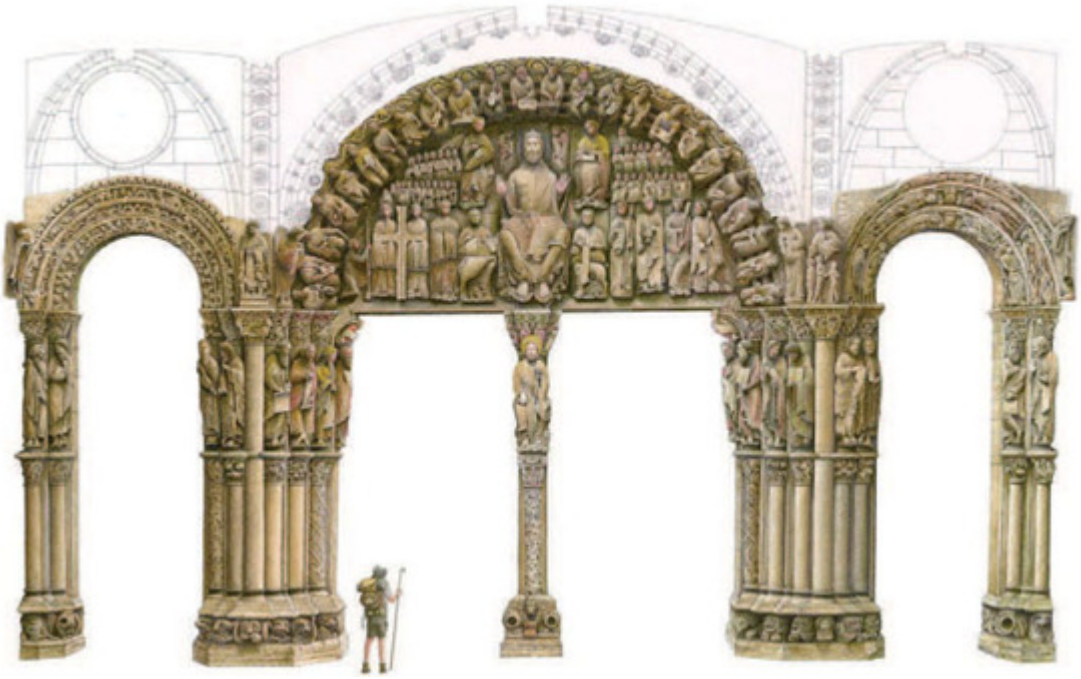
El famoso predicador jesuita Padre Tarín (1847-1910), partidario de que las mujeres permanecieran lo más lejos posible de los hombres, advertía a los fieles antes de empezar la misa: «Las faldas, arriba; los pantalones, abajo».

Ninguno se escandalizaba porque todos entendían cabalmente lo que el piadoso jesuita quería decir: los hombres debían dirigirse al coro y las mujeres, a la nave. No otra cosa.

¿Comprendes, dilecto lector, la importancia de conocer las partes de la iglesia? No seamos como aquel tonto de un pueblo que interpretó la orden en su cruda literalidad y, sin pensárselo dos veces, se bajó los pantalones mostrando a la asamblea sus más que cumplidas credenciales con el consiguiente escándalo y desedificación.[1]

Repasemos, pues, la lección.

Puerta. Las iglesias suelen tener una puerta principal, en el eje del altar (a veces flanqueada por otras dos, menores) y dos puertas laterales, enfrentadas, por las que se accede a las naves laterales.[2]



Pórtico de la catedral de Santiago de Compostela (Isidoro González-Adalid).

Nave de la catedral de Notre Dame (París).

Nave. Es el espacio comprendido entre la entrada del templo y su cabecera, un salón largo y estrecho que focaliza la atención de los fieles en el presbiterio donde se desarrolla el misterio salvífico de la Eucaristía y demás ceremonias. Suele haber dos filas de bancos a uno y otro lado

de un pasillo central. Antiguamente no había bancos y se atendía a la ceremonia de pie, aunque las señoras podían sentarse en cojines, esteras o reclinatorios traídos de casa.

Crucero. Cuando la iglesia tiene forma de cruz, el crucero es el travesaño horizontal, más corto. En la intersección suele situarse el altar mayor.

Presbiterio. Es la cabecera de la iglesia, a menudo más elevada y mejor iluminada que la nave. Allí se encuentran el altar mayor, la cátedra episcopal, el ambón y el púlpito o balcón desde el que se sermonea a los fieles.

Camarín. En este amplio nicho se coloca la imagen titular del templo. A menudo se integra en un retablo, sobre el altar mayor. Algunos camarines son accesibles para que los devotos y peregrinos puedan acercarse a la imagen e incluso abrazarla.[3] Para ello se habilita un acceso mediante escalera, a veces doble, una de subida y otra de bajada, para evitar desórdenes.

En el propio camarín, o en sus inmediaciones, suele habilitarse una sala-exposición de exvotos en la que los creyentes depositan sus ofrendas de agradecimiento o súplica al santo. El número de exvotos expuestos es un buen indicativo de la potencia milagrera de un santo y del lugar que ocupa en el escalafón celestial.

Camarín de la Virgen del Rocío (Almonte, Huelva).

Iconostasio. Cortina o mampara que antiguamente aislaba el presbiterio de la nave. Suele presentar tres puertas, y la del centro es mayor que las otras. Es muy frecuente en iglesias ortodoxas.

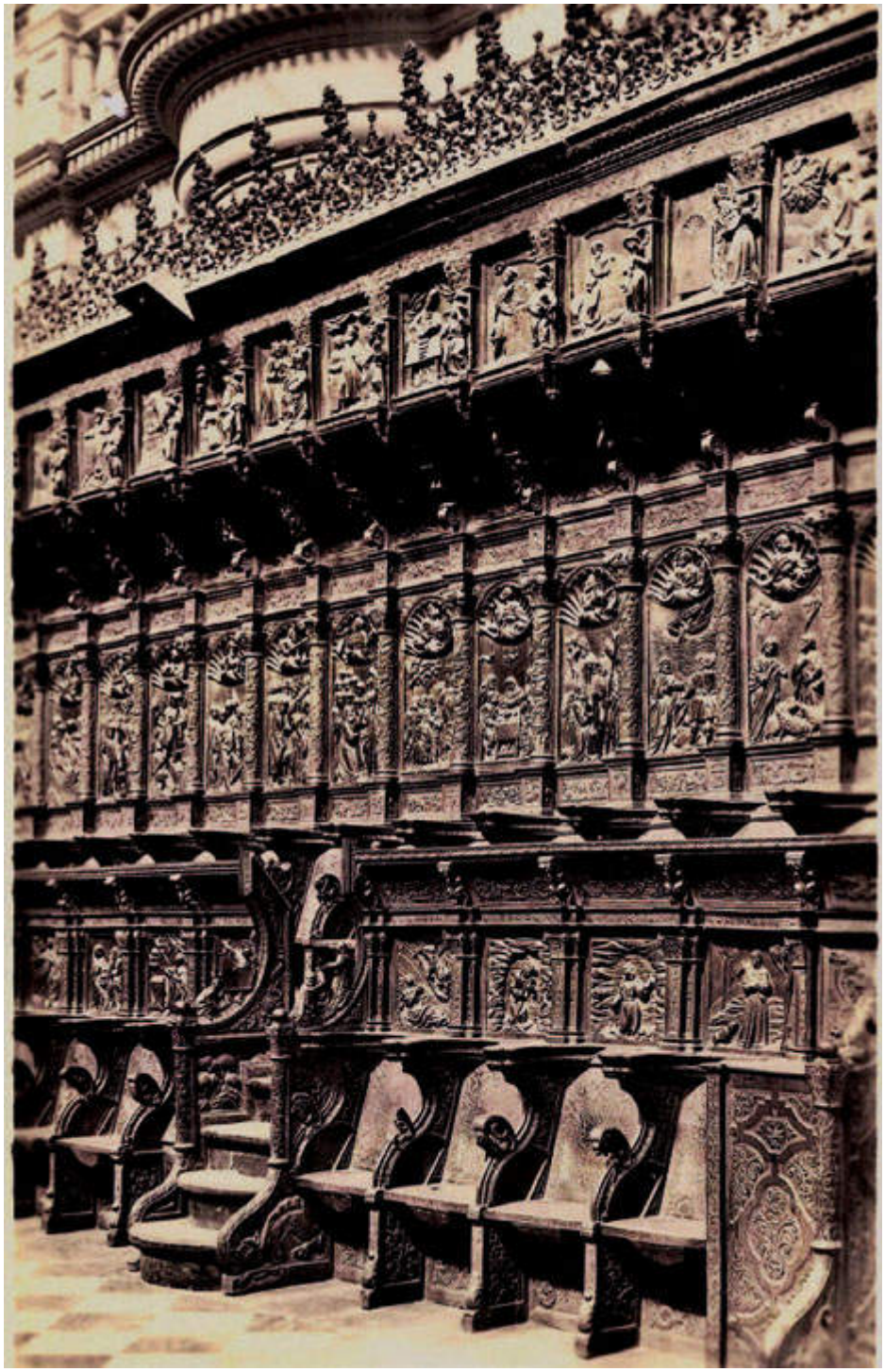
Iconostasio de Santa Cristina de Lena (Asturias).

Coro. Es la parte de la iglesia desde la que los clérigos entonan los oficios divinos. En las iglesias pequeñas suele estar en alto, a los pies del templo, sostenido por un sólido arco carpanel, con excelentes vistas a la nave y al altar mayor.[4] En las catedrales e iglesias grandes, el coro se sitúa en la nave central, separado del presbiterio por el crucero.

La sillería del coro es, generalmente, de nogal u otra madera noble. Algunas fueron talladas por artistas de renombre, a menudo italianos, flamencos o alemanes, que adornaban los respaldos con figuras de santos o escenas bíblicas. En los reposabrazos solían plasmar

intrincados diseños vegetales, alegorías y figuras de animales reales o imaginarios. En las misericordias se tallaron en algunos casos escenas de vida cotidiana y hasta motivos galantes.

En el espacio central del coro puede verse el facistol, un atril para los enormes libros corales, grandes como albardas, con letras de a palmo, visibles desde los asientos del coro, a varios metros de distancia.



Coro de la catedral de Jaén.

Baptisterio. En los comienzos del cristianismo los baptisterios, es decir, el lugar donde se hallaba la pila bautismal, ocupaban un edificio aparte, cercano a la iglesia, porque el neófito no podía entrar en el

templo cristiano hasta cumplir el trámite o sacramento bautismal. Más tarde las pilas bautismales se instalaron dentro del templo, aunque, eso sí, lo más cerca posible de la entrada.

Baptisterio (Florencia, Italia).

Sacristía. Estancia, por lo general cercana al presbiterio, en la que se guardan los objetos litúrgicos. Suele estar amueblada con cajoneras para las casullas, albas y demás trebejos de sacramentar y una alacena para el vino, los óleos y las hostias sin consagrar. Es también el lugar donde, a veces, el párroco recibe en privado a alguna hija de confesión, algún niño de la catequesis o cualquier persona de su feligresía necesitada de alivio espiritual.

En las sacristías antiguas encontramos un artístico *sacrarium* o piscina, la pila con desagüe por donde se evacuaba al sagrado subsuelo el agua bendita que había que renovar o la sobrante de una ceremonia sagrada. Hoy, las iglesias modernas se arreglan con un lavabo de Roca o cualquier otra marca comercial.

Piscina bautismal de San Pedro de Alcántara (Málaga).

Piscina de la sacristía de la abadía del Sacromonte (Granada).

Hornacinas. Estos nichos de planta semicircular y abiertos en un muro se construían para albergar una urna o imagen.

Hornacina de Sevilla.

Campanario. La palabra «campanario» deriva de Campania, la región italiana que utilizó por vez primera una torre para sustentar las campanas. Que el munificientísimo Dios me perdone, pero debo

constatar que estos ruidosos instrumentos han sido una común molestia en los países de la Cristiandad desde su divulgación en el siglo V y, sobre todo, desde que los fundieron de tamaño francamente abusivo a partir del XIII.[5]

Campanario de la iglesia del Carmen (Arjona, Jaén).

Las torres-campanarios constan de varios tramos o cuerpos superpuestos adosados al costado de la iglesia. A veces constituyen un edificio aparte, lo que en Italia se llama *campanile*. El más famoso es la torre inclinada de Pisa.[6]

Espadaña. Esta parte del muro se prolonga por encima del tejado y presenta unos vanos destinados a las campanas. En ocasiones se construye en alguna roca o elevación cercana al templo.[7]

Espadaña.

Cripta. Las criptas (del griego *kryptē*, «esconder»; en latín *crypta*) son habitáculos subterráneos en los que, en los primeros tiempos del cristianismo, se depositaban los cuerpos de los mártires. Sobre algunos se construyeron capillas e iglesias. Las criptas suelen encontrarse debajo del ábside del templo.

Cripta de la catedral de Palencia.

A partir del siglo X la construcción de criptas decayó y las reliquias se expusieron en el nivel superior de la iglesia, a la vista de los fieles. No obstante, se siguen construyendo criptas, quizá por el atavismo mágico de lo subterráneo.[8]

Las parejas antiguas que buscaban intimidad muchas veces se hacían asiduas de las criptas. Por eso acabaron cerrándolas y ahora son pocas las que se abren al público.[9]

Catacumbas. Las catacumbas son cementerios subterráneos, excavados en forma de galerías con cámaras mortuorias o *cubicula*, lucernarios y chimeneas de ventilación. En las paredes de las galerías se abrían unos nichos o *loculi* para los difuntos, a veces protegidos por un arco de medio punto, en cuyo caso se llamaban *arcosolium*.

Las catacumbas aparecen en el siglo II y no tienen un origen específicamente cristiano, pues también las hay paganas y judías. Surgen en tierras propiedad de cristianos ricos, alrededor de cuyas tumbas se excavaron habitáculos que, con las sucesivas ampliaciones, constituyeron galerías de cementerios subterráneos.

Cementerio. En el cementerio (del griego *koimetérion*, «dormitorio») o camposanto reposan los restos mortales de los difuntos. Tradicionalmente se ubicaban dentro de las iglesias o alrededor de ellas, dependiendo de la categoría social del finado o de la cuantía del donativo que sus deudos entregaban a la Iglesia, pero era tal el hedor que despedían los sepulcros mal sellados que, en España, Carlos III dispuso en 1784 el traslado de los cementerios a las afueras de las poblaciones. La Iglesia se opuso vehementemente a esta medida que perjudicaba su negocio al sustraer de su control los enterramientos de las familias pudientes.[10]

Los cementerios se consagran como tierra sagrada o «camposanto» dado que los difuntos que reposan en ellos aguardan la Resurrección que precederá al Juicio Final, según la creencia difundida por el clero. Por este motivo la Iglesia excluye de ellos a suicidas y herejes notorios que no merecerán salvar sus almas. Estos se inhuman en el eufemísticamente denominado «corralillo de los ahorcados» (porque alberga a los suicidas) o, si se trata de gente pudiente, en el cementerio civil anejo al religioso.[11]

Cementerio de la Abadía del Castillo de Alcalá la Real.

3

Suspiro de monja y pedo de fraile, todo es aire

¿Quién no recuerda el monasterio de *El nombre de la rosa* al que llega el fraile franciscano Guillermo de Baskerville (Sean Connery) para aclarar las muertes misteriosas que allí ocurren?

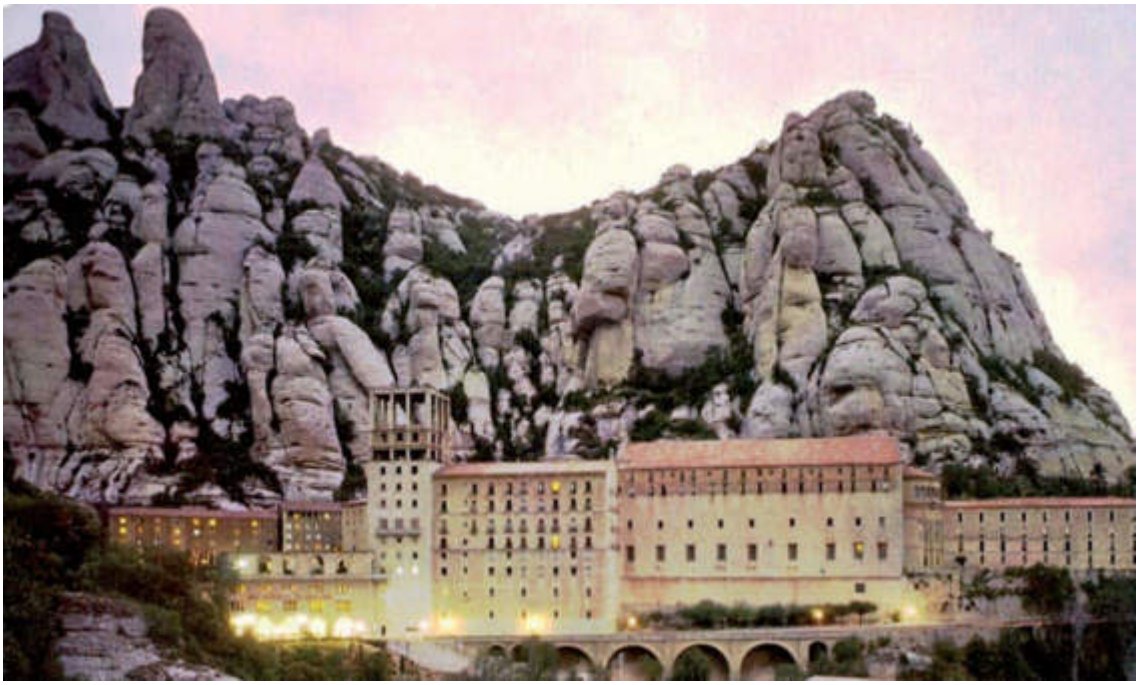
El **monasterio** es el edificio donde conviven religiosos sometidos a una regla monástica o conjunto de preceptos. Por lo general, consta de una iglesia, un claustro, un comedor o refectorio y una sala de reuniones o sala capitular, además de otras dependencias necesarias como dormitorios de los monjes, enfermería, biblioteca, cocina, cilla o granero, bodega y huerta.

Monasterio de El Escorial (Madrid).

Cada monasterio se consagra a un patrón celestial, cuya imagen o símbolo se repite en la ornamentación del edificio[1] junto con los escudos de la orden monacal a la que pertenece; del patrocinador que sufraga los gastos, el del prelado en cuyo pontificado se construyó y el de la aseguradora que protege las instalaciones, etcétera.[2]

El Monasterio de Piedra (Zaragoza).

En España existieron cientos de monasterios, pero muchos de ellos se arruinaron y desaparecieron en el siglo XIX.[3]



Monasterio de Montserrat (Barcelona).

La **iglesia** monacal tiene adosado el claustro y se comunica con él a través de una puerta lateral.

El **claustro** es un patio cuadrado delimitado por cuatro galerías o pandas. En el claustro benedictino, propio de los monasterios españoles, encontramos el refectorio, el calefactorio y la cocina (generalmente en la galería que hay frente a la iglesia, cruzando el patio) y en las dos galerías restantes están la sala capitular y la cilla.

Claustro de Santa María (Santillana del Mar, Cantabria).

Monjes en la bodega (óleo de Joseph Haier).

El **calefactorio** es una salita paredaña con el horno de la cocina, que la caldea razonablemente. Los monjes más frioleros se refugian en ella para descansar y entrar en calor.

La **sala capitular** es una estancia amplia donde los monjes, presididos por el abad, se reunían en capítulo. Suele estar provista de asientos a lo largo de los muros y uno principal para el abad.

La **cilla** es el granero del monasterio y, a veces, su bodega y despensa.[4]

Entre las otras dependencias del monasterio se cuentan el hospitalillo, o enfermería, y la botica, a veces dotada de un «jardín de la botica» donde el hermano boticario cría verbena, perejil, marihuana, adormidera y otras matas de mucho remedio.[5]

En una planta superior en torno al claustro están los dormitorios de los monjes, a veces celdas y otras veces salones colectivos, el ***scriptorium*** (escritorio) y la biblioteca.

Fuera del monasterio, pero acaso dentro de su recinto rodeado por un muro, solían ubicarse molinos de aceite o de cereal, carpintería, herrería, alfarerías, lagares, establos, aviarios, albercas para criar peces, etcétera, así como el cementerio de los monjes y la huerta.[6] En los monasterios femeninos no faltaba un taller de bordado, instalado en la sala más luminosa, ni un jardín en el que las novicias cultivaban flores frescas para exorno de altares y celdas, ni su parcelita de huerta con rábanos, nabos, zanahorias y otras hortalizas de empleo cotidiano. Quizá, al fondo, unas cuantas colmenas de cera y miel.[7]

En algunos monasterios los monjes alternaban trabajo y oración, según el principio benedictino «*Ora et labora*». Otros, más ricos, confiaban a siervos seglares las labores más duras y, de este modo, podían consagrar sus ocios a la contemplación y el servicio de Dios.

Algunos monasterios acumularon extensas fincas laborables que cedían en aparcería a colonos, como cualquier señor feudal de la época.

Alrededor de los monasterios solía haber **humilladeros** o pequeñas ermitas, apenas una cruz con un tejadillo protector, o **viacrucis**, especialmente si estaban situados en un monte.

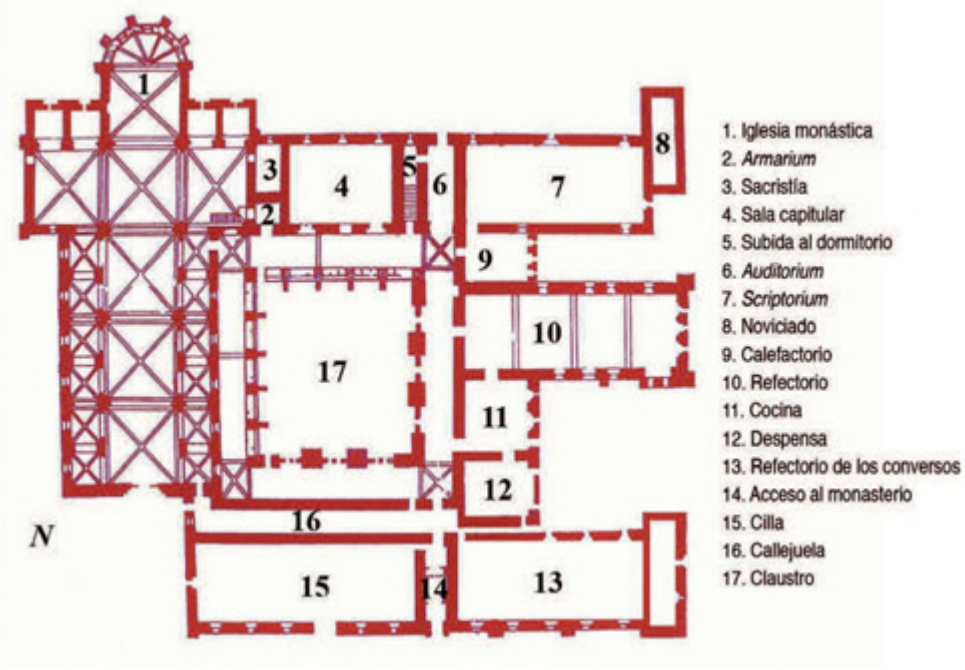
El **convento** es el equivalente urbano del monasterio, situado en una ciudad o próximo a ella, generalmente regentado por frailes mendicantes. Los conventos suelen tener pocas ventanas a la calle y estas son altas, pequeñas y provistas de tupidas rejas y celosías, especialmente si son femeninos y de clausura. No es extraño ver rejas antiguas guarnecidas de pinchos.

Las iglesias de los conventos femeninos suelen presentar una puerta lateral que comunica con la calle. A los pies del templo hallamos una reja tupida tras la que las monjas asisten a las ceremonias sin romper la

clausura. En otras ocasiones, la reja se abre en un lateral, cerca del presbiterio, con un **comulgatorio**, una especie de taquilla a través del cual las monjas pueden recibir cómodamente la comunión.

Comulgatorio de la capilla de los Muñoz (catedral de Cuenca).

Conventos de diferentes religiones se disputaban encarnizadamente, movidos por la codicia de las limosnas y donaciones testamentarias, la tutela espiritual de familias principales y viudas ancianas y adineradas. Frailes apuestos y dotados de la necesaria labia (cuando no de otras prendas más rotundas) eran relevados de los servicios comunes para que pudieran dedicarse exclusivamente al oficio de confesores de damas principales, especialmente las viudas necesitadas de consuelo. No era infrecuente que alguno de ellos aprovechara tales facilidades para camelarse a la susodicha, colgar los hábitos y vivir regaladamente como un señor, sin brida ni regla. De estas situaciones debe proceder el delicado proverbio castellano: «Para lo que me queda en el convento, me cago dentro».



Plano del Monasterio de Piedra (Zaragoza).

Claustro de San Juan de Duero (Soria).

4

Esa vidriera tiene una buena pedrada

Durante la Guerra Civil el escritor y *bon vivant* José Luis de Vilallonga, un mozalbete entonces, sirvió como asistente de un general cuyo nombre piadosamente silencia en sus memorias. Vilallonga era un chico culto y leído que se creía en la obligación de pulir un poco al noble bruto a cuyo servicio estaba, por eso, un día en que pasaban en automóvil frente a la fachada de la catedral de León, indicó a su superior:

—Mi general, ahí a la derecha tenemos la catedral de León, la *Pulchra leonina*, como se conoce. Es famosa por sus vidrieras que ocupan buena parte de sus muros. Vea usted el espléndido rosetón de la fachada.

—¿Rosetón? ¿Qué rosetón?

—Esa ventana circular que preside la fachada, con vidrieras de finales del siglo XIII —explicó Vilallonga.

Vidriera de la catedral de León.

—Sí que tiene una buena pedrada, sí —comentó el general.

Presumo que el lector es bastante más sensible que el general de nuestro cuento. Es posible que estudiara algunas lecciones de arte en el bachillerato, pero quizá las tenga bastante oxidadas o que sea uno de los damnificados de la LOGSE, en cuyo caso éste es su primer contacto con la belleza de la arquitectura religiosa. Como ayuda, para unos y para otros, vamos a dedicar unas breves páginas al repaso de los principales estilos arquitectónicos.

Hemos dicho que, en sus comienzos, la Iglesia instaló sus templos en edificios heredados del mundo grecorromano u oriental (basílicas; *martyria*, capillas en las que se veneraba la tumba de un santo, criptas; etcétera). Pasó mucho tiempo antes de que desarrollara sus propios diseños que, en cualquier caso, evolucionaron a lo largo de los siglos. La

secuencia de los estilos en la edificación religiosa occidental es, como la del arte en general, la siguiente: prerrománico, románico, gótico, renacentista, barroco, neoclásico, neogótico y moderno.

PRERROMÁNICO

Consideramos prerrománicos los edificios anteriores al siglo X. Las variantes regionales surgidas en nuestra península son: el visigodo, el asturiano, el mozárabe y el primer románico catalán.

San Pedro de la Nave (Zamora).

Visigodo. Los visigodos imitan el estilo de las iglesias romanas y paleocristianas. Construyen templos de planta basilical o de cruz griega, con cabecera rectangular y muros de sillería. Usan columnas o pilares, arcos de herradura y techos planos o bóvedas de cañón. Un ejemplo representativo es la iglesia de San Pedro de la Nave (Zamora), del siglo VII.

Asturiano. Las iglesias prerrománicas asturianas son de planta basilical y tres naves sostenidas por arcos de medio punto, con sendas capillas en la cabecera. Los muros, altos y gruesos, se construyen con sillares pequeños e irregulares. Algunas iglesias asturianas presentan iconostasio[1] .

Santa María del Naranco (Asturias).

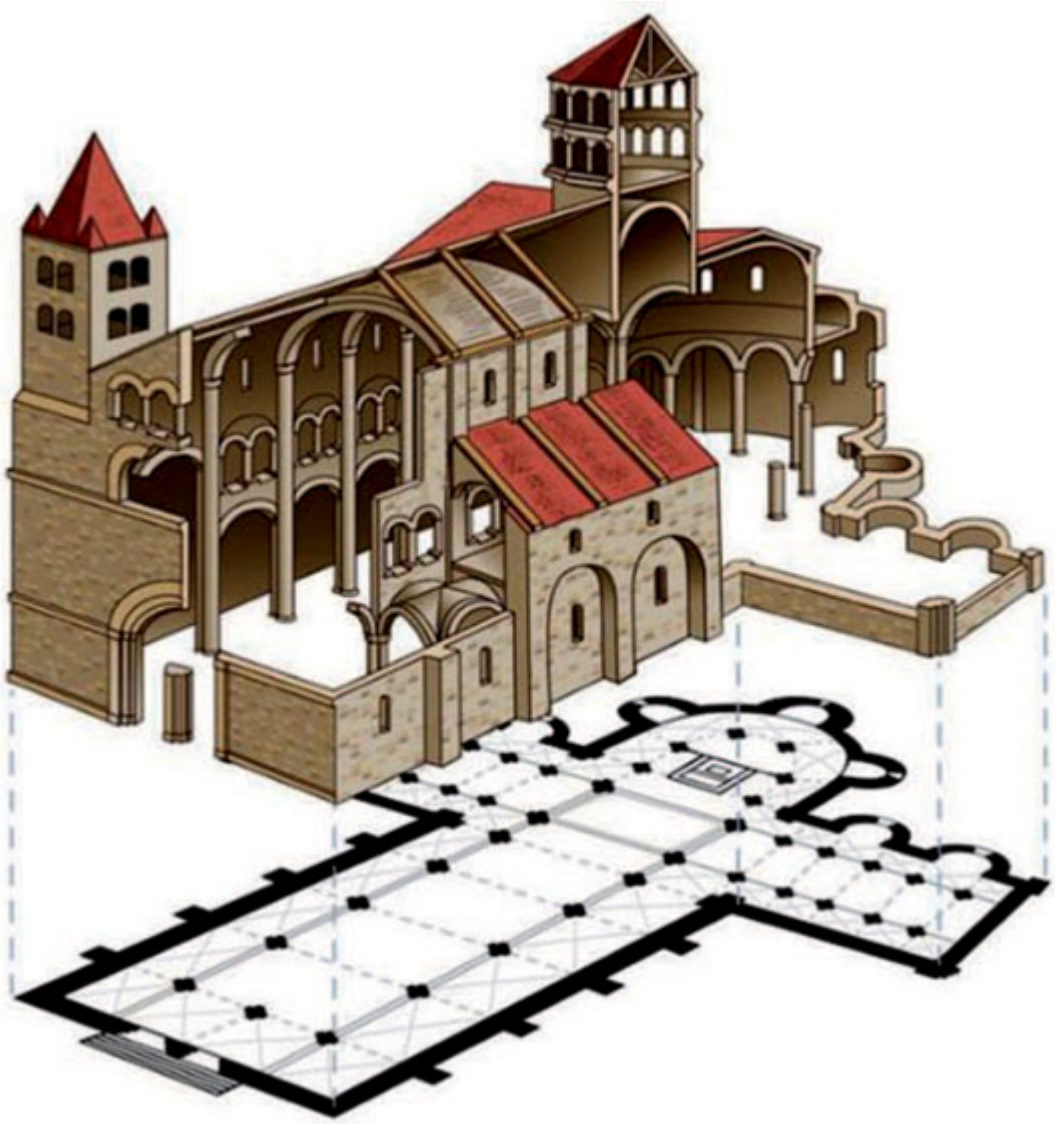
Mozárabe. Este estilo, desarrollado por los cristianos que vivían en territorio musulmán, suma al diseño visigodo algunos rasgos propios de la arquitectura califal.[2]

Prerrománico pirenaico. Influido por los estilos europeos (tardorromanos y carolingios), el prerrománico pirenaico se desarrolló entre los siglos IX y X. Usaba planta de formas variadas (cuadrada, semicircular o, incluso, trapezoidal) terminada en ábside y arcos variados (de medio punto, peraltados y de herradura). Los muros interiores se decoraban con frescos.[3]

ROMÁNICO

El románico abunda en el tercio superior de la península, de Galicia a Cataluña, y está ausente en el sur peninsular, todavía dominado por los moros.

Arquitectura. En el periodo románico (siglos X al XII) se construyen iglesias de sillar (piedra escuadrada) sin pulir, con naves muy elevadas cubiertas con bóvedas de cañón. El enorme peso de esta techumbre requiere una obra muy sólida: muros anchos, con escasos vanos, potentes pilares de sustentación entre las naves intermedias, puertas estrechas y ventanas tan reducidas que parecen saeteras. El resultado no siempre es negativo: la oscuridad interior invita al recogimiento y los grandes paramentos despejados ofrecen una estupenda superficie que puede decorarse con frescos de vivos colores.



Iglesia románica (María Luisa Arias).

En algunas iglesias, una nave trasversal atraviesa la principal formando una planta en forma de cruz.

La decoración románica más primitiva (del siglo X a la primera mitad del XI) se limita a los capiteles esculpidos, a las pinturas en los ábsides circulares de la cabecera del templo, a los canecillos exteriores, que figuran el remate de falsas vigas bajo el alero del tejado, y a las puertas en forma de tímpano (un truco visual para disimular la pequeñez del vano).

En el románico pleno (última mitad de siglo XI y primera del XII) encontramos una decoración más profusa: fachadas esculpidas, puertas ornamentadas, ventanas y canecillos alegóricos. En la segunda mitad del siglo XII predomina el románico cisterciense, más refinado.[4]

Escultura y pintura románicas. Ambas artes se subordinan a la arquitectura.[5] En las portadas y cabeceras de las iglesias y en los capiteles de las columnas se representan personajes alegóricos y animales grotescos achaparrados, figuras planas, alargadas y tan ajenas a la perspectiva que incluso adoptan diferentes tamaños en función de su importancia.[6]

En los canecillos, gárgolas y otros elementos exteriores que fácilmente pasarían inadvertidos aparecen a veces motivos de inspiración claramente sexual: parejas que efectúan con denuedo el acto matrimonial, practicantes del vicio solitario, contorsionistas que testimonian amor propio mediante la práctica de la auto felación, exhibicionistas que muestran al espectador una vulva o un pene de cumplido tamaño, hombres itifálicos, mujeres que se ofrecen, coitos por orificios equívocos, *cunnilingus*, sesenta y nueves, mujeres onanistas, monos salidos... Se han ofrecido distintos tipos de interpretaciones: ¿desahogo del artista, ya un poco harto de esculpir santos?, ¿alegorías de los vicios que el cristiano debe combatir?, ¿guiño cómplice del obispo que encargó la obra, que trasluce su propio descreimiento de la rigurosa moral que predica en el púlpito?, ¿recurso publicitario del cura para contentar a sus ovejas? Vaya usted a saber.[7]

Pintura románica (Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona).

La pintura aligera la pesadez y la monotonía de los muros románicos. Los monótonos paramentos, sin apenas ventanas, se decoran con profusión de frescos que representan a Cristo rodeado de sus apóstoles, escenas de su vida y de su Pasión o del Antiguo Testamento. Las figuras se perfilan en negro y después se rellenan de colores intensos y brillantes (rojo, amarillo, naranja y azul) y se disponen en franjas contiguas de colores muy contrastados.[8]

Canecillo románico de San Miguel de Fuentidueña (Segovia).

GÓTICO

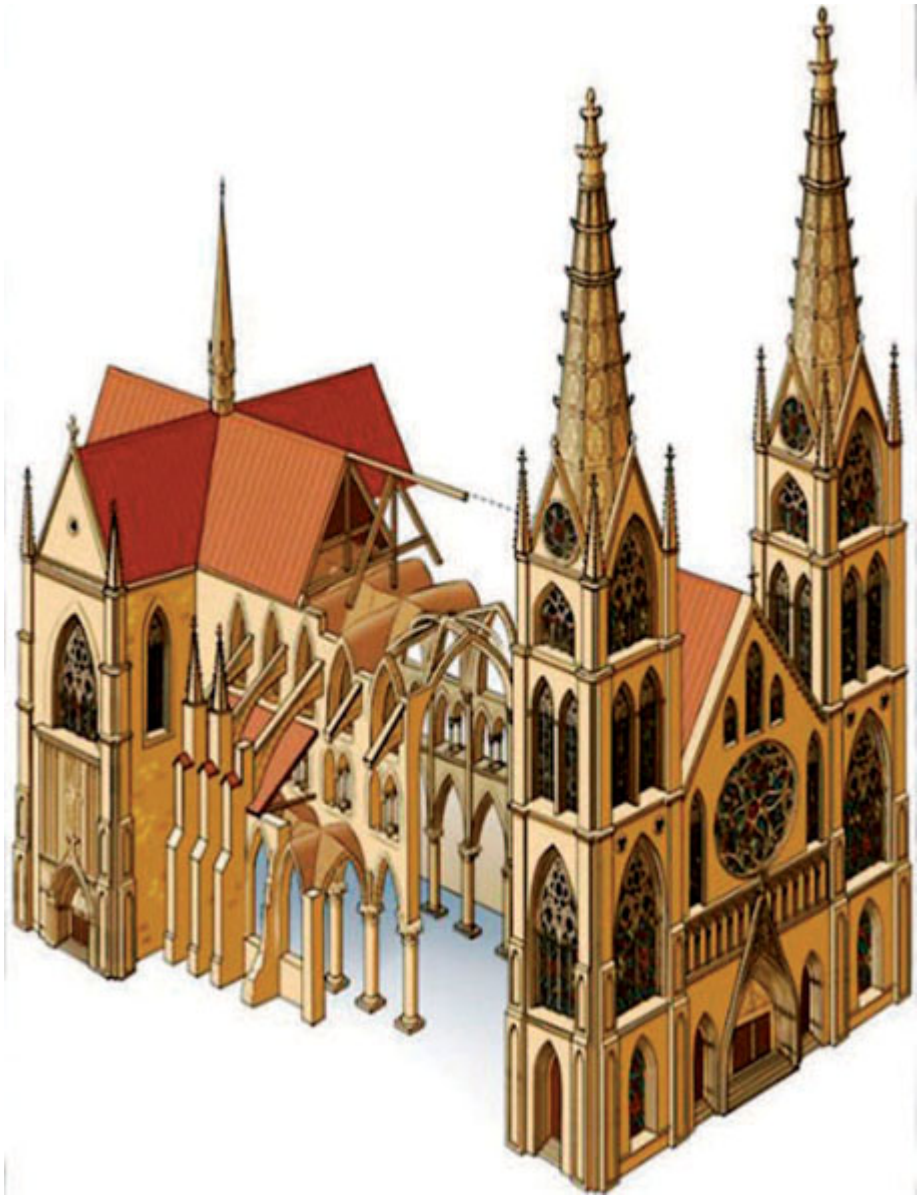
Diversas innovaciones técnicas surgidas en el norte de Francia a mediados del siglo XII revolucionan la arquitectura y crean un nuevo estilo que se difunde rápidamente por Europa y perdura hasta el siglo XVI.

Los arquitectos románicos dotaban a sus edificios de muros muy potentes, sin apenas vanos, para que pudieran sostener el enorme peso de las bóvedas de medio cañón. Los arquitectos góticos resuelven el

problema del peso de la techumbre, lo que les permite erigir muros más ligeros y dotados de enormes ventanales.

¿Cuál es el secreto?

La cubierta gótica es mucho menos pesada que la románica porque usa la nueva bóveda de arcos ojivales, más ligera y flexible, incluso dotada de nervaduras que trasladan el peso directamente a los soportes.



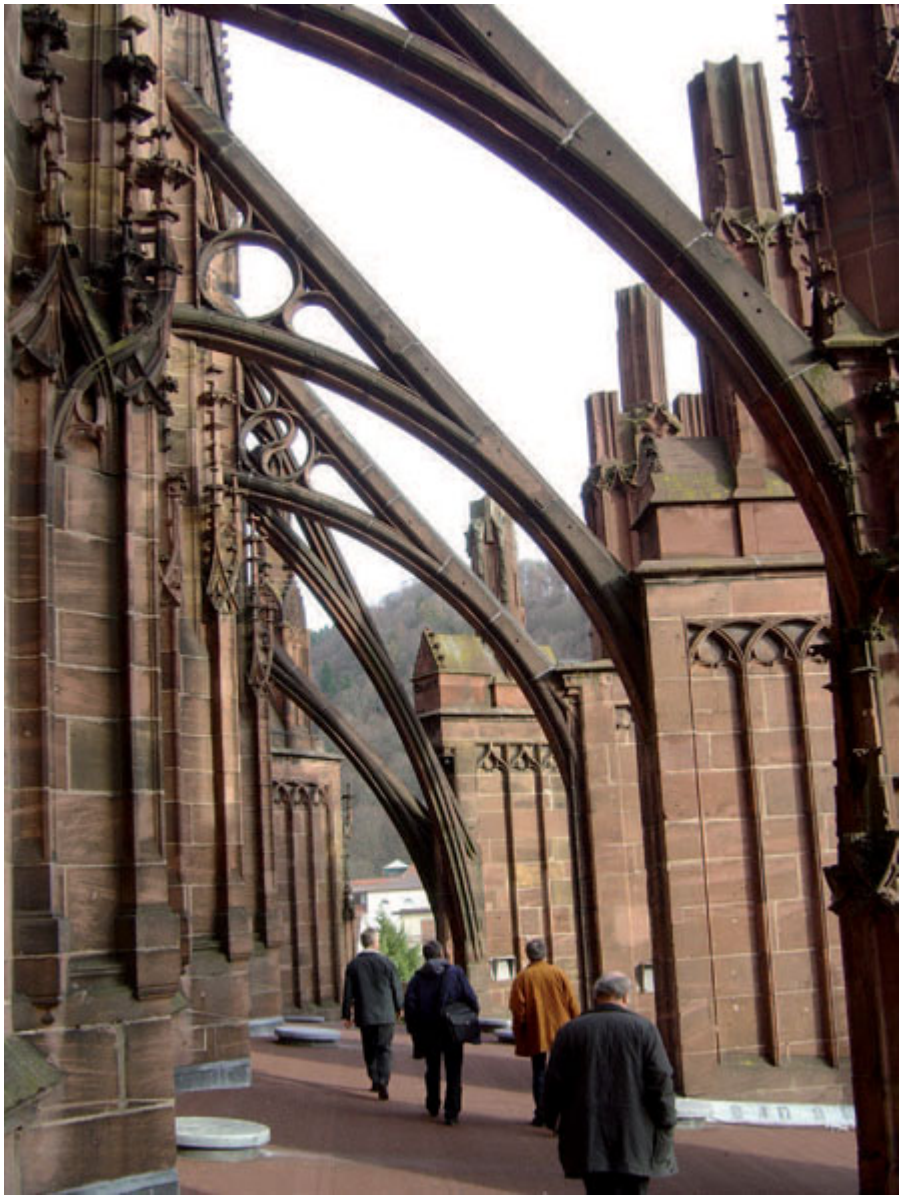
Catedral gótica (Luisa María Arias).

Y los muros, ¿cómo se aligeran?

Los muros góticos descargan parte del peso de la techumbre en contrafuertes exteriores por medio de arbotantes, unos arcos exteriores que sobrevuelan el tejado.

Para subrayar la idea de verticalidad, que expresa ligereza y ascensión al Cielo, los contrafuertes rematan en bellos pináculos y gárgolas que reciben el agua de la lluvia por canales a lo largo de los propios arbotantes y, de ese modo, actúan como acueductos.

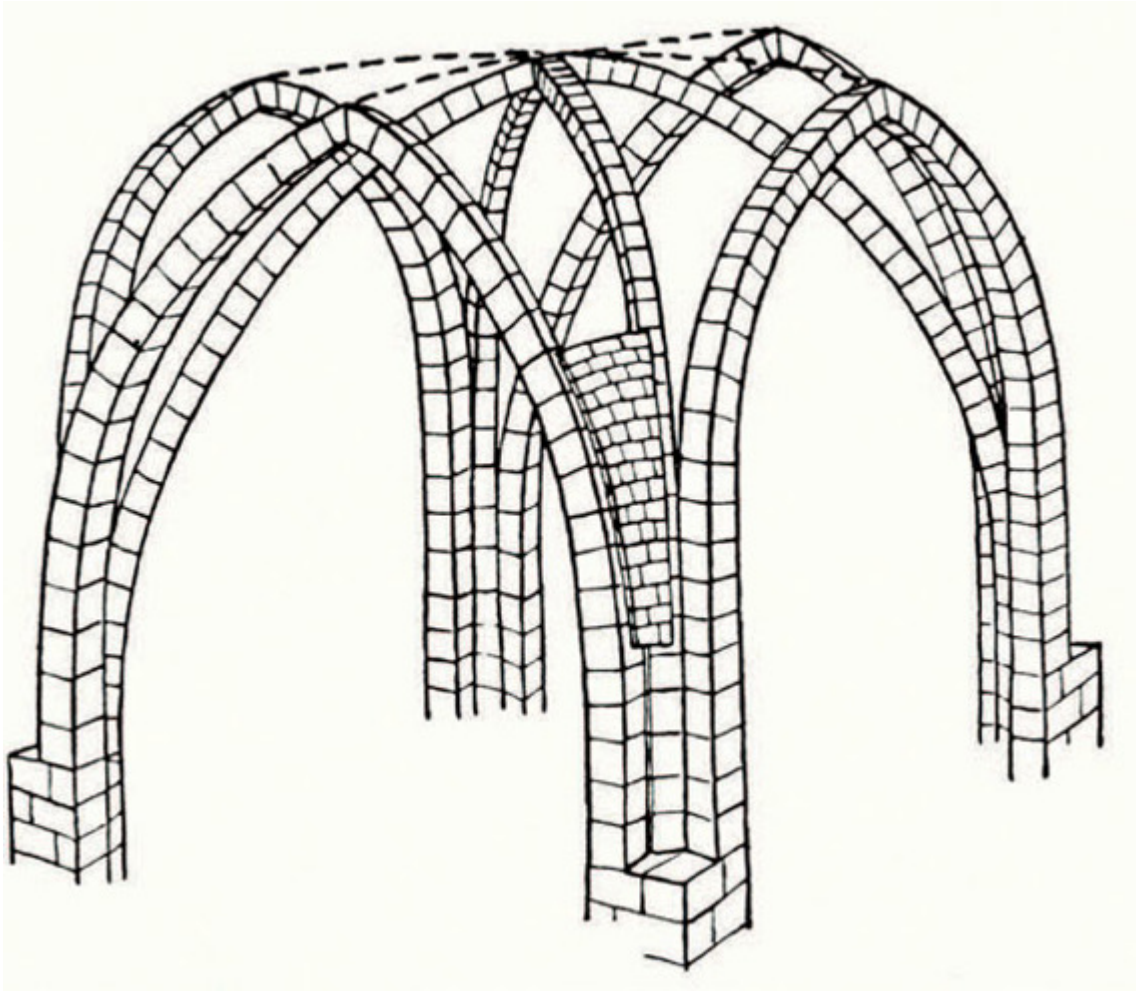
Las líneas verticales contribuyen a esa impresión de elevación y ligereza: las ventanas son estrechas y altas; las columnas son fasciculadas (en forma de haz de varas) lo que transmite una impresión de ligereza (en contraposición con las románicas, más amazacotadas).



Arbotantes de la catedral de Friburgo (Alemania).

El resultado es un edificio concebido como una máquina dinámica que reparte inteligentemente los pesos de la obra y transmite una impresión de elevación y agilidad.

La planta del templo gótico responde a dos tipos principales: el de tradición románica (cruz latina, girola, brazos poco salientes y ábsides) y el de salón (sin nave transversal, naves prologadas hasta formar un enorme ábside).



Bóveda gótica.

Los ábsides se cubren con bóvedas de crucería radiada, desde una piedra clave central.

Los capiteles góticos son más pequeños y delicados que los románicos y a menudo se decoran con motivos florales. Aparecen ménsulas, repisas y doseletes para las imágenes y diversos adornos con calados flamígeros, arcaditas ojivales, molduras, agujas y pináculos, típicos del gótico. A veces la piedra se cala e imita un encaje de celosías y agujas.

Si el románico cubría los muros con frescos, el gótico los cubre de largas ventanas y enormes rosetones vidriados en la fachada.

Las puertas se realzan con relieves y gabletes.

Escultura y pintura góticas. Son más expresivas que en la etapa anterior. Las figuras se humanizan y reflejan sentimientos (dolor, ternura, simpatía). Este cambio sintoniza con la nueva manera, más humana, de entender la religión. Si la Virgen *Theotokos* románica era fría e hierática, mero trono de la divinidad de Cristo, la gótica es una madre joven que mira a su niño con arrobo y a veces juega con él.

En el gótico decae la pintura mural, pues los muros están ocupados por amplios ventanales cerrados por vidrieras policromadas en las que se representan los personajes y escenas bíblicos que antes aparecían en frescos.[9]

Las vidrieras se hacen con vidrios de colores sostenidos por un ligero bastidor de plomo. Cuando el sol incide en ellas, el interior del templo se llena de luz y color, lo que presta al conjunto singular belleza. Este efecto resulta especialmente logrado en la catedral de León.

Vidriera de Nuestra Señora de Chartres (Francia).

RENACENTISTA

Surge en Italia en el siglo XV como una recuperación del estilo de los romanos y los griegos. Los arquitectos añaden a sus iglesias diversos elementos constructivos o decorativos copiados de modelos antiguos, en especial cúpulas y columnas corintias. Los escultores y pintores se inspiran, por su parte, en el naturalismo de la época pagana. Las imágenes sagradas se colorean de manera realista mediante la técnica del estofado.

Catedral de Málaga.

BARROCO

El estilo barroco se consolida en el siglo XVII como una evolución del renacentista que se recarga de elementos decorativos y ensaya diseños complicados en busca de originalidad (frontones partidos, alternancia de curvas y rectas, etcétera).

La escultura y la pintura barrocas presentan figuras religiosas recargadas de detalles virtuosistas: atrevidos escorzos, gestualidad patética, Cristos agonizantes, santos despellejados por sus verdugos o con los ojos en blanco, santas con las tetas en una bandeja o las muelas en unas tenazas, Cristos representados en el momento justo de la agonía, heridas, desolladuras, contusiones, fracturas, moratones, etcétera. En definitiva, la representación del maltrato. Una Iglesia confiada y segura de sus recursos que se quita la máscara y muestra su íntima vena sadomaso con notable acierto.

Portada del antiguo Hospicio de Madrid (Pedro de Ribera, 1721).

Eso en cuanto a la carne. Si atendemos a las vestiduras, las encontramos igualmente complejas, con variadas texturas, damascos, bordados, dibujos, encajes, etcétera, todo minuciosamente reproducido en madera, lienzo o mármol. Es una imaginería calculada para exhibir el poder económico de las órdenes (especialmente de las mendicantes, ¡quién lo diría!), de magnates de la nobleza o de la Iglesia, de cofradías y de gobernantes. Subsidiariamente, contribuye a avivar la devoción del pueblo presentándole, como en un teatro, la Pasión de Jesús y de sus santos, el dolor de la Virgen y la compunción y arrepentimiento de la Magdalena. Entre otros muchos destacan los imagineros Gregorio Fernández, Martínez Montañés y Alonso de Mena. Existen dos escuelas, o quizá secuelas: la sevillana y la granadina.

La pintura se recrea en un realismo teatral y efectista. Adquiere un papel prioritario en el arte religioso, con escuelas y pintores famosos como Velázquez, Zurbarán, Ribera y Murillo.

Santa Eulalia, Zurbarán, Museo de Bilbao.

NEOCLÁSICO

En el siglo XVIII se detecta un cierto empacho de los excesos barrocos, considerado propio del mal gusto de la clase popular que lo aplaude.

El estilo neoclásico intenta devolver al arte religioso la serenidad clásica, aunque el resultado es demasiado relamido y academicista.[10]

Basílica de Covadonga (Asturias).

NEOGÓTICO

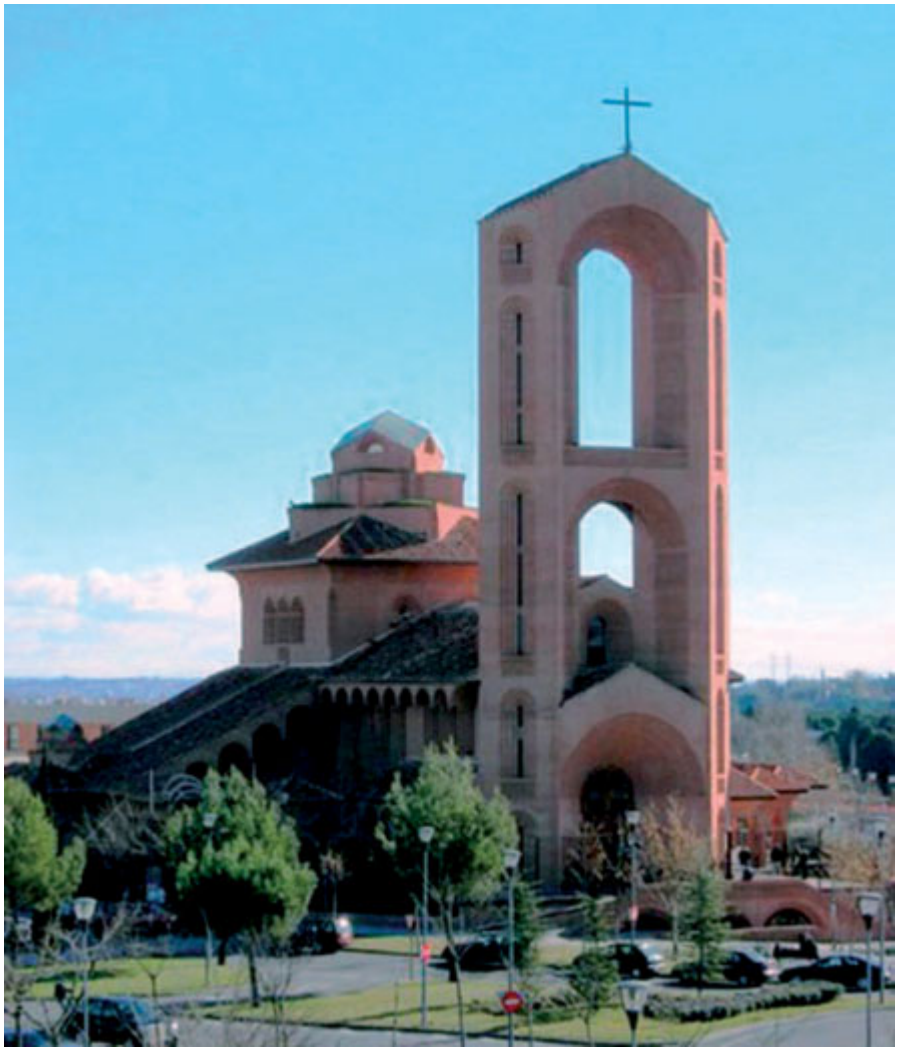
El estilo neogótico surge en el siglo XIX como una expresión más del gusto romántico por la Edad Media. En todas las capillas de colegios de monjas del país encontramos retablitos góticos realizados por el carpintero del pueblo que copia como mejor sabe un dibujo del francés Viollet-le-Duc suministrado por el capellán. Con maderas innobles y pintura se imitan cancelas góticas de forja; pináculos en yeso pintado de purpurina imitan la piedra o el hierro coloreado a fuego.[11]

Como siempre, el arte expresa el espíritu de su tiempo. Y ¿qué es lo que expresa este neogótico monjil? Pastiche e indigencia espiritual, mezquindad de miras y resentimiento vano de una Iglesia que ante el empuje de la modernidad ve desvanecerse los mitos en los que basaba su autoridad moral, cuestionada por el darwinismo, por la ciencia, por los movimientos sociales, por la modernidad en suma. Una Iglesia que asiste impotente a la dispersión de su rebaño, una Iglesia a la defensiva que se recrea en la añoranza de los buenos tiempos medievales imitando aquel arte pretérito con papelina y tramoya. Duele decirlo, pero es así.

MODERNO

El arte religioso del siglo XX es ecléctico y, en general, de poco aliento artístico. No requiere mayor explicación porque todo salta a la vista (incluso al cuello, buscando la carótida). Abundan las iglesias diseñadas por arquitectos vestidos de Armani y que se creen Le Corbusier a los que unas veces les sale un garaje y otras, un centro comercial. Por vía de ejemplo citaremos la iglesia de Santa María de Caná, perpetrada en la localidad madrileña de Pozuelo de Alarcón, para que se vea que los ricos también lloran.

Las imágenes que decoran estos templos no van a la zaga y, en general, mueven más a lástima que a devoción. Citemos el Cristo de la iglesia de Sevilla Este, conocido popularmente como «el Murciélago».[12]



Iglesia de Santa María de Caná (Pozuelo de Alarcón, Madrid).

La pintura no va a la zaga de las demás artes en ramplonería y falta de inspiración. Véanse, si no, los espeluznantes chafarrinones de Kiko Argüello que apenas distraen la insulsez neo-neoclásica de la catedral de la Almudena (Madrid).

Este arte funcional y de floja inspiración, cuando no directamente hortera, prefigura la decadencia de la religión de nuestro tiempo. Apena reconocerlo, pero eso es lo que hay. También es cierto que el viajero que busca arte jamás penetra en una iglesia moderna a no ser que en la calle llueva torrencialmente o que sienta una imperiosa necesidad de confesarse y ponerse a bien con Dios.

De ese mal gusto imperante en la modernidad no se libran ni siquiera los edificios antiguos, esas entrañables iglesias románicas o barrocas que han sobrevivido a las injurias del tiempo en muchos pueblos. A las injurias del tiempo sí, pero no a la cristiana codicia de ciertos párrocos que en épocas permisivas (entre las décadas de 1960 y 1980) pignoraron el mobiliario y ajuar del templo, a veces auténticas obras de arte, para sustituirlo por maceteros y lámparas de forja (de la serie Mesón Castellano) y muebles de formica.[13] No estoy sugiriendo que robaran el patrimonio nacional, Dios me libre. Fieles a los deberes de su sagrado ministerio, invirtieron el estipendio satisfecho por los anticuarios en sufragar las obras inaplazables de la parroquia (ese tejado de chapa corrugada para la sacristía, ese frigorífico para la sala de reuniones de las Esclavas Humildísimas de los Sagrarios, ese Renault 4-L para ir a la capital a evacuar consultas con el obispo o para realizar labores pastorales fuera del ámbito estricto de la parroquia donde no me conozcan y mi esfuerzo permanezca anónimo...) y el resto se fue en obras de caridad para los necesitados.[14]

Santísima Trinidad (óleo anónimo, iglesia de Charcas, Bolivia).

5

Tres en uno: un dogma multiusos

Agonizaba un minero asturiano y levantaron al párroco a una hora intempestiva de la madrugada para que le administrara la extremaunción.

—¿Te arrepientes de tus pecados, hijo mío? —preguntó el cura, que deseaba abreviar el trámite y regresar a casa.

—Padre —dijo el agonizante con un hilo de voz—, lo que no entiendo es lo de la Santísima Trinidad, *¿ye* uno o son tres?

—¿Con esas me vienes? —replicó el cura, que no estaba para teologías—. A ti que más te da, si no los tienes que mantener.

Si explicar lo de la Santísima Trinidad (declarado misterio por la Iglesia) resulta complejo, imagínense representarlo en pintura.

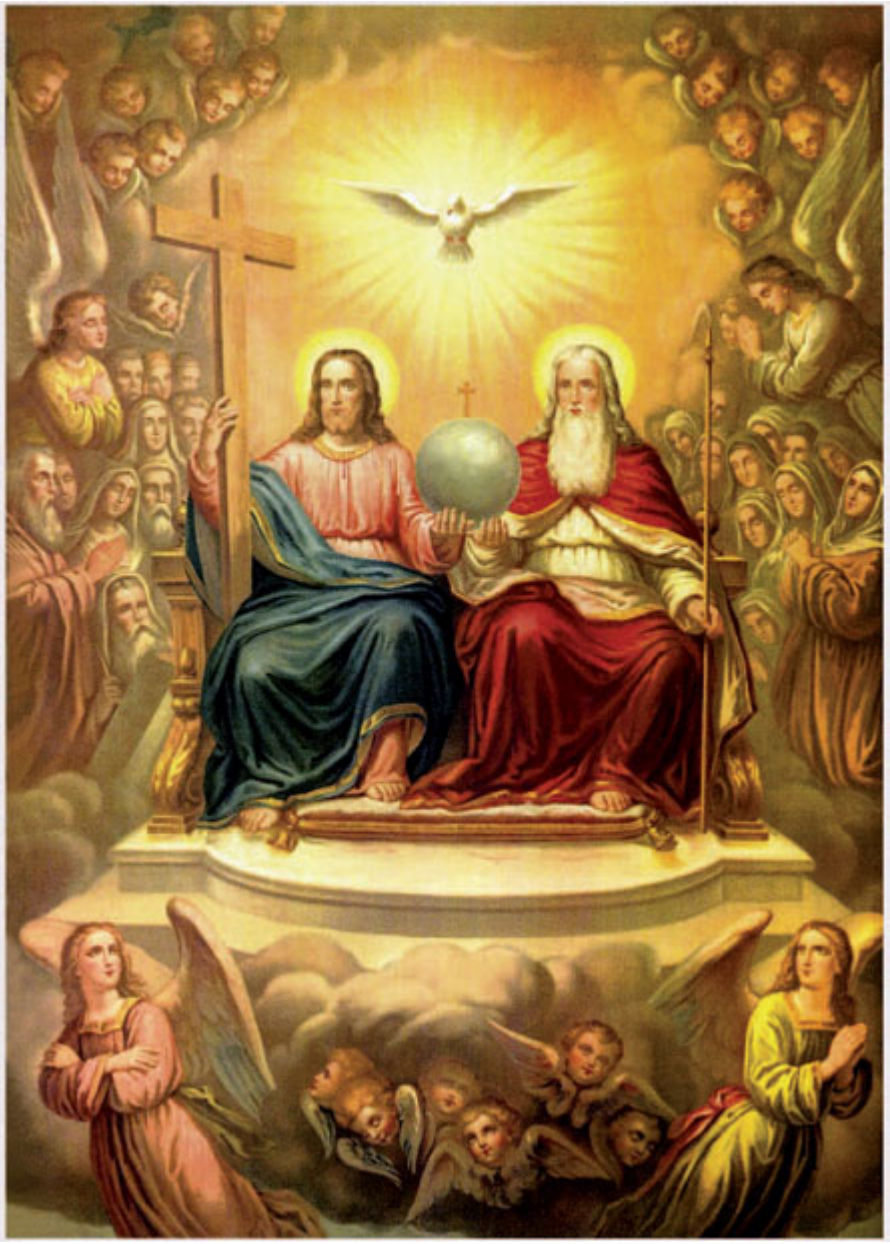
La Trinidad (litografía francesa, siglo XIX).

¿Cómo se representa la **Santísima Trinidad**?[1] Después del Concilio de Trento (1545 a 1563), la Iglesia divulgó imágenes trinitarias que aclararan el concepto y disiparan equívocos.[2]

La Trinidad se representa a menudo como un anciano de barba blanca (el **Dios Padre**) en compañía de su **Hijo**, en figura de Cristo, unas veces departiendo con él, en plano de igualdad, otras veces en sus

brazos, exangüe, en la figura del crucificado (en este caso se denomina **Trinidad Dolorosa** o **Trono de Gracia**). En todos los casos los sobrevuela una paloma blanca (el **Espíritu Santo**).[3]

Otras veces es un **rostro con tres caras**, una mirando de frente, otra hacia un lado, otra hacia el opuesto, que pueden tener en común un ojo. Esta representación fue bastante común en la Edad Media y aún después, pero se abusaba tanto de ella que el Concilio de Trento la prohibió, especialmente desde que los protestantes, con esa gracia que los caracteriza, la apodaron «el Cerbero católico» aludiendo al mitológico perro de tres cabezas que guarda el Infierno pagano.



La Trinidad (litografía, siglo XIX).

También existen representaciones abstractas de la Santísima Trinidad en forma de triángulo con una serie de cartelas aclaratorias.

Rostro con tres caras (iglesia de San Martín de Artaiz, Navarra).

Dios Padre. Un anciano venerable de barba y camisón blancos (a veces complementados con manto de color), con el tradicional nimbo en forma de peineta triangular que brota del occipucio y acaso un orbe o bola del mundo en la mano. En otras ocasiones aparece en abstracto como un triángulo equilátero que puede tener un círculo o un ojo en el centro. El triángulo puede irradiar fulgores o rayos de sol.[4]

Una variante del triángulo se forma con tres círculos enlazados y trebolados. La propia hoja del trébol significa el símbolo trinitario.

Finalmente, en algunas representaciones medievales es un círculo del que brota una mano con dos dedos extendidos y los otros tres plegados.

Dios Padre (monasterio de Monsalud, Guadalajara).

Dios Hijo. La Segunda Persona de la Trinidad, el Hijo, se presenta en la figura de Jesucristo, a veces con una mano en el pecho como exhibiendo el orificio de la lanzada.

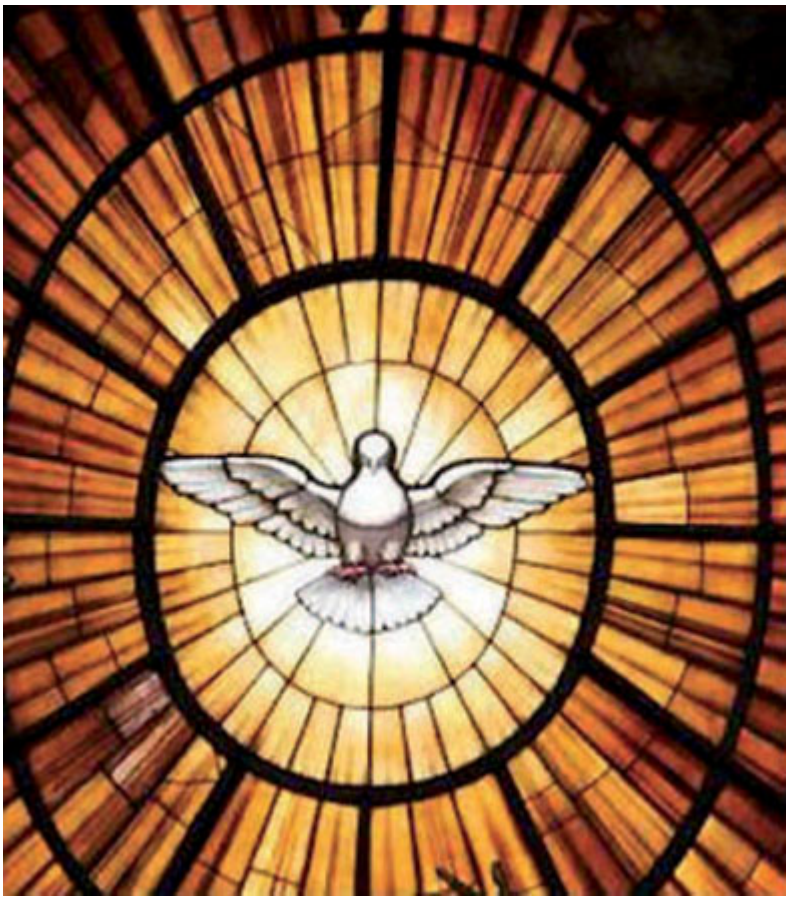
Dios Hijo aparece como un joven de cuerpo esbelto, con barba corta y expresión serena y bondadosa, quizás un punto tontorrón, el hijo manejable que toda madre desearía. Suele vestir túnica blanca y manto de color azul o rojo.

Mano de Dios Padre (monasterio de San Pablo del Campo, Barcelona).

Dios Espíritu Santo. El Espíritu Santo se representa en forma de paloma o palomo.[5] Algunos creyentes se preguntan: ¿si es Espíritu (aunque Santo) por qué se representa por una paloma? ¿Por qué es una paloma, un animal verdaderamente destructivo, una rata con alas, y no un grajo o una garcilla o, ya puestos, un ruiseñor o un colorín? O, puesto que sus devotos somos exclusivamente mamíferos de la especie humana, ¿por qué no se representa por un animal de nuestra cuerda, una vivaz liebre, pongo por caso, o una estilizada jirafa? Y, extremando la cuestión, ¿por qué no se representa por un pez, dado que la vida surgió de las aguas, lo primero que Dios creó, según el Génesis (y en eso coinciden creacionistas y evolucionistas)? Ya puestos a cogitar sobre el problema, ¿por qué no escoger un animal que represente, dentro de lo posible, a los tres reinos de la naturaleza, o por lo menos a dos de ellos, que es toda la aproximación que se permite? Por ejemplo, el ornitorrinco australiano, que por un lado es mamífero, con pelo y todo, y por otro tiene pico de pato, patas membranosas y pone huevos.

Pues bien: no hay motivo de discusión. La controvertida imagen avícola del Espíritu Santo tiene su firme base escriturística en el Evangelio de san Marcos (Mc 1, 10) que, cuando narra el bautismo de

Jesús, asevera que «el Espíritu Santo en forma de paloma, descendía hacia él». El Espíritu Santo-paloma aparece también en la iconografía del Bautismo, la Anunciación y Pentecostés.



Representación del Espíritu Santo en forma de paloma (basílica de San Pedro, Vaticano).

La paloma es, en ocasiones, imagen de la Virgen, hay que suponer que debido a la pureza de su plumaje más que a la discutible castidad de estas aves.[6] En la popular romería del Rocío (Almonte, Huelva) se aclama a la Virgen como «la Blanca Paloma». Una pegatina que representa a una paloma blanca con las alas desplegadas pregona la devoción rociera en el parabrisas de muchos vehículos todoterreno con tracción a las cuatro ruedas tripulados por los romeros más devotos, los que hacen el camino ataviados con traje corto, zahones y un vaso de manzanilla de Sanlúcar colgado del cuello junto a la medalla de la Hermandad.[7]

Dios Padre (litografía, siglo XIX).

6

Cristo tiene más disfraces que Mortadelo (con el debido respeto)

Un mal pintor de la escuela figurativa (hoy sería pintor abstracto) solía recitar frente al lienzo antes de acometer el cuadro: «Si sale con barbas, san Antón; si no, la Purísima Concepción». También había un proverbio entre tales artistas: «A mal Cristo, mucha sangre».

Lo que nos lleva, amadísimos lectores, al tema de las representaciones de Cristo.

Al principio no se representaba. Influidos por el judaísmo, los primeros cristianos consideraban idolatría cualquier representación de Dios.[1] En esta etapa los cristianos adoptaron distintos símbolos para representar a Cristo o a su religión: el pez,[2] el crismón, la paloma (paz), el áncora (salvación), la nave (Iglesia) y las dos letras griegas alfa y omega (A y Ω, la primera y la última del alfabeto, para significar que Jesucristo lo contiene todo).

El Buen Pastor (Museo Vaticano).

Buen Pastor. Las primeras representaciones de Cristo en figura humana aparecen en el siglo II, pero sólo se divulgan a partir del año 313, cuando el emperador Constantino declara el cristianismo religión

oficial del Imperio.

La figura de Cristo Pastor, un joven con túnica corta que lleva un cordero sobre sus hombros, aparece en los siglos II y III en sarcófagos y pinturas de catacumbas y criptas. Esta figura se inspira en el pagano Moscóforo (el portador del becerro en los holocaustos griegos). En el caso cristiano alude a la metáfora evangélica del Buen Pastor (Lc 15, 3-7).

Cristo Maestro. El Cristo Maestro es un joven que sostiene en la mano un rollo o libro, atributo de los sabios. Aparece en las catacumbas hacia el siglo III y sustituye paulatinamente al Buen Pastor. Como cualquier filósofo antiguo, el Cristo Maestro viste túnica y *pallium*, calza sandalias y lleva el pelo corto.

Cristo Maestro.

Cristo Sol (o Cristo Luz). Un joven triunfante que asciende al Cielo en un carro tirado por caballos blancos. Su cabeza emite rayos solares. Es una interpretación cristiana del dios pagano Apolo que aparece en el mausoleo de los Julios, en la Necrópolis Vaticana.

Cristo Pescador. Aparece en sarcófagos paleocristianos como pescador de almas, alegoría del Bautismo sacramental. Alude también al pasaje evangélico «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres» (Mt 4, 19).

Cristo bautizado. Representa a Jesús niño que recibe de manos de Juan el agua bautismal. Sobre su cabeza aparece la mano de Dios Padre o la paloma. Otras veces, se representa como una simple imposición de manos sobre la cabeza del neófito, alusiva al bautismo de los catecúmenos. Abunda en las estampitas devocionales de nuestro tiempo.

El Bautismo de Cristo (Guido Reni, 1623, Museo Histórico de Viena).

Cristo Cordero o *Agnus Dei.* Un cordero o borrego de perfil, con una de las patas delanteras inverosímilmente levantada y doblada para sostener un astil adornado con banderola y rematado en cruz.

Es la representación mística de Cristo como Cordero de Dios y víctima inmolada para la redención de la Humanidad. Como en el caso antes estudiado del Espíritu Santo colombiforme, el cordero alude a las palabras de san Juan Bautista: «He aquí al Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29) que en su momento quizá parecieron una extravagancia de un hombre trastornado por las insolaciones (antes de bautizar vivía en el desierto), pero ahora, a nuestros ojos, adquieren pleno sentido teológico y eclesiológico.

Agnus Dei.

El Cordero de Dios reposa sobre un libro del que penden los siete sellos mencionados en el Apocalipsis de san Juan (Ap 6, 1; 8, 5). El texto dice: «Un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos y siete

ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios».

La descripción de tan monstruoso cordero, digno de figurar en la galería de las maravillas del Circo Barnum, es evidentemente una ocurrencia del autor del Apocalipsis, pero como el libro se integró en la Biblia y se consideró palabra revelada, los artistas románicos lo tomaron al pie de la letra y pintan un carnero monstruoso con siete ojos en la cara. Los artistas, ya se ve, no se detienen ante nada con tal de expresar la luz divina.

Cristo Eucaristía. El cristianismo convierte el ágape funerario, propio de las sociedades mediterráneas, en banquete eucarístico. La imagen representa una mesa provista de panes y peces y rodeada de comensales. La vid, el cesto de panes y los peces son alegorías frecuentes de la Eucaristía.

Alegoría de la Eucaristía con el Cristo Cordero reposando sobre el libro del que penden los siete sellos (Museo Cerralbo, Madrid).

Niño Jesús. La representación más conocida del Niño Jesús es la de su nacimiento en el portal de Belén. El Niño Jesús aparece en el centro de la escena, acostado en un pesebre y medio desnudito en pleno invierno mientras sus padres, la Virgen y san José, lo contemplan arrobados y arropados. La escena se completa con la mula y el buey, a veces arrodillados, que calientan al niño con su aliento en un intento de remediar la negligencia de los padres.

Estampa de Jesús Niño (hacia 1900).

También se representa a Jesús, ya en edad infantil y juvenil, en escenas domésticas: en su casa de Nazaret junto a María y José, ayudando a su padre en la carpintería, jugando con san Juan Bautista, departiendo con los doctores del Templo... A este ciclo de la infancia de Jesús pertenecen esas imágenes conventuales de Jesús niño a las que las monjitas confeccionan primorosos trajes y zapatitos a juego (lo que algunos psicólogos desavisados consideran proyección de mal reprimidos sentimientos maternales).

Otras veces el Niño Jesús aparece meditando sobre temas de la Pasión, abrazado a la cruz o dormido sobre ella.

Niño Jesús de Praga. Representa al Niño Dios, de pie, con la mano derecha levantada, en actitud de bendecir, mientras que con la izquierda sostiene un globo dorado.[3] Un famoso carmelita, el Padre Cirilo, consagró su vida a extender esta devoción.

Niño Jesús de Praga (postal, 1940).

Pantocrátor. Es el Cristo del Apocalipsis: sentado en su trono de gloria, en posición frontal, con un libro en la mano izquierda y la derecha en actitud de bendecir. La figura, de origen bizantino, se enmarca en una aureola de forma almendrada (mandorla o *vesica piscis*) formada a veces por los colores del arcoíris. La rodean los cuatro evangelistas o sus símbolos (tetramorfos).[4]

Pantocrátor.

Cristo cargando con la cruz. Es una de las representaciones más populares de la Pasión, especialmente desde la época barroca: cargado con la cruz, Jesús camina por la vía Dolorosa, a veces con ayuda del Cirineo. Más raro es representarlo en una de las Tres Caídas.

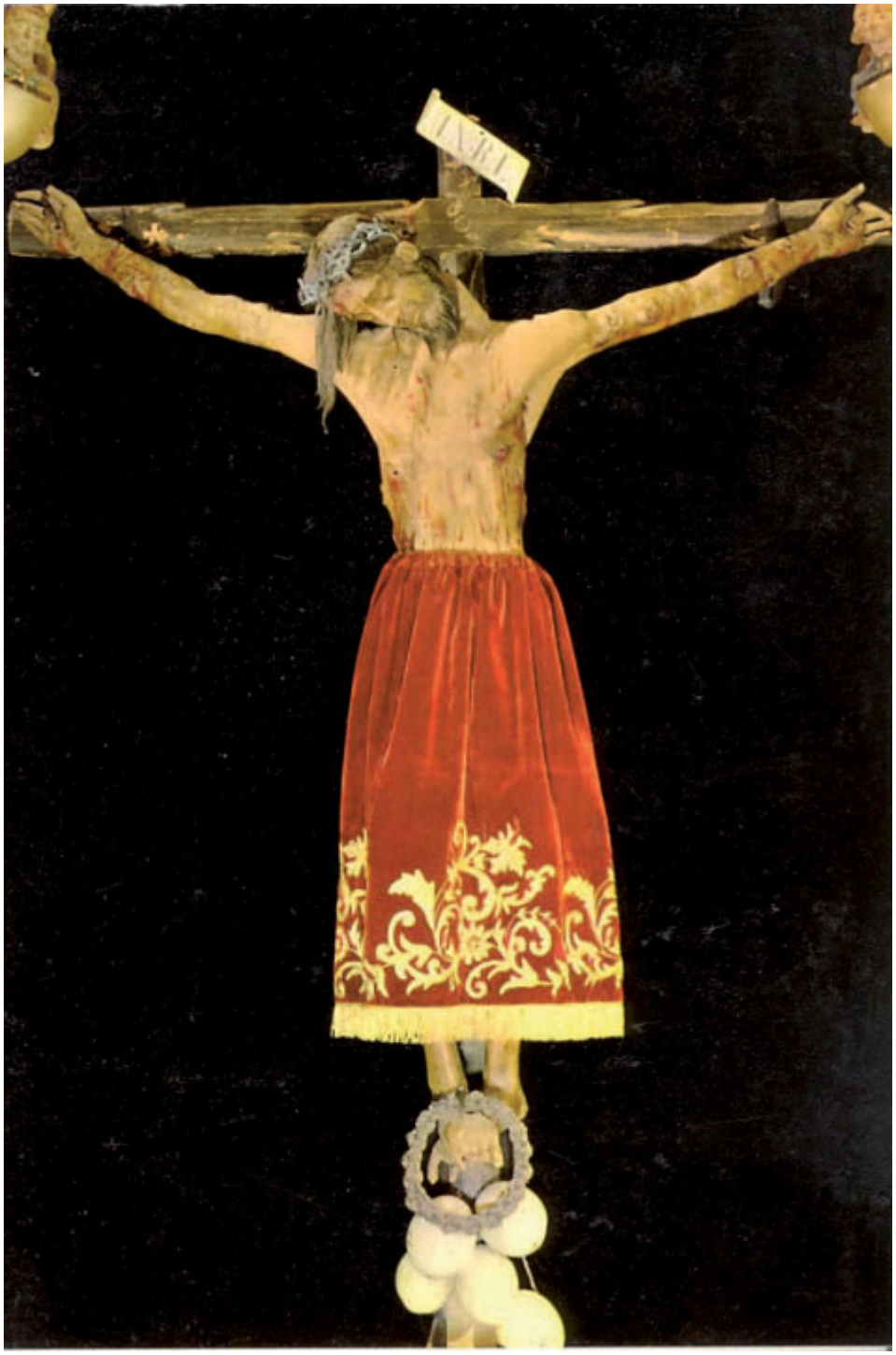
Cristo crucificado. El Cristo clavado en la cruz aparece en la iconografía cristiana a partir del siglo v. Durante la Edad Media se muestra con las vergüenzas cubiertas con el paño de pureza o *perizona* y

cosido a la cruz con cuatro clavos.[5] A partir del siglo XII, se generaliza la imagen del Cristo de los tres clavos. Desnudo y con sus mondongos al aire únicamente lo han retratado algunos artistas modernos que quieren llamar la atención, sin atender a que escandalizan a las novicias y criaturas tiernas en general.[6] También en la imagen de la Sábana Santa que, gracias a la desmesurada longitud de sus brazos, alcanza a cubrirse las vergüenzas sin por ello renunciar a la relajación propia de un cadáver.

Crucificado (estampa, 1950).

Cristo de Burgos. La talla original, obra de un artista flamenco del siglo XIV, está recubierta con piel de búfalo y presenta cabello y barba de pelo natural. La cabeza se mueve a los lados y los brazos, «si se desclavan, caen como desfallecidos». La talla estaba en una ermita a las afueras de Burgos y después pasó al convento de los agustinos de aquella ciudad, donde concitó gran devoción.

Según la tradición, esta talla se encontró en el mar, en una caja que flotaba a la deriva, allá por el año 1308. Un piadoso mercader burgalés con negocios en África la adquirió y la regaló a los frailes agustinos junto con los cinco huevos de avestruz (a menudo sólo tres) que aparecen a sus pies.[7] La devoción del Cristo de Burgos se extendió por otros lugares de España de la mano de los frailes agustinos y de los activos mercaderes burgaleses.[8]



Cristo de Burgos (catedral de Burgos).

Cristo Majestad. A imitación de la *Theotokos* o Virgen Majestad bizantina, el Cristo románico suele ser un crucificado impasible, sin señal alguna de dolor, vestido de túnica regia y, a veces, coronado como

un rey. A partir del siglo XII se impone el crucificado realista y doliente del gótico.

Cristo Serafín. Cristo aparece con su cuerpo envuelto por seis alas rojas de serafín (una de las variedades angélicas).

Lignum vitae. Desde el siglo XIV se popularizó una síntesis iconográfica del libro así titulado en la que se representa a Cristo como un árbol de cuyo tronco brotan doce ramas, dispuestas en tres secuencias, de abajo arriba, que corresponden a su Vida, Pasión y Glorificación.

Ecce Homo. Esta representación de Jesús flagelado, ensangrentado, escupido, escarnecido, apaleado, coronado de espinas, maniatado y con una caña como cetro se corresponde con las palabras que Poncio Pilato, gobernador romano de Judea, pronunció al entregarlo: «He aquí el hombre» (Jn 19, 5). Cubre parcialmente su desnudez con un lienzo de color púrpura (la túnica sagrada). El ejemplo más conspicuo es el madrileño Cristo de Medinaceli.[9]

Ecce Homo.

Cristo yacente. Imagen del cadáver de Cristo en el que se aprecia la multitud de heridas, hematomas, contusiones y erosiones producto de un continuado maltrato seguido de crucifixión. Algunos ejemplares presentan una puertecita de acceso a la caja torácica que sirve de sagrario.

Cristo resucitado. Erguido y majestuoso, cubierto con una sábana dispuesta sobre el hombro con cierto desmayo galán, para que sea visible la herida del costado y las de los pies mientras Él bendice con su mano horadada e ingrávido asciende al Cielo. Otras representaciones lo muestran en las escenas evangélicas en las que se aparece a personas terrenales antes de ascender a los Cielos (la Ascensión).

Cristo resucitado (El Greco).

Deesis. Cristo en Majestad acompañado de la Virgen María y de san Juan Evangelista. Nace en época medieval y perdura hasta hoy en Europa Occidental.

Sagrado Corazón de Jesús. Jesús, alto, guapo y rubio, abre la parte superior de su túnica (blanca, larga hasta los pies e impecablemente planchada) y nos muestra el corazón que, sorprendentemente, lleva por fuera de la caja torácica (como Superman los calzoncillos). El órgano cardiaco, de un rojo vivo, adopta una forma idealizada semejante a un fresón. A menudo este corazón se representa coronado de espinas y con un par de gotas de sangre suspendidas en el aire, que no llegan a interesar la túnica. A veces despide unos rayos luminosos. Dos corazones juntos indican que está unido al Sagrado Corazón de María.

Esta imagen, copiosamente propagada por los jesuitas, es de creación relativamente reciente y, duele reconocerlo, jamás ha producido una obra de arte estimable. A pesar de ello está arrinconando a las otras expresiones de Jesucristo tradicionales, lo que demuestra el empuje de los ignacianos. Aunque existen ciertos precedentes,[10] el impulsor del culto al Sagrado Corazón de Jesús, junto con el del Corazón de María, fue el normando Juan Eudes, fundador de los eudistas. Poco después, en 1667, el Sagrado Corazón se apareció a la monja salesa Margarita María de Alacoque (hoy santa), en su convento de Monyal (Francia),[11] se señaló el órgano cardiaco y le comunicó:

—Mira este corazón que tanto ha amado a los hombres. Quiero que vean esta imagen para ablandar sus corazones. Esta devoción es el último esfuerzo de mi amor.[12]

Estampa del Sagrado Corazón de Jesús (1910).

No fue un impulso impremeditado de Jesús. El Sagrado Corazón se estuvo apareciendo a Margarita María casi diariamente durante años. La monja consagró su vida a divulgar la devoción a la sagrada víscera.[13] La Iglesia no fue ajena a la divulgación de un culto que en aquel momento favorecía su política conciliadora hacia los hermanos separados (protestantes y jansenistas) a los que deseaba fervientemente acoger de regreso al redil de su corazón abierto, como en la parábola del Hijo Pródigo.[14]

El 14 de mayo de 1733, un joven seminarista de Valladolid, Bernardo de Hoyos, estaba triste y deprimido porque el culto al Sagrado Corazón, la novedosa fórmula devocional que triunfaba en Francia e Italia, apenas hallaba eco en su amada España.[15] Cuál no sería su sorpresa cuando el propio Sagrado Corazón se le apareció y le dijo: «Reinaré en España y con más veneración que en otras muchas partes».[16]

El beato Bernardo de Hoyos (estampa, 1958).

Sagrado Corazón de Jesús.

La primera imagen del Sagrado Corazón de Jesús la pintó el italiano Pompeo Batoni en 1780 por encargo de la reina de Portugal. Representa a Cristo cardióforo (que sostiene en la mano izquierda un corazón en llamas rematado por una crucecita y rodeado por una corona de espinas). La fórmula fue rechazada y hasta prohibida por la Congregación de Ritos.[17] Los modelos autorizados en la actualidad son:

Sagrado Corazón de Jesús adorado por monjitas.

1. El corazón en llamas de Jesús adosado al divino pecho que se observa encima de los vestidos sin sujeción visible;

2. Rayos de luz que emanan de una incisión practicada en el pecho, del lado del corazón.

Las imágenes del Sagrado Corazón de Jesús en mármol, bronce o yeso o en láminas y estampitas, que se multiplicaron a partir del siglo XIX, derivan, en su mayoría, de la figura de Cristo esculpido por el danés Bertel Thorvaldsen (1770-1844) para la iglesia de Nuestra Señora de Copenhague.

Cristo de Thorvaldsen (catedral de Copenhague, Dinamarca).

Cristo Rey o *Christus Rex*. Se le representa ataviado como un monarca, con manto, corona, cetro y la inscripción latina *IESVS NAZARENVS REX IVDAEORVM* («Jesús de Nazaret, rey de los judíos»), cuyas iniciales forman el *INRI* pintado a menudo en las cartelas clavadas en el testero de la Cruz, y que alude a la realeza de Jesús, supuesto continuador mesiánico de la estirpe de David. Esta advocación es de mucho efecto y se emplea frecuentemente para denominar monumentos, asociaciones políticas, iglesias, escuelas y otros lugares.

Sagrado Corazón de Jesús en una vidriera.

Cristo de la Misericordia. Es el Cristo que se apareció a la monja Faustina Kowalska (1905-1938) para mostrarle «Su corazón traspasado del que emanan rayos de luz blanca (el agua del bautismo) y roja (Su

sangre) y encomendarle la misión de dar a conocer Su misericordia a todos los hombres. Ante la pérdida de la fe del siglo XX, el mensaje de la misericordia se hace urgente, pues es la única esperanza de la Humanidad».[18] La comunidad de sor Faustina contrató a un pintor que, siguiendo sus instrucciones, realizó un retrato robot de Nuestro Redentor.

Margarita de Alacoque (estampa, hacia 1910).

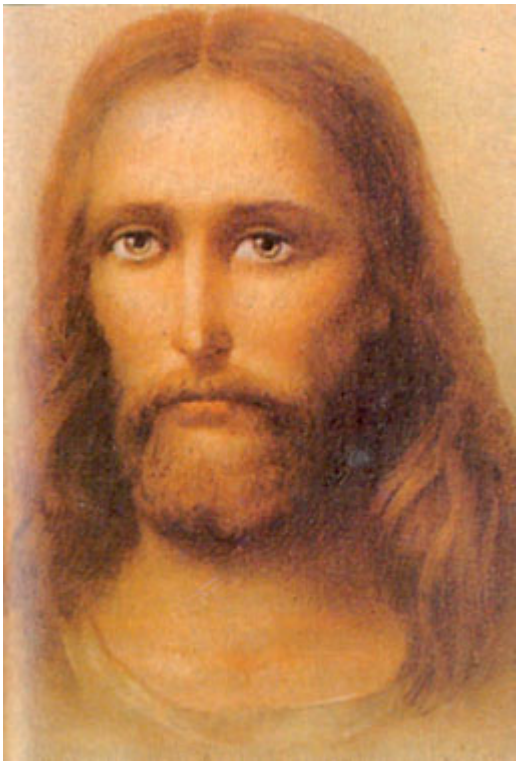
Cristo moderno. La imagen habitual de Cristo en estampas, películas y representaciones teatrales se basa en la imagen del Sagrado Corazón de Jesús: un hombre esbelto y guapo, moreno y barbado, cuyas facciones transmiten serenidad y bondad.[19] Viste túnica y manto de dos colores (rojo y azul) y calza sandalias de cuero, tipo ibicenco.

El Rey (óleo de Antonio Segoviano).

Tantas representaciones de Jesús nos dejan una duda: ¿qué aspecto tenía el Jesús terrenal, el que nació de María, el que predicó en Judea, el que anduvo sobre las aguas del Tiberíades, el que fue crucificado, muerto y sepultado, pero resucitó al tercer día en Jerusalén?

Cristo casual. Son las imágenes de Cristo que aparecen espontáneamente, sea por milagro del Cielo o sea por casualidad en lugares u objetos que, de este modo, se sacralizan tras la correspondiente información y estudio por la Iglesia. En España se han dado casos de imágenes de Cristo aparecidas en lonchas de jamón, al

corte, generalmente de Jabugo, aunque también se han documentado con Guijuelo y Trevélez. Otras veces el Cristo aparece en la pared por efectos de la humedad, o en rocas de acantilados (en este caso hay que situarse en un determinado lugar para apreciar la silueta).[20]



Cristo moderno.

Cristos irreverentes. Con cierta repugnancia no exenta de indignación, mencionaremos y mostraremos (para repulsa del lector) las imágenes modernas de Cristo que, a nuestro parecer, se mofan y befan de una figura venerada por millones de personas y, aunque sólo fuera por eso, tan digna de respeto como Mahoma (si no más). Si reproducimos algunas de ellas es por mostrar con pruebas contundentes la degeneración a la que está llegando el arte religioso en manos de una pandilla de desaprensivos o tontos útiles de la subversión masónica y atea.

El menos grave de todos es el **Cristo colega** que nos muestra a un Jesucristo sonriente y optimista, «enrollao» como dicen ellos, que hace el signo OK con los dedos y guiña un pícaro ojo.[21] Este Cristo colega se

ha convertido en imagen de un supuesto cristianismo guay que va entrando de la mano del papa Francisco, aunque desde luego no cuenta con las bendiciones de la Conferencia Episcopal Española. Lo mismo cabe decir del mucho más grave **Cristo de Alejandra Azcárate** interpretado por una conocida y nada modélica modelo colombiana.[22]

Cristo aparecido en una loncha de jamón de Jabugo.

Rostro del *Ecce Homo* de Elías García, restaurado por Cecilia Giménez (Borja, Zaragoza).

Cristo colega.

No todos los Cristos ofensivos son de factura extranjera: desgraciadamente también en España contamos con artistas irreverentes como el fotógrafo José Antonio Moreno Montoya que en algunos de sus libros, por ejemplo, *Sanctorum*, nos presenta fotografías, por supuesto amañadas, en las que aparecen versiones de Cristo

masturbándose o convertido en un transexual y una serie de santos en actitudes desvergonzadas e irreverentes. Es sencillamente repugnante. Juzguen ustedes.[23]

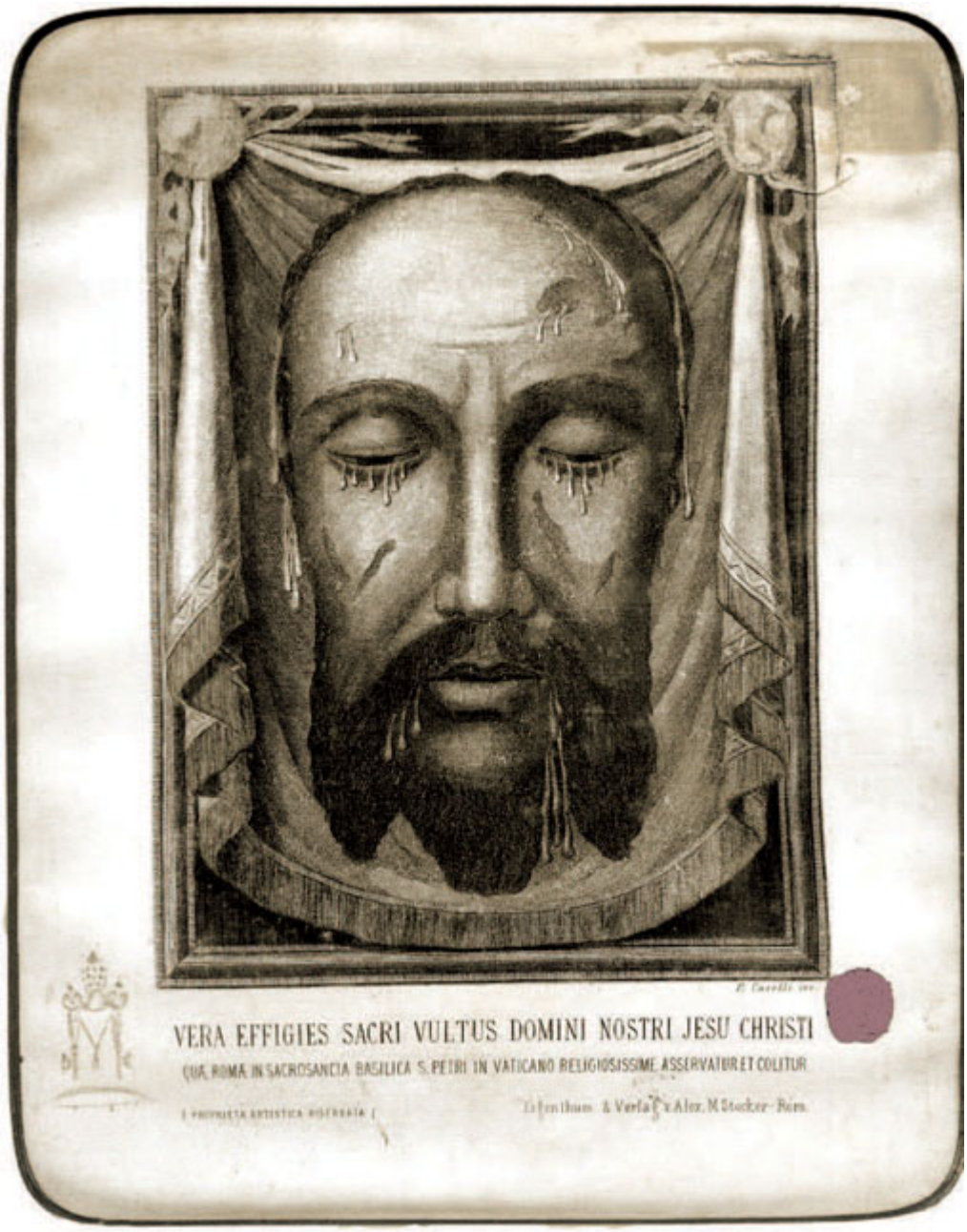
Portada de *El Jueves* (diciembre de 2009).

Menos grave nos parecen las distintas y numerosas versiones de **Cristo cómic** que pululan por la prensa y las tiras cómicas. Son simpáticas, no lo negaré, pero frivolizan la imagen de Dios Padre al que nos presentan unas veces como un abuelo cascarrabias por cuestiones intrascendentes y, otras, ironizando sobre problemas cotidianos de los ciudadanos.

7

¿En qué quedamos: modelo de pasarela o un desperdicio de hombre?

¿Cómo era en realidad Jesús, el Jesús maduro que murió en Jerusalén brutalmente torturado por los romanos? ¿Era alto, rubio, ojos azules, atlético, de anchas espaldas, aunque sin exagerar, y el culo en su sitio, un tipo nórdico como nos lo pintan las estampas, los cuadros y últimamente las películas? ¿O, por el contrario, respondía a lo que sería un campesino galileo del siglo I, no muy alto, moreno, ojos melados, pelo hirsuto, barba y bigote y la cara un poco de alelado, como nos propone el estudio recientemente realizado por un equipo de la BBC y Discovery Channel tras analizar antropométricamente calaveras de judíos compatriotas y coetáneos del Salvador «a partir de pruebas científicas y arqueológicas» con ayuda del forense Richard Neave (Universidad de Mánchester), reputado especialista en reconstrucciones faciales?[1]



Santo Rostro romano.

Las fuentes que refieren la vida de Jesús no nos lo describen físicamente.[2] Si acudimos al socorrido Antiguo Testamento en busca de testimonios de los profetas sobre el físico del futuro Mesías (suponiendo siempre que Jesús lo fuera, naturalmente), no nos aclaran nada porque son contradictorios, el viejo truco divino para cubrir todas las posibles opciones. Por una parte nos lo pintan guapo: «Eres la más hermosa de

las personas» (Sal 44, 3); pero por otra, más feo que Picio: «No tenía apariencia ni presencia; y no tenía aspecto que pudiésemos estimar» (Is 53, 2). Abundando en lo mismo, el mártir Justino describe a Jesús como un sujeto deforme y de aspecto penoso (*aeidouz*); Clemente Alejandrino asegura que era francamente feo (*oyin aiscron*); Tertuliano, que «no era siquiera de forma verdaderamente humana» (*nec humanae honestatis corpus fuit*); san Irineo lo describe como *informus*, *inglorius*, *indecorus*; Orígenes dice que fue «pequeño y desgarbado», en lo que se muestran de acuerdo Teodoro, san Cipriano, san Cirilo de Alejandría y san Basilio. Todos afirman que no excedía los 1,35 metros de altura, o sea un redrojo en las lindes de la enanez, un desperdicio humano que, además, si creemos a san Agustín, sería hasta deforme: «La deformidad de Cristo os forma... Su deformidad es nuestra belleza». Algunos autores antiguos incluso aseveran que era leproso.

Retrato robot de Jesús, según el equipo de la BBC, de frente.

Retrato robot de Jesús, según el equipo de la BBC, de perfil.

Nos hemos limitado a los autores cristianos, pero si recurrimos a los paganos enemigos del cristianismo constatamos que el juicio difiere poco: ninguno le dedica lindezas ni lo tiene por guapo. El más influyente de ellos, Celso, lo describe como «bajito, feo e innoble».

¿Cómo se armoniza ese Jesús nada agraciado con su condición de Hijo de Dios? ¿Es que Dios no pudo hacer a su Hijo (o sea a Él mismo) un tipo resultón, guapo, simpático y cachas? San Isidoro nos brinda una justificación teológica de la fealdad de Jesús: era feo «porque ocultó la condición de maestro para revestir la del esclavo». El santo parece sugerir que los ricos son guapos y los pobres feos. Quizá no vaya del todo descaminado, de hecho las beldades suelen decantarse por los ricos.

El rostro de Jesús, según J. Méndez (1973).

Esta tradición del Jesús feo y deforme se suaviza en siglos sucesivos a medida que crece la certeza dogmática en que era Dios encarnado. En el año 710, el cretense Andrés describe un supuesto retrato fidedigno de Jesús pintado por el evangelista Lucas en términos no tan desfavorables: aunque es cejijunto (*sunojrun*), tiene los ojos bonitos, el rostro alargado y es alto aunque algo chepudo (*epicujon*). Poco a poco van embelleciéndolo.

En la estatura hay menos acuerdo. El monje constantinopolitano Epifanio (hacia el año 800) indica que Jesús medía seis pies de altura (unos 175 centímetros), pero la Carta Sinodal de los Obispos de Oriente (839) afirma que no excedía los tres codos, es decir, unos 135 centímetros.

El único documento fidedigno que nos permite conocer la verdadera apariencia de Jesús es la Sábana Santa. Los laboratorios del radiocarbono que analizaron el tejido concluyeron que se trata de un lienzo del siglo XIV, o sea que es falso como una moneda de corcho, pero aunque este veredicto de la ciencia sea inapelable (la verdad es que las objeciones científicas de los sindonólogos no se sostienen), sin embargo cabe pensar que Dios, en su omnipotencia, pudo permitir que un cadáver del siglo I, el Suyo, fuera envuelto en una sábana del siglo XIV.[3]

La Virgen Niña, tan estudiosa ella, repasa los deberes con su madre.

¿Qué encontramos en la Sábana Santa? La impronta del cuerpo de un atleta de 185 o 190 centímetros de altura, un tiarrón de anchas espaldas, cintura estrecha y musculados miembros.[4]

8

El himen complaciente

La tradición cristiana otorga una tremenda importancia al hecho de que la madre de Jesús estuviera dotada de un himen complaciente comparable poéticamente con el cristal, una membrana flexible que aguantó inalterable los trajines comúnmente asociados a la procreación «antes del parto, en el parto y después del parto».

Los pueblos de Oriente Medio y el Mediterráneo adoraban a la diosa madre (Isis, Tanit, Astarté, Cibeles, etcétera) que concibe a Dios. Esa tradición movió a la Iglesia a promocionar a María hasta las más altas jerarquías celestiales en su nuevo papel de mediadora entre su hijo Jesús y los hombres.

Veamos ahora las principales escenas marianas que podemos encontrar en una iglesia.

Abrazo ante la Puerta Dorada. Los futuros padres de la Virgen, san Joaquín y santa Ana, se encuentran ante la Puerta Dorada de Jerusalén. El casto abrazo con el que se saludan alude a la concepción de la Virgen.

Abrazo ante la Puerta Dorada (iglesia de San Andrés, Jaén).

La Natividad de María. Es una escena muy doméstica. Santa Ana, madre de María, acaba de parir. Varias mujeres atienden a la parturienta mientras otras untan con aceite de oliva (virgen extra, naturalmente) a la recién nacida y la visten.

El Nacimiento de la Virgen (óleo de Luis de Morales, 1560, Museo del Prado).

La educación de María. Santa Ana, sentada, instruye a la niña María con ayuda de un libro. Es un evidente anacronismo, dado que en la época en que vivió la Virgen no había libros ni se enseñaba a leer a las niñas. Seguramente tanto la madre como la hija fueron analfabetas. Otras veces aparece santa Ana enseñando a su Niña a coser y a bordar. Esto está más puesto en razón.

La figura de santa Ana suele presentar potente volumetría (o sea, una señora entrada en carnes), en contraste con la tímida y menuda María.

Educación de la Virgen (estampa, 1940).

Presentación de María en el Templo. Los padres de María la presentan en el Templo y la entregan al sacerdote, según la costumbre judía. En muchas escenas asisten diferentes personajes que completan y

equilibran la composición, todos vestidos de época. También aparecen dos palomas, que era la ofrenda que los pobres hacían al Templo (los ricos, un cordero).[1]

Los esponsales de José y María. Asistimos al momento solemne de los desposorios de José y María (que, entre los judíos, constituyen una ceremonia distinta a la boda propiamente dicha). San José lleva una azucena, símbolo de la aceptación de María como su futura esposa. También de la pureza de María y de la delicadeza de José superados sus lógicos recelos.

La Anunciación. La Virgen está en su cuarto, cosiendo o leyendo un libro, porque es una chica recatada y nada ventanera, cuando se le presenta el arcángel san Gabriel, que porta una rama de olivo. En una filacteria (versión antigua de las nubes del tebeo) le anuncia la prodigiosa preñez que el munificientísimo Dios le ha deparado en sus planes providentes: *Ave Maria, gratia plena*…

La Anunciación (Simone Martini, siglo XIV).

El nacimiento de Jesús. Una arrobada María cuida a su niño al que, a falta de mejor cuna, ha acomodado en un pesebre del portal de Belén. En la iconografía cristiana llamamos «portal» a lo que, según los Evangelios, debió de ser una cuadra o aprisco ovejero. También, por la fuerza de la costumbre, situamos esa cuadra en Belén, aunque su emplazamiento real es objeto de discusión académica: Mateo y Lucas

aseveran que Jesús nació en Belén; Marcos, el más cercano a los hechos, llama a Nazaret la *patrida* o pueblo natal de Jesús. La mayoría de los estudiosos, entre los que se incluye al papa emérito Ratzinger, se inclina por Nazaret y descarta Belén.

El Nacimiento de Jesús (Giotto, siglo XIV).

La intrusión de Belén se explica porque era teológicamente necesario que el Mesías naciera allí para que se cumplieran las profecías.

Virgen difunta de cuerpo presente (¿o dormida?). La Iglesia, en su afán por profundizar en los misterios mariológicos, ha pasado por tres fases en la consideración de las postrimerías de la Virgen:

1. **Dormición.** La Virgen se representa en la cama, tapada con sábana, colcha u otro ajuar doméstico, y con los ojos cerrados y estirada como una difunta, pero en realidad no está muerta, sino dormida.

La imagen más conocida de la Virgen en su lecho de muerte es la de los Desamparados, patrona de Valencia, aunque la presentan enhiesta como si estuviera viva, y casi nadie repara en la pronunciada inclinación de la cabeza, propia de una imagen yacente que apoya la cabeza en la almohada.

Dormición de la Virgen (iglesia de la Dormición de la Virgen, Jerusalén).

2. **Tránsito.** El paso siguiente de la dormición es el Tránsito que sufre la Virgen sin la agonía mortal. Se representa amortajada y rodeada de flores, a veces en presencia de los apóstoles.

3. **Asunción.** La Virgen asciende al Cielo en actitud orante. A menudo la vemos sobre un dosel de nubes. Es dogma mariano proclamado en 1950. Algunas veces se representa su sepulcro (por cierto, venerado en Jerusalén); otras no, lo que sugiere que ni siquiera murió. La rodean ángeles y apóstoles.

Simbolismo de la Virgen en el Libro de Horas de Leonor de la Vega (1504).

9

En cada pueblo su Virgen y en algunos dos

Había en Jaén, en los turbios tiempos del nacionalcatolicismo, dos cofradías de la Virgen del Carmen que se llevaban francamente mal. El impulsor de una de ellas era director del Instituto de Segunda Enseñanza y reivindicó para su Virgen el título de «la Docente»; los de la competencia reaccionaron llamando a la suya «la Decente».

Los rifirrafes y competencias entre Vírgenes son cosa fea, por eso hay tantas advocaciones, miles de ellas, para que cada pueblo tenga la suya y se eviten conflictos territoriales.

—Pero todas las Vírgenes son la misma.

—Que sí, padre, que me hago cargo, que todas son la madre de Jesús que está en el Cielo, pero deje que el sencillo pueblo piense que la buena es la suya.

Vayamos ahora a la iconografía mariana que nos permite distinguirlas.

En las catacumbas. Las primeras representaciones de la Virgen aparecen en las catacumbas y los sarcófagos paleocristianos: una mujer en actitud orante con el Niño junto al anagrama de Cristo. A partir del Concilio de Éfeso (431), el culto a María empieza a desarrollarse tímidamente.

Virgen orante, según el modelo de las catacumbas.

En Bizancio. En Bizancio surgen algunos modelos de Virgen que influirán en la escultura románica y gótica europea. Los principales son:

1. ***Kiriotissa*** («Trono del Señor» o «de la Sabiduría»). Una Virgen sedente tiene al Niño sentado en sus piernas, de frente. No se comunica con el Niño: se limita a servirle de trono.

Virgen *Kiriotissa* o Trono del Señor.

2. ***Theotokos*** («Santa Madre de Dios»). A menudo se confunde con la *Kiriotissa*. María está sentada, con el Niño de frente, y en actitud de bendecir.

3. ***Odegetria*** («Conductora de almas»). Tiene la mano derecha sobre el pecho y sostiene sobre el brazo izquierdo al Niño que precozmente nos bendice. Adelanta un pie como si fuera a caminar.

Estas tres vírgenes alcanzarán amplia difusión en el románico europeo.

4. ***Galactotrofusa*** («Virgen de leche»). La que amamanta al Niño. Es posible que el modelo se inspire en esculturas de la diosa egipcia Isis amamantando a Horus.

Virgen *Galactotrofusa* o de Leche.

5. ***Eleousa*** («Virgen de la ternura»). La Virgen y el Niño juegan con las caras unidas. La variante más conocida en Occidente es la Virgen del Perpetuo Socorro.

6. ***Blanquernitissa*** («Virgen del palacio de Blanquerna, Constantinopla»). De pie, en actitud orante, con el manto sobre la cabeza y los brazos extendidos, indicando intermediación y sumisión a Dios.

La *Galactotrofusa* y la *Eleousa* son los modelos más difundidos en el gótico europeo.

Virgen románica. En la época románica (siglos XI-XII) predomina la *Kiriotissa*, que se adaptaba al esquema dogmático de la Iglesia en un momento en el que diversas herejías cuestionaban la maternidad divina de María.

Virgen gótica. Entre los siglos XI y XV se produjo un sorprendente incremento de la devoción mariana, incluso en detrimento del culto de Jesucristo y sus santos. Algunos autores creen que esta súbita devoción obedecía a una moda importada de Oriente por los cruzados. Otros piensan que se debió a la voluntad del influyente san Bernardo de Claraval, que era muy mariano.[1]

La imagen de la Virgen se repite en catedrales, pinturas y esculturas e inspira la moda trovadoresca del «amor cortés».

Surgen entonces órdenes muy marianas (cistercienses, carmelitas, mercedarios, servitas, franciscanos, dominicos, etcétera) que propagan cultos y ritos asociados a María. Cada una de estas órdenes promocionó su versión de la Virgen, por lo general vestida con su propio hábito. Franciscos, dominicos y carmelitas contendieron por imponer la suya como devoción popular.[2]

Los seis atributos más característicos de las Vírgenes góticas (siglos XIII-XVI) son:

Nuestra Señora de Nájera, prototipo de Virgen gótica.

- Corona. Símbolo de majestad o de poder real sobre la Creación.
- Cetro. Atributo de poder y purificación.

• Flor (de lis, azucenas, lirio, etcétera). Simboliza la pureza.[3]

• Libro. En su papel de educadora del Niño; en ocasiones alude a la mujer del Apocalipsis.

• Globo terráqueo. Alegoría del orbe al que abarca la Creación.

• Fruto (manzana, granada, etcétera). Símbolo de la fecundidad y la salvación.

Nuestra Señora de la Candelaria, prototipo de Virgen Negra, con sus atributos.

Vírgenes de las batallas. Son imágenes góticas de pequeño tamaño (medio metro como máximo), que supuestamente algunos reyes y nobles cristianos atornillaban al arzón de sus monturas para que los protegieran en el combate. Y, de hecho, les protegían físicamente el vientre, y la zona de la anatomía masculina que el pudor nos impide nombrar, mucho mejor que la más elaborada cojonera.[4] Algunas imágenes presentan un hueco en el tronco, a modo de minúsculo sagrario, para las hostias con las que comulgaban antes de entrar en combate.

Inmaculada Concepción. La Virgen es casi una niña de actitud recatada y angelical y largos cabellos (símbolo medieval de la virginidad).[5] Suele vestir túnica blanca hasta los pies y manto azul celeste. A veces la vemos coronada de estrellas; en otras, aplasta la cabeza de una serpiente que se enrosca a sus pies, alusión a una profecía bíblica.[6] En algunas imágenes aparece la Virgen sobre una esfera alrededor de la cual repta la serpiente.

Desde la Edad Media se debate entre órdenes religiosas y reputados teólogos si a la Virgen María la engendraron sin pecado original. El dogma de la Inmaculada y sus controversias se tratan en los apéndices de este libro.

Virgen de la Inmaculada Concepción (estampa, 1890).

Virgen de la O. Esta Virgen presenta un talle abultado que denota su avanzado estado de gestación. Abunda en la iconografía mariana española y portuguesa como Virgen de la Esperanza, de la Expectación,

de la Cinta (en-cinta), del Sol y otras advocaciones.

La Virgen encinta alude probablemente a la mujer a punto de dar a luz mencionada en el libro del Apocalipsis. En un frontal pintado conservado en el Museo Episcopal de Vic, la Virgen preñada está rodeada de siete palomas que apuntan a su seno, los siete dones del Espíritu Santo. A su lado, san Juan la identifica con la mujer de su visión apocalíptica con un grito de la antífona de Adviento. La denominación «de la O» se debe a que, en la semana anterior a la Navidad (con la Virgen ya fuera de cuentas), las siete antífonas cantadas en los oficios comienzan siempre por esa letra.

Virgen de la O (catedral de León).

Virgen del Carmen. La Virgen viste hábito marrón y blanco y escapulario de la Orden del Carmen, de la que es patrona. Es fama que María vestía este atuendo el 16 de julio de 1251 cuando se apareció a san Simón Stock, general de la Orden de los Carmelitas. La Virgen le entregó al santo varón un sencillo escapulario de tela y le comunicó:

—Todo el que muera con este escapulario se salvará.

El escapulario descendido del Cielo era una especie de sambenito de tela burda que cubría torso y espalda. Por la parte delantera llevaba impresa una imagen de la Virgen; por la trasera, el anagrama del Ave María.

Al principio sólo lo llevaban los carmelitas, pero cuando se divulgó el secreto de que el portador salvaba su alma, hubo bofetadas por hacerse con un escapulario homologado (el que fabricaban y comercializaban los propios carmelitas) y todo el mundo lo llevaba, incluso las personas pías y de comunión diaria más alejadas de sospecha, que nunca está de más ser precavido.

Los primeros escapularios eran enormes y el devoto que los portaba parecía un hombre anuncio (o una mujer anuncia), pero luego se impuso la cordura y los teólogos dictaminaron que la calidad del escapulario no está relacionada con su cantidad. Los nuevos modelos se fueron reduciendo hasta alcanzar el tamaño de una medalla, de modo que podían llevarse cómodamente al cuello, pendientes de un cordón morado, debajo de la ropa y en contacto con la carne.

Virgen del Carmen (estampa escapulario, 1905).

El escapulario de la Virgen del Carmen sigue vigente, aunque ya casi nadie lo use debido a la crisis de espiritualidad que padecemos. Aún hoy, el creyente que lo lleva al cuello se salva si cumple ciertas condiciones. Primera: llevarlo habitualmente (no vale ponértelo cuando vas a viajar a Tailandia en Semana Santa o a Cuba en el puente de la

Inmaculada). Segunda: debe imponerlo y bendecirlo un sacerdote debidamente cualificado.[7] Tercera (y aquí se fastidió el invento): el portador debe guardar castidad «según el estado de cada uno».

Los carmelitas también llamaron Estrella del Mar (*Stella Maris*) a la Virgen porque, en la oscuridad de la noche, los navegantes confiaban en las estrellas para orientarse hacia el puerto seguro. De ahí la devoción de los marineros por la Virgen del Carmen.

Virgen de los Desamparados. María cobija con su manto a niños desamparados o a pobres desvalidos. Se diferencia de la Virgen de la Misericordia en que no acoge a órdenes religiosas ni de ninguna otra condición social, esta es más selectiva.

Virgen Dolorosa. Apenada por la pérdida de su Hijo, suele vestir túnica oscura y manto negro y lleva las manos entrelazadas o abiertas, en actitud de duelo. Los siete puñales clavados en el corazón simbolizan los Siete Dolores de María.[8]

Virgen Dolorosa (Museo Nacional de Escultura, Valladolid).

Virgen de Guadalupe. Representa a María dentro de una mandorla fulgurante. Guarda cierto parecido con la Inmaculada Concepción.

Virgen de Guadalupe.

Virgen de la Merced. Viste hábito blanco propio de la Orden de la Merced, de la que es patrona, con su emblema en el pecho. Suelen acompañarla esclavos liberados que muestran sus grilletes. En algunas imágenes está junto a un olivo, tal como se le apareció a Pedro Nolasco en la catedral de Barcelona.

Virgen del Pilar. María se sostiene de pie sobre un pilar (o sea, es estilita). Alude a la aparición de Nuestra Señora al apóstol Santiago a orillas del Ebro, en Zaragoza, cuando el apóstol, desanimado por el escaso éxito de sus predicaciones, estaba a punto de arrojar la toalla. La piedra santa zaragozana se cubre con una funda cónica con el color litúrgico del día. La Pilarica ostenta una gran corona de orfebrería.

Virgen del Pilar.

Virgen del Rosario. Unas veces, María sostiene el rosario en sus manos; otras, éste enmarca su figura. Es la advocación propia de la Orden Dominica, fundada por santo Domingo de Guzmán. El rezo del rosario está asociado especialmente a la Encarnación, la Pasión y la Gloria de la resurrección del Hijo de Dios.

Divina Pastora. La Virgen María viste a la moda pastoril: sombrero de ala ancha, corpiño, falda amplia y cayado en la mano. El divino Niño va de pastorcillo, con pelliza de oveja, calzas y abarcas en los pies. Los rodea un rebaño de blancos corderos y al fondo se columbra un lobo negro, imagen del demonio acechante. Es una devoción propia del barroco.

Divina Pastora.

Virgen de la Medalla Milagrosa. La Virgen, de pie, muestra las palmas de las manos apuntando a la Tierra. De sus dedos brotan rayos luminosos que descienden hasta el suelo.

Su atributo es una medalla adornada, en el anverso, con Nuestra Señora y, en el reverso, con una cruz sobre la M y, debajo, los corazones de Jesús y María, todo ello inscrito en un óvalo formado por doce estrellas de cinco puntas.[9]

Esta advocación se difundió a partir de las apariciones de la Virgen a la monja francesa Catalina Labouré en 1830.[10]

Estampa de la Virgen de la Medalla Milagrosa (1945).

Medalla de la Virgen Milagrosa (1930).

Virgen de La Salette. Su imagen responde a la precisa descripción que hizo de ella la pastorcilla Melanie Mathieu, de quince años de edad, a la que se apareció el 19 de septiembre de 1846, cuando guardaba un rebaño de ovejas en compañía del también pastorcillo Maximino Giraud, de once años: «La Señora era alta y de apariencia majestuosa. Tenía un vestido blanco con un delantal ceñido a la cintura, no se podría decir que era de color dorado, pues estaba hecho de una tela inmaterial, más brillante que muchos soles. Sobre sus hombros lucía un precioso chal blanco con rosas de diferentes colores en los bordes. Sus zapatos blancos tenían el mismo tipo de rosas. Llevaba al cuello una cadena con un crucifijo. Del travesaño de esa cruz colgaban de un lado el martillo y del otro las tenazas. Llevaba en la cabeza una diadema que

irradiaba rayos luminosos. En sus preciosos ojos había lágrimas que rodaban sobre las mejillas. Una luz más brillante que el sol, pero distinta a éste, la rodeaba».

La Virgen de La Salette también se representa a veces en la postura en que la encontraron los pastorcillos: sentada sobre una piedra y llorando copiosamente con la cabeza entre las manos.[11]

Virgen de La Salette.

Virgen de Lourdes. Se la representa como una joven que viste túnica y manto blancos y un cíngulo azul celeste cuyo extremo le cuelga por delante de la cintura. Va descalza y sus manos unidas en actitud orante sostienen un rosario. A menudo vemos un rosal a sus pies. De

esta guisa aseguraba la pastorcilla Bernadette Soubirous que se le apareció Nuestra Señora en 1858 en un abrigo rocoso, situado en Lourdes (Francia), del que manaba una clara fuente (dos características propias de santuario ancestral). En las estampas vemos a Bernadette arrodillada delante de la Virgen mientras ajenas al milagro, las ovejas siguen a lo suyo.

Virgen de Lourdes (estampa, hacia 1920).

Virgen de Fátima. Es una muchacha guapa y delicada que viste túnica y manto blancos, porta el Corazón Inmaculado sobre el pecho y sostiene un rosario con las manos unidas en actitud orante. Con este aspecto ha determinado la Iglesia que se apareció en 1917 a tres pastorcillos, Lucía, Jacinta y Francisco, en el pueblo portugués de Fátima, pero, a fuer de rigurosos, debemos constatar que las declaraciones de los muchachos resultaron bastante contradictorias. Empezaron aseverando que la Virgen gastaba la falda casi por la rodilla, anticipándose a la moda, pero después, aconsejados por los sacerdotes encargados de informar sobre el caso, reconocieron que esa falda no era propia de Nuestra Señora y que en realidad le llegaba hasta los pies.

Virgen de Fátima (postal, 1955).

En cuanto a la corona de la Virgen, existe poca unanimidad: en las esculturas suele llevar una muy elaborada, pero en las estampas opta por el nimbo de la santidad, a veces con doce estrellas engastadas, prefigurando el logotipo de la Unión Europea.

Virgen de los Sicarios. Los tristemente célebres sicarios colombianos son pistoleros a sueldo que, antes de asesinar a sus víctimas, se confiesan y comulgan a los pies de la imagen de María

Auxiliadora del santuario de Sabaneta, también conocida en Medellín como «la Virgen de los Sicarios». Los matones acuden cada semana a la iglesia para que su santa les bendiga la pistola, las balas y tres escapularios que llevan en distintas partes del cuerpo: en el cuello, para que les proteja en los tiroteos; en la muñeca, para que sus disparos sean certeros, y en el tobillo, para que les facilite la huida del lugar del crimen sin ningún peligro. Y lo más patético en este enloquecido ámbito religioso de impunidad es que la parroquia católica que, a cambio de sustanciosas limosnas, bendice a estos sicarios católicos es la encargada de dar cristiana sepultura a las víctimas mortales, también católicas, de estos asesinos.[12]

Tatuaje de la Virgen en el brazo de un sicario.

10

Las Vírgenes Negras

De un tiempo a esta parte mucha gente se interesa por las Vírgenes Negras y por el posible misterio que encierran. Estas tallas de madera, datables entre los siglos XI y XVI, suelen reproducir el modelo bizantino de la *Agia Theotokos* o Santa Madre de Dios en actitud mayestática, con el Niño sentado en el regazo o sobre la rodilla izquierda. Son muy pequeñas, apenas 70 cm de altura, 30 de anchura y 30 de profundidad.

En los siglos del gótico se fundaron muchos santuarios marianos en los que se veneraban Vírgenes Negras que pastores o campesinos encontraban dentro de cuevas, de muros, de troncos de árboles o de campanas. Piadosas leyendas locales explicaban el remoto origen de aquellas imágenes, supuestamente talladas por el propio san Lucas. En España, la exaltación religiosa de la Reconquista abonaba el terreno para estas apariciones milagrosas en las tierras ganadas al moro. En realidad, no era más que una manera de justificar el reciclado cristiano de antiguos santuarios paganos.

Virgen de Regla, patrona de Chipiona (fotografía, 1885).

Virgen de la Cabeza, la Morenita (Santuario de Andújar, Jaén).

La Virgen Negra no se adora en cualquier parte. El lugar donde se descubre la imagen señala el santuario de su predilección. Cuando los fieles trasladan la imagen, ella vuelve sola al primitivo lugar.

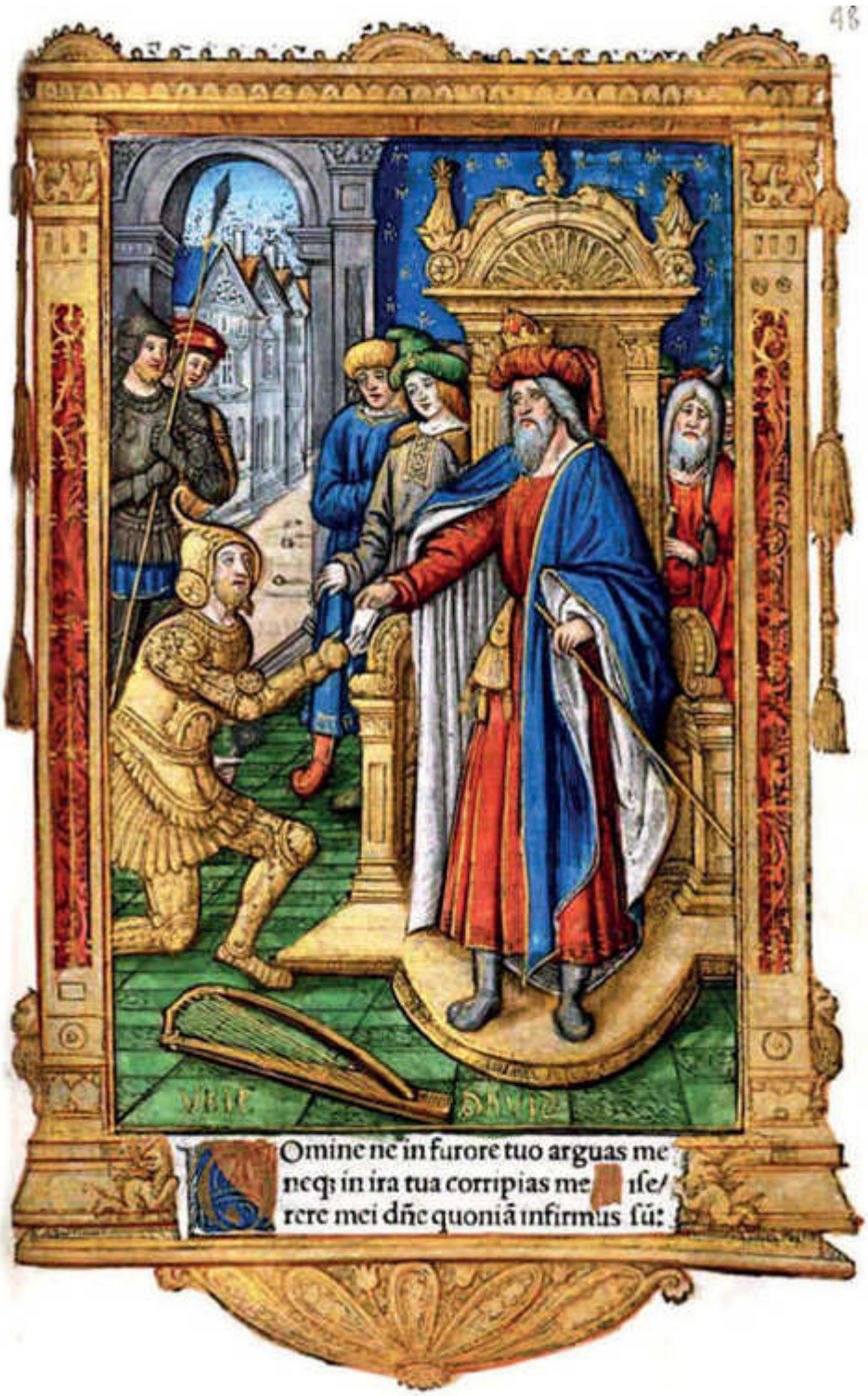
El día de la Virgen se suele celebrar con una romería de los pueblos del entorno, con jolgorio, comida campestre, misa y, si a pelo viniera, revolcón tras un seto, en lo que no debemos ver una muestra más de la ola de erotismo que nos invade, que no respeta ni las ocasiones más sagradas, sino, más bien, una reminiscencia de antiguos ritos agrarios precristianos.[1]

La negrura, un elemento fundamental de estas Vírgenes, alude quizás al color de la alegórica esposa de Dios en el Cantar de los Cantares, el poema de amor bíblico atribuido a Salomón:

> Negra soy, pero hermosa,
>
> hijas de Jerusalén…

Otra posible explicación, que no excluye la anterior, es que los cruzados europeos contactan en Tierra Santa con sectas religioso-filosóficas que veneran la sabiduría iniciática simbolizada por el color negro.[2]

Sara La Negra, patrona de los gitanos de la Camarga (Francia).



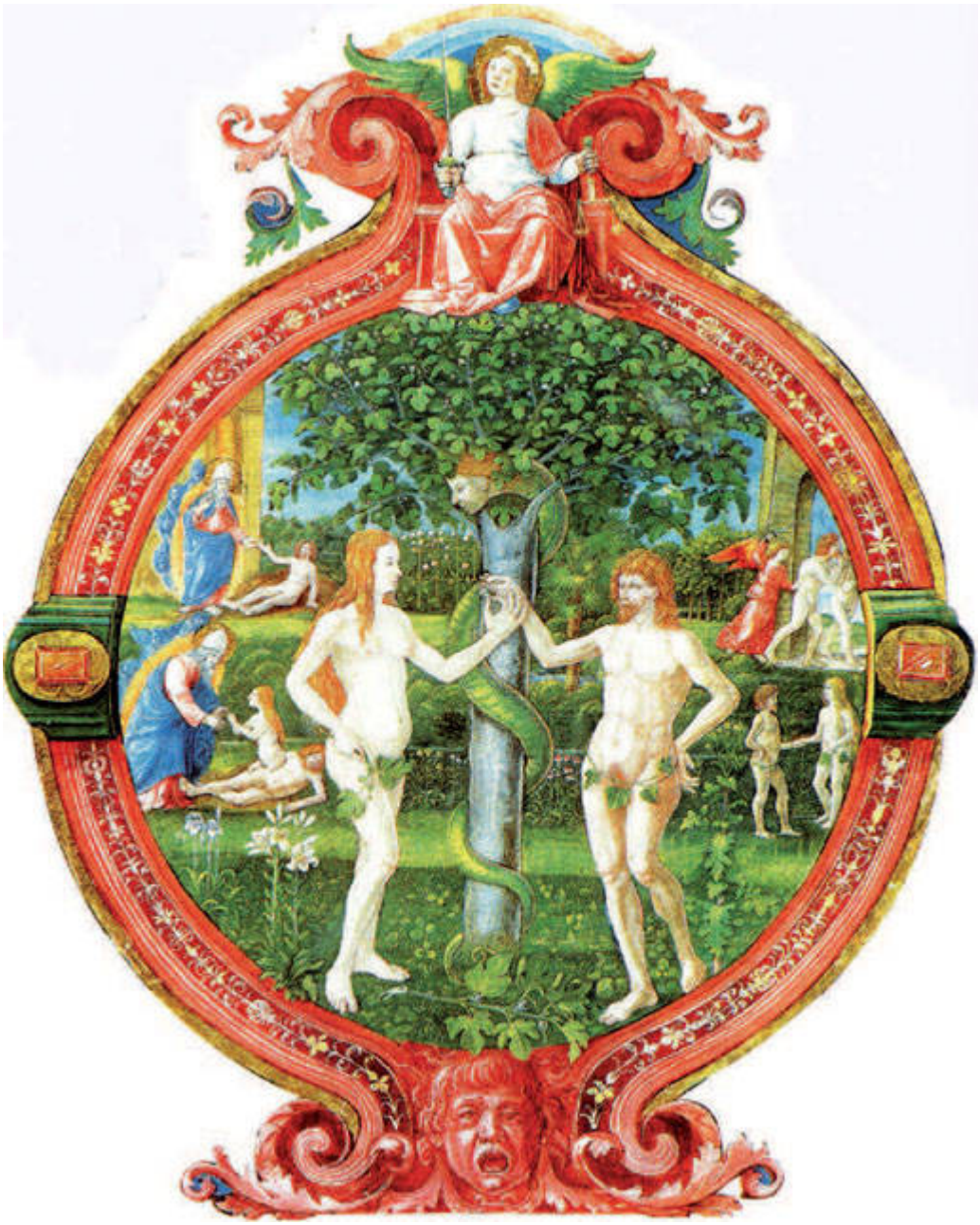
El rey David (Libro de Horas de Leonor de la Vega, 1504).

11

La Biblia: menudo culebrón

La Iglesia católica siempre ha desaconsejado a sus ovejas la lectura de la Biblia. Sabia medida. Para eso tiene a los curas, para explicarla y administrarla a los feligreses en la parte de la Eucaristía dedicada a ese menester, la Liturgia de la Palabra. Después los protestantes se empeñaron en que la Biblia la puede leer el cristiano sin necesidad de curas y así les va, no hay más que ver sus estadísticas de suicidio.

En muchos hoteles de la extranjía protestante, incluso, te ponen una Biblia en la mesita de noche por si te desvelas y quieres leer algo. En efecto, la Biblia puede ser soporífera y ayuda a conciliar el sueño, pero como des con uno de sus pasajes horripilantes o intensamente gore cuida de no dormirte porque puede inspirar atroces pesadillas. En algunos hoteles esos ejemplares de la Biblia llevan en la portada una pegatina colocada por anónimos y bienintencionados samaritanos con este texto:



Adán y Eva (manuscrito del siglo XV).

¡AVISO! Esta es una obra de ficción. NO la tomen al pie de la letra. ADVERTENCIA SOBRE SUS CONTENIDOS: Este libro contiene pasajes que describen o proponen suicidio, incesto, bestialismo, sadomasoquismo, sexo violento, terror mórbido, uso de drogas o alcohol, voyeurismo, venganza, desprestigio de las autoridades, anarquía, conculcación de los derechos humanos y atrocidades. ADVERTENCIA SOBRE SUS EFECTOS: El contacto con sus contenidos durante prolongados periodos de tiempo o durante los años de formación de la infancia puede causar delirios,

alucinaciones, mengua de habilidades cognitivas o de la facultad de razonamiento lógico y, en casos extremos, desviaciones patológicas, odio e intolerancia que pudieran derivar en fanatismo, asesinato y genocidio.

Abundando en lo mismo permítanme que les cuente una historia personal. El 21 de agosto de 2015 asistí en mi pueblo, Arjona, provincia de Jaén, a la fiesta de los patronos (Fiestasantos, como allí la llamamos), una entrañable fiesta familiar en cuyo lote se incluye la multitudinaria asistencia a una misa oficiada por el presbítero. Acaeció que el pastor era el reverendo padre don Miguel José Cano López, pionero del tremendismo en la Liturgia de la Palabra al que no se le ocurrió otra cosa que explicar la religión de paz y amor con los dos pasajes más espeluznantes de la Biblia. En su primera parte leyó el pasaje del libro de los Jueces (11, 8 a 11, 39) que cuenta como un tal Jefté, hijo de Galaad y de una prostituta, en trance de enfrentarse con los amonitas, prometió a Dios que si le otorgaba la victoria, se lo agradecería rebanándole el pescuezo a la primera persona que lo felicitara. Resultó ser su hija muy querida que, ignorante de la insensatez de su progenitor, cometió la simpleza de salir a recibirlo «con panderetas y danzas». Cuando él le comunicó su promesa, ella se resignó, pero antes le dijo: «Déjame andar un par de meses por los montes, llorando con mis amigas, porque quedaré virgen». Lo que él le otorgó (nueva sorpresa de los sencillos fieles, que intercambiaron miradas alarmadas como era natural, pues cualquier persona con dos dedos de frente comprende que unas mozuelas en edad de desbravar que vagan por esos montes, entre pastores, cabreros, arrieros y leñadores, pueden fácilmente perder la virginidad). Ajeno a tales pensamientos, el presbítero Cano López desveló el ilógico, pero igualmente truculento, final de la historia: «Acabado el plazo de los dos meses, volvió a casa, virgen como era, y su padre cumplió con ella el voto que había hecho», lo que las Hijas de María presentes, ancianas aprensivas muchas de ellas, recibieron con un suspiro de alivio al comprobar que, después de todo, la infeliz muchacha moría entera e intacta y no estuprada.

Algunos fieles estábamos lamentando *in pectore* que la elección de don Miguel José no hubiera sido del todo acertada, con la de historias hermosas y nada truculentas que guarda la Biblia, cuando, aún no repuestos de la sorpresa, el desalmado párroco nos reafirmó en nuestra impresión negativa dando suelta a la segunda lectura de la Liturgia de la Palabra, la correspondiente al Nuevo Testamento, en la que explicó la parábola del rey que asesinó a los invitados que no acudieron con presteza a la boda de su hija y, además, les incendió la ciudad. Perpetrada tan tremenda acción, se serenó algo y atrajo con la promesa de barra libre a cuantos caminantes encontraron sus criados por los caminos, pero uno no iba vestido de domingo y lo expulsó del banquete atado de pies y manos, lo que terminó de espantar al incauto auditorio de personas sencillas que habían acudido a misa con el ánimo conciliador y apacible que requieren las fiestas patronales de un pueblo.

Los Santos de Arjona (óleo anónimo, siglo XIX).

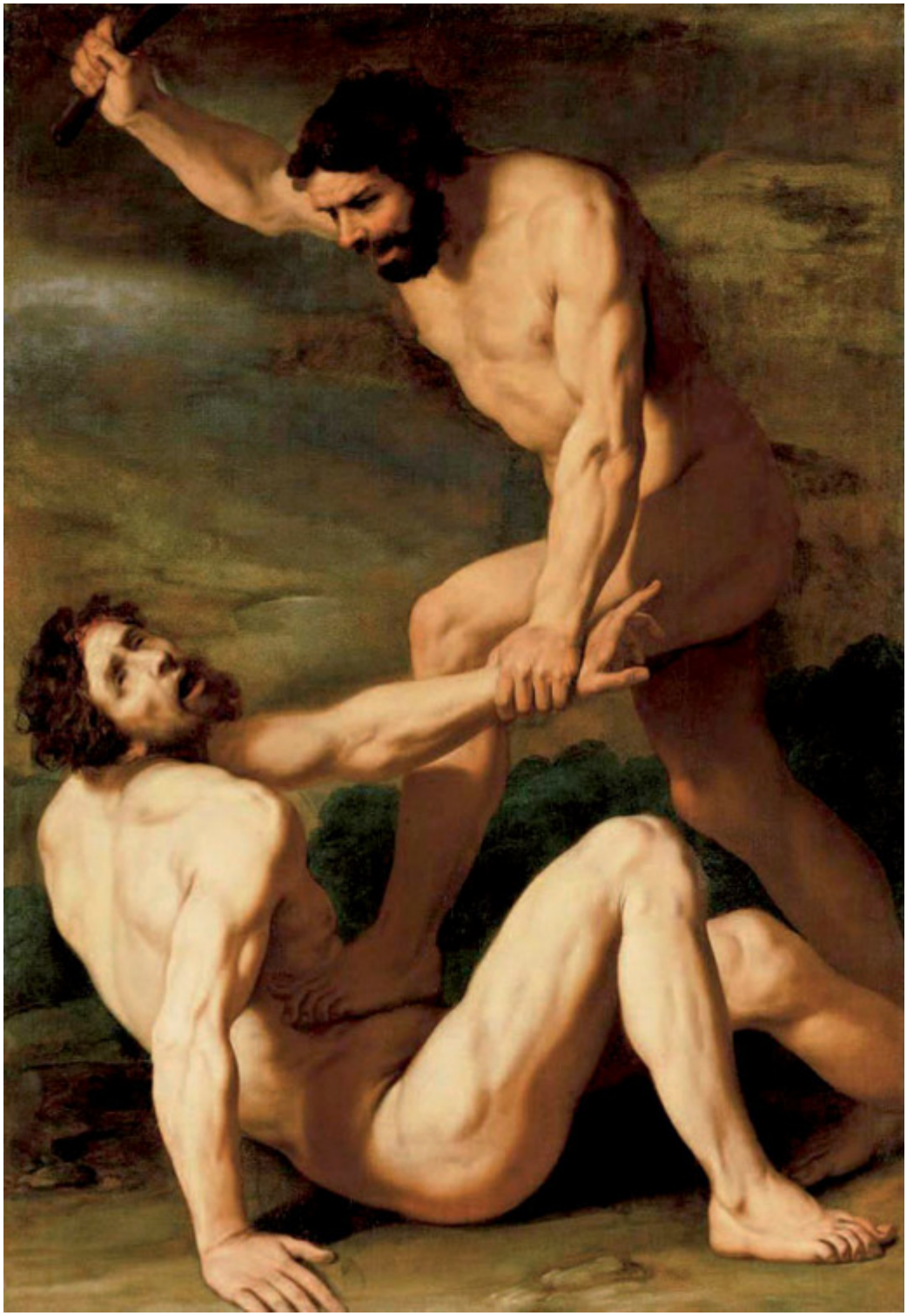
La Creación. Se representa a Dios Creador como un anciano vigoroso y barbado, vestido con túnica y coronado de aureola casi siempre triangular. Es una imagen muy repetida por el arte y la devoción: desde las miniaturas medievales de la Biblia hasta las modernas pinturas de Marc Chagall, pasando por los frescos de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina.

El Paraíso. Cuando toda la pintura religiosa se hacía por encargo, el artista agradecía que le encomendaran pintar el Paraíso porque con ese pretexto recreaba la variada fauna y flora que el Creador puso en el mundo. Imaginemos una explotación hortofrutícola que no precisa cultivo y que es, a la vez, un coto de caza estupendamente poblado de mansos animales que obedecen al hombre y no huyen de las escopetas. «Todo está a tu disposición menos aquel árbol de allá. Ese ni lo toques, que me lo reservo para Mí», le dijo Dios, por eso destaca el Árbol de la Vida y el Árbol del Bien y del Mal.

Las instrucciones no podían estar más claras, pero, como la codicia rompe el saco, Adán y Eva lo perdieron todo por desobedecer el mandato divino.

Adán y Eva. Se representan en la fronda del Paraíso, jóvenes y desnudos, tapadas sus partes por el escorzo o por una oportuna hoja o rama. Otras veces los vemos junto al Árbol del Bien y del Mal, Eva aceptando la manzana que le ofrece la Serpiente (o sea, el Diablo).[1] Finalmente, asistimos a su expulsión del Paraíso por un arcángel que sostiene una espada flamígera (versión arcaica de la espada láser). Menos frecuente es la escena en la que Eva nace de una costilla de Adán.[2]

Caín y Abel. Adán y Eva tuvieron dos hijos, Caín y Abel, agricultor y ganadero, respectivamente. Abel era generoso y bueno, le ofrecía a Yahvé sacrificios de cordero a la brasa, con el punto exacto del asado, muy grato a Yahvé. Por el contrario, el mezquino y cicatero Caín sólo le ofrecía a Yahvé parrilladas de verduras mustias.[3] La blanca fumata del altar de Abel se elevaba a los Cielos, mientras que el altar de Caín sólo despedía una atufante humareda negra que se extendía por el suelo tiznándolo todo. Los celos de Caín llegaron a tal punto que, un día, agarró la quijada de un asno, mató con ella a su hermano y ocultó el cadáver.[4] El Altísimo, que todo lo ve desde su altura, lo interrogó: «Caín, ¿dónde está Abel?». «Y ¡yo qué sé! ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?» —respondió, molesto, el fratricida. Encima, con chulerías.



Caín matando a Abel (óleo de Pietro Novelli, siglo XVII).

A Abel lo representan como un joven angelical que viste atildadamente una zamarra de pastor, de piel de oveja, o túnica corta a la usanza romana. Por el contrario, Caín es un tipo mal encarado y vestido de cualquier manera. Lo representan ofreciendo un sacrificio de hortalizas que Dios rechaza (el humo negro se extiende por el suelo en lugar de ascender). Caín dirige una mirada torva, envidiosa, al irreprochable sacrificio de su hermano. Otras veces lo vemos matando a Abel con una quijada de asno.

Noé y el Diluvio. Patriarca venerable y barbudo que lleva en la mano la maqueta del Arca que construyó para salvar a la Humanidad (y a la animalidad) de las aguas del Diluvio Universal. Otras veces lo vemos a bordo de su bajel, obra maestra del bricolaje, supervisando el embarque de las parejas de animales que perpetuarán las especies. En otra viñeta recibe una paloma que regresa al Arca con una ramita de olivo en el pico. La imagen menos conocida nos lo muestra durmiendo la borrachera en postura poco favorecedora mientras sus hijos se burlan de él.

Noé es el patriarca de los marinos y de los borrachos, especialmente de los marinos borrachos.

El Arca de Noé (Libro de Horas de Leonor de la Vega, 1504).

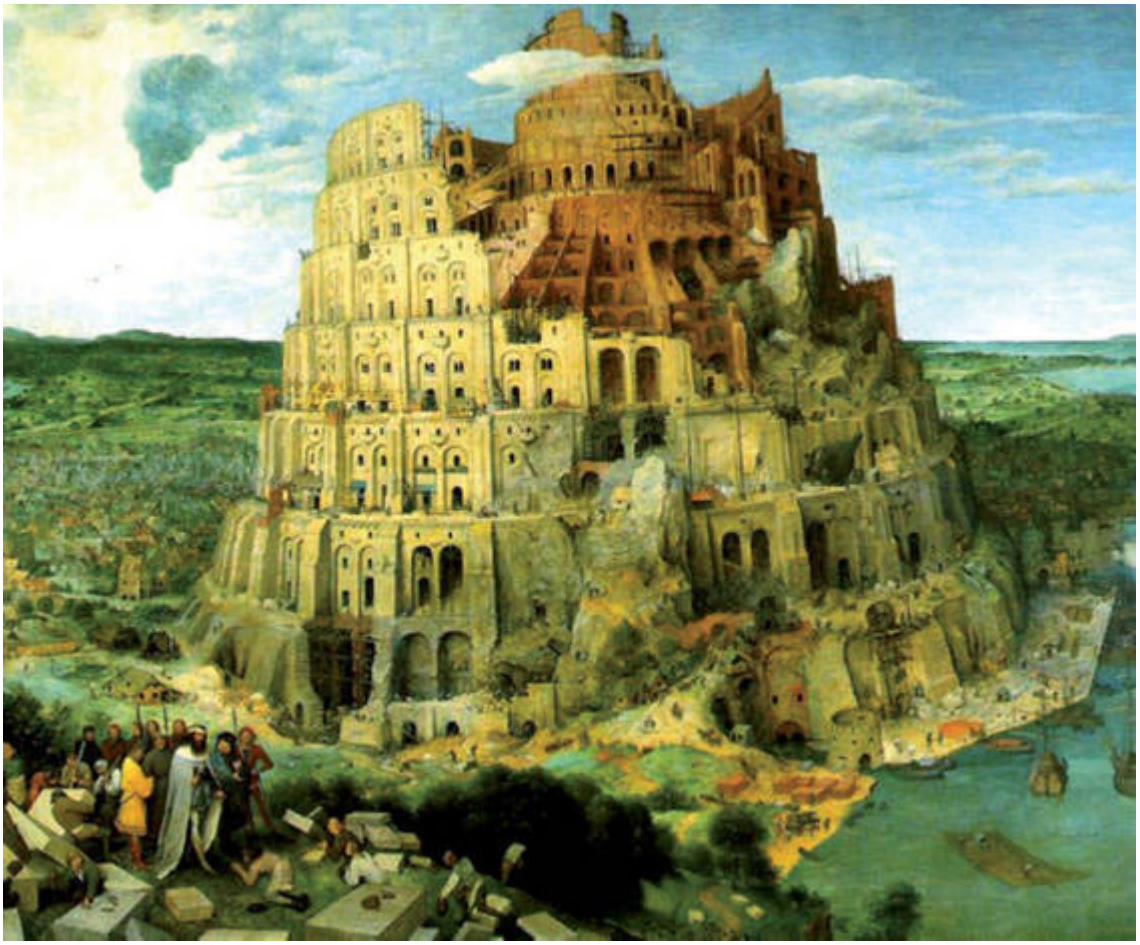
Patriarcas. En el Antiguo Testamento la palabra «patriarca» significa padre y jefe. El Génesis nombra diez patriarcas, desde Adán a Noé. Posteriormente cita a otros patriarcas como Abraham, su hijo Isaac y su nieto Jacob. El Nuevo Testamento llama patriarcas a los hijos de Jacob y a David. La iconografía los muestra en figura solemne, con barba y amplios ropajes, lo que contribuye a que se confundan entre ellos, por eso suelen llevar una filacteria o cartela identificativa.

Profetas. Son individuos por medio de los cuales Dios anuncia gravísimas calamidades a la Humanidad y, en especial, a su Pueblo Elegido. La tradición bíblica señala cuatro profetas mayores (Isaías,

Jeremías, Ezequiel y Daniel) y doce menores (Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías). Todos ellos van semiuniformados con mantos que, a veces, les cubren la cabeza. Llevan una aureola poligonal y una filacteria o cartela identificativa.

Los profetas Jeremías, Joel y Miqueas (óleo sobre tabla, 1481-1487, Museo Provincial de Zaragoza).

La Torre de Babel. Una especie de rascacielos de anchura decreciente hacia la parte alta y siempre inacabado. En la Historia Sagrada simboliza la soberbia de los hombres y, más particularmente, la de constructores, promotores y arquitectos. Yahvé saboteó las obras y los castigó por la parte más débil, como hace siempre: confundió las lenguas de los albañiles y los peones, ya de por sí bastante ininteligibles. Cuando el del andamio pedía más mezcla, el peón de la garrucha le enviaba ladrillos, y cuando precisaba ladrillos, recibía una espuerta de arena. Al final abandonaron. La iconografía muestra a los obreros y los constructores tapándose la boca con la mano para expresar que Dios les confundió las lenguas.



La Torre de Babel (óleo de Brueghel el Viejo).

Lot y la estatua de sal. Un viejo de barba blanca y aspecto venerable. Es representado en dos secuencias de su vida:

• Durante su huida de Sodoma y Gomorra, las dos ciudades cuya depravación castiga Dios con una lluvia de azufre ardiendo. En primer término suele verse a Lot, que huye con la familia; en segundo término, retrasada, su esposa convertida en estatua de sal por desobedecer a Dios que les había advertido de que no volvieran la vista. Al fondo, ardiendo, Sodoma.

• Otra escena de la vida de Lot lo representa borracho. Sus hijas lo embriagan para yacer con él, no por vicio, que conste, sino afligidas porque se les pasa el arroz y no se consideran realizadas si no tienen hijos.

Abraham e Isaac. Abraham viste túnica y gasta barba patriarcal. En época medieval le colocan la aureola poligonal, propia de los santos de la Ley Antigua. En algunas representaciones está a punto de sacrificar a su hijo Isaac cuando un ángel detiene su mano.[5] En otras aparece con el sumo sacerdote Melquisedec o con tres ángeles sentados a la mesa, símbolo de la Santísima Trinidad. Es patrón de los fundamentalistas que acatan, sin cuestionarlos, los dislates de Dios o de sus autoproclamados vicarios.

El sacrificio de Isaac. Un joven imberbe carga con un haz de leña y sigue dócilmente a su padre ignorante de que se dispone a sacrificarlo por mandato divino. También se representa maniatado sobre la pila de leña en el momento culminante de la historia, cuando el padre va a degollarlo y la voz de Dios lo detiene en el último instante.

San Isaac es el patrón de los ventrílocuos.

Isaac y Jacob. Hijo de Abraham y Sara, Isaac tuvo dos hijos gemelos, Esaú y Jacob, de los que la primogenitura (y todos los derechos a ella asociados) correspondían a Esaú, que nació primero, con el otro pisándole literalmente los talones (pues salió del claustro materno agarrándolo por un pie). Cuando Isaac, ya viejo y ciego, sintió próxima la muerte, llamó a Esaú y le pidió que le preparara su comida favorita porque iba a bendecirlo. La bendición paterna era, entre los antiguos israelitas, el acto que transmitía los derechos de primogenitura. Mientras Esaú estaba en el campo, tratando de cazar algo, Rebeca, la madre, ideó una estratagema para que el ciego bendijera al otro hijo, a Jacob, que era su ojito derecho. La señora no se anduvo por las ramas: mató un cordero, preparó un guiso e hizo que el muchacho suplantara a su hermano con los brazos cubiertos con la piel del animal sacrificado (para que el ciego, al tocarlos, creyera reconocer los de Esaú, que era muy velludo). Isaac se tragó el anzuelo y bendijo al hijo equivocado. La bendición era un acto irreversible, así que el primogénito se quedó sin el mayorazgo.[6]

Las imágenes nos presentan a Isaac, ciego y anciano, palpando los brazos de Jacob sin descubrir la suplantación mientras que la madre, la artera Rebeca, vigila el patio, no sea que se presente Esaú.[7]

El sacrificio de Isaac (óleo de Andrea del Sarto).

Jacob. Se le representa en distintos momentos de su vida:

• Dormido en tierra con la cabeza apoyada en la piedra sagrada ungida con aceite (*betel*), sueña con una escalera por la que los ángeles transitan entre la Tierra y el Cielo.

• Pastor, apacentando el rebaño de su tío Labán.

• Con la grácil Raquel, junto a un pozo, iniciando el cortejo.

• Cuando se reconcilia con su hermano Esaú, al que arrebató la primogenitura con engaños.

• Luchando con el ángel que le salió al paso cuando regresaba a Canaán. El ángel no pudo derrotarlo, pero lo encojó y, al revelarle su identidad divina, le dijo: «En adelante te llamarás Israel, o sea "el que lucha con Dios"». Los descendientes de Jacob constituirán el pueblo de Israel.

San Jacob es el patrón de los cocineros, por el insuperable punto que le daba al potaje de lentejas.

Escalera de Jacob (miniatura medieval).

José y sus hermanos. Jacob se casó con dos hermanas, Lea y Raquel, las hijas de Labán. Lea concibió cuatro hijos (Rubén, Simeón, Judá y Leví), pero Raquel no lograba quedarse embarazada por más que reiteraban el acto en todas las posturas imaginables. Celosa de su hermana, animó a Jacob a encamarse con las criadas. Accedió él, por

complacerla, no por vicio, y de una de ellas, Bilha, tuvo dos hijos, Dan y Neftalí, y de otra, Zilpa, otros dos, Gad y Aser. Después de esto, Lea añadió otros tres retoños a la lista, Isacar, Zabulón y Dina, la única niña. Por fin, Dios se apiadó de la desdichada Raquel y le permitió que concibiera dos retoños: José y Benjamín.

José, mozuelo imberbe y tirando a delicado, vive ocioso y consentido entre las faldas de mamá mientras que sus hermanos se desloman trabajando (y encima parece que tiene poderes, pues interpreta los sueños y lee el destino en las rayas de las manos).

Al joven José lo retratan en diversas escenas de su vida, que fue intensa:

• En el campo, junto a un pozo, rodeado de sus once hermanos, todos mayores que él, rudos y barbados. José les cuenta un sueño que ha tenido: acababan de segar doce gavillas de trigo y las de sus hermanos se inclinaban ante la suya, que permanecía erguida en el centro.

• Drama rural en el Canaán profundo. Los hermanos de José deciden librarse de él y, de paso, sacarse algún beneficio, así que lo venden como esclavo a unos mercaderes que van a Egipto. Luego, le llevan a Jacob su túnica manchada con sangre de chivo y le cuentan que lo devoró un león. El chivo lo asan y se lo comen, para eliminar las pruebas de su delito.

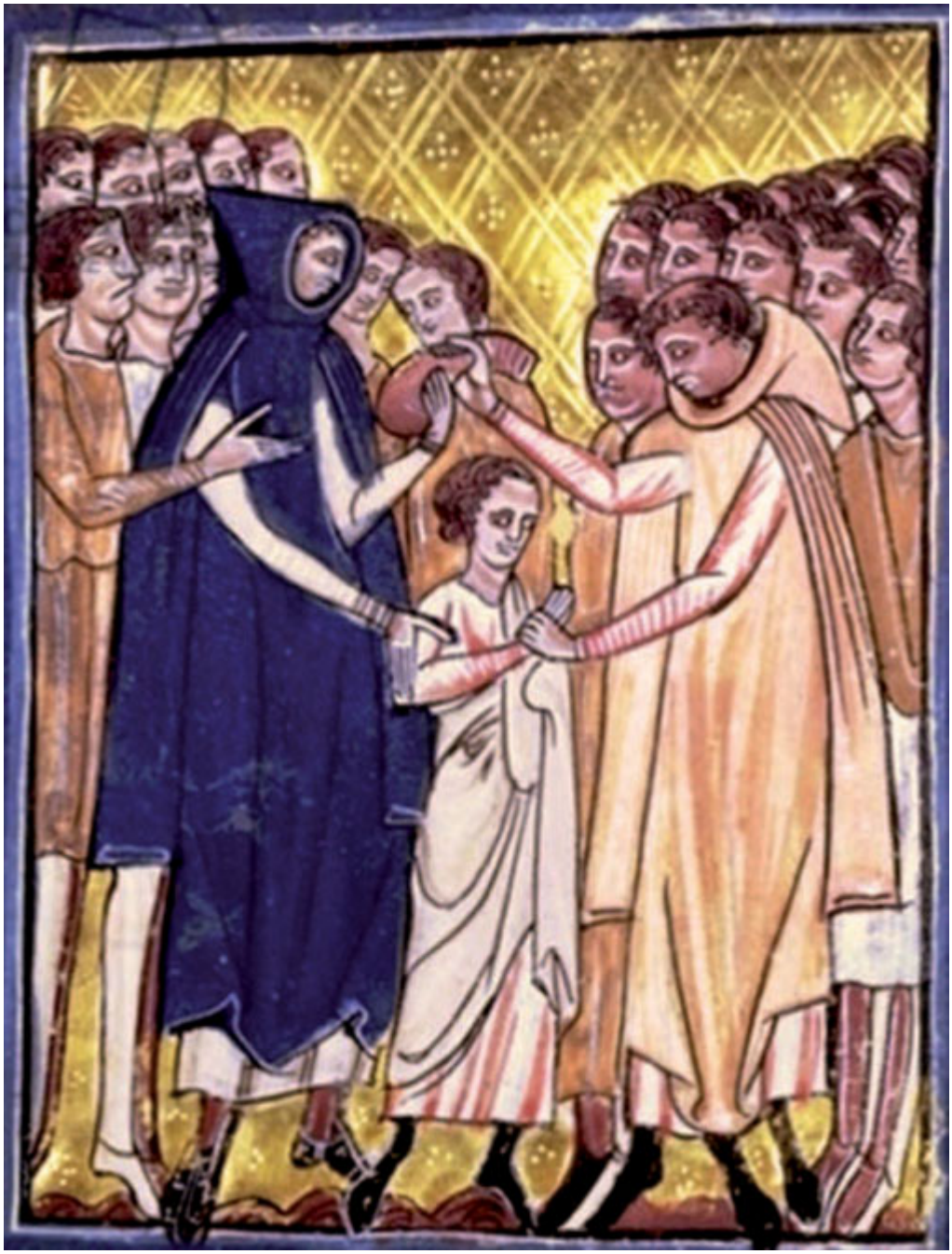
• En Egipto, José se ha convertido en un yogurín que atrae a las cuarentonas. La lúbrica mujer del ministro Putifar intenta beneficiárselo, pero él escapa de su alcoba dejando el manto en su poder.

• Despechada por la negativa del muchacho, la Putifara lo denuncia por tentativa de violación y aporta el manto del acusado como prueba. Lo encarcelan.

• En la cárcel, José acierta en su interpretación de los sueños del copero y del panadero del faraón, que estaban encerrados por malversación de fondos, y les asegura que muy pronto se verán libres y rehabilitados.

• Tal como predijo el mancebo, el faraón los devuelve a sus tareas y ellos se lo recomiendan como intérprete para unas pesadillas que el mandatario sufre últimamente. José descifra los sueños del faraón (el de las vacas gordas y el de las vacas flacas, el de las espigas granadas y el de las espigas vanas) y vaticina que se avecinan siete años de hambre y otros siete de abundancia. Agradecido, el faraón pone a José al frente de su casa y le confía su propio sello (o sea, lo nombra canciller).

• Llega la anunciada hambruna. Los hermanos de José acuden a Egipto a comprar trigo, comparecen ante el canciller y no reconocen en él a José, tan cambiado está.



José vendido por sus hermanos (manuscrito de 1250).

• José oculta una valiosa copa en el saco de Benjamín para inculparlo, y detiene a todo el grupo bajo la acusación de robo. Aterrados, elevan protestas de inocencia. José se apiada de ellos, se identifica, los perdona y los invita a trasladarse con sus familias a Egipto. La escena no puede ser más emotiva.

• Los descendientes de Jacob se multiplican en Egipto hasta constituir un pueblo numeroso formado por doce tribus, cada una descendiente de uno de los hijos del patriarca. A principio les va bien, pero, después de unas cuantas generaciones, el faraón los esclaviza y Yahvé decide que es el momento de sacarlos de aquel cautiverio para conducirlos a la Tierra Prometida, Canaán.

Moisés. La figura del libertador de Israel es fácilmente identificable porque de la frente le brotan dos cuernecillos y sostiene en las manos las Tablas de la Ley. Esto de los cuernos requiere cierta explicación porque la gente es mal pensada y da en imaginar lo que no es. Los cuernos de Moisés proceden de una traducción del texto bíblico original perpetrada por san Jerónimo. Cuando Moisés desciende del monte Sinaí, donde se ha entrevistado con Dios, «la piel de su rostro se había vuelto radiante», dice la Biblia (Ex 34, 29-30). En el original hebreo el verbo «irradiar», «emitir rayos», es de la misma raíz que el sustantivo «cuernos», así que san Jerónimo no se lo pensó dos veces y tradujo: *cornuta esset facies sua*, o sea, «su rostro era cornudo». Ya se ve a dónde nos conduce que los traductores estén tan mal remunerados. Excuso decir que como la Vulgata de san Jerónimo es el texto oficial de la Iglesia, los pintores y los escultores tampoco se lo pensaron dos veces y retrataron a Moisés con cuernos: el que paga, manda.[8]

Existen muchas ilustraciones de la vida de Moisés. La más divulgada nos lo presenta cuando se entrevista con Yahvé (en figura de zarza ardiente) en el Sinaí y recibe las Tablas de la Ley (y los cuernos). Otras imágenes de la vida de Moisés son: siendo bebé, cuando la hija del Faraón lo adopta tras encontrarlo flotando en el Nilo en una cesta-cuna; Moisés ante el faraón cuando le advierte: «Deja partir a mi pueblo»; las diez plagas de Egipto con las que Dios castiga la negativa del faraón;[9] el paso del mar Rojo, la recogida del maná en el desierto y la adoración del Becerro de Oro.

Moisés (Miguel Ángel).

Las Tablas de la Ley. Dos lápidas de un palmo de ancho por dos y pico de alto, redondeadas por arriba, en las que el dedo de Yahvé inscribió los Diez Mandamientos. Se representan en manos de Moisés, juntas o separadas, a veces con las cifras romanas del I al X alusivas a los preceptos divinos.

Moisés con las Tablas de la Ley.

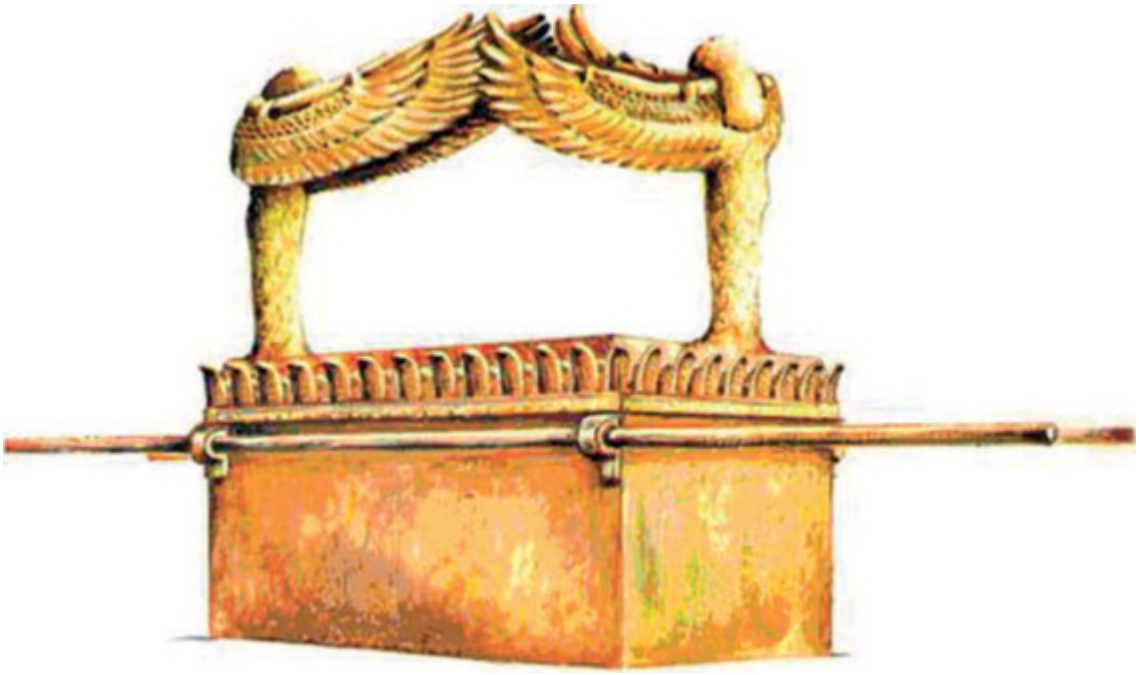
Aarón. Hermano y lugarteniente de Moisés, Aarón es representado como un hombre de mediana edad, barbudo, ataviado a la moda de los sacerdotes hebreos, con túnica ceñida por la cintura y mitra de dos picos. A veces lleva en las manos un bastón florecido o algún objeto litúrgico, un incensario o una jarra de unción.

Aarón era sacerdote de la Ley Mosaica. Aparece en algunas escenas del Éxodo como embajador ante el faraón, o en la adoración del Becerro de Oro (que él toleró).

El Arca de la Alianza. Se representa como una caja rectangular llevada sobre andas por cuatro pollancones en la emigración de los judíos hacia la Tierra Prometida; otras veces, en el vadeo del Jordán;

otras, en la toma de Jericó. Encima de la tapa, lleva dos querubines arrodillados que extienden sus alas hasta tocarse las puntas.

El Arca contenía las Tablas de la Ley otorgadas por Dios en el Sinaí y otros objetos litúrgicos. Era, por así decirlo, el asiento de Dios. Desapareció tras la destrucción del Templo de Jerusalén y no vuelve a mencionarse en la Biblia.



Recreación del Arca de la Alianza.

Los espías y los racimos de uvas. Dos mozos fornidos transportan con esfuerzo un racimo de uvas gigantesco colgado de un palo. Representa a la Tierra Prometida por Dios a su Pueblo Elegido, Canaán, donde, según las Escrituras, «corren arroyos de leche y miel». Está sobradamente demostrado que Dios exageraba notablemente y que se permitió la humorada de instalar a su Pueblo Elegido en medio de un pegujal seco y árido, el único terreno de Oriente Medio que carece de petróleo, en lugar de conducirlo a regiones mucho más fértiles del planeta que, como creadas por él, debía conocer. Los dos mozos con el racimo de uvas son hoy el logo del Ministerio de Turismo israelí. Se ve que la faena está olvidada y que los judíos actuales no le guardan rencor.

Sansón. Un forzudo al estilo de Hércules, con barba y larga cabellera. Se viste de sucintas pieles diseñadas para que luzca una musculatura potente, pero natural, sin anabolizantes. Va armado con una maza o una quijada de burro. Sus escenas biográficas más conocidas son:

• Con las manos desnudas, desgarra las fauces de un león.

• Platicando con la taimada Dalila. Es sabido que esta lagarta al servicio de los filisteos lo sedujo para descubrir el secreto de su fuerza. Sansón le reveló imprudentemente que residía en su cabellera. Dalila se la rapó (aprovechando que dormía profundamente tras la plática amorosa) y avisó a los filisteos, que lo capturaron, cegaron, vejaron y condenaron a accionar una piedra de molino.

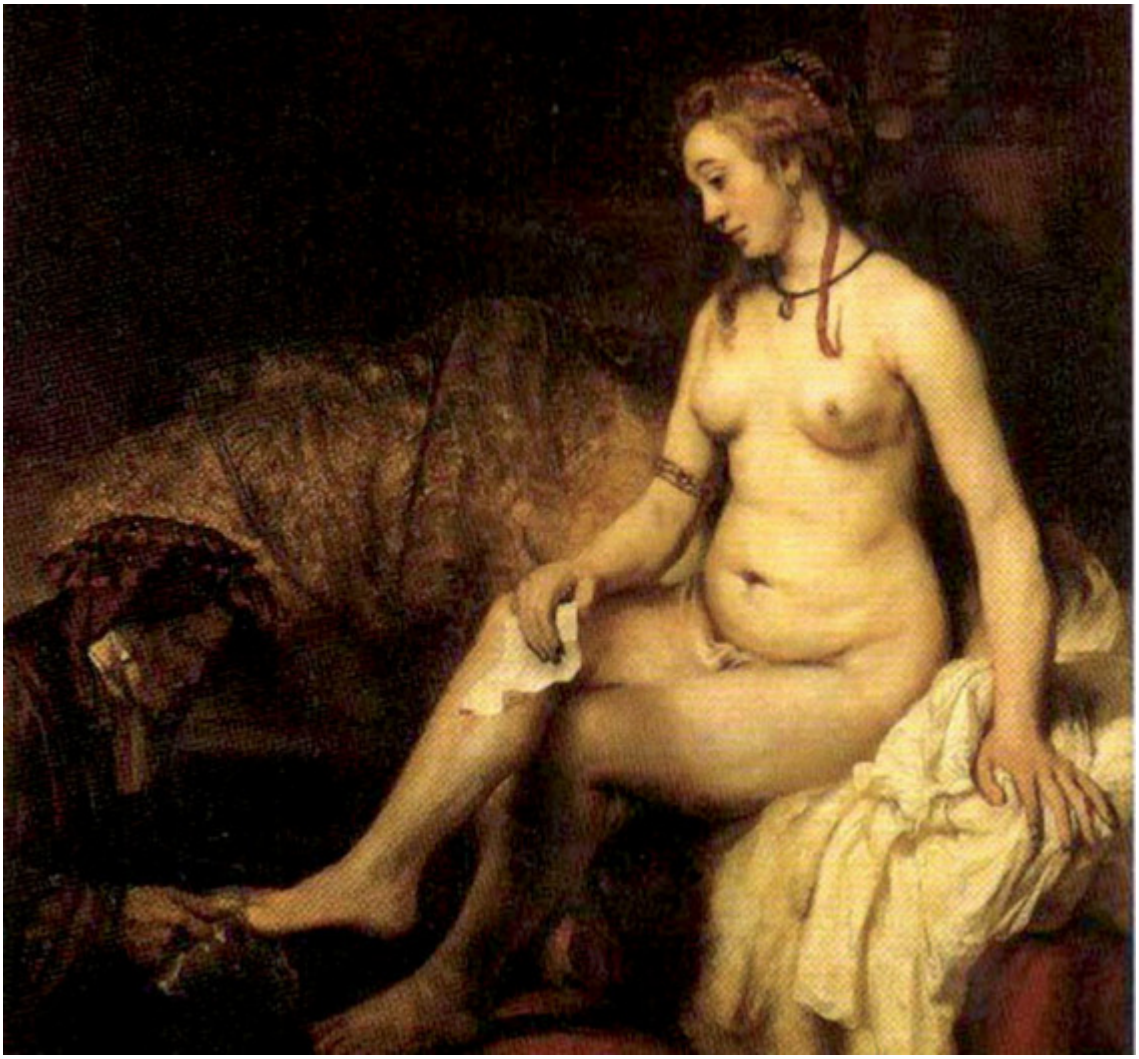
• Han pasado unos meses. Sansón, ciego, sigue cautivo de los filisteos, que lo mantienen encadenado a las columnas del templo. Le ha crecido algo el pelo y ha recuperado su proverbial fuerza. Un día de fiesta mayor y de precepto, cuando el templo está atestado de fieles, el forzudo empuja las columnas hasta que el techo se desploma aplastándolo a él y a una multitud de filisteos.[10]

Rey David. Unas veces, se le representa como un joven pastor que toca la flauta o caramillo rodeado de su rebaño; otras, lo vemos ungido por el profeta Samuel mientras la mano de Dios aparece en las alturas; otras, mata a un oso o a un león (que se le llevaba una oveja) o incluso al gigante Goliath (puede aparecer decapitando su cadáver); otras, tocando su arpa para aplacar al rey Saúl que arremete contra él espada en mano (no porque desafinara, sino en un rapto de locura). También lo vemos danzando delante del Arca de la Alianza cuando la devuelven triunfalmente a Jerusalén.

El rey David (Pedro Berruguete).

Goliat. Un gigante filisteo al que el joven David (más tarde rey de Israel) mató de una pedrada en la frente y después decapitó. Casi siempre aparece desmayado en tierra antes de perder la cabeza o ya sin ella.

David y Betsabé. Betsabé es una mujer joven y sensual. A menudo, aparece desnuda tal y como Dios la trajo al mundo o simplemente lavándose los pies. El rey David, oculto, la contempla con deseo. De hecho, se encalabrinó.[11]



Betsabé en el baño (Rembrandt).

Absalón. Es el díscolo hijo de David que pretendía el trono y acabó desastradamente por rebelarse contra su padre. El arte lo representa en su trágica muerte: huyendo a caballo queda prendido por sus largos cabellos en la rama de un árbol y, allí colgado, lo alancea y mata Joab (2 Sm 15, 1-13).

El rey Salomón. Se representa barbado, con vestiduras regias, cetro y corona o turbante. Generalmente lleva espada. Sus temas iconográficos más frecuentes son:

• El juicio de Salomón: dos madres recientes se disputan el mismo bebé. A una de ellas se le ha muerto el suyo y, trastornada, quiere el de la otra. Salomón demuestra su sabiduría al descubrir a cuál de las solicitantes pertenece el niño vivo.[12]

• Consagración de Salomón como rey, es decir, la firma del contrato para ponerse la corona.

• El encuentro con la reina de Saba, que viene a conocerlo y a lo que surja.

• Cuando, en un momento de debilidad, ofrece sacrificios a Moloc y Astarté con la consiguiente indignación del celoso Yahvé.

El rey Salomón (Pedro Berruguete).

El Templo de Salomón. El gran edificio que Salomón construye en Jerusalén para albergar dignamente el Arca de la Alianza en la que Yahvé mora es un motivo muy repetido en la iconografía judeocristiana. En la Biblia se describen varios objetos asociados al Templo:

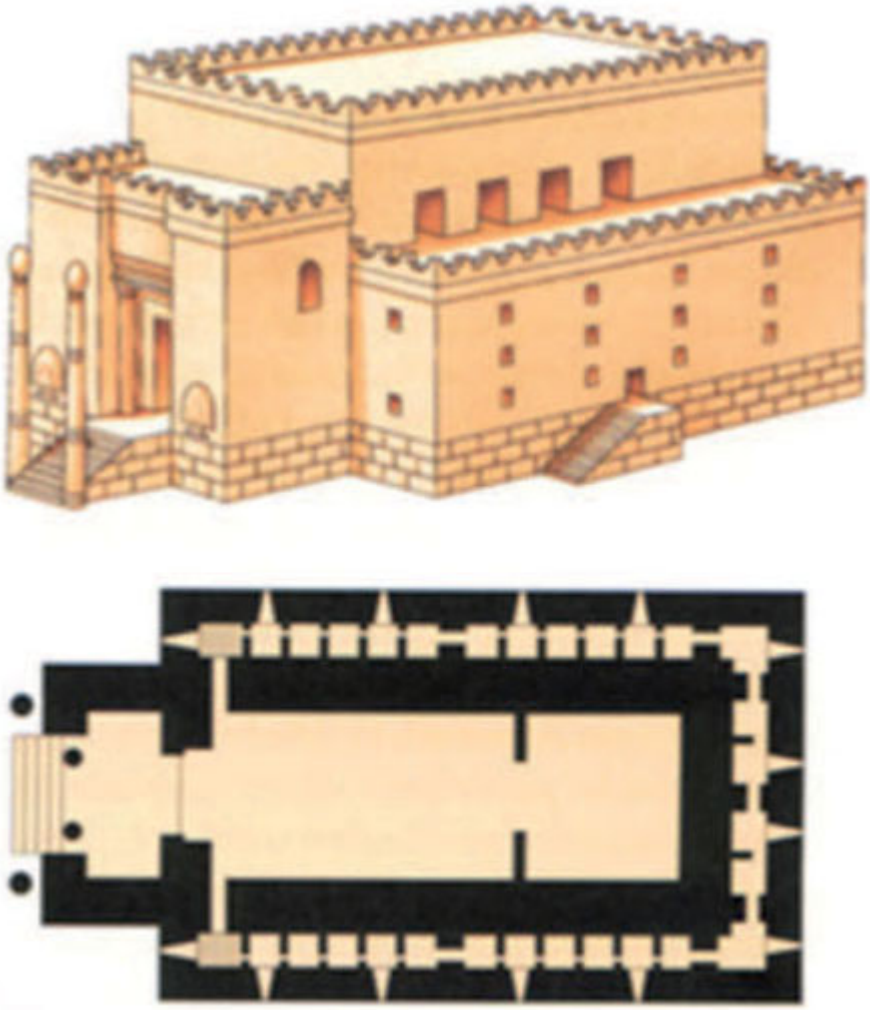
• **Candelabro de los Siete Brazos (*Menorah*).** Este candelabro de siete brazos simétricos, uno central y tres a cada lado, de la misma altura, aparece en las representaciones del Templo y en las escenas de su destrucción y saqueo por los romanos. La imagen más auténtica y famosa es la del Arco de Tito, en Roma.

Es el candelabro de oro que vio Zacarías en su quinto éxtasis. El ángel le dijo: «Son los siete ojos de Yahvé que recorren toda la tierra» (Za 4, 10; 2 Cr 16, 9).

Candelabro de los Siete Brazos (Arco de Tito, Roma).

• **Mar de Bronce.** Este recipiente ritual se hallaba en el patio del Templo. Según la Biblia, «era redondo, con cinco metros de diámetro y dos y medio de alto; un cordel de quince metros medía su circunferencia. Debajo del borde, de hecho, había una hilera doble de calabazas de metal fundido. El Mar de Bronce se apoyaba en doce bueyes, tres que miraban al norte, tres al oeste, tres al sur y tres al este;

la parte posterior de su cuerpo estaba tapada por el Mar que se apoyaba en ellos. El espesor del Mar era de un palmo, su borde tenía la forma de una copa, parecido a una azucena; podía contener dos mil medidas».



El Templo de Salomón.

Jonás y la ballena. Jonás, un anciano barbudo, sale de la boca de una ballena o cetáceo similar. Unos supersticiosos marineros fenicios lo arrojaron al mar pensando que les atraía la tempestad. Una ballena enviada por Dios se lo tragó, lo retuvo en el vientre tres días y luego lo regurgitó sobre una playa, sano y salvo. Más raramente lo encontramos pensativo a la sombra de un árbol, con la ciudad de Nínive al fondo.

Es el santo patrón de los submarinistas.

Jonás y la ballena (vitral de la catedral de Canterbury, Londres).

Los cuatro profetas mayores. En este caso, el tamaño sí importa: a Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel se les llama «profetas mayores» porque sus libros son más largos y gruesos que los del resto.

• **Isaías.** Es, quizás, el profeta más reverenciado, citado y representado por la Iglesia porque se supone que anunció el Nacimiento y la Pasión de Jesús.[13] Lo pintan como un anciano de grandes barbas. Cuando no lleva una cartela o filacteria identificativa, se denota por una rama de árbol (el Árbol de Jessé, que comentaremos enseguida), o por el carbón ardiente con el que un serafín enviado por Dios purificó sus labios.

En ocasiones, luce aureola poligonal y filacteria con algunos de los textos en los que profetiza la Encarnación del Señor. En la iconografía cristiana resulta difícil a veces discernir quién es quién entre los profetas bíblicos, pues todos usan barba y visten de modo parecido. Para evitar confusiones sus representaciones suelen acompañarse con cartelas o filacterias identificativas.[14]

Isaías menciona en sus profecías el **Árbol de Jessé**, un tema muy repetido en el arte cristiano, especialmente entre los siglos XII y XVII. En las representaciones más antiguas, Jessé, padre de David, sostiene un arbolito con la figura de Jesús en la aguja. A esta sucedió la representación de Jessé como anciano barbudo que sestea apaciblemente en un prado, sosteniéndose la cabeza con una mano, mientras de su pecho brota un robusto árbol genealógico en cuyas ramas posan, como bolitas en un pino navideño, catorce antecesores de Jesús, todos ellos reyes y profetas del Antiguo Testamento. En lo alto aparece Cristo rodeado de palomas que simbolizan los siete dones del Espíritu Santo. Debajo, la Virgen.

El profeta Isaías (catedral de Palermo, Sicilia).

• **Jeremías.** Este hombre de edad avanzada, ataviado con túnica, barba y gorro oriental, tiene como principal atributo un libro. Otras veces, una filacteria identificativa. En la escena más divulgada, lo vemos sentado frente a Jerusalén lamentándose por su destrucción. Es el origen de las expresiones: «lamentaciones de Jeremías» o «jeremiadas».

• **Ezequiel.** Un anciano venerable vestido de sacerdote de Israel y que se acompaña con una doble rueda de fuego o por escenas apocalípticas inspiradas en sus visiones. Profetizó la inminente destrucción de Jerusalén, castigo divino porque el pueblo (especialmente las mujeres) adoraba a Tammuz.

• **Daniel.** Un joven imberbe, con túnica corta o larga, rodeado de leones pacíficos. Algunas veces tocado con el gorro frigio de los orientales. Es el patrón de los domadores.

Elías. Un anciano con pinta de alelado que viste túnica o pelliza y gasta grandes barbas. Sus atributos son la espada flamígera, una rueda de su carro de fuego y el cuervo que lo proveía de alimento durante su estancia en el desierto.

Este profeta del siglo –IX se enfrentó con el rey Ajab y a Jezabel, la esposa pagana de éste. Después de una vida fecunda en profecías y admoniciones, no siempre cómodas para el poder, un buen día desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Su discípulo y meritorio Eliseo aseguró que un carro de fuego tirado por caballos igualmente ígneos lo había arrebatado y llevado al Cielo, una versión que la policía no cuestionó y la Biblia da por buena. Lo cierto es que el profeta se había convertido en un incómodo ciudadano y gozaba de escasas simpatías en los círculos del poder. J. J. Benítez y otros prestigiosos ufólogos aseveran que aquel carro de fuego era un platillo volante y que el profeta fue en realidad abducido por extraterrestres.

Elías reaparece muchas páginas más adelante, ya en los Evangelios, en el episodio de la Transfiguración, cuando departe con Jesús en compañía de Moisés.

Ascensión de Elías (Juan de Valdés Leal, iglesia del Carmen Calzado, Córdoba).

Susana. Una chica de excelentes prendas, tanto físicas como morales, opimas caderas, firmes glúteos, copiosos pechos, se está bañando en su jardín, despreocupada e inocente, sin advertir que dos viejos libidinosos la observan camuflados entre el follaje. Excitados, los dos carcamales intentan seducirla y, cuando ella los rechaza, se vengan

calumniándola. El justo Daniel advierte el engaño, falla a su favor y condena a los viejos a la lapidación, el bárbaro castigo bíblico. El episodio permite a los artistas regodearse en la representación de un desnudo femenino sin incurrir en sospechas.

Susana y los viejos (óleo de Alessandro Allori, Museo de Dijon, Francia).

Nabucodonosor. A este rey de Babilonia (siglo –VII) lo pintan muy peludo, a cuatro patas y paciendo hierba por castigo divino. En otras representaciones lo encontramos más compuesto, interrogando a Daniel sobre un sueño que ha tenido: el coloso con los pies de barro, símbolo de la fragilidad del poder, y el árbol derribado por un ángel (más de lo mismo).

Tobías. Existen dos Tobías: el padre anciano de barba venerable y el hijo mozalbete, algo alelado, pero obediente. Tobías padre pierde todos sus bienes en el exilio de Nínive en castigo por dar mosaica sepultura a judíos ejecutados. Por si fuera poca desgracia, se traspuso con los ojos abiertos bajo un alero del tejado, lo cagó una paloma y se quedó ciego. El arcángel san Rafael lo visita bajo apariencia humana y Tobías le encomienda que escolte a su hijo, quien va a cobrar una deuda a casa de unos parientes. Las escenas de esta historia más representadas son:

• Tobías júnior de camino con Rafael. A veces, ambos pasean cogidos de la mano. Esta imagen prefigura la del Ángel de la Guarda.

• A la orilla de un río, Tobías asesorado por el ángel captura un pez de enorme tamaño. Este será su principal atributo.

Tobías y el ángel (Museo de Guadalajara).

Job. Un anciano postrado en medio de un muladar, leproso y casi desnudo (a veces lo acompaña un perro, un amigo o el diablo que intenta convencerlo para que abomine del Dios y se cambie de bando).

Job era un ciudadano próspero que vivía en un barrio exclusivo, sin que le faltara de nada. Tenía una familia encantadora y bien avenida, siete hijos y tres hijas, pero Dios, en una apuesta con un ángel, le envió toda clase de desgracias para comprobar si las soportaba sin apostatar. Muchos consideran que la verdadera catadura moral del Dios de la Biblia (que es también el nuestro) se pone de manifiesto en este episodio.

Ester o Esther. La imagen más divulgada nos presenta a una dama guapa y resultona vestida de gran gala, con mucho brocado y joyas, que intercede ante Asuero[15] por sus correligionarios judíos perseguidos por el ministro Amán. Prendado de la elocuencia de la dama, pero sobre todo de sus carnes, Asuero hace ahorcar a Amán. «Tiran más dos tetas que dos carretas», se oyó murmurar al ministro cuando el verdugo le ajustaba la soga.[16] La Iglesia considera a Esther la prefiguración de la Virgen, como salvadora del género humano. Algunos pintores no lo tienen en cuenta y la pintan medio desnuda para que su hermosísimo cuerpo justifique el empeño de Asuero.

Esther (óleo de Théodore Chassériau, 1841).

Judit. Una suculenta mujer, ataviada con ricas vestiduras y muy enjoyada, acaba de degollar y decapitar al general Holofernes en el propio instante en que intentaba beneficiársela después de invitarla a una espléndida cena en su tienda, en la que ha corrido el vino en abundancia.

De este modo, Judit, viuda de Manasés, se sirvió de una atracción fatal para liberar al pueblo judío de la tiranía de Holofernes, rey de Nívive.

12

Cuatro animales de compañía

En la portada de muchas iglesias vemos la mandorla o almendra que contiene a Cristo en actitud mayestática, la mano derecha bendiciendo y el libro de los evangelios en la izquierda.[1] A menudo aparece rodeado de cuatro figuras que representan a los cuatro evangelistas: león (Marcos), buey (Lucas), águila (Juan) y ángel (Mateo).

Los cuatro Evangelistas (óleo de Pedro Pablo Rubens).

El origen de esos animales se puede rastrear en la astrología zodiacal babilonia en la que existían los signos de Tauro, Leo, Escorpio (que se sustituye por el águila) y Acuario (el hombre alado). Estas cuatro

constelaciones correspondían, respectivamente, al equinoccio de primavera, el solsticio de verano, el equinoccio de otoño y el solsticio de invierno.

San Juan Evangelista. El autor del cuarto Evangelio y del Apocalipsis, último libro del Nuevo Testamento, admite hasta tres representaciones:

1. En las escenas de la Pasión, se nos presenta como un joven imberbe y moreno que acompaña a Jesús en la Santa Cena o a María en el Calvario. Esta identificación es errónea, puesto que el san Juan acompañante de Jesús es distinto del que escribió el Evangelio.

2. En su papel de evangelista, es un hombre barbado que escribe sobre un pupitre o *scriptorium* monacal y tiene un águila al lado, a veces sujeta con una cadena.

3. En las escenas de su martirio (*San Juan ante Portam Latinam*) lo retratan dentro de un caldero de aceite.

San Juan forma, junto con Pedro y Santiago, el grupo de los discípulos favoritos de Jesús. Los tres estuvieron presentes en la Transfiguración, y presenciaron varios milagros y la agonía de Cristo en Getsemaní.

No es casualidad que san Juan Bautista y san Juan Evangelista celebren su onomástica durante los solsticios de verano y de invierno.

La Santa Sede lo nombró patrón de los olivareros en 1846.

San Juan Evangelista (óleo de Juan de Borgoña, siglo XVI).

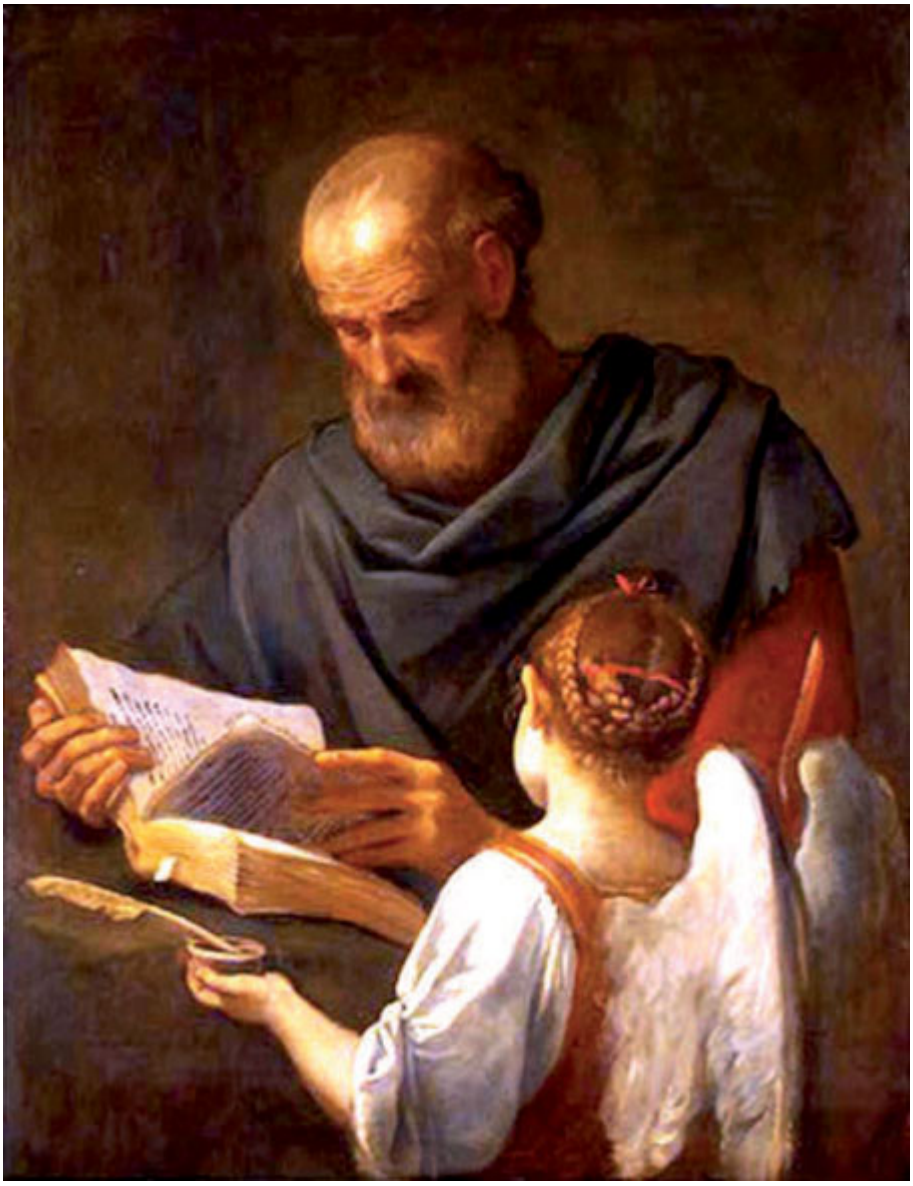
San Lucas Evangelista. Un hombre de mediana edad, barbudo, ataviado a la antigua, con túnica y manto. Se hace acompañar por un buey, su animal simbólico. En su calidad de evangelista aparece en ocasiones con pupitre, pluma y tintero. Otras veces, se dedica a pintar vírgenes con arte y aplicación. Acompañó a san Pablo en sus predicaciones. Es el patrón de los carniceros, de los cerveceros y de los cirujanos.

San Lucas (catedral de Valencia).

San Marcos Evangelista. Este apóstol y presunto autor del segundo Evangelio canónico se representa como un hombre que escribe en un pupitre antiguo con un león alado a los pies. En su calidad de evangelista lo suele acompañar el recado de escribir, libro, pluma y tintero, junto con una cartela con las palabras atribuidas a Juan Bautista: «Una voz ruge en el desierto».[2]

San Marcos.

San Mateo Evangelista. Un anciano, en un pupitre, escribe en compañía de un ángel que representa al hombre «porque su Evangelio comienza con la lista de los antepasados de Jesús como hombre», y porque narra la aparición de un ángel a san José. Huyendo de la persecución, se fue al extranjero a evangelizar. Lo martirizaron en Etiopía, según se cree.



San Mateo.

13

Los doce colegas de Jesús

Jesús se hacía acompañar por una *troupe* de fans incondicionales, su curia como si dijéramos: los doce apóstoles a los que se apareció después de muerto y resucitado (con la adición de Matías y Pablo). Los originales fueron: Simón, apodado Pedro; Andrés, hermano de Pedro; Jacob, Jacobo, Santiago el hijo de Zebedeo o Santiago el Mayor; Juan, el menor de los doce, también hijo de Zebedeo (por tanto, hermano de Santiago el Mayor); Felipe de Betsaida; Bartolomé, llamado también Natanael de Caná; Tomás (llamado Dídimo o Mellizo); Mateo, el funcionario de Hacienda; Santiago el Menor o Santiago el de Alfeo; Judas Tadeo; Simón el Cananeo, llamado también el Celador o Zelote, y Judas Iscariote, el que vendió a Jesús.

La Santa Cena (Luis Tristán, Museo del Prado).

Los apóstoles más importantes se identifican por su símbolo: Pedro sostiene las llaves de la Iglesia; Pablo es calvo; Judas lleva la bolsa del dinero; Juan es el único imberbe y se conoce por su aspecto lánguido cuando no feminoide (dicho sea sin faltar); Andrés se acompaña con la cruz en aspa en la que lo crucificaron. Los otros suelen identificarse por las cartelas.

Veamos algunos con más detalle.

San Pedro. El apóstol y primer papa de la Iglesia se representa con tiara pontificia, cruz papal (la de tres travesaños horizontales) y las llaves del Reino de Dios (de oro la del Cielo y de plata la del Infierno). A veces se le asocia la cátedra de la Iglesia y el gallo (por sus famosas negaciones de Jesús). Otras veces aparece como pescador, con una red y un pez.

San Pedro (basílica del Vaticano, Roma).

San Pablo. Un hombre maduro, pequeño, calvo, barbado, vestido con el manto de los apóstoles. A veces lleva una espada; otras, un rollo de cordel como atributo de su oficio: tejedor de tiendas. La escena más representada de su amplia iconografía es la conversión en el camino de Damasco, cuando cayó del caballo.

Apodado el «Apóstol de las Gentes», su contribución a la configuración del cristianismo fue fundamental. Son famosas sus trece cartas.

Es el patrón del ramo de aire libre y deportes (como fabricante de tiendas de campaña).

San Pablo (El Greco). Con pelo, en contra de la norma.

Santiago Apóstol (o el Mayor). Viste de peregrino, con bordón y báculo, y se distingue de los otros santos peregrinos por su característica venera o concha de Santiago y por la cruz en forma de espada que luce en el pecho o en el hombro. A veces aparece con una espada que simboliza su martirio por decapitación o, más bien, su carácter guerrero como santo patrón de la Reconquista.[1] Antes era frecuente verlo a caballo, con dos o tres cabezas de moros en tierra, o atropellando moros enteros (Santiago Matamoros) en recuerdo de su supuesta intervención durante la batalla de Clavijo. Hoy la Iglesia, prudente como la serpiente y astuta como la paloma (¿o es al contrario?, siempre me hago un lío), ha retirado de sus templos esa iconografía tan políticamente incorrecta, no sea que se nos incomoden los fundamentalistas musulmanes y ocurra alguna desgracia.

Santiago el Mayor era discípulo de Jesús. Una tradición enteramente fabulosa supone que predicó el cristianismo en España y que la Virgen se le apareció en Zaragoza sobre un pilar o fuste de piedra (la Virgen del Pilar) para animarlo a proseguir su apostolado, que había dado hasta entonces escasos frutos. «Tú insiste —le dijo—, que, en este país, el que resiste, gana.»

Santiago perseveró y así fue como España llegó a ser es lo que es hoy: la tierra predilecta de María Santísima, la nación en la que el Sagrado Corazón reina con más veneración que en otras.[2]

Santiago Matamoros (escultura, siglo XVIII).

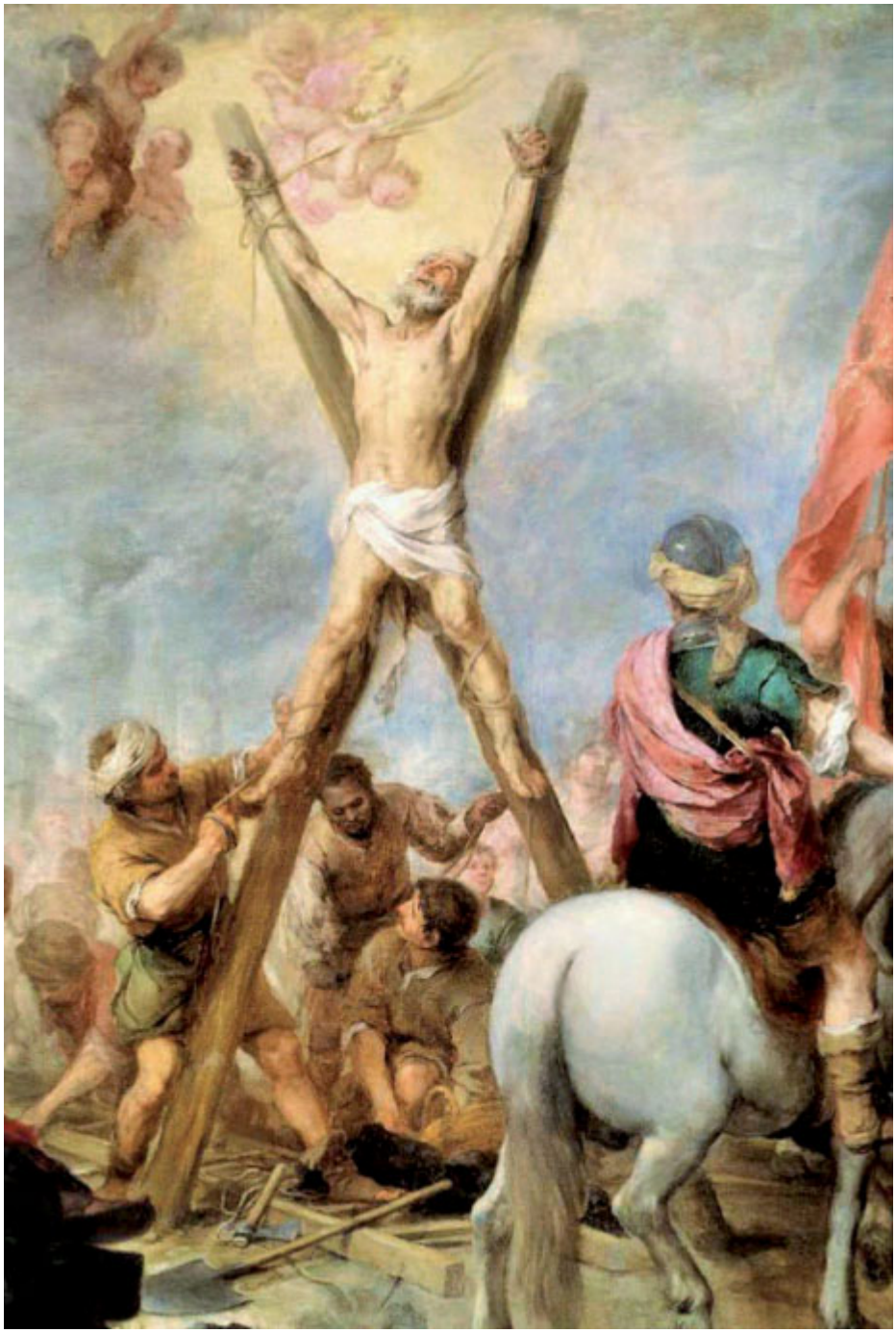
El Santiago histórico fue decapitado por Herodes Agripa hacia el año 42, como narra el Evangelio de san Lucas. Según la leyenda, sus seguidores rescataron el cadáver y lo metieron en una barca que, al séptimo día de milagrosa navegación, arribó al puerto de Iria, en

Galicia. El presunto sepulcro del Apóstol apareció en Compostela en la primera mitad del siglo IX y originó el más famoso centro de peregrinación de Occidente. Sánchez Dragó y otros hermanos descarriados aseveran que, en realidad, se trata del sepulcro del hereje Prisciliano. Vaya usted a saber.

San Juan. Ya mencionamos que no debe confundirse a Juan el Apóstol (imberbe) con Juan el Evangelista (barbado). Además de sus mejillas lampiñas, casi femeninas, lo identifica a veces un cáliz que sostiene en la mano.[3] Suele aparecer con figura de joven de delicados rasgos que no se aparta de Jesús y pertenece a su «círculo de dilectos». Incluso a veces lleva la confianza a reclinarse en su seno. Que era el favorito del maestro, «el discípulo a quien Jesús amaba», lo demuestra el hecho de que le encomendara cuidar de su madre cuando él faltara (*Stabat Mater*) y que a lo largo de su vida pública presenciara sus más gloriosas ocasiones: la Transfiguración, la oración en el huerto, la resurrección de la hija de Jairo y las apariciones de Jesús resucitado. Tanta confianza, añadida a la pertinaz soltería de Jesús, ha inducido a sospechar que hubiera entre ellos algo más que la amistad entre maestro y discípulo. También pudiera ser que el apóstol fuera, más bien, apóstola como parece indicar su retrato en la galería de la iglesia de San Miguel (Daroca, Zaragoza) donde, además, aparece embarazada.

San Juan (iglesia de San Miguel, Daroca).

San Andrés. Un anciano calvo con barba blanca que se apoya en una cruz en forma de aspa (la Cruz de San Andrés). Sostiene un libro en la mano, símbolo de sus predicaciones. Otras escenas representadas son las de su arresto, martirio, flagelación, crucifixión, descendimiento de la cruz y milagros legendarios. Este apóstol, hermano de san Pedro, predicó en la próspera ciudad griega de Patrás de Acaya, donde la gente era aficionada a los placeres (hoy es famosa por sus carnavales), y allá lo crucificaron por aguafiestas. Dos días tardó en morir (fue atado a la cruz, no clavado), durante los cuales no dejó de predicar, con un par.



Martirio de san Andrés (Bartolomé Esteban Murillo, Museo del Prado).

San Bartolomé. A san Bartolomé lo desollaron, por eso suele aparecer asociado al cuchillo desollador, a la piel arrancada o, en ocasiones, se le representa durante su martirio, a medio desollar, mostrando las carnes vivas con toda la musculatura, como en una

lámina de anatomía, y la mirada serena y elevada del mártir que todo lo sufre por el Señor. A veces nos lo ponen vestido de ropa, con la piel en su sitio y un libro en la mano, alusivo a su faceta de predicador.

Puede también asociarse a un demonio encadenado, porque era exorcista.

Según la tradición predicó en Arabia y Mesopotamia hasta la India. En Armenia lo desollaron vivo antes de crucificarlo y decapitarlo.

San Bartolomé desollado (catedral de Milán).

San Judas Tadeo. Lleva en las manos la palma del martirio y el hacha con la que fue decapitado. La leyenda lo supone hijo de Alfeo Cleofás, hermano de san José e hijo de Míriam Antera, la prima de la

Virgen. Probablemente, creció y se educó junto a Jesús. Se le ha identificado con el novio de las Bodas de Caná, donde Jesús realizó su primer milagro al convertir el agua en vino a ruegos de su madre, la Virgen María, que comprensiblemente quería lucir las habilidades de su retoño.

14

Figurantes del Nuevo Testamento

San Dimas. El Buen Ladrón, crucificado a la derecha de Jesús, aparece atado a su cruz, mientras un ángel desciende del Cielo a recoger su alma.

Es patrono de los ladrones, de los presos y, además, de los empleados y directivos de pompas fúnebres. Hay propuestas para que su imagen figure en lugar destacado en las sedes de partidos políticos y otras instituciones proclives a la mordida.

San José. El esposo de la Virgen María y padre putativo[1] de Jesús se representa como un hombre maduro y de aspecto bondadoso, o acaso simple, que sostiene una vara florida, símbolo de su aceptación de los desposorios con María. Otras veces se caracteriza con las herramientas propias de su oficio de carpintero. Las genealogías de Mateo (Mt 1, 1-17) y Lucas (Lc 3, 2338) lo consideran descendiente del rey David, y eso nos permite suponer que descendía de una familia de alcurnia venida a menos.

San José con el Niño (estampa, 1910).

La tradición católica exalta a san José como ejemplo de mansedumbre marital, puesto que aceptó de buen grado, y sin alteración conductual notable, la noticia de la paternidad divina del Hijo que su mujer esperaba.

San José viene siendo patrono y defensor de la familia cristiana y, más específicamente, del gremio de los carpinteros por razón de su trabajo. Lo es también de los obreros en general (san José Obrero o san José Artesano). Además, el papa Pío IX lo proclamó en 1870 patrono de la Iglesia. Muchos directores espirituales lo invocan como protector contra las sospechas infundadas en el seno del matrimonio (porque descartó su duda inicial sobre el origen divino del embarazo de su esposa). En 1920 Benedicto XV lo declaró protector contra el comunismo y contra la relajación moral.[2] Es lo que le pasa por ser tan manso, que lo mismo sirve para un roto que para un descosido.

San Juan Bautista. Este profeta, hijo de Isabel y Zacarías y primo de Jesús, es representado como un joven de largos pero cuidados cabellos, unas veces con barba y otras sin ella, y, lo más peculiar, vestido con una piel de camello (a veces de carnero) alusiva a su permanencia en el desierto. Suele llevar una banderola con el *Agnus Dei*. Otras veces lo representan de niño, como compañero de juegos de Jesús o acompañado de un cordero. Niño u hombre, siempre lo identificamos por la piel que lo cubre.

Su historia es conocida: después de un prolongado retiro en el desierto, se instaló en el río Jordán para administrar a sus seguidores un bautismo de penitencia de parte del Espíritu Santo (eso aseguraba, al menos).

San Juan Bautista (Tiziano, Museo del Prado).

Sus predicaciones atraían multitudes a las que animaba con palabras de consuelo. Por ejemplo: «Haced penitencia y no os confiéis porque seáis hijos de Abraham, porque yo os aseguro que Dios es capaz de

hacer que los hijos de Abraham broten de estas piedras. Mirad que ya está el hacha dispuesta para tajar la raíz de los árboles, y que todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego».[3]

En la iconología abunda la escena en que Jesús le solicita el bautismo y él (san Juan) le replica: «¿Yo debo ser bautizado por Ti y Tú vienes a mí?», pero Jesús responde, como discreto: «Déjame hacer esto ahora. Así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia». Y Juan lo bautiza.

Otra iconografía sanjuanista muy divulgada es la relacionada con su martirio. El Evangelio de san Marcos (Mc 6, 17) nos narra que Herodes lo hizo decapitar a petición de la grácil Salomé, la hija de Herodías. El imprudente gobernante le había prometido entregarle lo que pidiera como premio por una danza del vientre tan sensualmente ejecutada que encalabrinaría al propio Job, y ella aprovechó la circunstancia para solicitarle la cabeza del Bautista en una bandeja de plata.

San Juan Bautista se considera el primer mártir que pereció en defensa de la indisolubilidad del matrimonio.

Santa Ana. La madre de la Virgen María aparece como una mujer madura y algo entrada en carnes que enseña a leer a la Virgen María niña. Otras veces acompaña a María y al Niño Jesús.

Joaquín y Ana constituían una pareja feliz y acomodada, pero eran estériles y por más que lo intentaban no lograban que ella se empreñara. La esterilidad era, entonces, un asunto grave. Joaquín, que era piadoso, fue a llevar su ofrenda al Templo y lo rechazaron por no tener descendencia.[4] Apenado, se dirigió a una montaña y rogó a Dios que le diera un hijo. Ayunó durante cuarenta días con sus noches mientras Ana lloraba su dolor. Así las cosas, una verdadera tragedia familiar, un ángel se les apareció anunciando que sus ruegos habían sido escuchados y que concebirían un hijo, lo que, en cuanto Joaquín se hubo repuesto del prolongado ayuno, pusieron en práctica.

Santa Ana (Museo Nacional de Escultura, Valladolid).

Embarazada, Ana prometió dedicar al niño al servicio de Dios. Cumplidos los nueve meses, dio a luz a una niña a la que llamó Míriam (María). Al cumplir María los tres años, Joaquín y Ana la llevaron al Templo para consagrarla a Dios, como habían prometido. María vivió

en el Templo hasta que cumplió los preceptivos doce años, edad en la que fue prometida por esposa a José (bárbara costumbre oriental esta, declarar núbil a una niña y casarla con un viejo, aún hoy vigente en ciertas *curturas*).

La Visitación (azulejo, siglo XVIII, Ayuntamiento de Arjona, Jaén).

Santa Isabel. A la madre de san Juan Bautista y prima de la Virgen María se la representa como una mujer madura y bella, vestida con túnica y manto. La escena más reproducida es la de la Visitación, en

que María, preñada, visita a su embarazadísima prima. Otras veces, aparece con san Juan Bautista en el grupo de la Sagrada Familia.

Santa María Magdalena. Una mujer hermosa, en su punto exacto de sazón, vestida de penitente sayal con una larga melena desparramada por espalda y pecho. A menudo, aparece en una cueva sin más mobiliario que una monda calavera y el tarro de perfume con el que ungió los pies de Jesús.

Los Evangelios en ningún momento afirman que la Magdalena fuera puta o meretriz, ni siquiera sugieren que fuera de moral distraída. María de Magdala era, más bien, una seguidora de Jesús, una discípula aventajada, una apóstola, una chica sencilla, pero de mucho talento, procedente de Magdala, villorrio a orillas del lago Tiberíades, que se había prendado espiritualmente del Maestro, pero que en ningún momento concibió pecaminosos pensamientos hacia su persona. Su pasión por el Señor nacía más bien de su agradecimiento. La Magdalena estaba poseída de demonios, Jesús le arregló el problema echándole siete y ella lo siguió el resto de su vida. El sambenito putescente que pesa sobre tan preclara mujer obedece a una simple confusión. La pecadora pública que perfuma los pies de Jesús, los riega con sus lágrimas y los seca con su frondosa cabellera (Lc 7, 36-49) aparece en la misma página del Evangelio en la que se menciona a María de Magdala como una de las mujeres a las que Jesús consoló. Existe cierto parecido accidental entre ellas: las dos lloran, las dos tocan los pies del Señor, aunque la pecadora se los perfuma y Magdalena se los ase (Mt, 28, 9; Jn 20, 17).

Magdalena (óleo de Julio Romero de Torres).

También se prestan a confusión estas dos mujeres, la ramera y la Magdalena, con otra María, la de Betania, la hermana de Marta y de Lázaro que en otro pasaje (Jn 12, 3) «tomando una libra de perfume de nardo puro, carísimo, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos».

El hijo pródigo. Un piadoso anciano de barba venerable recibe con los brazos abiertos a un joven andrajoso de expresión contrita. El mancebo, que le salió juerguista, putañero y manirroto, ha dilapidado el patrimonio y regresa impecune a vegetar al amparo del viejo sin dar

palo al agua. El padre lo perdona —a ver qué va a hacer— y, además, lo agasaja. Se comprende la indignación del hijo mayor, que se ha matado trabajando para acrecentar el patrimonio familiar mientras que el pródigo se prodigaba. La historia procede del Evangelio de san Lucas (Lc 15, 11-32).

El regreso del hijo pródigo (Rembrandt).

Lázaro de Betania. Se representa recién resucitado, saliendo de la tumba por su pie, todavía envuelto en la mortaja o vendado y bastante demacrado, lo propio del que llevaba difunto varios días. En segundo plano suelen aparecer sus hermanas Marta y María.

Santa Marta de Betania. Santa Marta se representa como una joven de la época de Jesús, con túnica y manto, generalmente de azul y verde. En algunas imágenes muestra una cruz, con un dragón a sus pies. En otras, oficia de ama de casa con delantal y llaves a la cintura, sirviendo a los huéspedes.

Marta era hermana de Lázaro y María. En su casa se hospedó Jesús al menos en tres ocasiones.

Es patrona de cocineras, sirvientas, amas de casa, hoteleros, casas de huéspedes, lavanderas y de las Hermanas de la Caridad.

Jesús en casa de Marta y María (Velázquez, National Gallery, Londres).

La Samaritana. Una caritativa mujer ofrece agua del pozo de Jacob a un caminante sediento (Jesús) contraviniendo el conocido refrán que aconseja: «Al enemigo, ni agua».

Los samaritanos constituían una comunidad escindida de los judíos y muy enemistada con ellos. La Samaritana simboliza la caridad superadora de diferencias ideológicas, una virtud que entre ciertos creyentes brilla por su ausencia.[5]

La Samaritana (siglo IV, catacumba, Vía Latina, Roma).

El buen samaritano. Un samaritano de buen corazón atiende y cura a un caminante malherido por unos salteadores. A lo lejos vemos al levita y al sacerdote que pasaron junto al herido y siguieron su camino sin apiadarse de él. La parábola significa que no es oro todo lo que reluce y que a menudo la clase sacerdotal se caracteriza por su dureza de corazón (además de por su codicia y ansias de poder).

Las vírgenes prudentes y **las vírgenes necias.** Por vírgenes hemos de entender «muchachas», no se piense otra cosa y menos en los tiempos que corren. Son las damas de honor que salen a recibir a un novio con lámparas de aceite, como era costumbre. Cinco de ellas, las prudentes, llevan aceite suficiente, pero las otras cinco, imprevisoras y

atolondradas, se quedan sin combustible para sus lámparas, han de ir a buscarlo y, cuando regresan, el novio no las admite en el banquete de bodas.

Vírgenes prudentes (catedral de Estrasburgo).

San Nicolás de Bari (Libro de Horas de Carlos V, 1507).

15

El abultado censo de los santos cristianos

¿Se imagina el lector una diosa de las cloacas, la que rige esos arroyos de mierda que recorren el subsuelo bajo nuestras ciudades? Pues sí. Los romanos, gente práctica, tenían a esa diosa, Cloacina, que velaba por el buen funcionamiento de su cloaca Máxima y el resto del alcantarillado.

También —aquí no sabe uno qué pensar— era la diosa protectora del coito dentro del matrimonio.[1] Los romanos tenían un dios o diosa para cada posible actividad o situación humana, una diosa protectora de la gestación, otra del parto, otra del primer mugido del neonato, etcétera.[2] Había un dios que maduraba las espigas, otro que te encontraba una llave que habías perdido, otro que aliviaba las hemorroides...

Los primeros cristianos, como antes habían sido paganos, echaban de menos a esos dioses menores. No creían que el único Dios de su nueva religión tuviera tiempo de atender, Él solo, a tantos creyentes. Además, esa ingente y a menudo desagradable labor que en los viejos tiempos de Júpiter-Zeus realizaban cientos de dioses menores ¿cómo iba a rebajarse a realizarla Él personalmente?

La diosa Cloacina en una moneda romana.

Horus alancea al cocodrilo Seth (relieve egipcio, Museo del Louvre).

San Jorge y el dragón (icono, Museo de San Petersburgo).

La Iglesia detectó esta inquietud de su feligresía, y, siempre atenta a su bienestar y a la propagación de la verdadera fe, toleró primero y fomentó después, a partir del siglo IV, la aparición de una multitud de dioses menores cristianos a los que tituló «santos».

La creación de los santos colisionaba frontalmente con el pretendido monoteísmo de la Iglesia (también relativo, dado que ese Dios único es, en realidad, tres, la famosa Trinidad), pero sus doctores y teólogos idearon la pertinente coartada.[3]

Esa forma amable de politeísmo la seguimos practicando alegremente los cristianos modernos: lo prueba la legión de santos y santas, de Cristos y Vírgenes (en sus diferentes advocaciones) que pueblan nuestros altares, cada cual con su especialidad y algunos de ellos disputándosela al vecino.[4]

El santoral evoluciona con el tiempo. Iniciado tímidamente todavía en tiempos romanos con la incorporación, más o menos disimulada, de dioses paganos,[5] se incrementó algo en tiempos islámicos (los mártires cordobeses) y creció prodigiosamente en la Contrarreforma, cuando la Iglesia española estimuló a los pueblos para que se pusieran bajo la protección de un santo relacionado con el lugar.

En los últimos tiempos las causas de santidad han desbordado el antiguo cauce: Juan Pablo II proclamó más de dos mil beatificaciones y canonizaciones, un número que supera con diferencia al de los santos proclamados por sus predecesores en un milenio.[6]

San Cristóbal (manuscrito medieval, siglo XIV).

Los santos cristianos inspiraron una rica iconografía que comenzó a aparecer prontamente en los ábsides de las iglesias, junto al altar, la zona que concentra la devoción de los fieles, y luego se extendió como una erisipela al resto del templo.

Por lo general, la vida de los santos se describe en las pinturas y retablos que adornan los templos. Para identificarlos, la Iglesia los rotulaba con cartelas o filacterias en las que figuraba el nombre del santo. No obstante, como la mayoría de los fieles era analfabeta, se recurrió a identificar a los santos con símbolos —los atributos— alusivos a su rango, a su martirio o a su oficio.

Hay tantos miles de santos que a veces el mismo atributo se repite en varios. Por eso hemos de atender a otros detalles, como atuendo, actitud, edad, fondo en el que se inscriben u otros elementos.

El Santo Ángel, patrono de España (estampa, hacia 1910).

Existe una diferencia sustancial entre santos y santas. La mayoría de los santos son apóstoles, doctores de la Iglesia —no es que fuesen médicos, sino que eran muy doctos—, teólogos, obispos, confesores o predicadores, es decir hombres que alcanzaron ese tratamiento por sus méritos intelectuales. Por el contrario, casi todas las santas obtienen esa gloriosa corona o nimbo de santidad tras soportar martirios atroces sin abjurar de sus convicciones cristianas.

Uno se pregunta si esta diferencia se debe a que la mujer, por su naturaleza sufrida, constituye la receptora ideal del tormento[7] o si se trata simplemente de que los que inventan las vidas de los santos son clérigos sexualmente desabastecidos y, por ende, enemigos de la mujer que se satisfacen con lúbricas ensoñaciones: santas en el lupanar o bien desnudas, a las que se les cortan los pechos, se les desgarran las carnes, etcétera.

Estatua romana de Juno travestida como santa Elena (basílica Santa Croce, Roma).

16

Ángeles del Cielo (y del Infierno)

El catolicismo suele representar a los ángeles como niños o donceles asexuados. Las primeras representaciones de ángeles, medievales, los retratan como un colectivo. A partir del Renacimiento, también se representan individualmente, en especial los que tienen nombre propio: Gabriel, Rafael y Miguel. Los ángeles pintados o esculpidos predominan en el barroco andaluz y pasan a América, donde los artistas crean tipos propios como el ángel arcabucero.

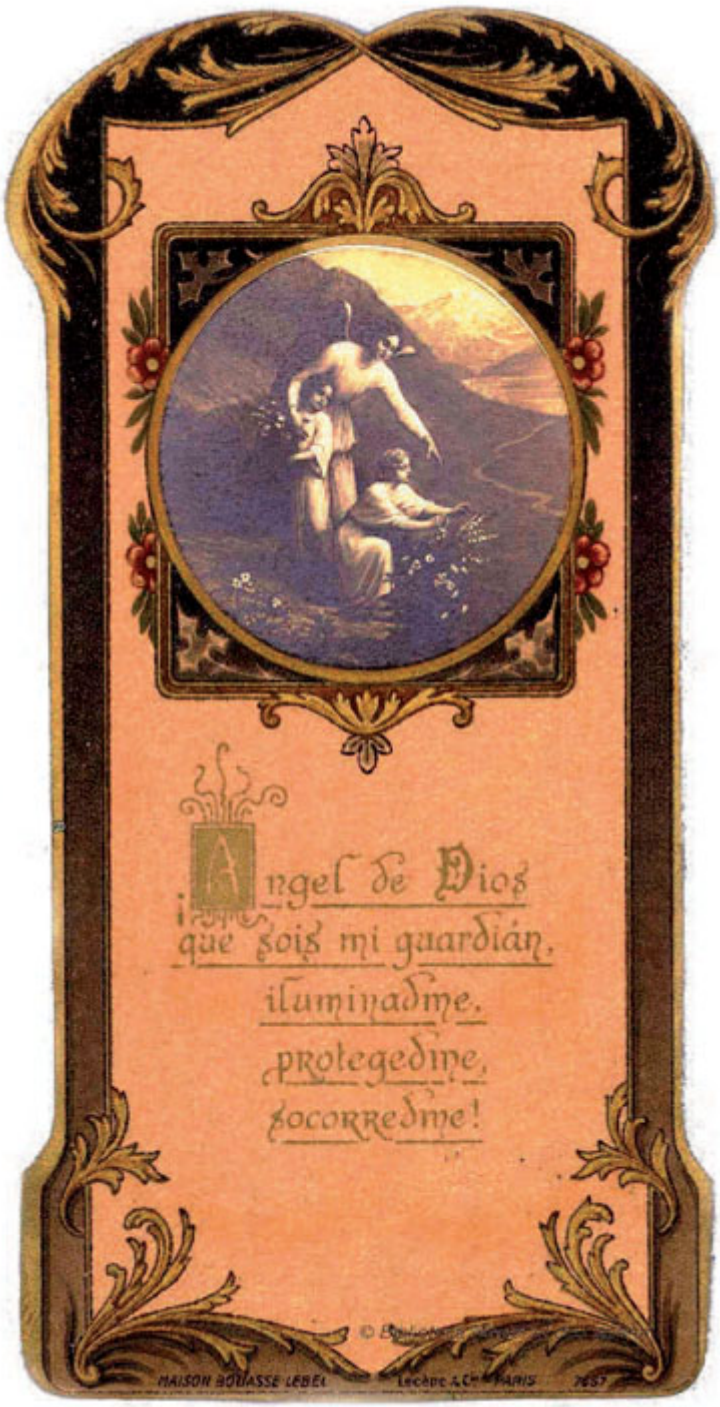
San Gabriel. «El que gobierna o el mensajero de Dios» (Lc 1, 1120; 26-38). Un joven con dos alas, pero, si le excusamos esta anomalía, atractivo y bien parecido. Viste túnica blanca con ornamentos litúrgicos y porta en la mano el lirio que significa pureza (la que se le supone a la Inmaculada Concepción). En algunas representaciones el lirio se sustituye por una vara de azucena o un ramo de olivo con el que anuncia a la Virgen el nacimiento de Jesús y el de Juan Bautista a Zacarías. Por este motivo, es más conocido como «el ángel de la Anunciación».

Los tres arcángeles (óleo de Marco Oggiono, 1524, Pinacoteca de Brera, Milán).

San Rafael. «El que sana» (Tb 12, 6-15). Es el arcángel cercano a los hombres para aliviarlos en su dolor. Viste atuendo peregrino. Suele llevar un gran pez en la mano y acompañar al joven Tobías.

San Miguel. «¿Quién como Dios?» (Ap 12, 7-9). Venció y expulsó del Cielo al Demonio. Es un guapo mancebo ataviado con armadura o, al menos, atuendo militar. A veces vence a un demonio o dragón. Otras veces porta la balanza de pesar las almas en el Juicio Final. Como «juez de las almas» abunda en la pintura flamenca, italiana y española. Se considera patrono y protector de la Iglesia (cuyo oficio consiste en vencer al Demonio), de los paracaidistas y de los caballeros armados.

Santo Ángel de la Guarda. Muy abundante en la pintura de los dos últimos siglos, se representa como un ángel asexuado, aunque tirando más a femenino, y ataviado con ropas holgadas. Acompaña con gesto protector a dos niños en el peligroso cruce de un puente precariamente tendido sobre un piélago.



Estampa protectora del Santo Ángel de la Guarda (1899).

Santo Ángel Custodio del Reino de España. Un ángel guerrero que lleva en el escudo las armas de España y la flor de lis de los Borbones. La imagen oficial del Santo Ángel Custodio de España se encuentra en la iglesia de San José de Madrid, calle Alcalá, 43.[1]

Santo Ángel Custodio del Reino de España (iglesia de San José, Madrid).

Santo Ángel Custodio del Reino de España (azulejo, Forcall, Castellón).

Es de creer que fue el propio santo Ángel Custodio del Reino de España el que se apareció en sueños a Fernando VII y le sugirió que solicitara del papa León XII el permiso pertinente para rendirle culto en España alegando «las debidas gracias al Señor por los grandes y continuos beneficios que recibe la nación española por medio de su santo Ángel tutelar».

El culto nunca prosperó demasiado, hay que reconocerlo, excepto en ambientes aristocráticos vinculados a la Pía Unión de Oraciones al Santo Ángel de España.[2]

El Reino de Valencia tiene su propio Ángel Custodio, que nunca ha planteado conflicto jurisdiccional alguno.

Satanás. Es el ángel caído, el atolondrado al que Dios expulsó del Paraíso porque se le rebeló. Desde entonces se dedica a tentar a los hombres y corromper a las almas a las que arrastra al Infierno.

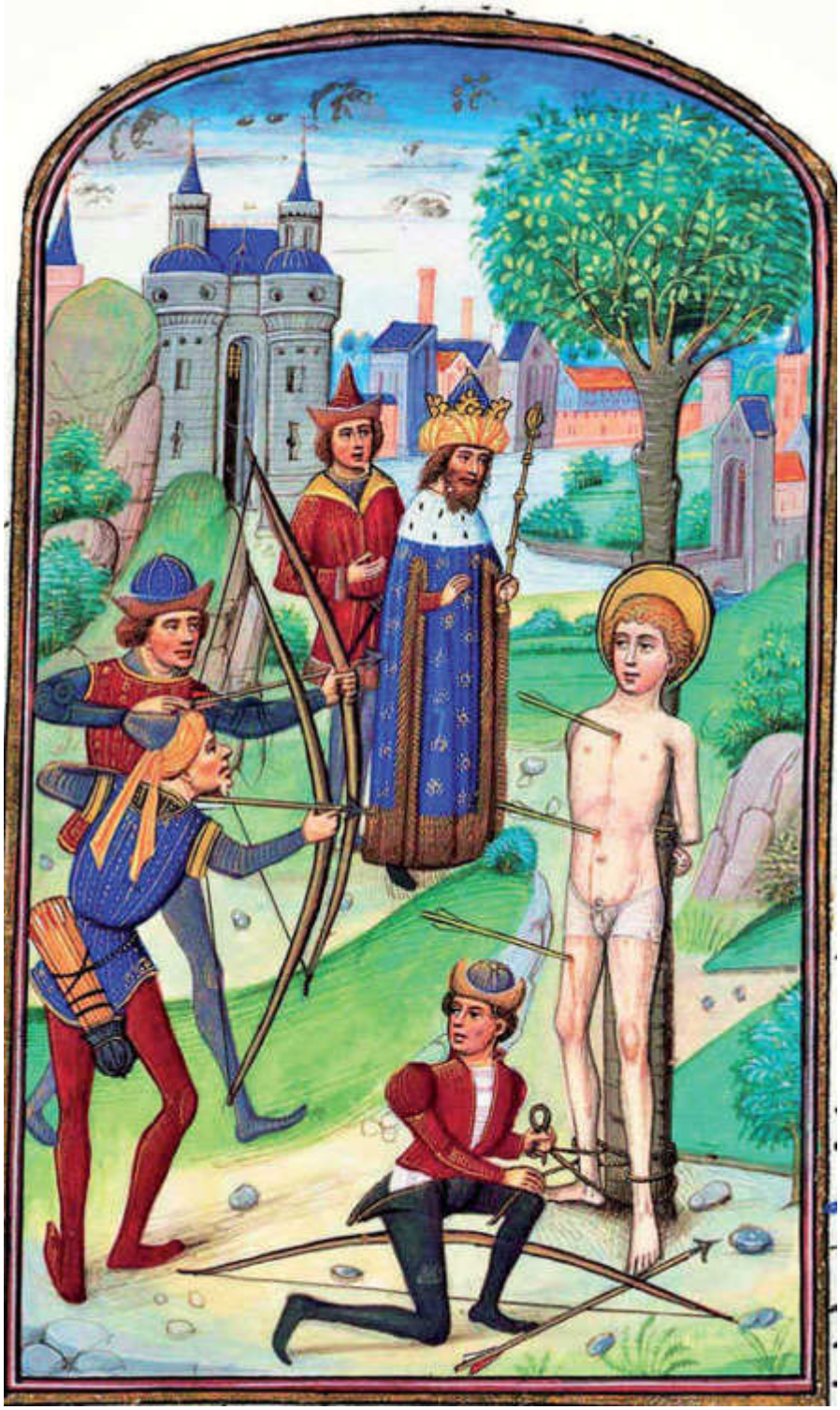
Satanás (pila de agua bendita, iglesia de Rennes-le-Château, Francia).

También es conocido como Luzbel, Lucifer, el Demonio y otros nombres no menos espantables. Se representa en figura de hombre mal encarado, nariz exageradamente aguileña, mejillas chupadas, tez negra o rojiza, ojos inyectados en sangre, y gesto agrio y antipático. Suele presentar grandes alas de murciélago y en ocasiones patas de cabra (por influencia de los faunos de la mitología clásica).[3]

El Diablo reina sobre una legión de demonios de figura similar a la suya que a veces se introducen en los cuerpos de las personas (los endemoniados), de los que la Iglesia los arroja mediante exorcismos. La posesión diabólica ha sido erróneamente interpretada por la psiquiatría y la psicología como manifestaciones de histeria o problemas mentales. ¡Qué sabrán ellos! El Demonio existe, como los papas más recientes han recordado para que nadie se relaje y luego se llame a engaño.[4]

Cristo practica un exorcismo a un endemoniado (manuscrito medieval, 1354).

Diablo y Jesús en un libro de horas francés, hacia 1470.



San Sebastián (Libro de Horas de Leonor de la Vega, 1504).

17

Mártires entre leones (y no son domadores)

La película *Qvo Vadis* (Mervyn LeRoy, 1951) y otras similares nos han transmitido la imagen de los mártires arrojados a los leones por los romanos. La tradición católica anterior a Hollywood ofrece otra imagen de las persecuciones contra los cristianos en la que prima el tratamiento individualizado. Mencionaremos algunos santos y santas mártires que suelen verse en las iglesias.

Santos Abdón y Senén (siglo III). Visten elegantes trajes y gorro frigio que los identifica como nobles persas. Como se negaban a sacrificar a los dioses alegando que eran cristianos, el emperador los arrojó a los leones, pero estos, fuera porque ya estaban ahítos o por milagro del Cielo (más bien lo segundo), los respetaron en lugar de devorarlos. De ahí que a sus pies aparezcan leones mansos. Contrariado, el emperador los hizo decapitar y por este motivo portan en las manos la palma del martirio y la espada del verdugo. A veces aparecen espigas y racimos de uvas, que simbolizan su patronazgo de los agricultores orientales.

Hemos de advertir que las hagiografías martiriales no suelen ser demasiado originales. La historia básica, repetida hasta la saciedad, nos presenta a un tirano que tras intentar infructuosamente que el santo o santa apostate, lo condena a un tormento refinado, pero los instrumentos de martirio, las llamas o las fieras no lo dañan. Exasperado, lo hace decapitar.

Santos Abdón y Senén (iglesia de Santa María, Tarrasa, Barcelona).

Santos Acisclo y Victoria (siglo IV). Acisclo y Victoria visten noblemente a la usanza romana y llevan en las manos la palma del martirio y la lengua cortada, aunque otras veces se acompañan con los instrumentos de su martirio: la rueda, el garfio y la espada. Pueden coronarse de rosas en alusión a las que florecieron milagrosamente el día de su fiesta.

Estos hermanos cordobeses sufrieron martirio en la persecución de Diocleciano, hacia el año 303. Primero los arrojaron a una hoguera y al río, sin resultados; después, los apalearon como para provocarles una embolia y nada. Finalmente, decapitaron a Acisclo y a Victoria la asaetearon después de cortarle los pechos y la lengua.[1] En este ensañamiento con la mujer, mientras que al hombre prácticamente lo despachan en un momento, creen descubrir algunos detractores de la Iglesia la misoginia de esta institución (siempre en la presunción de que la inmensa mayoría de los santos y sus martirios sean mera invención apologética).

Santa Águeda (siglo III). Lleva en una bandeja sus tetas cortadas y otras veces las tenazas con las que se las arrancaron o una antorcha. En la otra mano, la palma de martirio. Algunas veces la hemorragia le ha manchado la túnica.[2]

Santa Águeda (Gaspar de Palencia, 1578, Museo de Bilbao).

Esta virgen y mártir nació en Catania (Sicilia) en el siglo III. Su rozagante hermosura tentó la concupiscencia del senador Quiciano, que intentó conseguir sus favores. Como Águeda se resistiera, el enfurecido tirano le espetó: «¡Si no quieres caldo, taza y media!» y la entregó al más concurrido lupanar de Catania, pero ella elevó ardientes plegarias a Dios y Él le concedió un himen coriáceo que imposibilitó a los sayones el quebrantamiento de su virginidad. Enfurecido y contrariado, el

malvado Quiciano ordenó que le cortaran los pechos, a lo que Águeda replicó: «Cruel tirano, ¿no te avergüenza torturar en una mujer el seno con el que de niño te alimentaste?». Finalmente la arrojaron sobre carbones al rojo vivo (de aquí que sea abogada contra las erupciones volcánicas). Antes de expirar, lanzó un grito de alegría agradeciendo a Dios tan doloroso final.

Santa Águeda es protectora contra los males de los pechos, los partos difíciles y los problemas de lactancia.

Santa Apolonia (siglo III). Esta virgen y mártir de Alejandría tiene por atributos, además de la palma del martirio, unas tenazas con las que sostiene en alto una muela. Unas hagiografías aseguran que un sayón le rompió los dientes de un puñetazo cuando la santa se negó a adorar a los falsos ídolos; otras, más refinadas, que su martirio consistió en arrancarle las treinta y dos piezas dentales, una a una, con unas tenazas. Como a pesar de todo perseverara en su negativa, la decapitaron.

Es patrona de los odontólogos y aliviadora de los dolores de muelas. En muchas iglesias se venera como reliquia una pieza dentaria de la santa a la que recurrían los devotos doloridos antes de la invención de los analgésicos. Es evidente que muchas de estas muelas santas no pudieron pertenecer a santa Apolonia, especialmente las que tasadas por veterinarios titulados han resultado ser de asno o de cerdo.

Santa Apolonia (manuscrito alemán, siglo XV).

Santa Bárbara (siglo III). Esta virgen y mártir tiene por atributos una torre, un pavo real, la espada y el rayo. Santa Bárbara se negó a casarse con los pretendientes paganos que su padre le proponía, y éste la encerró en la torre de su castillo para que recapacitara, pero ella aprovechó su encierro para catequizarse y convertirse al cristianismo. Puesto que la muchacha no cedía, su feroz progenitor decretó que la

arrastraran atada a la cola de un caballo. En cuanto expiró la santa, se desencadenó una tormenta y un providencial rayo mató al desalmado padre.

Santa Bárbara es la abogada que nos libra de los rayos, de las tormentas y del pedrisco. Por asociación es también la patrona de los artilleros. A los polvorines y almacenes de municiones se les llamaba antiguamente «santabárbaras».

Santa Bárbara (Pedro Roldán, iglesia de Santa Bárbara, Écija, Sevilla).

San Blas (279-316). Viste de obispo y sostiene el rastrillo con el que le desgarraron las carnes, en época de Diocleciano. En algunas representaciones se lleva la mano a la garganta.

La tradición asegura que era médico y ejercía su apostolado entre sus pacientes, muchos de los cuales se convertían a la fe de Cristo. Su curación más sonada fue la de un chico que agonizaba con una espina de pescado atravesada en la garganta. Según unas versiones, san Blas le colocó las manos sobre la cabeza, elevó al Cielo una plegaria y el ahogo cesó milagrosamente, pero otros sostienen que en su calidad de médico se limitó a palmearle enérgicamente la espalda.[3]

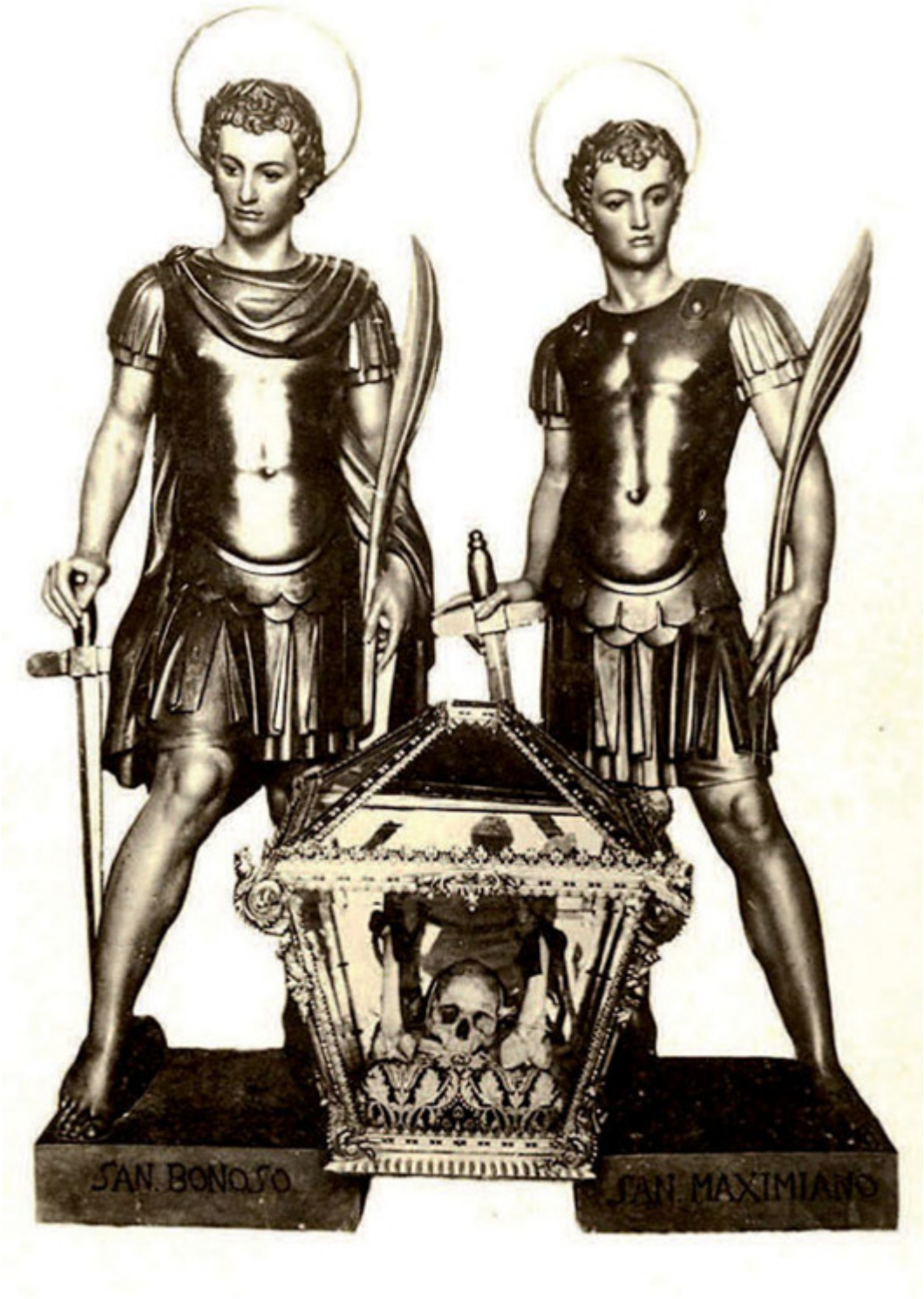
San Blas es también patrón de los cazadores, un gremio propenso a los atragantamientos cuando, concluida la jornada cinegética, se reúnen en torno a una sartenada de torreznos, magrillas y chorizos, trago va y trago viene, exagerando el número y tamaño de las piezas cobradas en hipotéticas cacerías anteriores y olvidándose, con la excitación, de masticar suficientemente los voluminosos bolos de carne que degluten.

Santos Bonoso y Maximiano (siglo III). Dos jóvenes y apuestos soldados romanos contemporáneos de Diocleciano. Sostienen palmas, espadas y coronas de laurel alusivas a su martirio. Son los santos patronos de Arjona (Jaén). En abril de 1628, Francisco de Santa María descifró una lápida romana que se encontraba en la iglesia de San Martín, lo que venía a corroborar arqueológicamente la importancia y antigüedad del pueblo, justificando así su designación como tribunal romano. Este hecho enorgulleció a los habitantes del municipio y fue suficiente motivo para que el Concejo y la Universidad de priores y sacerdotes beneficiados de Arjona comunicaran la excepcional noticia al obispo de la diócesis, Baltasar Moscoso Sandoval.

El pueblo obtuvo licencia para rendir culto a aquellos mártires y adoptarlos por patronos. La fiesta quedó establecida el día 21 de agosto, fecha señalada en el martirologio de la muerte/renacimiento de los dos mártires.

Terminadas las fiestas, la jerarquía eclesiástica se planteó la necesidad de buscar el sepulcro y las reliquias de los santos patronos en la ruinosa alcazaba del lugar, donde se observaban señales milagrosas tales como luces nocturnas, sonidos, visiones y aromas.

Las excavaciones, realizadas sobre una necrópolis argárica, proporcionaron no sólo los ansiados cuerpos de los santos patronos (hallados «como a dos varas de profundidad» al día siguiente de iniciarse las excavaciones), sino una ingente cantidad de restos óseos y diversos artefactos que fueron clasificados como instrumentos de martirio.



Santos Bonoso y Maximiano (santuario de las Reliquias, Arjona, Jaén).

El osario desenterrado (las fuentes oficiales hablan de centenares de cuerpos) se depositó en la sacristía de la vecina iglesia de Santa María. El propio cardenal Moscoso visitó el templo y aspiró los olores y fragancias que emanaban de las arcas y alacenas donde se almacenaban, y aún hoy se guardan, los huesos.

Santa Catalina de Alejandría (siglo IV). Una agraciada doncella de noble apariencia junto a una rueda martirial guarnecida de cuchillas y rota. Porta corona y un libro por su consideración de mujer sabia.

Catalina era una doncella inteligente y leída. Cristo se le apareció una noche para instruirla personalmente y desde entonces la joven se consagró a Él a través del matrimonio místico.

Fiel a esta promesa, se negó a casarse con el noble pagano que le proponía el emperador Maximiano y éste la sometió a martirio con unas ruedas guarnecidas de cuchillas, las cuales milagrosamente se rompieron sin lastimarla. Finalmente la decapitaron y de su cuello seccionado manó leche. Los ángeles depositaron su cuerpo a los pies del monte Sinaí, donde ahora se levanta el famoso monasterio que guarda sus reliquias. Su culto se difundió durante las Cruzadas.

Santa Catalina es la patrona de los barberos, carreteros, cordeleros, traperos, escolares y estudiantes, hilanderas, molineros, notarios, nodrizas, oradores, filósofos, fontaneros, alfareros, predicadores, afiladores, sastres, teólogos, torneros... y ayuda a encontrar marido a las solteras. Por si fuera poca faena, ostenta el patronazgo compartido de la ciudad de Jaén, asociada a la Virgen de la Capilla, sin que ninguna de las dos quiera responsabilizarse del caos urbanístico que aqueja a la urbe.

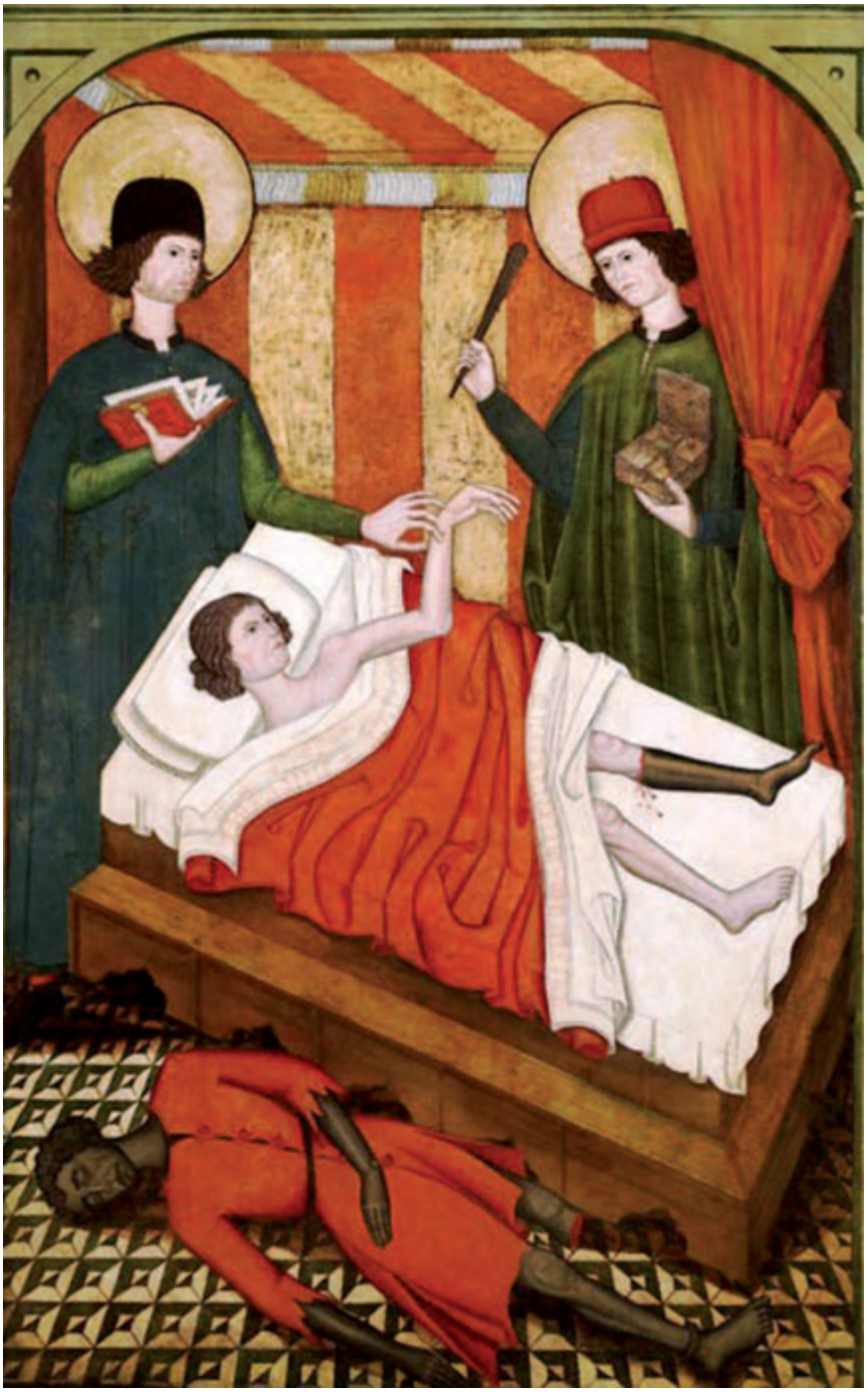
Santa Catalina de Alejandría (Caravaggio).

Santos Cosme y Damián (siglo III). Estos hermanos eran médicos y, por lo tanto, se representan vestidos con mucho lujo, como se supone vestirían los galenos de su tiempo (hacia el año 287). Portan, además, diversos instrumentos quirúrgicos.

Los santos no percibían honorarios por sus servicios, aunque sermoneaban a sus pacientes y los atraían a la religión de Jesús, extremo este que enfureció a Lisias, el gobernador de Cilicia, quien los intentó ejecutar de diversas maneras (arrojándolos al mar, en la hoguera, etcétera), pero tanto las olas del piélago como las llamas de la hoguera los respetaban. Finalmente hubo más suerte con el hacha y los hizo decapitar.[4]

La tumba de los hermanos Cosme y Damián se convirtió en centro de peregrinaciones porque, muertos y todo, seguían curando. El milagro de estos santos más representado es el trasplante de la pierna del cadáver de un negro a un blanco al que la rueda de un carro había amputado la suya.

Son patronos de cirujanos, farmacéuticos, médicos, peluqueros, dentistas y trabajadores de los balnearios.



Santos Cosme y Damián (tabla gótica, siglo XV).

Santos Crispín y Crispiniano (siglo III). Estos dos gemelos, martirizados bajo Diocleciano, tienen por atributos zapatos, leznas, tenazas, tajadores y otros trebejos propios del oficio zapateril.

Aunque nacidos en el seno de una noble y acomodada familia, a Crispín y Crispiniano no se les daban los estudios por lo que terminaron ejerciendo la humilde, pero honrada, profesión de zapatero. Es fama que aprovechaban las pruebas y los ajustes del calzado (entonces confeccionado a la medida) para doctrinar a sus clientes y atraerlos a la fe de Cristo. Este apostolado incomodó sobremanera a las autoridades y fue causa directa de su martirio.

Los sayones usaron con ellos las herramientas requisadas en el taller: leznas en las uñas, martillazos donde más duela, tajador del cuero..., pero en vista de que los dos hermanos se mantenían en sus trece y no dejaban de loar a Cristo, los verdugos se dejaron de blanduras y pasaron a piedras de molino atadas al cuello y a arrojarlos a las fieras.

Santa Cristina (siglo III). Una agraciada muchacha con la corona y la palma del martirio y una rueda del molino atada al cuello. Otras veces, flechas o serpientes, alusivas a su martirio.

Nacida en la Toscana (Italia), se negó a sacrificar ante el dios Apolo y su propio padre la entregó a los verdugos. En vano intentaron matarla en la hoguera, asaeteándola o lanzándola al río con una piedra de molino atada al cuello. Finalmente la decapitaron.

Santa Cristina (escultura de Moriz Schlacheter, hacia 1889).

San Cucufato, Cucufate o Cugat (siglo V). Cucufato, otro santo desaparecido del santoral, pero no del corazón de sus devotos, viste traje de mercader romano y porta la palma de martirio y un látigo (o hacha) alusivos a su martirio.

Según la tradición, predicó el cristianismo en Cataluña hasta que el emperador Galerio lo condenó por su fe. Primero lo abrieron en canal y lo destriparon, pero él se volvió a meter las tripas en la cavidad abdominal y se sujetó la abertura con un cordón. Luego, lo arrojaron a la hoguera, pero el soplo de Dios apagó las llamas. Después lo encerraron en una mazmorra, pero los carceleros vieron la luz y se convirtieron al cristianismo. Finalmente lo decapitaron, el recurso infalible.

Martirio de San Cucufato, Ayne Bruc, Museo Nacional de Arte de Cataluña (siglo XVI).

Existe la creencia de que san Cucufato concede deseos razonables y ayuda a sus devotos a encontrar los objetos perdidos (en competencia con san Antonio). Para ello se anuda un trozo de tela al tiempo que se recita: «San Cucufato, los cojones te ato...», seguidamente se hace la petición y se advierte: «... si no me lo concedes, no te los desato». El peticionario mantendrá el nudo atado y bien atado hasta que el santo ceda y le cumpla el deseo. El cantautor Javier Krahe compuso una inspirada canción en la que aludía a diferentes cosas que quería recuperar por intercesión de san Cucufato.

Santa Elena (siglo IV). La madre de Constantino viste con la elegancia que cabe esperar en una mujer de rango imperial. Lleva una cruz en la mano que alude a su descubrimiento de la verdadera cruz de Cristo enterrada en el Gólgota, junto con las otras reliquias de la pasión.

Es la patrona de los arqueólogos, de las camareras de alterne (por su primera profesión) y de las infidelidades dentro del matrimonio.

Santa Elena (tabla de Cima da Conegliano, hacia 1500).

Santos Emeterio y Celedonio (siglo IV). Dos soldados romanos, con palma de martirio, coraza, espada y clámide. Emeterio lleva un anillo y Celedonio, un pañuelo que, según la tradición, lanzaron al Cielo antes de morir. Martirizados en Calahorra, la leyenda asegura que sus cabezas decapitadas llegaron hasta Santander a bordo de una nave de piedra, que atravesó la roca conocida como la Horadada de los Mártires y encalló en la costa.

Reliquias de los santos Emeterio y Celedonio.

Las cabezas de los mártires, en relicarios de plata sobredorada, se veneran en la cripta de la catedral santanderina. A juzgar por estas efigies, gastaban bigote y barbita recortada a la moda del siglo XVIII.

San Esteban (siglo I). El protomártir, lapidado en el año 33, viste dalmática que atestigua su condición de diácono y lleva en la mano un evangeliario. A menudo aparece un guijarro impactando en su cabeza o varios caídos a sus pies, en memoria de su lapidación. A veces está arrodillado, la postura en la que recibió el martirio.

Santa Eufemia (siglo IV). Agraciada joven ataviada con túnica y manto, lleva la palma del martirio y empuña una espada (a veces la lleva clavada en el pecho).

Santa Eufemia era hija de un noble de Calcedonia, localidad cercana a Constantinopla. En la época de Diocleciano, se negó a sacrificar a los dioses y la torturaron con todo el repertorio: martillazos en la boca, cuchillas en los pies, fieras hambrientas... No consiguieron que apostatara y finalmente la decapitaron.

Santa Eugenia de Alejandría (siglo II). Esta virgen y mártir se negó a sacrificar a los dioses en compañía de sus dos eunucos Proto y Jacinto, y las autoridades la arrojaron al mar con una rueda de molino al cuello (como a santa Cristina), además la flagelaron, le desgarraron las carnes con garfios y, en vista de que nada daba resultado, finalmente la decapitaron. Se representan sus martirios y la visita que le hizo Cristo cuando estaba en la cárcel. Lleva la palma del martirio, los pies encadenados, la espada con la que la decapitaron y la gran rueda de molino al cuello.

Santa Eulalia de Barcelona (siglo IV). Una púber de entre doce y quince años con la palma del martirio, cruz de aspa, estaca y paloma.

Santa Eulalia se negó a sacrificar a los dioses paganos y fue martirizada en la cruz aspada, después de meterla en un tonel de vidrios rotos que hicieron rodar por la barcelonesa calle Bajada de Santa Eulalia (como testimonio, puede verse su imagen en una capillita).

Santa Eulalia de Barcelona (imagen en pasta de madera, siglo XX).

San Fermín (272-303). Un hombre de mediana edad, imberbe, vestido de pontifical, con báculo, mitra y capa pluvial. Lleva en su mano derecha un crucifijo, símbolo de su labor evangelizadora, y tiene a los pies un acetre.

Según la leyenda, Fermín era hijo del senador romano Firmo, gobernador de Pamplona. Después de aprender elocuencia de su tutor, Honesto, Fermín se ordenó sacerdote a los dieciocho años, en Tolosa, y

fue obispo de Amiens (Francia) a los veinticuatro. Decapitado durante la persecución contra los cristianos, Fermín nunca pudo acceder al papado, una posibilidad más que probable dado lo meteórico de su carrera. En 1186 el obispo Pedro de París trasladó de Amiens a Pamplona la cabeza de san Fermín.

La fiesta del santo se celebra en Pamplona el 7 de julio con encierros de toros de fama internacional, los sanfermines, en los que el vino corre generosamente entre los devotos del santo llegados para venerarlo desde todos los países del mundo. Resulta natural que Fermín sea el patrono de las cofradías de boteros, vinateros y panaderos.

San Fermín (relicario barroco en la Iglesia de San Lorenzo, Pamplona).

San Ginés (siglo IV). Lleva máscara de actor de teatro y un papel en la mano. La tradición cristiana sostiene que este cómico quiso adular al emperador Diocleciano, el perseguidor de los cristianos, parodiando una ceremonia bautismal que había presenciado unos días antes.

Cuál no sería la sorpresa del sacrílego cuando, al recibir el agua, se encontró convertido al cristianismo sin comerlo ni beberlo. Fiel a su nueva creencia, hizo profesión pública de su fe y soportó con entereza el tormento al que lo sometieron. Finalmente lo decapitaron en el año 286.

Es el santo patrón de los cómicos en contradicción con el hecho, sostenido hasta muy recientemente por la Iglesia, de que los cómicos se condenan siempre. Por eso no los inhumaban en sagrado.

Santa Hipatia de Alejandría (hacia 355-416). Esta virgen y mártir tiene una iconografía breve, pero sustanciosa. Rafael Sanzio la pinta en su célebre cuadro *La escuela de Atenas* como una mujer rubia y joven envuelta en el manto de los filósofos. Por el contrario, el prerrafaelista inglés Charles William Mitchell (1885) nos la presenta joven y desnuda, cubriéndose sus encantos con los largos cabellos, como las santas eremitas.[5]

Hipatia era filósofa de la famosa escuela alejandrina, variedad neoplatónica, y, además, destacaba por sus conocimientos en matemáticas y astronomía. Mujer de singular talento, se le atribuye la invención del astrolabio, de la esfera plana y del aerómetro o hidroscopio. Aficionada a la lógica y enemiga de la irracionalidad, mantuvo una desdeñosa independencia cuando todo el mundo abrazaba el cristianismo y llegó a declarar imprudentemente: «No hay nada más execrable que enseñar la superstición como si fuera verdad». Ese y otros testimonios de su fe le costaron la vida. Una multitud de piadosos pero exaltados cristianos la agredieron en una céntrica calle de Alejandría, «la arrancaron de su carruaje; la desnudaron; la desollaron (con conchas de almejas afiladas), le tasajearon las carnes hasta que expiró y

descuartizaron el cadáver...».[6] De este modo tan terrible y, al propio tiempo, ejemplar, la bella Hipatia alcanzó la corona del martirio y ofrendó su vida por la religión cristiana.

Santa Hipatia está propuesta para patrona del movimiento feminista. A pesar de la lentitud de su causa, sus devotos no han perdido la esperanza de verla algún día en los altares junto al beato Galileo.[7]

Santa Hipatia (Charles William Mitchell, 1885).

Santa Inés (¿291?-304). Una muchacha lujosamente ataviada con túnica y manto. Inés era una bella adolescente hija de noble familia romana. Decidida a preservar su pureza para Cristo, al que se había

entregado en matrimonio místico, rechazó la propuesta de casorio de los mejores partidos de la ciudad. Un enamorado rencoroso la denunció como cristiana a Diocleciano y éste la condenó a muerte.

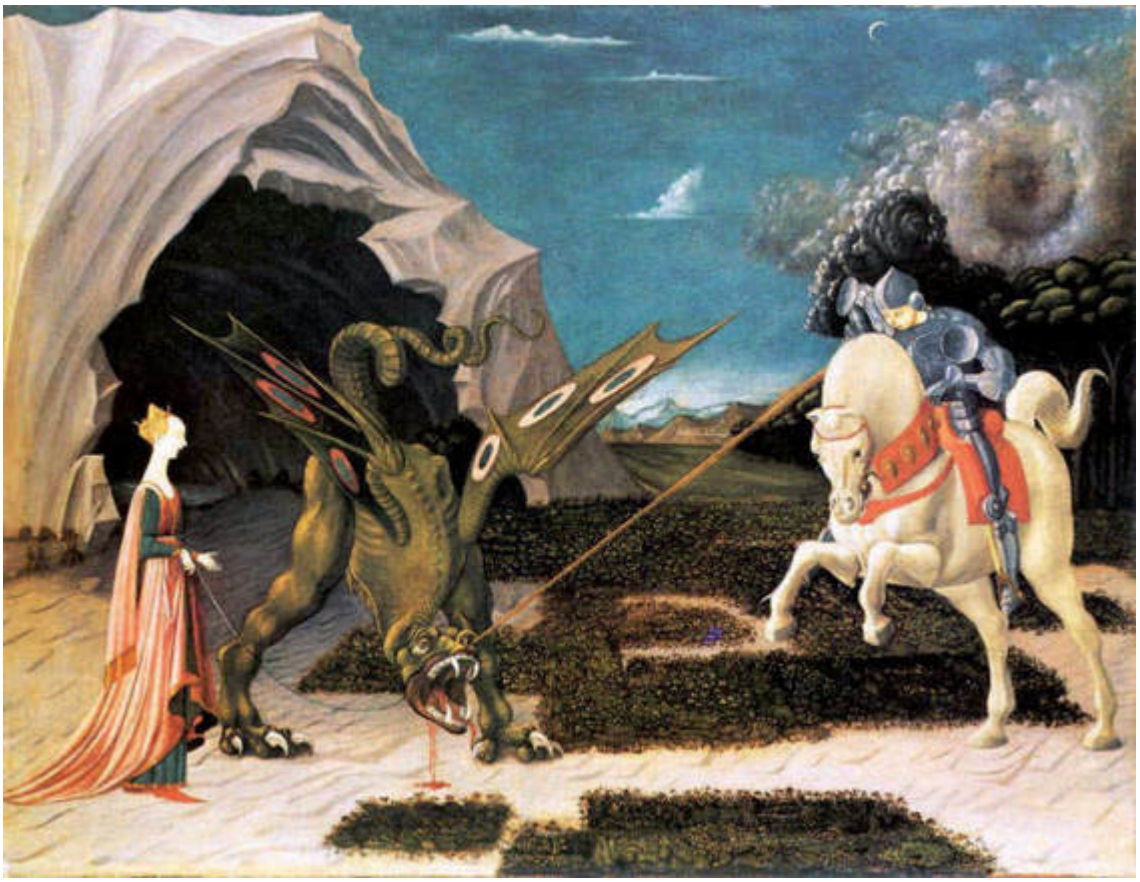
Llevada a un prostíbulo, la desnudaron en medio de la atenta clientela, pero el Señor preservó su pudor de tanta mirada salaz haciendo que le brotara un espeso vello por todo el cuerpo, lo que aplacó la lujuria de todos los concurrentes excepto uno, menos escrupuloso que los otros, que intentó desflorarla, y Dios lo castigó cegándolo, aunque la compasiva Inés lo perdonó y le devolvió la vista bajo promesa de no volver a las andadas. Entonces sus enfurecidos captores la arrojaron a una hoguera, pero las llamas la respetaban. Finamente, la decapitaron.

Es la patrona de los institutos de belleza y depilación y de las muchachitas en flor.

Santa Inés (óleo de Giovanni Antonio Burrini. Pinacoteca Nacional de Bolonia, Italia).

San Jorge (280-303). Un joven y apuesto caballero, vestido de armadura medieval y provisto de escudo y lanza. A sus pies, el cadáver de un dragón de cuyas fauces asoma la punta de la hoja. Cerca del dragón, la princesa liberada medita cómo agradecerle al héroe su libertad. A veces se le representa caballero sobre un corcel blanco.

La piadosa leyenda sugiere que Jorge era un oficial del ejército romano que mató a la bestia cuando esta se disponía a devorar a la hija del rey.



San Jorge y el dragón (Paolo Uccello, Galería de los Uffizi, Florencia).

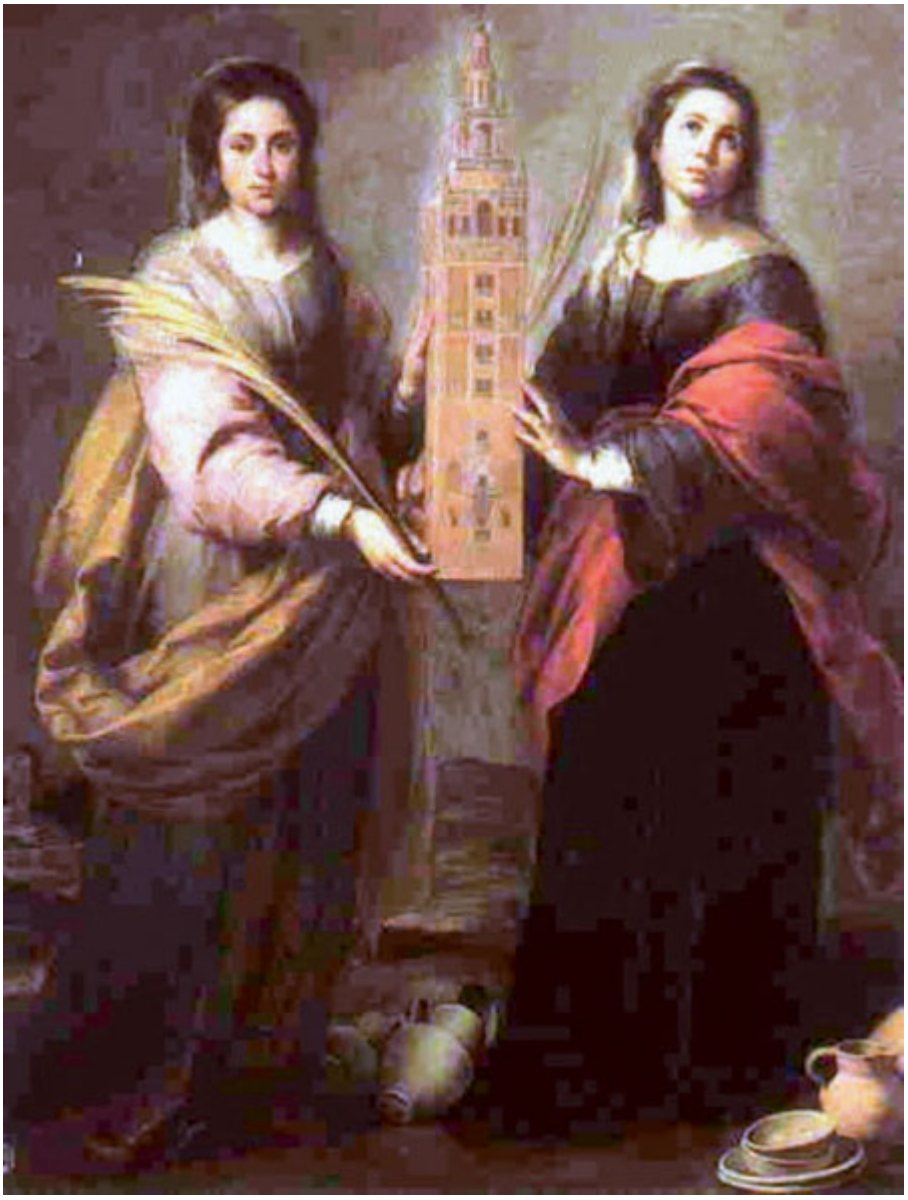
En tiempos de la persecución diocleciana, Jorge se declaró cristiano y sufrió martirios sucesivos: cocido en agua hirviendo, trinchado con una rueda dentada y por último, como milagrosamente lo resistiera todo, decapitado.

Es el patrón de la caballería (junto con san Mauricio). También es el protector de Aragón, de Cataluña y de Inglaterra. Es uno de los santos que el Vaticano declaró apócrifos en 1969 y suspendió de empleo y culto.

Santas Justa y Rufina (siglo III). Se las representa como dos muchachas vestidas a la romana que llevan una vasija de barro en la mano por su condición de alfareras. Otras veces aparecen junto a la

Giralda por la creencia de que evitaron la caída de la torre durante el terrible terremoto de Lisboa, en 1755.

Las hermanas Justa y Rufina nacieron en Sevilla, en el siglo III, de familia muy modesta, pero con firmes convicciones cristianas. Como se negaran a sacrificar en los altares de Venus, el prefecto de Sevilla, Diogeniano, las hizo torturar en el potro y con garfios de hierro y, finalmente, las encerró sin comida ni agua. De resultas de tal privación sucumbió Justa, pero Rufina seguía con vida y finalmente la degollaron.



Santa Justa y Rufina (Bartolomé Esteban Murillo, Catedral de Sevilla).

Santos Justo y Pastor (siglo IV). Dos niños vestidos con túnicas cortas a la romana, con aureola de santidad y la palma del martirio. A veces llevan también los azotes con los que los flagelaron o la espada con la que los decapitaron en Alcalá de Henares, por orden del gobernador Daciano, en el año 304, a la tierna edad de siete y nueve años, respectivamente.

San Lamberto. Era un humilde jornalero al que su patrón, moro o romano, conminó a abjurar del cristianismo, pero él se mantuvo en sus trece, como buen aragonés, y consintió en ser decapitado antes que apostatar. Consumada la sentencia, el santo se levantó, tomó la cabeza bajo el brazo, arreó la yunta de bueyes y se personó en la actual iglesia de Santa Engracia, en Zaragoza, donde se venera su tumba.

San Lamberto.

Su devoción creció a partir de 1522, cuando el cardenal Adriano de Utrecht recibió en Zaragoza la noticia de que lo habían elegido papa (Adriano VI), lo que asoció al hecho de encontrarse tan cerca de la tumba del santo, que es patrono de Utrecht, su ciudad natal, y muy venerado en Flandes. El flamante Pontífice quiso ver los restos de san Lamberto por tomar alguna reliquia y, al levantar la quijada de la calavera, brotó de ella tal copia de sangre que hubo que recogerla en una bandeja. La ciudad se la regaló (la quijada, no la bandeja, que era de plata) y él la llevó consigo a Roma. Otras fuentes dicen que arrambló con la calavera completa.

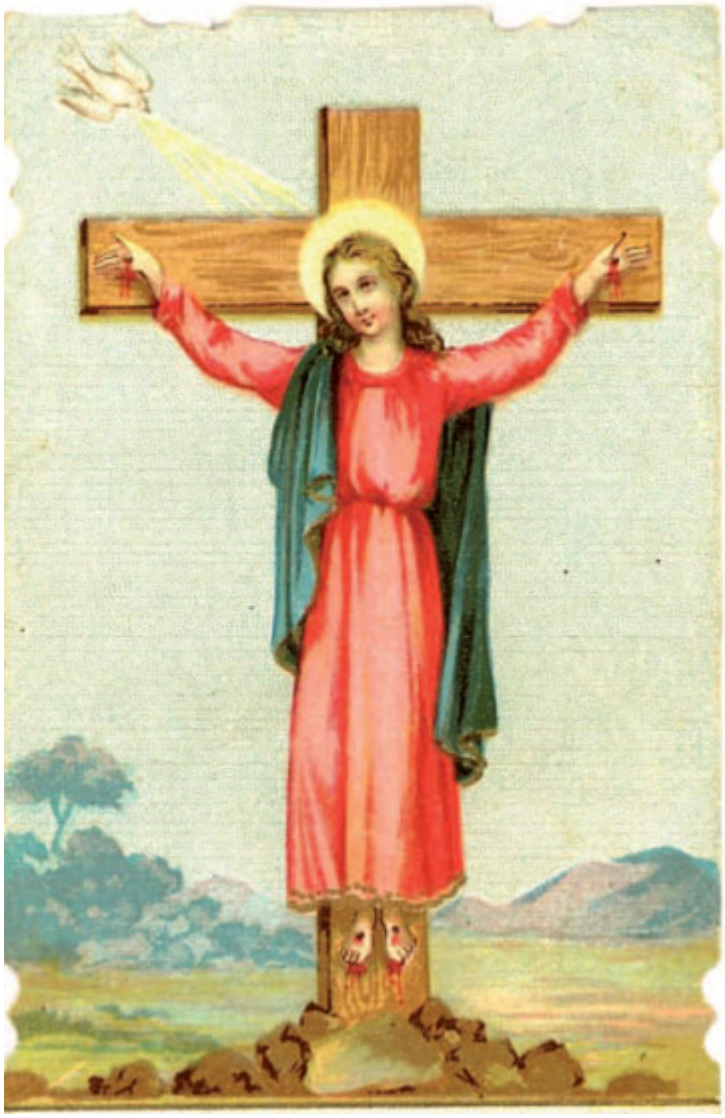
Santa Leocadia (siglo IV). Esta virgen y mártir se nos representa como una hermosa muchacha vestida de túnica y manto que sostiene en una mano la palma del martirio y con la otra los símbolos de su prisión: una torre, grilletes y azotes.

Leocadia pertenecía a una noble familia toledana en tiempos del emperador Diocleciano. Se negó a sacrificar a los dioses paganos y murió en prisión después de sufrir azotes y toda clase de privaciones. Tiempo después, se apareció a san Ildefonso para afirmar la pureza de María y permitió que el arzobispo le cortara un trozo de su velo como prueba de que la aparición había sido real.

Santa Leocadia (colegiata de Santillana del Mar, Cantabria).

Santa Librada o Liberata (siglo IV). Es fácil distinguirla porque está crucificada y en algunas representaciones luce frondosa barba.

Santa Librada es el resultado de la combinación de varias leyendas, aglutinadas por la imaginación popular. Hermana de santa Marina, era una de las nonellizas (nueve hermanas nacidas en un mismo parto) hijas del gobernador romano. Siendo niña, su padre la prometió en matrimonio al rey moro de Sicilia, pero Librada, que había hecho voto de castidad, le pidió a Dios que la convirtiera en un ser repulsivo para que el moro la repudiase antes de allegarse a ella. Dios le hizo crecer vello espeso por todo el cuerpo y una barba frondosa, prendas ambas que enfriaron la pasión del agareno. El furioso y desalmado padre la hizo crucificar.



Santa Librada (estampa, 1945).

San Lorenzo (¿?-258). Uno de los siete diáconos de Roma, que tenía a su cargo la tesorería y el archivo de la comunidad, en cuya administración se mostraba celoso y eficientísimo. Durante la persecución de Valeriano I (258), fue martirizado en una parrilla y es fama que conminó a los sayones a que le dieran la vuelta porque ya estaba asado de aquel lado.

Es el patrón de los bibliotecarios y de los asadores.

Santa Lucía (siglo IV). Una joven con dos ojos en una bandeja en memoria del martirio que sufrió por sostener la fe de Cristo en tiempos de Diocleciano.

Lucía nació de una noble familia de Siracusa, en Sicilia, y estaba destinada a una vida descansada, muelle y sin sobresaltos cuando su conversión al bautismo lo trastocó todo porque hizo voto de castidad y se negó a casarse con un noble pagano que la pretendía. Amenazada con recluirla en un prostíbulo si no renunciaba a la fe de Cristo, ella se mantuvo en sus trece con gran entereza y respondió al juez pagano: «El cuerpo queda contaminado solamente si el alma consiente», una respuesta que admiraba al teólogo santo Tomás de Aquino, porque define con sencillez el principio de la ausencia de pecado si no se consiente al mal. Santa Lucía es la patrona de los ciegos, de los pobres y de los niños enfermos. También de campesinos, electricistas, conductores, afiladores, cortadores, escritores y, en general, de los trabajos que requieren buena vista.

Santa Lucía (Museo de Estepona, Málaga).

Santa Marina (siglo II). Como pastora, lleva zurrón y cayado, aunque Zurbarán, hastiado de pintar monjes y frailes sin adorno alguno, la representa ataviada como una gran señora. A veces, aparece un dragón a sus pies, por lo que puede confundirse con santa Margarita de Antioquía o santa Marta. En otras imágenes un horno encendido alude a su martirio. Tres manantiales a sus pies nos recuerdan los que brotaron en el lugar donde fue martirizada. Santa Marina nació en Bayona (Pontevedra, Galicia) hacia el año 119, hija del gobernador

romano de aquellas tierras. Su madre dio a luz a nueve hijas (otras de ellas fueron las santas Librada y Quiteria) mientras el marido estaba ausente y, temiendo que tan extraordinario alumbramiento hiciera sospechar al esposo que fuera fruto de algún desliz con la decuria de la guardia, entregó las recién nacidas a una criada para que las ahogara en el Miño. La criada se apiadó y las repartió entre familias cristianas, que las llevaron al obispo san Ovidio para que las bautizara.

La niña Marina creció en la fe de Cristo y, ya moza, destacó por su belleza, que cautivó a Olibrio, apuesto capitán de la legión romana, quien la solicitó en matrimonio. Lo rechazó Marina, que había hecho voto de virginidad, y el despechado oficial la denunció a las autoridades por cristiana (eran los tiempos de la persecución de Diocleciano). Condenada primero a servir como pastora, por ver si ese trabajo fatigoso la ablandaba, fue condenada después a la hoguera, pero las llamas la respetaron milagrosamente. Contrariado, el verdugo la decapitó. En el lugar donde cayó la cabeza brotaron al instante tres manantiales, de aquí que se la venere como santa Marina de Ambas Aguas. Las otras hermanas vivieron peripecias similares y murieron como mártires cristianas. Conocemos el nombre de al menos dos de ellas: Liberata (o Librada), que fue crucificada, y Quiteria, patrona de Fuente del Fresno, a la que decapitaron y es fama que cogió la cabeza debajo del brazo y anduvo con ella un largo trecho hasta el lugar donde deseaba que le edificaran el santuario. El mismo milagro acaeció al zaragozano san Lamberto.

Santa Marina (Museo de Bellas Artes, Sevilla).

San Martín de Tours (316-371). Un hombre, en el vigor de su juventud, vestido de romano y a caballo, corta su capa para regalarle la mitad a un mendigo harapiento.

La anécdota de la capa ocurrió en Amiens un gélido invierno, siendo Martín oficial de la guardia imperial romana. Aquella noche, vio en sueños a Jesucristo vestido con el mismo trozo de paño que había entregado al mendigo. El medio manto de san Martín (el que cortó con

la espada para dar al pobre) se guardó en un pequeño santuario. Como en latín para «medio manto» se usaba la palabra «capilla»,[8] la gente decía: «Vamos a orar donde está la capilla». Y de ahí procede el nombre que se da a un oratorio de reducidas dimensiones.

San Martín de Tours (estampa devocional, hacia 1950).

Las once mil vírgenes (y santa Úrsula). En algunas iglesias veremos un cuadro que representa a una muchedumbre de mujeres prisioneras de guerreros más o menos desharrapados: santa Úrsula y las once mil vírgenes de Colonia.

Enrique Jardiel Poncela se preguntaba, en 1931, pero ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?[9] Lo del número tan crecido es de temer que se trate de una pequeña confusión que convendría aclarar en beneficio de la verdad. Según la piadosa leyenda medieval, un príncipe bretón o británico llamado Ereo solicitó la mano de una joven cristiana de su nación, Úrsula, que había hecho voto de virginidad. Huyendo del enamorado, que era más pesado que las moscas, Úrsula se embarcó en una peregrinación a Roma para que el papa Ciriaco consagrara sus votos. Cuando regresaba a Britania, al pasar por Colonia, los bárbaros hunos atacaron a los peregrinos y Úrsula cayó en poder de Atila junto con las diez doncellas igualmente cristianas y vírgenes de su séquito. Esto ocurría en el año 451. Prendado de la hermosura de Úrsula, el feroz Atila le hizo propuestas deshonestas (concretamente la consumación de un coito rápido, gallináceo) y como ella se negara en redondo, la entregó a los verdugos junto con las doncellas de su séquito que también se habían resistido a las obscenas ofertas de la chusma huna. En el lugar del martirio se erigió una basílica con una inscripción en la que se detallaban los nombres de las vírgenes y mártires: Úrsula, Aurelia, Brítula, Cordola, Cunegonda, Cunera, Pinnosa, Saturnina, Paladia, Odialia de Britania y Ximillia. El nombre y condición de esta última se confundió más tarde con la abreviatura numeral romana XI.M.V. y se interpretó como *undecim millia virginum*, «once mil vírgenes»,[10] de ahí la confusión que hizo aparecer a las once mil vírgenes cristianas asesinadas por los hunos, cifra del todo increíble (como también lo es el hecho de que se mantuvieran vírgenes después de haber caído en manos de semejante soldadesca, las cosas como son).

Santa Úrsula acompañada de las once mil vírgenes (manuscrito alemán, siglo XIV).

Santa Úrsula es la patrona de las doncellas que mueren con la virginidad intacta, tengan la edad que tengan. La Orden de las Ursulinas, fundada en 1535, se consagra a la educación de las jovencitas, y, más concretamente, a la preservación de sus virginales hímenes, por eso a veces se dice «inocente como una ursulina» para encomiar la casta pureza de una joven.

San Pantaleón (siglo IV). Su profesión médica se manifiesta en los ricos ropones que luce, en su gesto suficiente y en el hecho de que muestre diverso instrumental médico o un bote con ungüentos. Suele llevar la palma del martirio y una espada alusiva a su decapitación.

San Pantaleón, natural de Nicomedia, era médico del emperador Diocleciano, pero, además, atendía gratis a los indigentes. Lo mismo curaba a un joven picado por una víbora que le devolvía la vista a un ciego. Perseguido por su condición de cristiano, le aplicaron distintos tormentos: fuego, leones, rueda guarnecida de cuchillas... Nada le hizo mella. Cuando lo decapitaron, en lugar de sangre salió leche, como la que manaba de los androides de *Alien*.

San Pantaleón (estampa, hacia 1970).

En el madrileño monasterio de la Encarnación se conservan dos reliquias de san Pantaleón: un hueso y una ampolla de sangre que se licúa cada 27 de julio (un caso similar al de la sangre de san Genaro en Nápoles). El contenido de la ampolla de ordinario parduzco oscuro

pasa a un color más rojo y transparente desde el día 26 hasta la tarde del 27 de julio, día del martirio y muerte del santo, en que se solidifica de nuevo.[11]

Relicario de la Sangre de san Pantaleón (Real Monasterio de la Encarnación, Madrid).

San Pancracio (286-305). Este precoz soldado romano, de catorce años según sus hagiografías, fue martirizado por el emperador Diocleciano en la Vía Aurelia. En una mano porta la palma del martirio y con el dedo índice de la otra señala al Cielo.

Es popular entre las madres y esposas de obreros en paro que le ofrendan ramitos de perejil para que sus seres queridos encuentren trabajo o, al menos, para que les salgan algunas chapuzas mientras siguen cobrando el subsidio de desempleo. Algunos comercios de

Sevilla están presididos por la imagen del santo con una antigua moneda de cincuenta céntimos inserta en el dedo levantado. Sin embargo, la ofrenda que él más aprecia es un ramito de humilde perejil.

Es el patrón de los emprendedores, de los pequeños negocios y de los desempleados.

San Pancracio (imagen en pasta de madera, hacia 1960).

Santa Potenciana (siglo III). Viste como una artesana medieval, provista de un huso, que simboliza su oficio de tejedora, y de una cruz. Su ermita, junto a Villanueva de la Reina, a la orilla del Guadalquivir, fue antes, probablemente, un ninfeo, lo que testimonia la conversión de diosas menores romanas en santas cristianas.

Santa Potenciana (iglesia de Villanueva de la Reina, Jaén).

Santa Sofía (siglo II). Una digna matrona romana rodeada de tres guapas muchachas, sus hijas, todas ataviadas con lujosas túnicas y coronadas con coronas triples o gemelas. En algunas representaciones, Sofía lleva un cetro o un caldero como símbolo del martirio de las cuatro mujeres.

Sofía era una dama de alcurnia que dedicaba sus ocios al apostolado entre las señoras de la alta sociedad romana.[12] Algunos maridos, incomodados por la mudanza experimentada por sus mujeres tras convertirse a la religión de Cristo,[13] denunciaron a Sofía ante el emperador Adriano, el cual la mandó comparecer en juicio público. Sofía se presentó acompañada de sus tres hijas, que se llamaban Fe, Esperanza y Caridad. El emperador se prendó de ellas, que eran muy hermosas, y ofreció adoptarlas y educarlas en palacio, pero tanto Sofía como las niñas rechazaron la oferta. Despechado, las condenó, como cristianas confesas que eran, a los más variados tormentos.

Treinta y seis soldados se emplearon en Fe, la mayor. Después de asarla en una parrilla y de freírla en aceite hirviendo, la azotaron, le arrancaron los pechos y finalmente la decapitaron. Es de resaltar que de las heridas de los azotes brotara leche.

A la segunda hermana, Esperanza, la frieron los sayones en aceite con tanta torpeza en la culinaria que salpicó y produjo graves quemaduras a los torturadores mientras que la niña quedó indemne. Entonces la decapitaron.

A Caridad, la menor, le descoyuntaron los miembros, la apalearon, la arrojaron a un horno y la atravesaron con hierros candentes antes de decapitarla.

Quedaba la madre, Sofía, que había presenciado la ejecución de sus hijas. El cruel Adriano la liberó para que el resto de su vida se atormentara con el recuerdo de lo ocurrido, por eso la Iglesia la integra en el número de las mártires. El cruel Adriano, asegura un texto cristiano, «acabó su vida roído de podredumbre y de remordimientos».[14]

Santa Tecla (siglo II). Una gentil doncella que lleva con garbo la palma del martirio y se acompaña con dóciles leones. En algunas estampas se observan serpientes anilladas en sus brazos. También pueden aparecer llamas, todo ello alusivo a sus sucesivos e infructuosos martirios.

Tecla era una doncella de noble y acaudalada familia que se convirtió al cristianismo después de asistir a una predicación de san Pablo. Denunciada por su prometido y condenada a muerte, primero intentaron quemarla en la hoguera, pero las llamas no la afectaban, después la arrojaron a un pozo lleno de serpientes venenosas, que la respetaron, a continuación la expusieron a los leones del circo romano, pero las fieras se amansaban en su presencia y acudían a lamerle los pies. Finalmente la ataron a un toro salvaje y el animal se amansó de tal manera que ni para cabestro servía. En vista de que no había manera de acabar con ella, la dejaron en paz.[15] Dios había dispuesto que Tecla anduviera por esos caminos Suyos predicando el cristianismo en compañía de san Pablo, a veces vestida de hombre por no dar que hablar.

Santa Tecla (estampa, hacia 1950).

Brazo de santa Tecla (catedral de Tarragona).

A la muerte de san Pablo, Tecla se retiró al desierto como anacoreta. Allí fueron a visitarla unos soldados con intención de violarla, pero la cueva se derrumbó sobre ellos matándolos. De la santa quedó un brazo que asomaba del derrubio y que fue piadosamente trasladado por sus devotos primero a Armenia y después a Tarragona, donde la santa había predicado en compañía de san Pablo.

Es la patrona de los antitaurinos y de los internautas y mecanógrafas.

Santa Victoria (siglo IV). Se representa como una doncella serena, a modo de matrona romana, con una lanza que simboliza su martirio.

Junto con su hermano Acisclo, fue martirizada por orden del pretor romano de Córdoba, su ciudad natal, porque proclamaba su fe cristiana y se negaba a sacrificar a los ídolos. Los verdugos le cortaron los pechos y la lengua, la arrojaron al Guadalquivir (entonces más caudaloso, aunque menos sucio) y por último la remataron de una lanzada.

Santa Victoria (Museo de Bellas Artes, Córdoba).

18

Eremitas, estilitas y cenobios

Una de las joyas de la literatura patrística el apócrifo *Maravillas de la Tebaida* atribuido a san Caralampio recuenta pormenorizadamente las tentaciones que el anacoreta san Antonio hubo de sufrir. En una ocasión el Demonio se le apareció en la cueva bajo el aspecto de una mujer de deslumbrante belleza y rotundas hechuras, la cual bailó la sensual danza de los siete velos alrededor del santo, que oraba arrodillado frente a un crucificado de tamaño natural. Cuando aquella mujer espléndida se hubo despojado del último velo para mostrarle lo que Shakespeare llama «la fosa sulfúrea», o sea, su hendidura natural, el santo, sintiendo flaquear su virtud, se dirigió, suplicante, al Crucificado: «¿Qué hago, Señor? ¿Qué hago?». A lo que el interpelado respondió: «¡Quítame estos clavos, maricón!».

San Antonio Abad (251-356). Es un anciano anacoreta de hábito marrón con capucha. A menudo lo acompaña un cerdo. Lleva en la mano una campanilla con la que ahuyenta a los demonios. Retirado al desierto de la Tebaida donde se mortificaba en una cueva a pan y agua, no le fue fácil, sin embargo, perseverar en la virtud porque el Demonio lo tentaba con figuraciones de hermosas mujeres desnudas y cachondas.

Las tentaciones de san Antonio han suministrado un estupendo pretexto a pintores y devotos para recrearse en mórbidas carnes femeninas y otras fantasías que la rígida censura cristiana habría rechazado de no mediar el pretexto del santo. En el pueblo Mijas (Málaga) acuden las devotas a la ermita el día del santo y le lanzan piedrecitas a la entrepierna en la creencia de que, si aciertan, les sale novio o, más modernamente, amante.

San Antonio Abad (The Cloister Museum, Nueva York).

Es el santo protector de los animales domésticos.

San Benito de Nursia (480-547). Un anciano barbado y calvo, vestido de benedictino, que sostiene en sus manos el báculo episcopal y el libro de las reglas. Otras veces se asocia a una copa rota, y otras a un

cuervo que porta un trozo de pan en el pico, en memoria del pan envenenado que recibió.

Nació en Nursia de noble familia romana. Cursó estudios de filosofía y retórica en Roma, pero, decepcionado por la inmoralidad que se vivía en la ciudad pontificia, se retiró primero a Enfide (actual Affile), y después se hizo ermitaño, en una cueva de difícil acceso, en Subiaco. Cuando se extendió la fama de su santidad, perseguido por la envidiosa autoridad eclesiástica, mudó su residencia a Montecasino, donde fundó un monasterio que sería germen de la Orden Benedictina (529). Allí escribió su famosa *Regula monasteriorum* (regla de los monasterios) que hoy sigue inspirando a la mayoría de las comunidades religiosas. El santo se invoca contra las picaduras de las ortigas, el veneno, la erisipela, la fiebre y las tentaciones.

San Benito (imagen de yeso policromado).

San Cristóbal (siglo III). Un gigante de mediana edad, barbado, hercúleo, que lleva al hombro a un Niño Jesús quien, a su vez, sostiene la bola del Mundo dividida en tres partes (Tierra, Aire y Agua). Abrumado por el peso del Divino Infante, el santo descuaja un altísimo tronco de palmera para que le sirva de báculo, velada alusión a la palma del martirio. A veces denota su oficio de portador con una chichonera de trapo que lo protege de los golpes y le empapa el sudor de la frente.

En otras representaciones aparece sosteniendo con su brazo izquierdo una piedra de molino, demostración de su fuerza extraordinaria.

Su vestimenta suele integrar una prenda verde y otra roja o parda.

En las iglesias suele ser motivo de un cuadro o mural gigantesco, casi siempre cercano a la puerta lateral derecha, sin que ningún párroco pueda explicar coherentemente y sin improvisaciones la razón de ese preciso emplazamiento.

Para unos, Cristóbal significa «portador de Cristo» (en griego: *Cristo-ferens*); pero para otros la palabra proviene del cananeo *Offerus* (réprobo). Cuenta la leyenda que el forzudo quería poner su enorme fuerza al servicio del rey más poderoso de la Tierra, pero en todos los que visitó halló grandes debilidades (ya se sabe cómo son, que los pierde la bragueta y la vagancia). Finalmente, cuando ya desesperaba de su búsqueda, halló un ermitaño que lo persuadió para que le ofreciera sus dones a Cristo, el Rey que no te decepciona. Desde ese momento, Cristóbal se consagró al menester de transportar a la gente de una orilla a otra vadeando el caudaloso río.

El culto a San Cristóbal se extendió rápidamente en la Edad Media. Es tradición devota que quien mira al Santo tiene garantía de no morir en las siguientes veinticuatro horas, por lo que también se convierte en protector ante la muerte súbita, especialmente en carretera, motivo por el cual era patrón de los conductores.[1]

San Francisco de Paula (1416-1507). Viste el hábito frailuno de los Mínimos (orden que él fundó) y porta un disco solar con la palabra «*Charitas*». Otras veces lo vemos con un bastón y el libro de la regla.

Desengañado del mundo y de sus placeres se metió a ermitaño en una cueva de las afueras de Paula. Pronto corrió la fama de sus milagros y prodigios, lo que le granjeó numerosos discípulos deseosos de imitar su vida santa y retirada. Esta circunstancia lo animó, en 1470, a fundar la Congregación de ermitaños (futura Orden de los Mínimos) aprobada en 1474 por Sixto IV.

San Francisco de Paula (iglesia de Capileira, Granada).

San Froilán (833-905). Un anciano de venerable barba blanca que viste hábito monacal y atributos episcopales y se hace acompañar por un lobo que le lleva la Biblia.

San Froilán nació en la provincia de Lugo en el año 833. Estudiante insatisfecho, conoció a Atilano, sacerdote mozárabe de Tarazona, con el que emprendió una vida monacal y de reforma de la vida eremítica, primero en una gruta de Ruiterlán, en el Bierzo, y más tarde a las montañas leonesas del Curueño. Patrón de Lugo, donde fue obispo, era un santo del montón hasta que le pusieron su nombre al primogénito de los duques de Lugo (la infanta Elena y Marichalar). Desde entonces anda en boca de todos. No sabemos qué pensará el santo de todo ese barullo.

San Froilán, patrono de Lugo.

San Frutos (642-715). Venerable anacoreta visigodo. Viste tosco sayal y se acompaña de un crucifijo y una calavera. A veces sostiene un palo con el que señala los límites de los que no debe pasar la invasión musulmana. En la ermita del santo, en las Hoces de Duratón, provincia de Segovia, un tajo natural en la roca es popularmente conocido como la «Cuchillada de San Frutos». Se supone que el santo abrió el abismo para escapar de los moros que lo perseguían. Otras veces se le representa entre animales feroces amansados por su santidad.

Santa María Egipciaca (siglo V). Una mujer de aspecto demacrado que cubre su desnudez unas veces con sus largos cabellos, que le llegan más abajo de las rodillas, y otras veces con un sayal de esparto. A su lado vemos el pan con el que se alimentaba y el león que excavó su tumba.

Santa María era prostituta ¿a qué negarlo?, lo era desde la tierna edad de doce años, los pechitos apenas despuntando, en los tugurios del puerto de Alejandría, pero se convirtió al cristianismo cuando tuvo una visión de la Virgen durante su visita al Santo Sepulcro en Jerusalén y decidió abandonar el oficio y retirarse al desierto para vivir anacoréticamente. Allí se alimentó con tres panes durante sesenta años. Sus largos cabellos eran su único vestido, junto a un sayal de esparto regalo del también anacoreta Zósimo. Éste mismo le administró su última comunión. Tras su muerte, un león sepultó su cadáver (pura piel y huesos). Es patrona de las pecadoras arrepentidas y de las casas de arrecogías y no se piense que no se ha ganado a pulso el patronazgo, pues se lo disputaban otras santas putas, especialmente Thais de Egipto y Pelagia de Antioquía.[2] También es patrona de las anoréxicas.

Santa María Egipciaca (catedral de Málaga).

San Onofre (siglo IV). Este anacoreta y mártir se representa como un anciano que ora y se mortifica en una cueva del desierto sin más mobiliario que una calavera y una cruz, ni más vestido que las luengas barbas y cabellos que le cubren las vergüenzas.

Hijo de un rey egipcio o abisinio, Onofre sintió la llamada del Señor y se retiró a orar a la Tebaida (el desierto egipcio donde surgieron los primeros anacoretas). Un ángel le llevaba un pan diario y él alegraba un poco la dieta con algunos dátiles. Sesenta años vivió en este plan, sin quejarse jamás, hasta que Dios lo llamó a la Casa del Padre.

Otra piadosa leyenda asegura que Onofre era, en realidad, una mujer joven y frondosa que, al enviudar, dejó de depilarse y se retiró al desierto huyendo de los moscones que la rondaban y de los clérigos que en comisión de su sagrado ministerio pugnaban por consolarla. Dios se apiadó de ella y un día se despertó cubierta de vello, y con bigote y barba poblados.

San Onofre, de Alejo de Vahía (hacia 1475, Museo Nacional de Escultura, Valladolid).

Santa Rosalía (1130-1160). Viste el hábito negro de los agustinos o la ropa burda de los eremitas y una corona de rosas blancas, en alusión a su pureza. Como eremita lleva la calavera, el crucifijo y las disciplinas. A partir del siglo XVII, se la representa recibiendo la corona de rosas de manos del Niño Jesús.

Santa Rosalía (Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid).

Nieta de Guillermo II, rey de Sicilia, se apartó de los placeres del mundo para consagrarse a la penitencia como eremita en una cueva próxima a su Palermo natal. Allí se le apareció la Virgen con el Niño y unos ángeles que la coronaron de rosas.

San Simeón (390?-459). Un anciano enteco y barbado subido en una columna que a veces tiene aspecto de púlpito. En algunos iconos lo vemos sin columna, pero una oportuna cartela revela su identidad.

San Simeón el Estilita constituye un fenómeno carismático: lo llegaron a considerar *sicut alter Christus*, como otro Cristo, aunque sin base escriturística alguna. El santo, después de una infancia y una pubertad tan irrelevantes que nadie podía sospechar el brillante futuro que lo esperaba, abrazó sucesivamente la vida cenobítica y eremítica y profundizó en la mortificación de sus carnes hasta el punto de que sus proezas ascéticas atraían muchedumbres de entusiastas devotos o meros curiosos no sólo de las cercanas Siria o Armenia, donde residía, sino de lugares tan lejanos como España o la Galia. Cuarenta años aguantó en la columna, mudándose siempre a alguna más incómoda e inaccesible que la anterior, en todas soportando las heladas del invierno y los ardores del verano. Santo en vida, sus devotos incluso recogían sus excrementos que caían de arriba, pues también los detritus participaban de la santidad del emisor.

A su muerte se erigió una enorme basílica-santuario en torno a la columna en la que se produjo el deceso y surgieron otros muchos ascetas, los estilitas, gentes aquejadas de santa obstinación sobre cuya salud mental quizá no sea aventurado engendrar razonables dudas. Otros escogían como forma de mortificación vivir en el fondo de un pozo seco o en la copa de un árbol.

San Simeón Estilita.

San Simeón es patrón de albañiles, trapecistas, limpiadores de ventanas en Manhattan, practicantes de *puenting* y, en general, de aquellos oficios que se realizan en despeñaderos. No es, sin embargo, patrón de los aviadores, dado que este patronazgo lo desempeña con reconocida solvencia la Virgen de Loreto.

Restos de la supuesta columna de san Simeón (monasterio de San Simeón, Siria).

19

Mártires del sarraceno

San Abundio de Córdoba (siglo IX). Viste de sacerdote y el perro que lo acompaña alude a los cánidos que devoraron su cuerpo. Es uno de los mártires mozárabes ejecutados por los moros en Córdoba (años 851-854). No guarda relación alguna con el Abundio del refrán navarro, tan tonto que, cuando iba a vendimiar, se llevaba uvas de postre.

San Eulogio (800-859). Un venerable anciano arrodillado reza con los ojos en blanco mientras a su espalda un fornido sayón blande un alfanje con el que se dispone a decapitarlo. Otras veces el santo viste de arzobispo, sin que le falten la pluma y el libro.

En tiempos de los moros, Eulogio era arzobispo de la comunidad cristiana de Córdoba. Aquel primitivo islam toleraba a las «gentes del Libro» (cristianos y judíos) siempre que satisficieran un impuesto religioso. Sin embargo, no era el dinero lo que dolía al arzobispo Eulogio, sino la creciente islamización de sus feligreses, que ya vestían chilaba, parlaban algarabía, frecuentaban los baños e imitaban otras costumbres musulmanas no menos censurables. A grandes males, grandes remedios, pensó Eulogio, y persuadió a trece devotos (o fundamentalistas), entre ellos las vírgenes Flora y María, de que la máxima aspiración de un cristiano es el martirio. Dado que el islam castiga la blasfemia con la muerte, bastaba con presentarse ante un juez e insultar a Alá o a Mahoma, su profeta.[1]

Martirio de san Eulogio.

San Perfecto, mártir de Córdoba.

Como cabía esperar, los moros ejecutaron a los trece blasfemos. Lejos de acobardarse, Eulogio intensificó su labor pastoral y el número de cristianos aspirantes al martirio creció hasta el punto de que Abd el-Rahman II se alarmó y convocó un Concilio en Toledo, sede de la máxima autoridad religiosa cristiana, donde exigió a los rabadanes del rebaño cristiano que desactivaran a aquel loco que le creaba un

problema de orden público. El Concilio prohibió a los cristianos que insultaran a Alá y a Mahoma, su profeta. No todos obedecieron, claro, porque, como las actitudes irracionales son tan contagiosas, los aspirantes a mártires no cejaban en su empeño de conseguir el Paraíso por la vía rápida. Muhammad I, sucesor de Abd el-Rahman II, actuó con mano dura contra la misma raíz del problema y decapitó a Eulogio. Huérfano de su guía espiritual, el fundamentalismo cristiano se extinguió. En total habían alcanzado la palma del martirio cincuenta y tres personas. La Iglesia proclamó santo al agitador.

Santa Orosia (siglo VII). Virgen y mártir. Lleva, además de la palma, cetro, manto y corona real.

Orosia era hija del rey de Bohemia. Capturada por los moros en los Pirineos cuando viajaba a España para casarse con un príncipe visigodo, se negó a abjurar de su religión y fue decapitada.

Es patrona de la Jacetania, del Alto Gállego y de los endemoniados o espirituados.

Santa Orosia.

Destripación de san Erasmo (Libro de Horas de Leonor de la Vega, 1504).

20

Santos por méritos académicos

Doctor es el título que la Iglesia otorga a ciertos santos a los que considera maestros de la Fe. Son los que han ideado la doctrina y los dogmas sobre los que hoy se cimenta el vasto edificio teológico de la Iglesia.

Antiguamente se consideraba doctores a ocho padres de la Iglesia, cuatro del rito latino y cuatro del griego, empate. Los latinos son: san Ambrosio (340-397), san Jerónimo (346-420), san Agustín de Hipona (354-430) y san Gregorio Magno (540-604); los griegos: san Atanasio (296-373), san Juan Crisóstomo (347-407), san Basilio de Cesarea (329-379) y san Gregorio Nacianceno (328-389).

El papa Pío V, en el siglo XVI, definió formalmente los criterios para la declaración de la dignidad, y desde entonces otros veinticinco santos antiguos y modernos han sido reconocidos como doctores de la Iglesia. Vayamos por partes.

San Agustín (354-430). Un anciano de buen plante y barba cana que viste de obispo, con su mitra, su báculo y su capa pluvial o hábito negro ceñido a la cintura con la correa agustina. En la mano sostiene un libro, una pluma y, a veces, un corazón llameante atravesado por una flecha que representa su amor a Cristo. También puede aparecer sosteniendo la maqueta de un edificio, símbolo de «la Ciudad de Dios» o Iglesia.

San Agustín.

Este santo nació en Tagaste (hoy Argelia) y en la primera parte de su vida fue juerguista y putañero; luego se corrigió debido a la continua brasa que le daba su madre, santa Mónica, y abrazó la fe con tal vehemencia y entrega que no sólo alcanzó el grado de santo, sino que hoy figura entre los cuatro Padres de la Iglesia latina.

San Ambrosio de Milán (c. 340-397). En unos cuadros tiene barba y mitra episcopal, en otros lo vemos más joven y sin mitra.

San Ambrosio.

No se conoce carrera más fulgurante dentro de la Iglesia católica: en el mismo día recibió el bautismo, la ordenación, la consagración y tomó posesión de su sede como obispo de Milán, una carrera meteórica sólo superada, y ya en nuestros días, por la turbosantidad de san Josemaría Escrivá de Balaguer.

La obra más apreciada de san Ambrosio es su *Comentario al Evangelio de Lucas*. También escribió un tratado sobre los sacramentos y otro sobre la virginidad.

San Gregorio Magno (540-604). Un hombre maduro, sin barba, afanado con un libro y una pluma. Tiene al lado una tiara papal y lo sobrevuela la inspiradora paloma del Espíritu Santo.

Gregorio combatió la herejía nestoriana, contribuyó al aumento de una rama de la teología, la cristología, defendió la supremacía del papa y trató de meter en cintura al clero corrupto, especialmente a los monjes.

Hijo de Gordiano, uno de los siete diáconos de Roma, que antes había sido senador, siguió los pasos paternos, pero llegó más lejos: tomó los hábitos, fue legado pontificio en Constantinopla y finalmente papa por aclamación popular.

San Jerónimo (347-420). Un anciano anacoreta, semidesnudo, todo huesos y pellejos colgones, que se golpea el pecho con una piedra sin que por ello debamos dudar de su salud mental, ya que se trata de un afamado doctor de la Iglesia. Otras veces aparece escribiendo en un pupitre su floja traducción de la Biblia (la Vulgata, versión latina oficial de la Iglesia). A menudo lo acompaña un león, que, según la leyenda, acudió a él para que le extrajera de la garra una espina (en la versión laica, es Androcles quien lo cura). El felino veía las estrellas cada vez que daba un paso (no digamos ya un trote por la sabana, en pos de las gacelas) y quedó tan agradecido a san Jerónimo que se amansó.

Según sus biógrafos, el santo se confinó voluntariamente en el desierto para penitenciarse por los excesos sexuales cometidos en su verde juventud, un caso parecido al de otro doctor de la Iglesia, san Agustín. Pero Jerónimo sumaba, además, los pecados de ira y orgullo. Por eso, aunque rezaba, ayunaba y velaba toda la noche, no conseguía apaciguar su conciencia (tanto había pecado).

A su regreso a la ciudad, estragado y contrito, el papa san Dámaso lo designó secretario suyo y le encomendó la traducción de la Biblia.

Jerónimo era un hombre muy crítico con los pecados mundanos (como todo converso que se ha saciado de ellos en su etapa juvenil). Esta circunstancia se manifiesta en sus escritos: «Esas mujeres —predica

contra las damas de alcurnia— tienen tres manos: la derecha, la izquierda y una mano de pintura [...]. Esas familias pudientes: sólo les interesa que sus hijas sean hermosas como terneras, y sus hijos fuertes como potros sin domar [...]. Esos papas relucientes y mantecosos, como marranos cebones [...]». Con esa labia se atrajo a muchos enemigos. Contemplaba el papa Sixto V uno de estos cuadros que pintan a san Jerónimo golpeándose con una piedra, y lo oyeron exclamar: «¡Menos mal que te golpeaste duramente y bien arrepentido, porque si no hubiera sido por esos golpes y por ese arrepentimiento, la Iglesia nunca te habría declarado santo!».

San Jerónimo (Torriggiano, Museo de Bellas Artes, Sevilla).

San Alberto Magno (1206-1280). Era alemán y fue maestro de teología (como Ratzinger, el emérito Benedicto XVI). Viste el hábito dominico de su orden, pero se toca con una mitra que denota su

condición episcopal. Suele representarse en el ejercicio de su cátedra, enseñando a un grupo atento de alumnos entre los que destaca, por su volumen y atención, el futuro santo Tomás de Aquino.

Otras veces aparece con el globo terráqueo en la mano y sobrevolado por el Espíritu Santo, que le suministra la inspiración divina.

San Alberto Magno (iglesia de San Alberto Magno, Madrid).

San Basilio el Magno (muerto en 379). Viste ropas episcopales, con báculo y libro. Unas veces tiene el diablo vencido a sus pies; otras, lo sobrevuela la paloma del Espíritu Santo para simbolizar su inspiración.

A veces sostiene la maqueta de un templo, porque defendía a la Iglesia con ardor.

Este doctor de la Iglesia griega predicó contra los arrianos y practicó exorcismos. Es el equivalente griego de Papá Noel y los Reyes Magos, por lo que hace regalos a los niños el primero de enero, día de su festividad.

San Clemente (siglo I). Viste de papa, naturalmente (lo fue entre 92 y 101), y su atributo principal es el ancla (símbolo de la Iglesia). A veces se acompaña con un cordero zahorí que levanta la pata para indicar el sitio exacto donde brotará una fuente.

San Dámaso (304-384). Es un papa de origen español que viste vestiduras pontificales y lleva en las manos la maqueta de un templo, una lira o un ostensorio.

San Dámaso redactó los epitafios de los mártires sepultados en las catacumbas romanas. También encargó la traducción latina de la Biblia (llamada la Vulgata) a san Jerónimo, su secretario. Finalmente, introdujo en la liturgia las palabras «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en un principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén».

San Dámaso (Biblioteca Nacional).

Él mismo redactó su epitafio, en el que expresa su ejemplar modestia: «Yo, Dámaso, hubiera querido ser sepultado junto a las tumbas de los santos, pero tuve miedo de ofender su venerable recuerdo. Espero que Jesucristo, que resucitó a Lázaro, me resucite también a mí en el último día».

San Eufrasio (siglo I). Este anciano barbado, vestido de obispo con su mitra y su báculo, fue uno de los míticos siete varones apostólicos que evangelizaron España.

Ejerció su episcopado en Iliturgi, ciudad romana que tradicionalmente se ha identificado con Andújar, pero ahora resulta que estaba más cerca de Mengíbar. San Eufrasio es patrón de la diócesis de Jaén. Su cabeza se venera en Andújar; el resto del cuerpo, en Lugo.

San Eufrasio (catedral de Jaén).

San Eugenio (siglo VII). Venerable anciano que porta la cruz patriarcal y la maqueta de la iglesia toledana, cuya sede fundó. La diócesis toledana se embarcó en largas y onerosas gestiones con el fin de recuperar para su catedral los pedazos del santo que estaban repartidos en participaciones por Francia y España.[1]

San Isidoro (560-636). Un maduro varón de barba blanca vestido de arzobispo con un libro y el báculo arzobispal acabado en espiral.

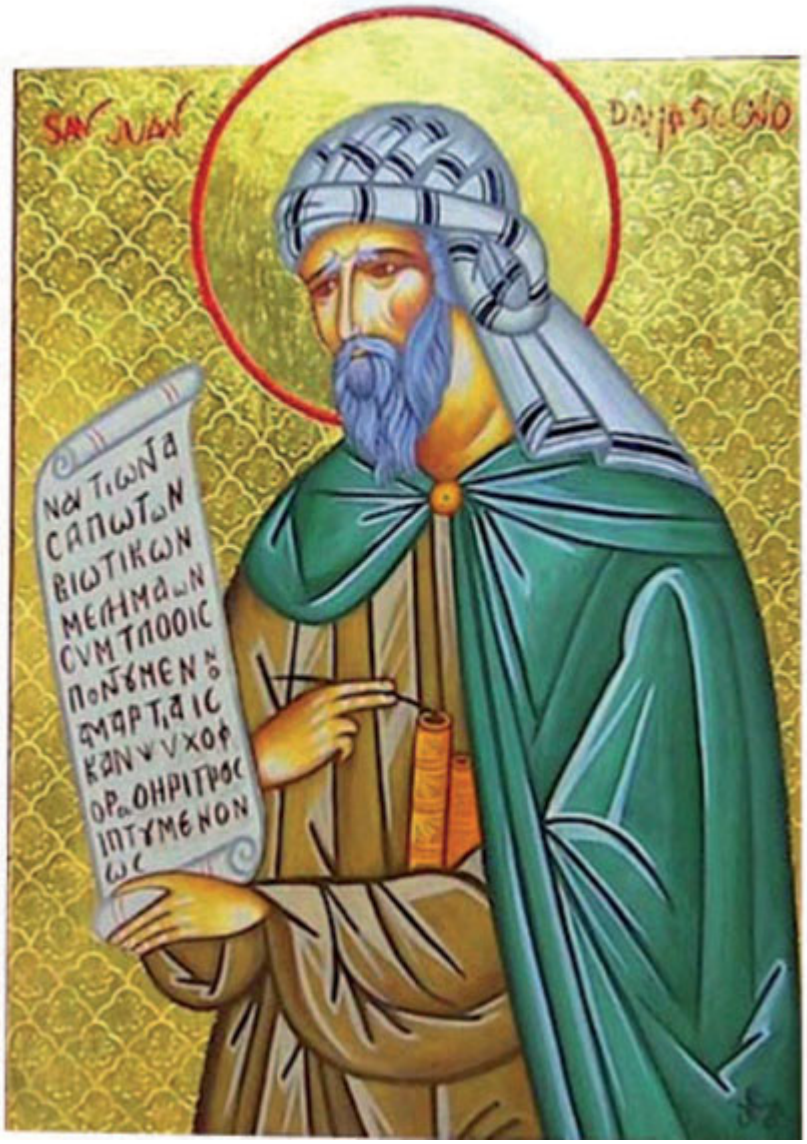
Este cartagenero arzobispo de Sevilla es uno de los grandes eruditos de la Alta Edad Media. Su contribución a la conversión de los reyes visigodos (herejes arrianos) al catolicismo fue decisiva. Además, unificó la liturgia visigoda y veló por la formación cultural del clero, y porque la clerecía fuera más leal al rey que al obispo de Roma.

Su predecesor en el arzobispado de Sevilla fue su hermano Leandro. Otro hermano, Fulgencio, fue obispo de Cartagena y de Astigi (hoy Écija). También tuvo una hermana, Florentina, que fundó cuarenta conventos. Los cuatro hermanos, también conocidos como «los cuatro santos de Cartagena», son hoy patronos de su diócesis. No conocemos el nombre del padre, aunque sí el irreverente apodo con el que lo motejaron: «Pollasanta».

San Isidoro y san Leandro (catedral de Sevilla).

San Juan Damasceno (675-749). Un monje adusto que porta los consabidos atributos de los doctores de la Iglesia: pluma, libro o rollo. El episodio en que se le aparece la Virgen también se ha divulgado en su iconografía.

Natural de Damasco (de ahí su sobrenombre), patrocinó la propagación del cristianismo mediante imágenes contra el parecer de los iconoclastas, que las aborrecían por considerarlas idolátricas. Al emperador iconoclasta León el Isáurico le replicó: «Las imágenes son el catecismo de los analfabetos. Nosotros no adoramos imágenes, sino que las veneramos, que es totalmente distinto. Adorar es creer que una imagen es un Dios que puede hacernos milagros. Eso sí es pecado de idolatría. Pero venerar es rendirle culto a una imagen porque ella nos recuerda un personaje que amamos mucho, como es el caso de Jesucristo, la Virgen o un santo».



San Juan Damasceno (icono bizantino, siglo XVII).

San Leandro (¿540-600?). Un anciano vestido de arzobispo, con mitra, báculo y capa pluvial. Lleva un corazón o una cartela con la inscripción: «*Credite o Gothi consubstantialem Patri*», alusivo a la herejía arriana que combatió vigorosamente. Este cartagenero fue arzobispo de Sevilla. Sus predicaciones contra el arrianismo convirtieron a san Hermenegildo y al rey visigodo Recaredo. Lo sucedió en la sede hispalense su hermano Isidoro.

Santa Paula (siglo V). Una mujer madura que viste el hábito marrón y blanco de los jerónimos y porta báculo abacial y un ejemplar de la Vulgata en alusión a san Jerónimo, su maestro.

Paula y su hija Eustaquia acompañaron a san Jerónimo a Belén. Se la considera cofundadora de los jerónimos.

Santa Paula y san Jerónimo (Zurbarán).

Santo Tomás de Aquino (1225-1274). Un fraile dominico entrado en carnes que sostiene en una mano un libro y en la otra una iglesia.[2] En otras representaciones, sostiene una pluma y la paloma del Espíritu

Santo (o de la inspiración, quizá) lo sobrevuela. El Doctor Angélico, Doctor Común o el Buey Mudo, denominaciones por las que también se le conoce, es el gran teólogo escolástico medieval.

Doctor de la Iglesia católica y fundador de la escuela tomista de filosofía, su monumental *Summa Theologica* es la enciclopedia Espasa de la teología y en ella se ha apoyado la Iglesia, como robusta columna, para desafiar los vendavales del raciocinio independiente que se levantan contra ella desde la abolición del Santo Oficio. Las famosas cinco vías con las que santo Tomás de Aquino demuestra la existencia de Dios fueron unánimemente aceptadas durante siglos y consideradas la muestra cimera de la inteligencia humana y de la vastedad de la inteligencia del que las concibió, pero hoy, desgraciadamente, son contestadas por filosofillos incrédulos incapaces de penetrar, como hizo el de Aquino, en la esencia divina.

Tomás estudió en Colonia con san Alberto Magno y, tras obtener su doctorado, fue maestro de Teología en distintas universidades europeas (París, Orvieto, Roma, Viterbo, Bolonia y Nápoles). Canonizado en 1323, fue declarado Doctor de la Iglesia en 1567 y patrón de las universidades y centros de estudio católicos en 1880.

Apoteosis de santo Tomás (Museo de Bellas Artes, Sevilla).

San Silvestre (270-335). Un hombre de mediana edad, con barba, traje pontifical, tiara y báculo papal. A veces lo acompaña el dragón al que amansó y desalojó de su cueva.

Sucedió como pontífice a san Melquíades el 31 de enero de 314 como Silvestre I, al año de promulgarse el Edicto de Milán, que legalizaba el cristianismo. Ello explica que fuese el primer papa que llegó a santo sin sufrir martirio por su fe. Sin embargo, no le faltaron problemas: el emperador Constantino lo ninguneaba y la herejía arriana le sustraía porciones considerables del rebaño cristiano.

San Silvestre (Museo Nacional de Escultura, Valladolid).

Los siete Varones Apostólicos (siglo I). Según una espuria tradición posterior al siglo X, España fue evangelizada por siete misioneros, los Varones Apostólicos, que también ocuparon sus primeras sedes episcopales: Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Segundo, Eufrasio, Cecilio y Hesiquio. Unas veces se les representa en grupo y otras por separado, siempre con túnica y manto apostólico amén de mitra, báculo y libro.

San Cecilio (litografía, siglo XVII).

Los siete varones llegaron a Acci (Guadix) cuando se celebraban las fiestas paganas de los dioses Júpiter, Mercurio y Juno. Comenzaron a predicar y los paganos, temerosos de que les aguaran una fiesta en la que la ebriedad se unía a la impudicia en abominable maridaje, los persiguieron con alevosas intenciones, pero un puente se derrumbó milagrosamente cuando estaban a punto de alcanzarlos y los siete predicadores salvaron la vida. Una noble mujer llamada Luparia (posiblemente rabiza o pecadora pública, como parece indicar su nombre, emparentado con la palabra «lupanar»), se apiadó de ellos, los ocultó en su casa y los siete varones aunaron en ella sus esfuerzos pastorales hasta que la convirtieron al cristianismo. Animados por este buen comienzo, los Siete Varones acordaron separarse para mejor

esparcir el evangelio entre las gentes de la Bética: Torcuato permaneció en Acci (Guadix); Tesifonte marchó a Bergi (Berja), Hesiquio, a Carcere (Cazorla); Indalecio, a Urci (Pechina de Almería); Eufrasio, a Iliturgi (Andújar); Cecilio, a Iliberri (Granada) y Segundo, a Abula (Abla, cerca de Almería, aunque los abulenses reivindican Ávila, como es natural).

¿En qué quedamos? ¿Quién trajo el cristianismo a España, Santiago o los siete Varones? La *Translatio Sancti Iacobi in Hispaniam* resuelve brillantemente el problema: los siete Varones eran los discípulos de Santiago que trajeron su cuerpo a Hispania y se establecieron en ella para sembrar la Buena Nueva.

San Torcuato (Museo Provincial, Orense).

Decapitación de Santa Bárbara.

21

Santos hasta para el fornicio

Usted, lector que cada vez lee menos porque está enganchado a las series de la tele y a los programas basura, quizás ignore que en la Edad Media, esa época de intensa espiritualidad, surgieron innumerables santos políticamente incorrectos que después la Iglesia ha procurado silenciar.

Pero para eso está aquí un servidor, para rescatarlos del olvido y darles una nueva oportunidad de ganar devotos.

¿Tiene el lector problemas de disfunción eréctil? Seguramente sí, porque en la varonía nacional tengo comprobado que nadie está contento con el lote que le asignó la naturaleza. Vale. ¿Quiere entonces customizar su herramienta sexual, instalarle un turbo para que sea pisar el acelerador y que salga disparado como un cohete? Pues ni viagra, ni terapia transeuretral, ni sustancias vasoactivas, que le costarán un pastón y le remediarán poco. Hágame caso y póngale un cirio del tamaño y firmeza requeridos a san Foutin, el protector celestial de su amiguito calvo. Si lo hace con la devoción y fe requeridas, ya verá como le torna ese desfalleciente pingajillo en el miembro erguido y tumefacto con el que siempre soñó, y tan pertinaz en el himeneo como el de aquel legendario arzobispo de Manila al que llamaban «el Batán» porque cada noche atendía sin desmayo a las diecinueve novicias de su servicio y aún le quedaban arrestos, si había cenado potaje de turmas, para cumplimentar a la cocinera y dejarla como bañada en sus propias natillas.

Menhir relacionado con el culto a la fecundidad (catedral de Saint-Julien du Mans, Francia).

¿Quién fue san Foutin, se estará preguntando el lector? En otro tiempo objeto de intensa devoción popular, fue el primer obispo de Lyon (Pothinus). Probablemente sea la santificación del dios pagano Príapo, el del falo erecto. El nombre Foutín está emparentado con el francés medieval *foutre* (follar) y de ahí que en la Edad Media fuese tan popular como santo protector de la coyunda, que velaba por la fertilidad de las mujeres y por la potencia sexual de los hombres. Sus devotos acudían en peregrinación al santuario, en Varages (Provenza), y le

dejaban como exvoto una picha floja de cera. Se quejaban las devotas de que, cuando soplaba el viento, los cipotes cerúleos se agitaban en sus cuerdas y las distraían de sus devociones. En la iglesia de Embrun se veneraba un pene de gran tamaño, supuesta reliquia de san Foutin. Los devotos derramaban vino sobre el bálano y, una vez recogido en la bandeja de la base, se transformaba en «vinagre santo» que remediaba la impotencia y la esterilidad.

Todavía en el siglo XVII, las mujeres insatisfechas raspaban el falo de la imagen primitiva (seguramente un Príapo romano) y le hacían tragar las virutas al marido, con agua naturalmente, para despabilarlo en sus deberes conyugales. El falo del santo nunca menguaba porque los curas custodios del santuario lo habían sustituido por un cilindro de madera que atravesaba la imagen y se alargaba cuando era menester empujando el extremo opuesto.

Otros santos de la misma función fueron Ters, o san Ters, en Amberes; los santos Cosme y Damián, venerados en Isernia (Italia); san Guignolé, primer abad de Landévennec (el nombre procede de *gignere*, «preñar»), cuyo santuario resultó destruido en 1793; san Guerlichon (Greluchon) en Bourg-Dieu; san Gil (o Gilles, nombre procedente de Aegidius), en Cotentin, y san René, en Anjou (nombre que se confunde con la palabra francesa *reins*, «riñones», en los que se creía residía la fuerza sexual).

En el santuario de San Fiacre, cerca de Meaux, se veneraba una piedra que preñaba a las mujeres que se sentaban en ella sin bragas; en la iglesia de Orcival, de Auvergne (Camino de Santiago francés), las mujeres abrazaban un pilar para quedarse embarazadas (antiguamente era un falo de respetable tamaño, pero lo sustituyeron porque escandalizaba a los pacatos). Se cuenta que una peregrina entró en el santuario y le preguntó al cura por el pilar que preña a las mujeres. A lo que el sacerdote respondió: «Delante de ti lo tienes. Yo soy el pilar».

La piedra preñadora del santuario de San Fiacre (Meaux, Francia).

Vamos ahora a otros santos y beatos no menos milagrosos.

San Antonio de Padua (1195-1231). Se nos presenta como un hombre todavía joven en hábito franciscano que lleva al Niño Jesús en brazos. Otros atributos son el libro, la pluma, el lirio de la pureza y la llama o el corazón inflamado por el amor divino. Es un santo muy salutífero que restablece a los enfermos.

Siendo un adolescente rebelde y apasionado, anduvo cerca de condenarse debido a su temprana inclinación por los placeres, pero al final perseveró en la virtud, abandonó la mala vida y enderezó sus pasos por el camino del Cielo. A los diecisiete años ingresó en un monasterio franciscano y mudó su nombre por el de Antonio en recuerdo de san Antonio Abad.

Este santo es muy popular entre las féminas casaderas, pues por su intercesión encuentran buenos maridos las mujeres de natural desfavorecido. Es igualmente eficaz para encontrar objetos perdidos o extraviados.

San Antonio de Padua (estampa, hacia 1940).

La beata Bernarda (siglo XV). Bernarda nació a mediados del siglo XV en el pueblecito alpujarreño de Artefa. Es fama que ejerció de santera de la ermitica del Cristo del Zapato, en su pueblo, hasta que sintiéndose llamada por la Providencia a más altas metas dio en recorrer las aldeas del entorno con unas tablillas de oraciones en las que se armonizaba lo cristiano y lo coránico.

Acaeció que en medio de una hambruna que asolaba las Alpujarras se le apareció en sueños el arcángel san Gabriel y le afeó su conducta diciéndole: «No es buena la mujer de cuyo higo non salen fillos», tras lo cual, metiéndole la mano en la raja, le hizo sentir un gran arrobo. Despertó Bernarda transfigurada y anduvo por los campos triscando alegre al tiempo que decía: «San Isidro Labrador, quita lo seco y le devuelve el verdor», con cuyo ensalmo terminó la seca, se abrieron los Cielos, llovió copiosamente y volvieron a lucir trigos y ganados. Sabido el milagro, dice la crónica: «Todos los homnes, e mulleres, de los derredores, allegábanse a casa la Bernarda, a tocar el conyo arcangélico, y por doquiera la abundancia manaba: las mulleres daban fillos sietemesinos fuertes como cabritillos, y las guarras parían cochinillos a porrillo, las cosechas se multiplicaban y hasta las gallinas empollaban ovos de sete yemas...».[1]

Falleció Bernarda en olor de santidad y no había pasado medio siglo cuando, al mover su enterramiento, descubrieron que el cadáver estaba consumido, pero el coño se mantenía fresco y fragante como el de una mozuela, lo que se tuvo a gran milagro. Trasladado el caso al arzobispado de Granada, la alta instancia falló negativamente y no consintió que la causa de la beata Bernarda llegara a Roma.[2] Sobre el paradero de la reliquia hoy desaparecida sólo sabemos lo que explica la crónica: «El 9 de abril del año de Nuestro Senyor IesuChristo de 1609, siendo de noche y alumbrado sólo por dos candelas, y con el Notario por unico testigo dello, el Licenciado Higinio Torregrosa, Cura Propio desta iglesia auxiliado por dos hommes buenos desta vecindad, emparedó el sancto reliquario del coño de la Bernarda, debaxo de la ventana de la Sacrestía, donde permaneciera hasta que la Ecclesia mudara su parecer sobre este singular suceso, y asi la beata Bernarda trajera de nuevo la bendiçion sobre sus fieles».

El relicario de Bernarda en un dibujo antiguo.

San Bernardino de Siena (1380-1444). Un hombre de mediana edad vestido con el hábito franciscano levanta en la mano un disco solar con el monograma de Jesús, IHS. De su ceñidor pende un rosario. A veces lleva un libro abierto en el que puede leerse: «*Pater, manifestavi nomen tuum omnibus hominibus*» (Jn 17, 6). También se representa con tres mitras en el suelo, las veces que rehusó un episcopado.

San Bernardo de Claraval (1090-1153). Un hombre de mediana edad, imberbe, con el hábito blanco del Císter y la cabeza tonsurada (a veces con mitra episcopal). Lleva las insignias abaciales: libro, báculo o

cruz de doble travesaño. Otro símbolo suyo, la colmena, alude a su apodo, el Doctor Melifluo, porque sus prédicas eran como golosinas de tan dulces.

La escena de su vida más divulgada se conoce como «lactancia de san Bernardo»: se le aparece la Virgen y, oprimiéndose un pecho, lanza un chorrito de leche con tal tino que alcanza la entreabierta boca del santo, procedimiento por el cual le comunica sabiduría y elocuencia. No eran los tiempos de la letra con sangre entra.

San Bernardo impulsó la primera cruzada y la Orden del Císter, y participó en los principales conflictos doctrinales de su época.

Visión de san Bernardo (Alonso Cano, Museo del Prado).

Santa Brígida (1303-1373). La fundadora de las brígidas viste ropones negros de viuda y velo, el hábito propio de su orden. Se identifica por el báculo de abadesa, el libro (la regla de su fundación) y un cirio, en el que se quemaba la mano (no porque fuera masoquista, sino por mortificarse para el Señor). A menudo la acompañan cinco llamas que representan las llagas de Cristo, pues la santa consagró su vida a meditar sobre la Pasión del Señor.

Santa Brígida engendró ocho hijos (una de sus hijas fue santa Catalina de Suecia) y después de enviudar se retiró a un convento, donde tuvo frecuentes visiones místicas. En 1346 fundó la Orden de San Salvador, la de las brígidas. Aconsejó al papa de Aviñón que regresara a Roma. A partir del siglo XV se la representa escribiendo o en éxtasis místico.

San Bruno (1030-1101). Santo fundador de la Orden de los Cartujos. Se le representa como un hombre rasurado, tácito, de aspecto triste, que viste el hábito blanco de la orden por él fundada. Se acompaña a veces por un crucifijo de forma arbórea y se lleva el dedo a la boca en demanda de silencio.

Este personaje se apartó del mundo, se retiró a una zona montañosa denominada la Cartuja, y allí construyó un oratorio rodeado de celdas para su orden.

Es el patrón de los misántropos.

San Buenaventura (1221-1274). Un franciscano con pluma (de escribir), un libro y la maqueta de un templo. Estos símbolos indican que era doctor de la Iglesia (y por tanto su defensor). A veces se deja ver tocado por el sombrero rojo cardenalicio y llevando la custodia o copón en la mano. También se le apareció la Virgen.

Santa Catalina de Siena (1347-1380). A la edad de siete años, se consagró a la mortificación e hizo voto de castidad. A los dieciocho años tomó el hábito de Santo Domingo. Se sometía a toda clase de

mortificaciones como azotarse tres veces al día y beber pus recogido de los enfermos. Esta actividad, que sería masoquista de no estar inspirada por el amor de Dios, la completaba con ayunos cada vez más severos.

Jesucristo se desposó con ella en el curso de una aparición y le insertó su prepucio en un dedo a guisa de alianza al tiempo que le decía: «Recibe este anillo como testimonio de que eres mía y serás mía para siempre». El divino prepucio era invisible para todas las personas excepto para Catalina. Se puede comprobar porque el dedo se venera en la iglesia de Santo Domingo de Siena y, efectivamente, no se percibe. En los últimos meses de su vida no recibía más alimento que la oblea eucarística de su comunión diaria. Murió tempranamente a los treinta y tres años, la edad de Cristo.[3]

Santa Catalina de Siena (óleo de Pompeo Batoni, 1743).

El historiador Rudolph Bell cree que padecía anorexia nerviosa. En su estudio, que abarca a doscientas cuarenta y una santas y beatas italianas reconocidas como tales por la Iglesia, concluye que la mitad de

ellas padecían anorexia nerviosa (enfermedad no definida como trastorno psicológico hasta el siglo XIX).[4]

El cilicio de la santa se venera en la iglesia de Santa Catalina de la Noche (parte del complejo de Santa María de la Escala). Por otro lado, la cabeza momificada se encuentra en Santo Domingo de Siena.

Es una de las tres únicas doctoras de la Iglesia, hecho especialmente notable, e incluso milagroso, dado que era analfabeta.

Santa Clara (1194-1253). La fundadora de las clarisas y compañera de san Francisco de Asís se representa como una joven y agraciada monja que lleva en una mano una custodia y en la otra un crucifijo. Otras veces, un ramo de olivo, un lirio, una lámpara portátil y el libro de la regla.

Era una chica de rica familia que renunció a su fortuna y decidió unirse a san Francisco de Asís, en la Porciúncula.[5] Francisco de Asís cortó a Clara su hermosa cabellera, le cubrió la cabeza con un velo y la envió a la sección femenina de su movimiento para que fuera monja.

Santa Clara.

San Diego de Alcalá (1400-1463). Viste hábito franciscano, con escapulario y cordón. Se acompaña con llaves y utensilios de cocina alusivos a los oficios de portero y cocinero que desempeñó en su convento con singular tino y aplicación. En algunas representaciones se recoge con las manos el escapulario a modo de delantal lleno de flores, como muestra de su caridad.

Este sevillano, nacido en San Nicolás del Puerto, tiene fama de milagrero. En otro tiempo, antes de que la grey cristiana se dejara ganar por las vanidades del mundo, fue muy popular entre la gente sencilla. Su cuerpo incorrupto se expone cada 13 de noviembre en Alcalá de Henares (Madrid).

Santo Domingo de Guzmán (1170-1221). El fundador de la Orden Dominica viste el hábito blanco y negro de esta y lleva en la mano un libro, un rosario y un lirio indicativos de su veneración a la Virgen Inmaculada.[6] En otros casos, luce una estrella sobre la cabeza. En algunas representaciones antiguas lo vemos acompañado de un perro que sostiene en la boca una tea encendida porque los dominicos (*Domini canes*, «perros del Señor») gestionaban la Inquisición, que, como es sabido, quemaba a los herejes. Hoy lo de quemar herejes parece políticamente incorrecto y prefieren olvidar el perro y la tea.

Santo Domingo era austero y aficionado a la mortificación: caminaba por las piedras y por la nieve, y rehusaba sombrero o gorro que pudiera resguardarle la cabeza del ardiente sol o de los helados aguaceros.[7]

San Domingo de Guzmán (Museo Nacional de Escultura, Valladolid).

Santo Domingo de la Calzada (1020-1109). Un monje o eremita provisto de un bastón y una hachuela, las herramientas de medir y cortar vigas.

El santo construyó un puente y un hospital de peregrinos en la ciudad que lleva su nombre. Otras veces aparece con una soga y un gallo y/o una gallina que simbolizan su milagro más conocido.

Cuenta la tradición que una lasciva mesonera se insinuó a un apuesto joven que peregrinaba con su familia a la tumba de Santiago. Como el doncel, de sólida formación cristiana, se negara a perpetrar el horrendo pecado carnal que la mujer le proponía, ella, despechada, ocultó una valiosa copa en el equipaje del mancebo y lo acusó de haberla robado.

La justicia registró el hatillo, halló la copa inculpatoria, juzgó el delito y condenó al joven a la horca. Antes de que le aplicaran la máxima pena, el joven elevó una plegaria a santo Domingo.

En vano colgaron al joven por el cuello: no moría. Repitió el verdugo la operación tras comprobar que la soga y el nudo corredizo funcionaban correctamente y de nuevo falló: el ahorcado no moría. «Primer caso que me ocurre —comentó el carnífice a los que empezaban a cuestionar su competencia—. ¿No será esto cosa de milagro?» Los atribulados padres del condenado así lo creyeron y corrieron jubilosos al juez con la esperanza de que indultara al rapaz. Acaeció que en aquel momento el juez estaba almorzando y se disponía a hincarle el diente a una gallina asada:

—Vuestro hijo está tan vivo como esta gallina que tengo en el plato —replicó malhumorado a los padres.

Fue decirlo y la gallina saltó del plato, asada y todo, y se puso a picotear las migajas de la mesa.

Santo Domingo de la Calzada.

En recuerdo del milagro, la cofradía del santo mantiene un gallo y una gallina en el interior de la iglesia del pueblo y, cuando peregrinan a Santiago, los llevan consigo en un jaulón.

San Fernando (1201-1252). Un hombre de mediana edad, imberbe, vestido de rey, con espada, corona, cetro y manto. En algunas representaciones porta las llaves de la ciudad de Sevilla.

Este rey de Castilla y León observó una ejemplar vida de santidad según sus hagiógrafos y cronistas. Algún malintencionado de los que se la cogen con papel de fumar pudiera objetar que pasó a cuchillo a la

población musulmana de Villa del Río (Córdoba), pero eso ocurrió hace muchísimo tiempo y está ya olvidado. Lo cierto es que Fernando III devolvió a la fe de Cristo todo el valle del Guadalquivir y sometió a vasallaje al reino moro de Granada.

San Fernando (iglesia de los Santos Juanes, Valencia).

San Francisco de Asís (1182-1226). El fundador de los franciscanos se representa como un hombre joven y delgado, imberbe, que viste el hábito marrón propio de su orden, con el cordón de tres nudos. A veces luce los estigmas de la Pasión en manos, pies y costado. Sujeta un libro (señal de fundador), una cruz o crucifijo (por sus meditaciones), así como la calavera y disciplinas (por sus penitencias).

San Francisco era hijo de un rico mercader. Después de una juventud alocada, en la que no faltaron farras, comilonas y revolcones con mozas de partido, recapacitó sobre la fugacidad de la vida, aborreció los placeres y dio en imitar a Cristo en su pobreza y se convirtió en un *poverello* (pobrecito).

Fundó sucesivamente la Orden de Frailes Menores o de los franciscanos, la de las clarisas (su sección femenina) y la de los terciarios franciscanos. Inició la costumbre de los belenes, con figuritas que en un principio representaban a la Sagrada Familia en el pesebre y después fueron evolucionando, como si la lente divina ampliara su campo de visión, hasta acoger pastores, reyes magos, arrieros, trajinantes, ovejas, herreros, carpinteros, molineros, lavanderas y hasta un galileo cagando (en catalán, el *caganer*).

La iconografía franciscana es muy variada: los desposorios del santo con la pobreza; la aprobación de la regla de la orden; el santo predicando a los pájaros, o saludando al hermano lobo, actos que a muchos contemporáneos suyos les pareció que denotaban locura, aunque nosotros, más informados, atribuimos a su bondad congénita y santidad; los estigmas de la Pasión que aparecieron en su cuerpo; el abrazo a Cristo crucificado que desclava y descuelga un brazo para corresponder; la visión de la Virgen y la de Porciúncula, con Cristo y María adultos, etcétera.

San Francisco es el patrón de los veterinarios, conservacionistas, *hippies*, belenistas, pacifistas y las profesiones amantes de la naturaleza en general.

San Francisco de Asís.

San Gil (siglo XII). Este anciano ataviado con hábito benedictino (era abad de Saint-Gilles du Gard) lleva en la mano una azucena y se acompaña de una cierva. Otras veces lo reconocemos por una flecha clavada en su cuerpo.

Sostiene la tradición que se interpuso entre una pobre cierva y los cazadores que la perseguían y recibió la flecha a ella destinada. Por este motivo sería un patrón idóneo para los cazadores torpes, si no fuera porque ninguno confiesa serlo.

Según una antigua creencia popular, san Gil es el único santo facultado por Dios para perdonar los pecados, a condición de que el pecador se arrepienta de veras. Esta potestad ocasionó malestar entre los padres conciliares reunidos en Trento porque les parecía que el santo se arrogaba la administración de un sacramento reservado a la Iglesia y que acudiendo a él los fieles podían prescindir de la confesión oral.

Se invoca, también, para evitar las pesadillas y los terrores nocturnos.

San Hermenegildo (564-585). Un apuesto príncipe vestido de visigodo pudiente, con corona y cetro, símbolos de realeza. Porta la palma de martirio, el hacha con la que lo decapitaron y los grilletes en los que sufrió prisión.

Hermenegildo era hijo del rey godo Leovigildo y hermano menor de Recaredo. Los godos eran herejes arrianos, pero el joven Hermenegildo se convirtió al catolicismo catequizado por su preceptor, san Leandro, obispo de Sevilla (que era algo pariente de su madre), y por agradar a su joven y mollar esposa, la princesa Ingunda, con la que lo casaron a los quince años de edad. Su conversión lo enfrentó con su padre y provocó una contienda que acabaría con su captura y muerte.

Hermenegildo comparte con san Fernando el patronazgo de la monarquía española.

San Hermenegildo (monasterio de Meteora, Grecia).

San Honorato (siglo VI). Su atributo es una pala de panadero en la que muestra unos panes en forma de hostia. De acá procede el dicho popular: «Hizo una hostia como un pan».

Según la tradición, cuando el papa consagró a este pamplonica como obispo de Toulouse, en Francia, su ama, que estaba cociendo pan, acogió la noticia con incredulidad.

—Ya me estáis tomando el pelo —le dijo—. Me lo creeré cuando esta pala arraigue y se haga un árbol.

La clavó en el patio y, en efecto, la pala se convirtió en una morera que pronto dio flores y frutos (las moras).

En algunos sitios Honorato es el patrón de los panaderos; en otros, de los viveros de plantas.

San Ildefonso (siglo VII). No admite confusión: es un anciano sacerdote, vestido de pontifical, al que la Virgen, que ha descendido del Cielo, le impone una casulla o escapulario. Otras veces lo pintan sacando un velo de la tumba de santa Leocadia.

Según la piadosa tradición, en la noche del 18 de diciembre del año 665, san Ildefonso, ya arzobispo de Toledo, se dirigió a la iglesia en compañía de algunos canónigos con intención de cantar himnos en honor a la Virgen y, cuál no sería su sorpresa, y la de sus acólitos, cuando encontraron el templo inundado de una luz vivísima en cierto modo semejante a la de un encuentro en la Tercera Fase (de hecho no faltan ufólogos que sospechan que por ahí van los tiros). Sus acompañantes, los canónigos, huyeron espantados dejando atrás al arzobispo y a dos diáconos que no lo quisieron desamparar. Cuando los ojos se les hicieron a la luz, los sorprendidos sacerdotes distinguieron la fuente de la que manaba el prodigio: nada menos que la Virgen (siglos más tarde los teólogos decidirían, tras ardua discusión, que se trataba de la Inmaculada Concepción). Estaba Nuestra Señora sentada en el trono episcopal y se rodeaba de una corte de angelicales doncellas que entonaban cantos celestiales. María indicó a Ildefonso que se le acercara y le confió: «Tú eres mi capellán y mi fiel notario. Recibe esta casulla que mi Hijo te envía de su tesorería» . Y se la invistió. «úsala solamente en los días festivos en mi honor» —apostilló después.[8]

Imposición de la casulla a san Ildefonso (portada de la iglesia de San Ildefonso, Jaén).

Santa Isabel de Hungría (1207-1231). Esta hija del rey Andrés II de Hungría se representa coronada y ricamente vestida con el armiño real, aunque debajo lleva el sayal de la Tercera Orden de Asís. A veces sostiene un delantal lleno de panecillos. Isabel enviudó muy joven, y desde entonces dedicó su riqueza a los pobres, construyó hospitales y atendió a los menesterosos.

Su única posesión era un manto viejo y remendado, regalo de san Francisco.

Santa Isabel de Portugal (1271-1336). Hija de Pedro III de Aragón y reina de Portugal, se la representa unas veces vestida de reina y otras con hábito franciscano y una jarra, depende. Se confunde bastante con su homónima santa Isabel de Hungría, con la que comparte el milagro de los panecillos convertidos en flores cuando el rey, ya un poco harto de sus caridades, la intercepta y le pregunta de malos modos qué esconde en el regazo. Ella llevaba panecillos para socorrer a los pobres,

pero al mostrarlos al marido se habían convertido en flores: Dios mismo le había suministrado una conveniente coartada para que engañara al esposo.

Santa Isabel de Portugal (estampa, hacia 1980.

Enviudó en 1325, renunció a sus riquezas y le cambió al obispo la corona real, que era de mucho precio, por el hábito de la Orden de las Clarisas, en las que profesó y entre las que vivió, en el convento de Santarém, el resto de su vida.

San Isidro Labrador (1080-1130). Viste como un campesino del siglo XVII, con jubón, calzones hasta las rodillas y medias. Gasta barba y cabello largo. Sus atributos son una reja de arado o una rasqueta (instrumento para quitarle el barro a la reja) y, en ocasiones, un manojo de espigas. En algunas viñetas aparece su amo, el hacendado Juan Vargas, arrodillado; en otras, un ángel que ara su campo con la yunta de bueyes.

Isidro era un simple jornalero al servicio de un severo terrateniente que exigía a sus empleados alta productividad. Sus compañeros se encaminaban al trabajo con las primeras luces del día, pero Isidro se incorporaba avanzada la mañana, no por pereza, sino porque de camino al tajo se detenía en iglesias, ermitas y humilladeros para asistir a los oficios religiosos u orar. Sus compañeros le fueron con el cuento al patrón y éste montó en cólera y se dirigió a la hacienda con intención de despedirlo. Cuál no sería su sorpresa cuando, al llegar a la parcela que araba Isidro, comprobó que, mientras el jornalero rezaba, un ángel ocupaba su lugar y le araba el lote asignado con unos surcos tan derechos que parecían trazados con tiralíneas.

San Isidro es patrón de labradores, absentistas y poceros (de estos últimos porque rescató a un niño de un pozo).

Procesión de san Isidro Labrador (La Quintería, Jaén).

La mujer de san Isidro, santa María Toribia, tenía la costumbre de no comenzar el día sin encomendarse a la Virgen de la Cabeza, a la que rezaba en una ermita cercana. Unos insidiosos vecinos propalaron que María se había echado un amante o a ver cómo se explicaban sus excursiones a la orilla opuesta del Jarama en cuanto el marido se ausentaba para ir al trabajo. Un día, Isidro la siguió (total: el ángel le estaba arando el campo y se lo podía permitir) y descubrió el motivo de sus misteriosas ausencias. María visitaba diariamente la ermita de santa María del Jarama para cumplir con sus devociones y, de paso, barrer y fregar el suelo, pues era una mujer muy limpia y hacendosa. Además, el aliviado marido asistió a un milagro: cuando llegaba al Jarama, María

extendía su manto y cruzaba la corriente en volandas como sobre una alfombra mágica. Por este motivo es la santa patrona de los surferos. En sus imágenes, santa María de la Cabeza (nombre celestial de María Toribia) viste delantal y se cubre la cabeza con una toca, como cualquier campesina castellana del siglo XVII. Se acompaña con una antorcha o tea, además de una alcuza de aceite, en recuerdo de la que llevaba para encender la lámpara de la Virgen de la Cabeza. A veces le vemos un manojo de llaves a la cintura, en su calidad de ama de casa.

María de la Cabeza es la abogada de las mujeres sospechosas de adulterio, se confirme o no.

San Jacinto (¿1200?-1257). Unas veces se representa barbado; otras, imberbe. Se reconoce porque viste el hábito de los dominicos y porta en la mano una custodia, una imagen de la Virgen o un jacinto (flor). También puede aparecer con el niño al que resucitó o arrodillado ante el jayán que lo decapitó.

El patrón nacional de Polonia nació en el seno de una aristocrática familia de aquel país. Cursó estudios de derecho y teología en Praga, Bolonia y París, tras de lo cual regresó a Polonia donde su tío, el obispo de Cracovia, lo ordenó sacerdote y se lo llevó consigo a Roma para labrarle un porvenir. Por aquellos días Domingo de Guzmán había resucitado al joven sobrino del cardenal Esteban. Este señalado milagro movió a nuestro héroe a profesar en los dominicos. De regreso en Polonia, fundó conventos y realizó diversos prodigios y curaciones que van desde la resurrección de un joven, que llevaba veinticuatro horas muerto, hasta la devolución de la vista a la hija del gran príncipe Vladimiro. El episodio más aleccionador de su vida es su huida de Kiev, amenazada por los tártaros, llevando en una mano la custodia que contenía el Santísimo Sacramento y en la otra a la propia Virgen, cuya imagen se hizo carne para acompañarlo y evitar su destrucción por los paganos.[9]

San Jacinto (óleo anónimo, 1767).

San Juan de Mata (1160-1213). Viste el hábito trinitario, blanco, con una cruz formada por un trazo rojo y otro azul. A veces se acompaña por dos esclavos, uno blanco y otro negro.

La tradición cuenta que durante la celebración de su primera misa tuvo una visión celestial: unos cautivos de los moros estaban a punto de apostatar, pero un religioso vestido de blanco y con una cruz roja y azul en el pecho lo evitaba. Juan de Mata interpretó la visión como una indicación divina y fundó, en 1213, la Orden de los Trinitarios. No se debe confundir con la de los Mercedarios, otra orden dedicada a la liberación de cautivos, más aristocrática y caballeresca.

San Juan de Mata (escultura anónima, Trinitarias de Alcázar de San Juan).

Santa Juana de Arco (1412-1431). Una agraciada joven vestida de armadura que porta una espada y un estandarte con el monograma de Cristo: IHS.

A los catorce años era una humilde campesina de Donremy, Francia, algo inquieta y dada al imaginario, ya que escuchaba voces y percibía resplandores. Los fenómenos paranormales a los que era tan asidua menudearon hasta acabar en apariciones del arcángel san Miguel, de santa Catalina y de santa Margarita. «Has sido elegida para salvar a la nación y al rey», le decían.

Al principio sus familiares y vecinos la tomaron por loca, ya que los síntomas no apuntaban a otra cosa, pero Dios guio sus gestiones y poco a poco empezaron a seguirla algunas gentes sencillas del pueblo. No muy tarde, acaudillaba una respetable muchedumbre que la seguía a todas partes como si fuera la propia Virgen. El rey de Francia, que ya lo había intentado todo y sufría una derrota tras otra de manos de los ingleses, pensó capitalizar toda aquella carne de cañón y la nombró capitana de sus ejércitos. Juana se proveyó de una bandera blanca con los nombres de Jesús y de María y, al frente de diez mil hombres, se dirigió a la ciudad de Orleans y derrotó a los ingleses.

Acusada de brujería por sus enemigos, la Inquisición la quemó a la hoguera, pero años después Benedicto XV la rehabilitó y la elevó a los altares.

Santa Juana de Arco (estampa, 1905).

Santa Margarita de Escocia (1045-1093). Una dama ataviada con vestimenta regia. A veces se representa rodeada de indigentes a los que auxilia.

Hija del príncipe inglés Eduardo el Exiliado, pudo nacer en Hungría. Cuando ascendió a reina consorte de Escocia, Margarita se consagró a las obras de caridad con enfermos, huérfanos y pobres. Frecuentaba los sacramentos, se mortificaba y se levantaba por la noche para atender a sus devociones. Nunca se rio. Con estas credenciales de santidad, se explica que el papa Inocencio IV la canonizara en 1251.

Santa Margarita de Escocia (vidriera del siglo XIX).

San Martín de Porres (1569-1639). Un negro joven que viste el hábito blanco y negro de los dominicos. Lleva en una mano una cesta con panes, y en la otra, una escoba que representan los humildes oficios que realizaba en el convento. Su variada iconografía lo representa haciendo obras de caridad, tomando el hábito, cuidando a los pobres, barriendo o agonizando en su lecho de muerte.

Despreciado por su padre al que avergonzaba tener un hijo negro, ingresó como lego en los dominicos de Lima, pero los frailes, que despreciaban su color, le asignaron los trabajos más humildes. Subió a los altares por su humildad y obediencia. Es patrón de los servicios de limpieza y asistentas en general.

San Pascual Bailón (1540-1592). Este piadoso fraile franciscano viste el hábito de su orden y muestra el símbolo de la Eucaristía, de la que fue un rendido adorador hasta el punto de que, cuando elevaron la hostia en la misa de su funeral, abrió y cerró los ojos dos veces, fenómeno que fue muy comentado por propios y extraños.

Es el patrón de los Congresos Eucarísticos y de la Adoración Nocturna.

San Ramón Nonato (1205-1240). Este fraile mercedario viste sobre su hábito blanco, con escudo de la Merced, el capelo y la muceta púrpura que testimonian su condición cardenalicia. Lleva libro, palma del martirio y triple corona de mártir, doctor y confesor. Porta un ostensorio o custodia que simboliza su devoción a la Eucaristía. Con tal acumulación de señales, no es fácil confundirlo con otro.

Se le llamó Nonato (o sea «no nacido») porque lo sacaron del vientre de su madre muerta.

San Ramón Nonato (Juan de Mesa, Museo de Bellas Artes de Sevilla).

San Ramón (o Raimundo) de Peñafort (1175-1275). Viste el hábito de los dominicos y lleva los atributos de doctor (en derecho civil y canónico). Fue profesor de la Universidad de Bolonia y confesor. Destacó por su humildad, por su amor a los pobres, por su rectitud y

sabiduría en cuestiones de moral y ley, por su celo evangelizador y por la valentía con que encaró las amenazas del rey. Escribió numerosas obras y ayudó a Pedro Nolasco a fundar la Orden de la Merced.

Santa Rita de Casia (1381-1457). Una monja joven vestida con el hábito negro y correa de los agustinos. Clavada en la frente, una espina que sangra. A veces, una rosa, en alusión a las que se florecieron en el jardín de su convento cuando murió. También, las abejas que aparecieron junto a su cuna cuando nació.

Su nombre es abreviatura de Margarita. Casada con un noble infiel que la maltrataba cruelmente, en cuanto enviudó se retiró al convento de Casia. Habituada a padecer, encontraba demasiado cómoda la vida conventual, por lo que suplicó a Cristo que la hiciera sufrir. El Señor no se hizo de rogar y le clavó en medio de la frente una de las espinas de su corona, lo que le produjo una herida que nunca se cerraba. Esta es la escena más representada en sus imágenes.

Santa Rita de Casia (postal, hacia 1910).

Santa Rita es abogada de las causas imposibles y de las mujeres maltratadas.

San Roque (siglo XIV). Viste de peregrino, con bordón, calabaza y zurrón. Un perro le lame la llaga que luce en su rodilla derecha.

Este santo nacido en Montpellier (Francia) peregrinó a Roma y consagró su vida al cuidado de los apestados. La relativa frecuencia de las epidemias explica su popularidad. San Roque es patrón de las epidemias y de la peste.

San Roque (Cloister Museum, Nueva York).

22

Santos de cuando la iglesia se ató los machos en Trento

En el siglo XVI surgieron reformistas cristianos (Lutero, Calvino y otros) que restaban clientela a la Iglesia católica romana, algo así como un cuarenta por ciento en pocos años. El papa y la curia se alarmaron por el brusco descenso de las recaudaciones y convocaron un Concilio en la ciudad episcopal de Trento (Italia) para ver la manera de contrarrestar a los herejes y recuperar lo perdido.

En el Concilio de Trento, celebrado entre 1545 y 1563, se tomaron muchas decisiones que atañen a nuestro tema, entre ellas alentar la devoción a la Virgen y a los santos, lo que favoreció una espléndida floración de nuevos santos.

San Alfonso María de Ligorio (1696-1787). Es un anciano enteco, la boca sumida, la barbilla prominente y el cuerpo algo encogido, como si padeciera del estómago. Sostiene una pluma en una mano y un libro en la otra (atributos de doctor). A menudo se acompaña de la cruz patriarcal que denota su condición de fundador (de la Orden de los Redentoristas, en su caso).

Nació cerca de Nápoles y, después de una brillante carrera como abogado, en la que jamás perdió un caso, se entregó, como él mismo confesaría, a los «banquetes, entretenimientos, teatros y a los placeres del mundo, pero son placeres que están llenos de la amargura de la hiel y de afiladas espinas».

San Alfonso María de Ligorio.

Huyendo de las espinas de la buena vida, se recogió en Jesús y, en lo sucesivo, hasta su muerte en olor de santidad, observó una existencia mortificada, virtuosa y entregada a sus labores pastorales.

San Estanislao de Kostka (1550-1568). Este jesuita polaco se representa como un jovencito imberbe que viste la sotana negra jesuita y lleva al Divino Niño en brazos. Otras veces lo vemos arrodillado delante de la Virgen que le presenta a su Niño.

Hijo de un rico senador de Polonia, nacido en el castillo familiar, Estanislao estudió con los jesuitas y, decidido a seguir su vocación religiosa, huyó del hogar y atravesó Alemania a pie. El superior regional de los jesuitas, san Pedro Canisio, comprendió que el mancebo tenía madera de santo y lo reenvió a Roma, al superior general de la orden (a la sazón san Francisco de Borja), quien lo acogió con especial cariño.

San Estanislao, que realizaba los más humildes oficios en el convento, falleció a la temprana edad de dieciocho años. Es fama que en una ocasión su superior lo interpeló:

—Estanislao, parece que usted ama mucho a la Virgen.

El joven se sonrojó, debido a su modestia, y respondió:

—Pero ¿cómo no la voy a amar, si es mi Madre?

Estas palabras del santo se han hecho famosas y son objeto de intensas meditaciones en las casas de jesuitas por la densidad doctrinal que encierran.

San Estanislao de Kostka (estampa, hacia 1900).

San Francisco de Borja (1510-1572). Viste de negro jesuítico y lleva en la mano la custodia o el icono de la Virgen. A veces le acompaña una calavera con corona imperial, recordando su desengaño del mundo ante el cadáver de la emperatriz Isabel.

En 1539 el rey Carlos V le encomendó que escoltara el cadáver de su difunta esposa, la emperatriz Isabel de Portugal, al panteón real de Granada. Francisco atravesó los caminos de España en compañía del féretro que contenía los restos de aquella bellísima mujer de la que estaba castamente enamorado. Al llegar a Granada el protocolo requería que se abriera el ataúd de plomo para que un notario diera fe de que se entregaba el cuerpo de la reina. Cuando Francisco comprobó el horrible efecto que la putrefacción había operado sobre aquella belleza, decidió «nunca más servir a un señor que se pueda morir». Nada más sensato a la vista de las circunstancias.

En 1546, tras la muerte de su esposa Eleanor, resolvió sus asuntos mundanos, cedió títulos y honores a su primogénito e ingresó en la Compañía de Jesús. Inmediatamente le ofrecieron un capelo cardenalicio que él rechazó, pues, en su modestia, prefería la vida de predicador itinerante. En 1554 lo ascendieron a comisario general de los jesuitas y en 1565 a general de la orden.

San Francisco de Borja (Francisco Rizi, iglesia del Colegio Imperial, Madrid).

San Francisco Javier (1506-1534). Un jesuita ataviado de negro severo, barba corta igualmente negra y un crucifijo en la mano. A veces le añaden un corazón inflamado y un bastón de peregrino.[1]

Francisco de Jaso y Azpilicueta fue miembro del grupo precursor de la Compañía de Jesús y estrecho colaborador de su fundador, Ignacio de Loyola. Destacó por sus misiones, que se desarrollaron en el oriente

asiático y en Japón, lo cual justifica su sobrenombre de «Apóstol de las Indias».

San Francisco Javier.

San Ignacio de Loyola (1491-1556). Íñigo López de Regalde nació en Guipúzcoa en el seno de una familia de trece hermanos. Educado cerca de la Corte, en la casa de un consejero y contador real algo pariente, se ejercitó en las armas «con un vano deseo de ganar honra» como escribe en sus memorias. Integrado en el ejército castellano, en 1521 participa en la defensa de Pamplona y recibe un metrallazo en las piernas. Durante la larga convalecencia, en su casa de Loyola, se enfrasca en la lectura de libros píos y vidas de santos y concibe la idea de abandonar las armas para hacerse santo: «Aquí se le ofrecían los deseos de imitar a los santos, no mirando más circunstancias que

prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho». La visión o aparición de la Virgen le confirma que ha escogido el camino adecuado. En cuanto se restablece, emprende una peregrinación a Jerusalén para ofrecer su vida futura a Dios en los mismos escenarios donde Él sufrió su Pasión. Llega a Montserrat, cuelga las armas como un exvoto frente a la Virgen Negra y desciende de la montaña vestido de harapos y descalzo. En Manresa se hace eremita en una cueva y escribe sus famosos *Ejercicios espirituales*. Abandona el proyecto de peregrinar a Tierra Santa y se propone formarse sólidamente en teología y doctrina. Para ello cursa estudios en Alcalá de Henares, donde se los costea como enfermero y cocinero. Amplía sus estudios de teología en París durante siete años, y recluta compañeros para fundar una nueva orden religiosa. El 15 de agosto de 1534, Ignacio funda la Sociedad de Jesús (después se llamará Compañía) con otros siete compañeros en Montmartre. El papa Pablo III aprueba la idea y los ordena sacerdotes. En Storta tiene una visión trinitaria en la que «el Padre, dirigiéndose al Hijo, le dijo: "Yo quiero que tomes a éste como servidor tuyo" y Jesús, a su vez, volviéndose hacia Ignacio, le dijo: "Yo quiero que tú nos sirvas"».[2]

La visión celestial reafirma a Ignacio en su proyecto: seremos compañeros de Jesús y nos alistamos bajo su bandera (no deja de ser militar, por eso la de Jesús es una compañía comandada por un general).

San Ignacio de Loyola (Herrera el Viejo, Museo de Bellas Artes, Sevilla).

Pablo III aprueba la *Societas Iesu* (en su bula *Regimini militantis*, 1540). Los jesuitas comienzan a funcionar como una abnegada organización monacal, que obedece ciegamente al papa y a sus superiores (*perinde ac cadaver*, «disciplinado como un cadáver») bajo el lema *Ad Maiorem Dei Gloriam* («a mayor gloria de Dios», abreviado con las siglas AMDG).

San José de Calasanz (1557-1648). A este sacerdote español, fundador de la Congregación de las Escuelas Pías (o escolapios), se le representa como un anciano sacerdote ensotanado, barba gris y frente despejada, que porta la cruz patriarcal (símbolo de los fundadores). A veces lo acompaña un niño con el que practica el apostolado. Porta el emblema de las Escuelas Pías: un escudo coronado con las letras M y A entrecruzadas, anagrama de María.

San José Oriol (1650-1702). Viste sotana sacerdotal y muceta de beneficiado. Porta un crucifijo en una mano y unas disciplinas o una calavera en la otra.

Sin ser un santo excesivamente milagrero, por prudencia y recato más que por falta de medios, sabemos de cierto que atravesó el río Besós, en Barcelona, caminando sobre las aguas para visitar a unos enfermos, mientras tañían a lo lejos las campanas del *Angelus*.

Gozó de muchas seguidoras en vida. Una de ellas, incapaz de contenerse, exclamó a su paso: «¡Bendita la madre que te amamantó!». Un viandante que la escuchó la reprendió y al instante sus brazos quedaron paralizados, pero en cuanto imploró humildemente la ayuda del santo, el que está en lo alto se apiadó de él y le restituyó el movimiento.

San Juan Bautista de La Salle (1651-1719). Se nos presenta como un hombre de mediana edad, melenudo (lo normal en su tiempo), carirredondo, ataviado de sotana sacerdotal y rodeado de niños, como fundador de la Orden de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. A esta circunstancia alude otra iconografía que lo representa escribiendo la regla.

Sólidamente formado en el famoso seminario de San Suplicio en París, estaba destinado a escalar los más altos cargos eclesiásticos, cuando, de pronto, su fulgurante carrera se truncó: su director espiritual, un sacerdote de acendradas virtudes, había fallecido. En esta tesitura, Juan Bautista abandonó su prometedora carrera para hacerse cargo del trabajo del extinto al frente de una escuela y un orfanato para niños pobres.

San Juan Bautista de La Salle (imagen anónima. Iglesia de Santa Marina, Sevilla).

San Juan de Ávila (1499-1569). Sus imágenes nos presentan a un hombre de mediana edad, delgado, con barbita recortada, vestido de arzobispo y orante ante un crucifijo. Juan de Ávila estudió filosofía y teología en la Universidad de Alcalá, donde amistó con el padre Guerrero, después arzobispo de Granada, un afecto que duró toda la vida. Su acendrado amor al prójimo y su anhelo de extender la fe de Cristo por la faz de la Tierra le hicieron concebir la idea de evangelizar a aztecas, toltecas, chacatecas, incas y otra diversidad de indios americanos. Con esta determinación viajó a Sevilla, en 1527, en compañía de su amigo y compañero de estudios Fernando de Contreras, pero el arzobispo de la diócesis hispalense, Alonso Manrique, le negó el pasaje y le comunicó que no necesitaba emigrar a América ya que en la propia Andalucía tenía ancho campo para desempeñar su apostolado.

Y a ello se entregó con ardor y santidad. Era un auténtico *showman.* Lejos de limitarse a una faena de aliño, como otros predicadores comodones, él subía al púlpito como el actor sube al escenario, a menudo con acompañamiento musical de chirimías, zampoñas y panderos. El santo de Ávila ponía tal pasión en la prédica, tales metáforas urdía para impresionar a la feligresía, de tal manera modulaba la voz, tan efectivo era en la mímica —la mano blanda tendida al empíreo cuando hablaba de Dios o del Cielo, la garra aquilina perchando sobre la barandilla del púlpito si se refería a Satanás, el gesto lastimero y compungido si aludía a las ánimas del Purgatorio, siempre acomodando el ademán al mensaje—, tan magistralmente, digo, predicaba que las ovejas y los carneros del rebaño cristiano caían de rodillas con intensa contrición y atrición, los ojos bañados en lágrimas.

El fruto de sus predicaciones era tan copioso que la autoridad eclesiástica le asignó numerosos sacerdotes auxiliares para que lo ayudaran a confesar y a administrar comuniones, ya que él no daba abasto.[3]

San Juan de Ávila (Real Imprenta, Madrid).

San Juan de Dios (1495-1550). Un fraile joven con barba recortada, que viste hábito negro, escapulario, capucha, cinturón de cuero y bonete. Fundó los Hermanos Hospitalarios. San Juan empezó su carrera como soldado. Con mal pie, hay que reconocerlo: le encomendaron la vigilancia de un arsenal, se durmió y, al despertar, descubrió que el enemigo se había llevado hasta las puertas, en sus mismas barbas, mientras él se acunaba en brazos de Morfeo.

El yerro era tan grave que su coronel lo mandó ahorcar, pero Juan se encomendó con toda fe a la Madre de Dios y logró que le perdonaran la vida. Dejó la milicia y se hizo vendedor de estampas y libros religiosos, oficio mucho más descansado. En su ejercicio iba camino de Granada cuando encontró un niño pordiosero al que dio de comer. El niño, que resultó ser Jesús, le profetizó: «Granada será tu cruz», y desapareció.

En Granada, san Juan de Dios se confesó con su tocayo y colega san Juan de Ávila, el cual le impuso la penitencia de hacerse el loco para que la gente lo humillara y le hiciera sufrir, episodio que hemos de atribuir a la mutua santidad y en ningún caso a que se estableciera entre ellos una relación sadomaso.[4]

Lo cierto es que san Juan de Dios traspasó la librería (que tampoco daba para vivir, esa es la verdad), repartió sus escasas pertenencias entre los pobres y vagó por las calles de la ciudad haciéndose el loco y viviendo de la caridad hasta que lo encerraron en un manicomio.

San Juan de Dios (azulejo en una calle de Ceuta).

San Juan de Ávila, preocupado, lo sacó del manicomio y le levantó la penitencia. San Juan de Dios consagró el resto de su vida a recoger y atender enfermos. No tenía nada propio, dormía poco y debajo de una escalera.

San Juan de la Cruz (1542-1591). Un fraile vestido con el hábito carmelita (pardo, con capa blanca). Lo representan menudo de cuerpo, rostro redondo, frente amplia, ojos negros y barbita recortada.

Era todavía niño cuando el fallecimiento de su padre dejó a la familia en la miseria y a la madre haciendo faenas en un convento para poner un plato de sopa en la mesa. El niño fue sucesivamente tejedor (oficio que abandonó porque era torpe para las manualidades),

mandadero y enfermero. Finalmente profesó de carmelita y se ordenó sacerdote. Amigo de santa Teresa (que en la intimidad lo apodaba cariñosamente «mi medio fraile»), es, quizás, el más eximio poeta español. Desde 1952 es patrono de los poetas en lengua castellana.

San Juan de la Cruz.

San Juan de Ribera (1523-1611). Obispo de Badajoz y arzobispo de Valencia. Retratos auténticos nos lo pintan vestido de obispo, con barba recortada, canosa y corta.

Se consagró con celo ejemplar y parvos frutos a la evangelización de los contumaces moriscos levantinos. A raíz de su muerte, el rey Felipe III los expulsó de España y liberó a sus sucesores del ingrato trabajo.

San Luis Gonzaga (1568-1591). Un joven algo relamido ataviado con sotana negra y sobrepelliz. En una mano lleva una azucena, símbolo de su castidad, y en la otra, un crucifijo. San Luis Gonzaga ingresó muy joven en los jesuitas y recibió la comunión de san Carlos Borromeo. Su castidad y el cuidado que profesó a los enfermos aconsejaron al papa Benedicto XIII declararlo patrono de la juventud.

San Luis Gonzaga (imagen de resina policromada hacia 1960).

En los antiguos internados y seminarios lo ponían como ejemplo a los masturbadores compulsivos o reincidentes, pues el santo nunca incurrió en tales cochinadas.

Santa Rosa de Lima. Viste el hábito blanco y negro de los dominicos, lleva una corona de espinas y las rosas que recibió del Niño Jesús, al que sujeta en sus brazos amorosamente. Isabel Flores de Oliva, como en el siglo se llamaba, nació en el seno de una humilde familia peruana. Desde pequeña trabajó en el huerto familiar y como bordadora. Ya mozuela, hizo votos de virginidad y profesó como terciaria dominica. En el convento observaba una vida ascética y ejemplar: se mortificaba a diario con una corona de espinas y dormía sobre un lecho de cristales rotos, detalles ambos que hoy podrían interpretarse maliciosamente como indicio de desarreglo mental o desviación masoquista, pero que, en el caso de santa Rosa de Lima, son vislumbres de santidad como lo prueba el hecho de que las flores del huerto conventual se inclinaran a su paso y, sobre todo, que se le apareciera la Virgen con el Niño. Estas son las escenas más representadas en su iconografía.

Canonizada en 1671, es la patrona de Lima y el Perú (desde 1669) y del Nuevo Mundo y Filipinas (desde 1670), de las fuerzas armadas argentinas y de la policía peruana.

Santa Rosa de Lima (óleo anónimo. Museo de América. Madrid).

Santa Teresa de Jesús o de Ávila (1515-1582). Mujer de mediana edad vestida con el hábito de las carmelitas. Lleva un libro y un crucifijo y, a veces, un tintero con su pluma y la paloma del Espíritu Santo que la sobrevuela inspirándola. Existen vehementes sospechas de que fuera una histérica.[5]

Teresa de Cepeda y Ahumada nació en el seno de una acomodada familia abulense de origen judío. Aficionada a lo religioso desde muy niña, tomó los hábitos a los dieciocho años y llevó una vida muy activa («fémina inquieta y andariega», la llamaron) como reformadora de la Orden del Carmelo y fundadora de la rama de las Carmelitas Descalzas de San José.[6] Fue, además, una gran escritora (declarada doctora de la Iglesia) y como mística no se quedó atrás, ya que era muy capaz de levitar varios palmos del suelo. Se le aparecían el Señor y un ángel con el que experimentó trasverberaciones que el escultor Gian Lorenzo Bernini interpretó, quizá desafortunadamente, como espasmos orgásmicos.[7]

Teresa de Jesús (El Greco).

23

Monjas y pastores a los que la Virgen o Jesús encomiendan alguna gestión

La sección de efigies de santos no estaría completa sin una mención, aunque sea somera, de aquellas personas privilegiadas, sacerdotes, monjas o pastores,[1] a las que se les ha aparecido la Virgen para participarles algún mensaje de su divino Hijo a la Humanidad. Ello ha originado, en muchos casos, una nueva advocación de Nuestra Señora.

San Juan Diego (1474-1548). Un humilde pastor mexicano, con cara de indiecito, bigote de guías mustias y el característico conjunto de camisa sin cuello y pantalones anchos, todo blanco, amén de un manto abierto que casi nunca lleva puesto porque ahí es precisamente donde se plasmó la imagen de la Virgen de Guadalupe. Las más de las veces lo retratan postrado a los pies de Nuestra Señora, pero también en ocasiones de pie dándole la espalda para mirar al espectador o mostrando en el regazo de su manto gran copia de rosas.

San Juan Diego tenía cincuenta y cinco años cuando, el sábado 9 de diciembre de 1531, se le apareció la Virgen en el cerro del Tepeyac y le encomendó que comunicara al obispo fray Juan de Zumárraga que deseaba que le construyeran un santuario en aquel preciso lugar. Como era plausible que el obispo no creyera en seres celestiales, la Virgen ordenó al pastor que le llevara como prueba unas rosas que milagrosamente habían florecido en pleno invierno. Obedeció Juan Diego y le llevó las flores al prelado en su tilma o ayate (manto). La imagen de la Virgen quedó milagrosamente plasmada en el ayate del campesino y aún se sigue adorando en esa prenda.

Juan Diego y la Virgen de Guadalupe (estampa, hacia 1960).

La Virgen de Guadalupe no pidió nada especial ni amenazó con catástrofes a la Humanidad. Es evidente que todavía no estaba tan insatisfecha con la marcha de las cosas como lo está ahora a juzgar por los mensajes catastrofistas y alarmantes de sus recientes apariciones.

San Juan Diego es patrón de los invernaderos y de los cultivos extratempranos en general.

Santa Margarita de Alacoque (1647-1690). Una monja no excesivamente agraciada vestida con el hábito negro, toca blanca y velo negro de las salesas. Lleva sobre el pecho el Sagrado Corazón, y en la mano, la vara de azucenas que testimonia su pureza.

Santa Margarita de Alacoque era una monja más del convento francés de Paray-le-Monial, cuando se le apareció el Sagrado Corazón de Jesús y la sacó del anonimato. Aquel Cristo extracordial[2] le ordenó promover su culto, primero dentro de la orden y después por el mundo entero. En algunas viñetas de libros y revistas religiosas se representan sus apariciones, Cristo con el órgano cardiaco sobre el pecho, en su altar, y ella arrodillada contemplándolo con arrobo.

La neura inestable de Margarita María, quizás explicada por el hecho de que hiciera voto de castidad a la tierna edad de cuatro años, cuando la mayoría de las niñas andan todavía con muñecas y no saben cómo se hacen los niños, la había impulsado a marcarse a navaja, en el albo pecho monjil, las iniciales JHS. Como cicatrizaban y desaparecían, al final resolvió marcárselas a fuego. Por ello está propuesta para patrona de los tatuadores. Tenaz en su neura masoquista, cuenta en su autobiografía que bebía agua de fregar, comía pan enmohecido y llevó su ascetismo hasta el extremo de lamer en una ocasión el vómito de un enfermo, marca que mejoró tragando las deposiciones de otro semejante que estaba aquejado de diarrea.[3]

Santa Margarita de Alacoque muestra el emblema del Sagrado Corazón (estampa, 1950).

Su amor infinito por el Sagrado Corazón era tal que entablaba plática diaria, como cualquier pareja de enamorados. No es por criticar, pero existen vehementes sospechas de que el Sagrado Corazón la chuleaba. Juzguen, si no, una de sus revelaciones: «Sabed que soy un Maestro santo, y enseño la santidad. Soy puro, y no puedo sufrir la más pequeña mancha. Por lo tanto, es preciso que andes en mi presencia con simplicidad de corazón en intención recta y pura. Pues no puedo sufrir el menor desvío, y te daré a conocer que si el exceso de mi amor me ha

movido a ser tu Maestro para enseñarte y formarte en mi manera y según mis designios, no puedo soportar las almas tibias y cobardes, y que si soy manso para sufrir tus flaquezas, no seré menos severo y exacto en corregir tus infidelidades». Y la consabida relación sadomasoquista: «He ahí el lecho de mis castas esposas —le señala una cruz cubierta de flores—, donde te haré gustar las delicias de mi amor; poco a poco irán cayendo esas flores, y sólo te quedarán las espinas, ocultas ahora a causa de tu flaqueza, las cuales te harán sentir tan vivamente sus punzadas, que tendrás necesidad de toda la fuerza de mi amor para soportar el sufrimiento». La perspectiva no era buena, pero, al parecer, los resultados valieron la pena: «Estando yo delante del Santísimo Sacramento me encontré toda penetrada por Su divina presencia. El Señor me hizo reposar por muy largo tiempo sobre su pecho divino».

El Sagrado Corazón de Jesús (estampa, 1900).

Santa Catalina Labouré (1806-1876). La primera aparición moderna de la Virgen, que abrió ancho surco a todas las apariciones posteriores, ocurrió en 1830. La Virgen había diseñado una medalla en el Cielo y escogió a una humilde monjita de la congregación de las Hijas de la Caridad para encomendarle la propagación o *marketing* de la medalla en la Tierra.

La Medalla Milagrosa (así denominada desde entonces para personalizarla) acarrearía grandes bondades sobre aquellos que la llevaran al cuello. Era, en cierto modo, una modernización de las visiones de san Simón Stock relativas al escapulario del Carmen, lo que prueba que el Cielo no es en absoluto inmovilista, sino que allá continuamente se idean nuevos procedimientos para facilitar el acceso de los católicos a la salvación.

El cuerpo incorrupto de santa Catalina Labouré se venera en una urna de cristal bajo un altar del convento de la Rue du Bac 140, en París, el lugar donde la Virgen se le apareció. Pío XII la canonizó en julio de 1947.

Santa Catalina Labouré (imagen, hacia 1950).

Maximino y Melania, los pastores de La Salette. Esta aparición acaeció en una meseta montañosa del sudeste de Francia, no lejos de la aldea de La Salette, en 1846. Dos pastorcillos, Maximin Giraud, de once años, y Mélanie Mathieu, de quince, guardaban un hato de ovejas cuando la Virgen se les apareció sin solemnidad alguna, sentada en una piedra y llorando como una magdalena, con la cabeza entre las manos. El mensaje que les comunicó no dejaba espacio a la duda: su divino Hijo estaba muy afectado por dos graves pecados cada vez más habituales en la Humanidad: la blasfemia y la falta a la misa dominical.[4]

Maximino y Melania llevaron una vida bastante irregular, lo que ha dificultado su ascenso a los altares.[5]

Maximino y Melania, los pastores de La Salette (estampa, siglo XIX).

Santa Bernadette Soubirous (1844-1879). Su iconografía comprende dos tipos de imágenes: en unas la vemos vestida de pastora y rodeada de ovejas frente a la Virgen que aparece en una gruta; las otras se basan en fotografías de Bernadette tomadas en su edad lozana y convenientemente retocadas para hermosearla. También se han divulgado fotografías de sus reliquias, en las que la máscara de cera que cubre el rostro de la santa transmite mucha paz.

Marie-Bernarde Soubirous nació en la humilde familia de un molinero en paro que se ganaba la vida recogiendo basura. Desnutrida y asmática (por las insalubres condiciones de su vivienda, el húmedo sótano del molino), vivió una infancia enfermiza. Como era la mayor de sus hermanos, Bernadette tuvo que trabajar desde muy temprana edad, por lo que no pudo asistir a la escuela. En 1858, y durante seis meses, se le apareció la inmaculada Concepción (la propia Virgen se identificó en correcto francés: *Je suis la Inmaculée Conception*) y le mostró un manantial de agua milagrosa, aunque no potable.[6]

La aparición resultó de lo más oportuno, puesto que vino a robustecer la fe del pueblo sencillo en una época en que la iglesia atravesaba por momentos difíciles, acosada por el librepensamiento, por la ciencia positivista —que desmentía las eternas verdades de la Biblia— y por las lacras del Modernismo.

El obispo de la diócesis se interesó por la joven pastorcilla y la hizo ingresar en el convento de las Hijas de la Caridad de Nevers, donde pronunció sus votos en 1868. La superiora del convento, una auténtica arpía, le dio muy mala vida, pues descreía de las apariciones y estaba convencida de que sus achaques eran imaginarios y de que lo único que quería era llamar la atención. No obstante, Bernadette perseveró en religión hasta su prematura muerte a los treinta y cinco años de edad.

Santa Bernadette Soubirous.

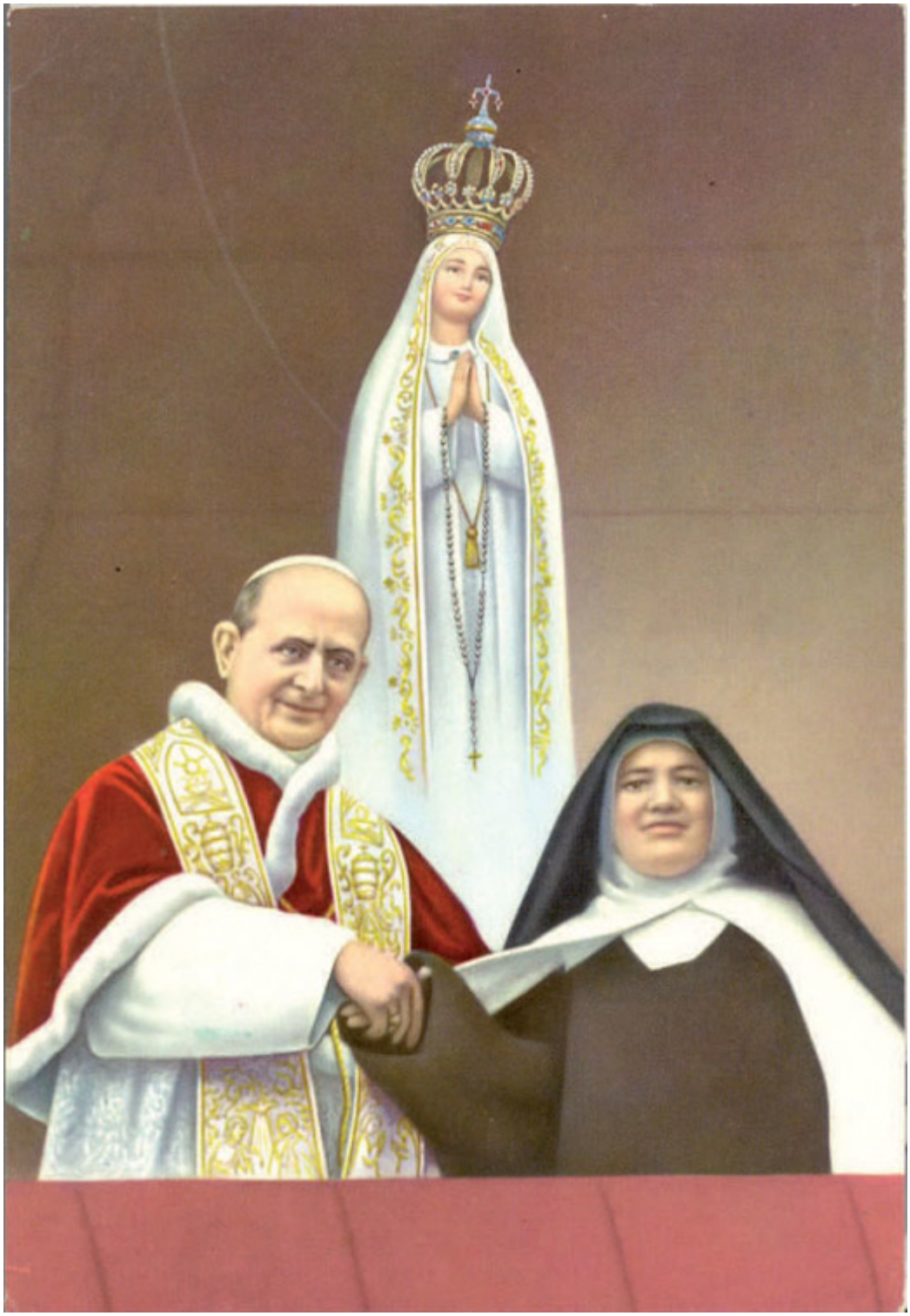
Bernadette Soubirous fue canonizada en 1933. Su cadáver presuntamente incorrupto, vestido de monja y con el rostro cubierto por una bella máscara de cera, se venera dentro de una urna de cristal en el convento de Nevers.

Es patrona de los enfermos, de las personas ridiculizadas por su piedad, de los pobres y de las pastoras y pastores.

Bernadette ante la Virgen de Lourdes (estampa, 1904).

Santa Lucía de Fátima (1907-2005). Lucía de Jesús dos Santos era una pastorcilla analfabeta de Fátima (Portugal). El 13 de mayo de 1917, cuando apenas contaba diez años y mientras pastoreaba un rebaño de ovejas en compañía de sus primos, los hermanos Francisco y Jacinta Martos, la Virgen se les apareció resplandeciente sobre una encina y les

pidió que regresaran cada día trece durante los seis meses siguientes. En sucesivos encuentros, la Señora les transmitió un mensaje de calamidades y catástrofes si la Humanidad no se enmendaba, enderezaba sus pasos e ingresaba nuevamente en el redil de la iglesia.[7] Los primos de Lucía fallecieron todavía niños,[8] pero ella vivió hasta los noventa y siete años de edad estrechamente tutelada por la iglesia en distintos conventos: primero en el colegio de las Hermanas Doroteas de Vilar, cerca de Oporto (1921-1928); después, en el de Tui (Galicia, 1928-1946), a continuación, hasta que acaeció su tránsito a la Casa del Padre, en el Carmelo de Santa Teresa en Coimbra, ya carmelita profesa. En las necrológicas se alabó la humildad, el religioso silencio y la obediencia a la jerarquía eclesiástica que sor Lucía había observado durante toda su vida y se subrayó el hecho de que Nuestra Señora hubiese transmitido su mensaje a la Humanidad a través de esta mujer no excesivamente aguda.[9]



Santa Lucía con Pablo VI (estampa, 1970).

Santa Faustina Kowalska (1905-1938). Elena Kowalska, «la santa sexy» como es cariñosamente conocida en las comunidades del cristianismo renovado, vino al mundo en la localidad polaca de Glogowiec, cerca de Cracovia. Tercera de una humildísima familia de nueve hermanos, la educaron, sin embargo, en la piedad y en el temor de Dios. A los cinco años se manifestó por vez primera su sensibilidad religiosa cuando soñó que la Virgen la tomaba de la mano y paseaba con ella por un hermoso jardín. A menudo la madre la encontraba orando arrodillada sobre la cama: «Mi ángel de la guarda me debe haber despertado para rezar», decía. No le dieron educación por falta de medios. Sus primeros años fueron fregar, ordeñar vacas y cocinar. En cuanto cumplió quince, la emplearon de criada con unos señores. A los dieciocho abriles planteó a la familia su deseo de ingresar en un convento. Los padres se lo negaron. Aunque católicos, preferían explotar ellos el fruto de su trabajo en lugar de cedérselo a las monjas. Joven y guapa como era, ella confiesa: «Entonces me entregué a las vanidades del mundo sin hacer caso alguno a la voz de la Gracia, aunque mi alma en nada encontraba satisfacción. Las continuas llamadas de la Gracia eran para mí un gran tormento, sin embargo, intenté apagarlas con distracciones. Evitaba a Dios dentro de mí y con toda mi alma me inclinaba hacia las criaturas. Pero la gracia divina venció en mi alma». Fue entonces cuando, en el transcurso de un baile, «de repente vi a Jesús junto a mí, martirizado, despojado de sus vestiduras, cubierto de heridas: "¿Hasta cuándo Me harás sufrir —me reprochó—, hasta cuándo Me engañarás?". En aquel momento dejaron de sonar los alegres tonos de la música, desapareció de mis ojos la compañía en que me encontraba, nos quedamos Jesús y yo». Jesús le dijo: «Ve inmediatamente a Varsovia, allí entrarás en un convento».

No fue fácil: en ningún convento la admitían sin la preceptiva dote. Finalmente halló acomodo en la Casa Madre de la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia, en la calle Zytnia de Varsovia, con la condición de ganarse la dote trabajando como sirvienta. Cuando la superiora consideró que la había compensado debidamente, la admitió en el noviciado.

La futura santa tomó el hábito en 1926 y, pronunciados sus votos perpetuos, continuó trabajando como cocinera, jardinera y portera. En estos menesteres ocurrió el milagro: habiendo hervido un perol de patatas, cuando lo destapó no halló sino rosas al tiempo que oía la voz galante de Jesús que le susurraba: «yo cambié tu trabajo tan duro en un ramillete de las más bellas flores, y su perfume sube a Mi Trono».[10]

Como los grandes místicos, como san Juan de la Cruz y santa Teresa, también Faustina padeció su noche oscura del alma: no entendía las verdades más simples de la fe y a veces tenía que refrenar unos incontenibles deseos de blasfemar en la propia iglesia del convento.[11]

Santa Faustina Kowalska (estampa, hacia 1990).

La grácil monja consigna en su diario que Jesús condicionaba la entrega de su amor absoluto a la aceptación por ella de grandes sufrimientos, esa especie de relación sadomasoquista entre el dulce Jesús y sus esposas designadas, tan corriente en los medios conventuales, que constituye una de las manifestaciones visibles del misterio cristiano. Ella la aceptó y Él inmediatamente la desposó, místicamente se entiende: «De repente, cuando había consentido a

hacer el sacrificio con todo mi corazón y todo mi entendimiento; la presencia de Dios me cubrió, me parecía que me moría de amor a la vista de su mirada».

En una de las apariciones místicas del Esposo, la del 22 de febrero de 1931, éste le ordenó solemnemente: «Pinta una imagen mía con las palabras *Jesús, en Vos confío*. Quiero que esa imagen sea venerada, primero en tu capilla y luego en el mundo entero. Prometo que el alma que la venere, no perecerá. También prometo victoria sobre sus enemigos aquí en la tierra, especialmente a la hora de la muerte. Yo mismo la defenderé con mi propia Gloria». Después, ya más distendido, explicó los pormenores de la visión para que fuera cabalmente interpretada: «Los dos rayos indican Agua y Sangre. El rayo pálido significa el Agua que hace las almas justas. El rayo rojo significa la Sangre que es la vida de las almas. Estos dos rayos salieron de las profundidades de Mi tierna Misericordia, cuando Mi corazón agonizado fue abierto por la lanza en la Cruz».

Cristo de la Misericordia (postal, 1960).

En la Cuaresma de 1933, a sor Faustina le brotaron los estigmas de la Pasión, lo que se le repetía regularmente los viernes. Al propio tiempo enfermó de tuberculosis y su ángel de la guarda la condujo, como Virgilio a Dante, al Purgatorio, al infierno (donde vio «cavernas y fosas de tortura donde cada forma de agonía difiere de la otra») y al Cielo («fuente de felicidad invariable en su esencia»). Jesucristo continuó visitando a la monjita y confiándole sus secretos, lo que ella consignó en unas seiscientas páginas.

El 5 de octubre de 1938 sor Faustina abandonó su convento de Cracovia para mudarse a la Casa del Padre (o sea, falleció) en olor de santidad, a los treinta y tres años de edad.[12]

La devoción de la Divina Misericordia (como se advoca el Cristo aparecido y descrito por sor Faustina) se abrió camino con dificultad entre las comunidades católicas hasta que su noticia llegó a la Santa Sede, que prohibió su práctica el 6 de marzo de 1959. Afortunadamente, el 15 de abril de 1978, por intercesión del papa Wojtyla, se volvió a permitir y desde entonces no ha dejado de ganar adeptos dado que su estética tiene un toque de modernidad que fácilmente conmueve a las almas sensibles.

Sor Agnes Sasagawa. En 1969 la hermana Agnes Sasagawa, de Akita, Japón, entonces una postulante a la Orden de las Custodiadoras de la Eucaristía, recibió un mensaje mientras se encontraba rezando el Rosario en que se le encomendaba decir, al término de las oraciones: «Oh, mi buen Jesús, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno y condúcenos al Cielo». Aunque sorda, lo percibió claramente. Cuatro años después, el 12 junio de 1973, se le apareció la Virgen y le reveló que Dios aparejaba un castigo para toda la Humanidad si no cambiaba, «una calamidad más grande que la del Diluvio, fuego descenderá del Cielo y aniquilará a gran parte de la Humanidad, sacerdotes y pecadores incluidos, indiscriminadamente». Se repitieron las apariciones los dos días siguientes y, aunque estaba rodeada de sus hermanas de religión, ninguna percibió el prodigio. Esta vez los

mensajes, además de amenazas a la Humanidad, tuvieron un contenido más teológico: resaltar la importancia de la Eucaristía, y la de María como corredentora, abogada y mediadora.

En la piel de sor Agnes aparecieron los estigmas de Jesús, y una imagen de madera de la Virgen, hoy venerada en aquel santuario, sangró y emitió una fragancia celestial, que inundó la capilla del convento de la Orden de las Hermanas Custodiadoras de la Eucaristía.

Sor Agnes Sasagawa.

Más adelante la hermana sor Agnes recibió la visita de su ángel custodio.

La iglesia ha aprobado la aparición y autorizado la devoción a la talla de madera que sangró, bajo la advocación de Nuestra Señora de Akita. Es de esperar que a su muerte la hermana sor Agnes ascienda a los altares, por ese motivo incluimos su imagen más divulgada con la esperanza en Cristo de que, en cuanto pase a la Casa del Padre (o sea, abandone esta vida mortal), el Santo Padre la canonice.

Nuestra Señora de Akita.

José Alves Correia da Silva, obispo de Leira (1920-1957), descansa con un colega durante la primera procesión de Fátima.

24

Santos en los tiempos tormentosos del Modernismo

Antiguamente para ser santo tenías que pasar la vida encaramado en una piedra o dejar que te comieran los leones o cualquier otra extravagancia por el estilo. Hoy no, hoy con las rebajas del papa Francisco para ser santo no se requieren tantos esfuerzos, tan sólo evitar los escándalos y que una comunidad o grupo de *fans* (devotos) apoye tu causa en el Vaticano y afloje el pastizal que cobran. Sólo el matricularte para santo (la *positio*) ya sale por seis mil euros. Y luego suéltale cuerda a la cometa: la instrucción propiamente dicha (*Sanctorum Mater*) puede demorarse hasta medio siglo o más, un dineral que no toda congregación puede aflojar por darse el gusto de tener un santo propio. Olvídate de obtener una turbosantidad como la san José María Escrivá de Balaguer: eso fue una raya en el agua. Vayamos a algunos santos modernos que pasaron la criba.

San Antonio María Claret (1807-1870). Un hombre maduro, espeso de rasgos faciales, cara redonda, firme barbilla y cejas hirsutas, rasgos que denotan fuerte carácter. Viste unas veces de cardenal (hábito rojo) y otras de obispo (hábito negro). A veces le cruza el pecho una banda o condecoración.[1]

San Antonio María Claret (postal, 2005).

Después de desempeñar el arzobispado de Santiago de Cuba, regresó a España para consagrarse a la dirección espiritual de la reina Isabel II, cargo en el que hizo lo que pudo, sin llegar a domeñar, a pesar

de su elocuencia, el carácter liviano y las tendencias ninfomaníacas de la reina. Ella lo compensó nombrándolo administrador de El Escorial.

Debido a sus tendencias ultraconservadoras y a su influencia en la política de la corte, Claret fue objeto de numerosos atentados en alguno de los cuales sufrió efusión de sangre venial, que él asumió con paciencia a beneficio de las intenciones del Altísimo.

Molesto por el reconocimiento del reino de Italia por Isabel II (1865), abandonó temporalmente la corte; pero el papa le ordenó regresar junto a la reina. En 1868, cuando la llamada Gloriosa Revolución destronó a Isabel, Claret la acompañó en su destierro francés. Allá murió. Pío Xi lo beatificó en 1934 y Pío XII lo canonizó en 1950. Aseveran sus hagiógrafos que, cuando estaba en Cuba, se le apareció la Virgen de la Caridad del Cobre para revelarle que la isla sufriría una dictadura que duraría más de cuarenta años bajo la tiranía de un hombre que al principio sería aclamado por todos debido a sus reformas sociales.[2]

Predicador, escritor y editor, Claret fundó los Misioneros del Corazón de María, llamados claretianos, y es patrón del gremio de la prensa.

San Juan Bosco (1815-1841). Un sacerdote de mediana edad vestido de sotana negra con esclavina. Exhibe una sonrisa bondadosa y se presenta rodeado de niños como fundador de los salesianos y de la Asociación de María Auxiliadora.

Con mañas de *showman* (por algo es el patrón de magos e ilusionistas), este hombre de Dios captaba niños en la calle para enseñarles doctrina y encaminarlos al bien. Fundó los Oratorios de San Francisco de Sales y posteriormente la Congregación de los Padres Salesianos, que se extendió por Italia, Francia y España. Es el educador de los tiempos modernos, aparte de predicador, confesor, periodista, escritor y propagandista de la devoción a María Auxiliadora.

San Juan Bosco.

Santa Ángela de la Cruz (1846-1932). Una anciana de expresión bondadosa que viste hábito de paño marrón y lleva un gran crucifijo sobre el pecho. Otra imagen suya muy divulgada es la de su cuerpo incorrupto. Existen fotografías no muy divulgadas por carecer de halo.

Santa Ángela de la Cruz, en el siglo Ángela Guerrero y González, fundó en 1875, con ayuda de su director espiritual, el sacerdote José Torres Padilla, la congregación de las Hermanas de la Cruz dedicada a asistir a los enfermos pobres y evitar que mueran en pecado. Su obra se extendió a través de filiales en diversos pueblos de Sevilla y el resto de Andalucía.

Sor Ángela de la Cruz (estampa, hacia 2005).

San Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975). La imagen oficial del fundador del Opus Dei se basa en una fotografía de sus últimos años, cuando ya había perdido los mofletes de su rolliza treintena. Viste impecable sotana de seda o lana cachemir, usa gafas de concha y lleva el

pelo coquetamente aliñado para disimular la incipiente calvicie. También abundan las fotografías de su vida, en las que lo vemos en posición dominante y rodeado de sus fervorosos secuaces. San Josemaría concibió la idea de fundar el Opus Dei el dos de octubre de 1928 durante un retiro espiritual y como consecuencia de una serie de revelaciones divinas que había experimentado. Algunas estampas devocionales sugieren que se le apareció la Virgen.

San Josemaría Escrivá de Balaguer (estampa, 2012).

San Genarín de León (¿?- 1929). Se representa como un hombre de mediana edad, el rostro enjuto surcado de venillas rojas. Agarrado a una farola, eleva una botella de orujo con la mano libre. Viste blusón negro y boina.

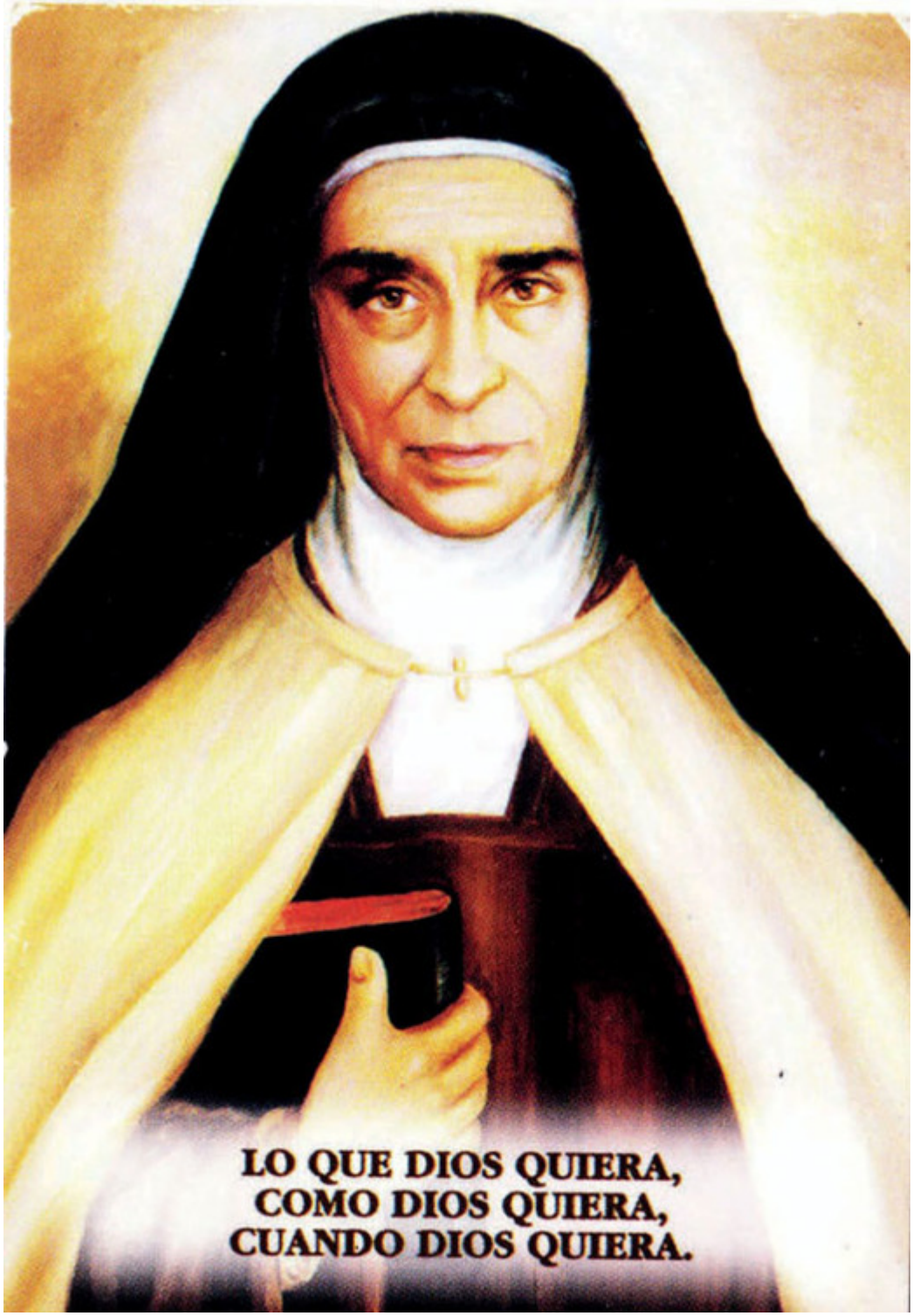
San Genarín (en el siglo Genaro Blanco Blanco) era un honrado pellejero de León (especializado en pieles de conejo y liebre) singularmente devoto del aguardiente y de las mujeres.[3] El Jueves Santo de 1929, Genarín, tras un intenso día de apostolado nocherniego por las tabernas habituales, defecaba pacíficamente acuclillado junto a uno de los cubos de la histórica muralla de León, cuando lo atropelló, causándole la muerte, el primer camión de la basura de la ciudad, que se estrenaba aquel día, torpemente conducido por el joven José María Sáez, alias Pellejina. Es fama que, a las voces lastimeras del chófer causante del martirio, de una casa de lenocinio vecina salió una mujer pecadora que atendía por La Moncha y cubrió piadosamente el rostro del santo con una doble página del *Diario de León*, en la que quedó impresa, milagrosamente, la faz de Genarín. No fue este el único prodigio que acompañó a su tránsito: en la terraza del obispado se rompió en aquel preciso momento el tendedero en el que estaban puestos a secar los capaces calzoncillos del obispo de la diócesis, reverendísimo e ilustrísimo señor don José Álvarez y Miranda, y la prenda cayó, como ave exangüe, al patio del palacio episcopal. Cuatro años después, un grupo de devotos de Genarín fundó la cofradía del santo que recorre puntualmente, cada Jueves de la Semana de Pasión, los Santos Lugares del mártir. Absurdamente prohibida esta devoción durante la dictadura franquista, retomada por la democracia, desde entonces cientos de fieles devotos, algunos llegados expresamente del extranjero en piadosa peregrinación, conmemoran la ejemplar vida y la pasión y muerte del santo recorriendo penitencialmente el Jueves Santo las tabernas y chigres del Barrio Húmedo que el extinto solía frecuentar. En esta ceremonia, llamada el Entierro de Genarín (véase <www.genarin.es>), además de recitaciones y rogativas varias se recita, entre abundantes libaciones, la jaculatoria: «y siguiendo tus costumbres, / que nunca fueron un lujo, / bebamos en tu memoria / una copita de orujo».

San Genarín.

Santa Maravillas de Jesús (1891-1974). Una anciana de unos sesenta años, la mirada inexpresiva de los que esperan en Jesús y ya ven más allá del valle de lágrimas.

María Maravillas Pidal y Chico de Guzmán, como se llamó en el siglo, era hija del marqués de Pidal, que fue sucesivamente ministro de Fomento y embajador de España ante la Santa Sede. «Recibió una educación selecta y, al mismo tiempo, de profunda religiosidad católica, por lo que siempre mantuvo un deseo de servir a Dios y a los hombres desde la pobreza y la humildad.» Debido a la influyente posición de su padre, no le hubiera sido difícil encontrar un hombre honrado que la pidiera en matrimonio y la hiciera madre.[4] Sin embargo, a los cinco años de edad hizo voto perpetuo de castidad y expresó su ferviente deseo de ingresar en el Carmelo, rara precocidad en la que sus hagiógrafos detectan firmes indicios de santidad.[5] Profesó en 1921, en El Escorial, donde prontamente, y por inspiración del Sagrado Corazón de Jesús, concibió el proyecto de fundar un Carmelo en el Cerro de los Ángeles, la elevación que marca el centro geográfico de España, donde tres años antes había asistido a la solemne consagración del monumento al Sagrado Corazón. Mientras le construían el convento, se instaló con otras tres hermanas en Getafe.

El convento se inauguró en 1926, con la madre Maravillas como priora. Tras el paréntesis de la Guerra Civil, que la santa pasó en las Batuecas (mientras desaprensivos milicianos saqueaban el convento, y profanaban la imagen del Sagrado Corazón fusilándola y volándola), la madre Maravillas regresó a su querida comunidad y desde ella desplegó gran actividad para fundar otras franquicias carmelitanas en países tercermundistas, lo que ella llamaba, con ternura entrañable, «palomarcitos de la Virgen».



Santa Maravillas de Jesús (postal, 2014).

Después de practicar grandes caridades con los pobres, falleció en 1974 tras exclamar: «¿que me voy al Cielo? ¡qué alegría! ¿Cómo no me lo han dicho antes?».

Fue beatificada en 1998 y canonizada en 2003 en Madrid, durante la visita papal.[6]

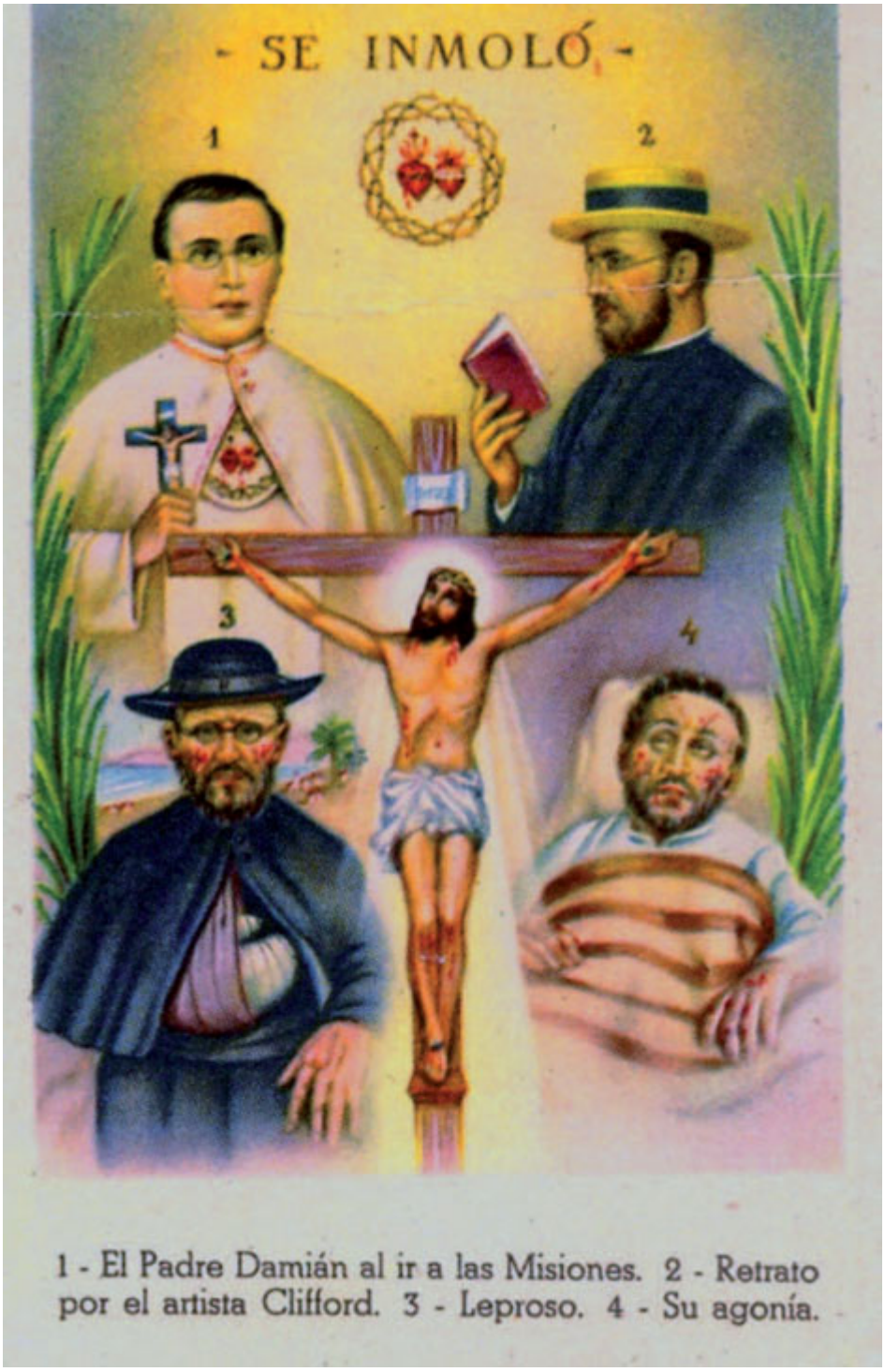
Beato padre Damián (1840-1889). Jozef de Veuster fue un misionero belga de la Congregación de los Sagrados Corazones. Su iconografía, muy divulgada en España en los decenios que median entre 1940 y 1960 gracias a la intensa actividad de los Misioneros de los Sagrados Corazones, lo presenta en cuatro momentos de su vida: un apuesto joven de veinticuatro años que en 1864 llega a Honolulu como misionero; un sacerdote consagrado y algo entrado en carnes; un misionero barbudo, con sombrero de paja y expresión cansada, y, en su última foto, un hombre prematuramente consumido por el cansancio y la enfermedad, en su lecho de muerte, con el rostro devastado por la lepra.

Cuando el padre Damián llegó a Honolulu, el archipiélago estaba quizá más necesitado de atención médica que de apostolado.[7] El vicario apostólico, monseñor Louis Maigret, expresó su profundo pesar de ver que en la islita de Molokai, convertida en leprosería, había seiscientas almas espiritualmente desasistidas. ¿quién podría ocuparse de ellas? El obispo pensó que la persona idónea era aquel «joven, robusto y saludable», el padre Damián. Tras meditarlo un tiempo, Damián aceptó voluntariamente la tarea que casi equivalía a una sentencia de muerte. Corría el año 1873. Monseñor Maigret redactó desde su palacio episcopal la presentación del misionero a los nuevos feligreses: «Aquí tenéis a uno que será un padre para vosotros, y que os ama de tal manera que no tiene vacilaciones en volverse uno de vosotros; vivir y morir con vosotros». Después impartió al joven Damián algunos paternales consejos («A los leprosos no los toques, no comas con ellos ni te sientes donde ellos se han sentado»), lo bendijo, lo despidió y regresó a sus muchas ocupaciones, pues los indígenas de las islas Hawái adoraban al espíritu del volcán, la diosa Peleé, y Maigret, haciéndose

eco de la honda preocupación que ello causaba en los ambientes curiales del Vaticano, se había propuesto erradicar aquella absurda superstición y atraer a los indígenas a la devoción de Cristo, la Virgen, los Dogmas y la Santísima Trinidad: «Los cuerpos pueden estar perdidos: salvemos las almas».

El padre Damián se instaló en Molokai, la isla maldita, y trabajó para los leprosos en circunstancias extremadamente penosas, con pocas medicinas y escasos auxilios. Allí construyó chozas habitables, un lazareto y una iglesia que tuvo que consagrar personalmente porque a monseñor Maigret le fue imposible acudir a hacerlo. Y allí murió de lepra a los cuarenta y nueve años de edad tras dieciocho de apostolado. No hace mucho, en 2009, lo han elevado a los altares como santo.

Es el patrón de los leprosos, los marginados y los enfermos de sida (en competencia con santa Teresa de Lisieux), así como de las islas Hawái.



El beato padre Damián.

Santa Teresa de Lisieux (1873-1897). María Francisca Teresa Martín Guerin nació en la ciudad francesa de Alençon y era la menor de nueve hermanos en una familia de santos.[8]

Educada en un ambiente de acendrado catolicismo, la niña creció en un ambiente que favorecía lo que los psicólogos denominan neurosis eclesiogénica. Desde que alcanzó uso de razón, expresó un deseo vehemente de ser santa. Cuando sus compañeras de juegos soñaban con ser princesas o señoronas casadas con el rico del pueblo, ella se veía misionera en tierras de paganos, captando almas para el dulce Jesús.

Es evidente que en la temprana decisión de la niña y de sus hermanas influyó el enrarecido ambiente familiar. En aquella casa se recordaba constantemente la muerte. El apocado padre había cedido el mando a su esposa, una mujer dominante, neurótica, masoquista y adicta al trabajo que se sentía frustrada porque no había sido priora.

La madre de Teresa tenía dos obsesiones: ganar dinero y enviar hijos al Cielo.[9] En las familias normales se educaba a los hijos para la vida; Celia Guerin educaba a los suyos para el Cielo con «un impulso de muerte que encontraremos constantemente hasta el hastío [...] —escribe un biógrafo—. Estamos en presencia de una personalidad neurótica que [...] considera un intervalo inútil el tiempo que media entre el nacimiento y el Cielo».[10]

Santa Teresa de Lisieux (estampa, hacia 1940).

En aquel tiempo no aceptaban jovencitas de quince años en el Carmelo. El padre de Teresa (ya había fallecido la madre) la acompañó a ver primero al superior de la Orden y después al obispo de la diócesis.

Los dos se negaron a aceptarla en el convento. Inasequibles al desaliento, se dirigieron a la instancia superior, el propio papa León XIII, quien les recomendó obedecer las instrucciones de los superiores.

Finalmente, la divina insistencia de Teresa rindió sus frutos y el día 9 de abril de 1888 fue recibida por fin en el monasterio del Carmelo.

En los últimos años de su vida dio en pensar que todo aquel tinglado de la religión en el que llevaba inmersa desde su nacimiento era falso. Le confió a su hermana Inés: «¡Si supierais! Es el razonamiento de los peores materialistas el que se impone a mi espíritu».[11] Aquella prueba de la fe que experimentó es conocida teológicamente como «noche oscura» (así la llamó también san Juan de la Cruz) y simboliza el padecimiento de aquel que pierde la fe tras haberla tenido.[12]

Canonizada en 1925 por Pío Xi, Juan Pablo II la declaró doctora de la iglesia[13] en 1997 basándose en su autobiografía *Historia de un alma*, que la santita redactó por orden de sus superioras.

Beato Francisco Gárate (1857-1929) Francisco Gárate Aranguren nació en el caserío vasco de Azpeitia (Guipúzcoa), en el seno de una piadosa familia integrada por los padres y siete hermanos, cuatro de ellos varones, tres de los cuales ingresaron en la Compañía de Jesús.[14]

Después de su discernimiento vocacional, el joven Gárate ingresó en la Compañía de Jesús y durante diez años sirvió como enfermero en uno de los colegios de la Compañía, en la raya portuguesa. En 1888 lo destinaron a Bilbao como portero, sacristán y jardinero de la Universidad de Deusto, oficios que desempeñó con eficacia y abnegación hasta su muerte cuarenta y un años después.

Los estudiantes lo llamaban «el hermano Finuras» por sus melindres y delicadeza, así como por su sensibilidad especial que se manifestaba en acciones como adornar con primor los altares y hasta poner ramos de rosas a los pies de la estatua de la Virgen en el patio del recinto académico, jugándose la vida en la cúspide de una escalera de mano. Según su biógrafo, el benemérito jesuita Jesús Martí Ballester, el padre

Gárate se sentía feliz rodeado de muchachos a los que se inclinaba afectuosamente («tenía carisma especial para consolar a los alumnos cuando sufrían por alguna asignatura o curso suspendidos»).

Después de una vida de dedicación a su portería, a sus rosas y a la juventud estudiante, el padre cayó agotado y enfermo el 8 septiembre de 1959 «y murió al día siguiente, sin dar molestias a nadie».[15]

En 1982, Juan Pablo II declaró solemnemente «la heroicidad de las virtudes del hermano Gárate» y, tras el reconocimiento de un milagro, procedió a su solemne beatificación el 6 octubre de 1985.[16]

El beato Francisco Gárate (estampa, 1960).

San Pío de Pietrelcina (1887-1968). Este santo no es otro que el famoso padre Pío, el de los poderes inexplicables, los estigmas, las curaciones, las bilocaciones (capacidad de estar en dos lugares a la vez),[17] el que leía en el alma del devoto[18] que se le acercaba, el santo viviente.

Las opiniones sobre el padre Pío están divididas: unos creen que era un santo; otros, que un farsante.[19]

San Pío nació en una familia muy humilde y numerosa. Desde pequeño padeció mala salud y se mostró fascinado por las mortificaciones y los sacrificios de los santos (en ello creen descubrir algunos psicólogos esa vena masoquista que recorre, según ellos, a muchos devotos). Además, sufría el acoso del Maligno, lo que él denominaba «encuentros demoniacos», que se repitieron con variable frecuencia durante toda su vida.

Todavía adolescente, el padre Pío ingresó en religión, en la orden capuchina, pero la vida conventual, tan severa, minaba su salud y el abad le concedió que regresara temporalmente a su casa para reponerse. Fue entonces cuando le brotaron los estigmas de la Pasión de Jesús que segregaban una agüilla sanguiñolienta maravillosamente perfumada.

De vuelta al convento de San Giovanni Rotondo, la fama de que el padre Pío mostraba en las manos las heridas de los clavos de Cristo se extendió de tal manera que, cuando decía misa —cubiertas las manos con mitones—, la iglesia se ponía de bote en bote, de devotos y curiosos, con predominio de señoras de rosario y misal a veces llegadas de lejanos lugares, en peregrinación.

El padre Pío.

El número de los devotos que veneraban al padre Pío como santo viviente creció de tal manera que la iglesia, que lo tenía por loco,[20] se alarmó (siempre lo hace ante cualquier manifestación incontrolada) y envió a examinarlo al franciscano padre Agustín Gimelli, doctor en medicina.[21] El fraile conversó con el padre Pío y, tras examinar sus estigmas milagrosos, dictaminó que eran de naturaleza neurótica. Preocupada la iglesia porque un desequilibrado (eso creían) arrastrara multitudes, le prohibió recibir visitas e intentó aislarlo, incluso impidiendo que respondiera a las cartas de sus *fans*.

Entre 1923 y 1933, el padre Pío permaneció aislado en su celda. Cuando por fin le permitieron reanudar su ministerio fundó los Grupos de Oración del Padre Pío, una congregación que se extendió rápidamente por el mundo (actualmente cuenta con unos cien mil afiliados) y, poco después, la Casa Alivio del Sufrimiento, un híbrido de hospital, casa de retiro y psiquiátrico. Los controvertidos métodos del padre Pío acarrearon una nueva intervención del Vaticano: lo

destituyeron de la dirección de la Casa de Alivio, intentaron disolver los Grupos de Oración y recomendaron a los fieles que no asistieran a las misas del padre Pío ni se confesaran con él. La advertencia no encontró el menor eco: los fieles del padre Pío, santo en vida, aumentaban de día en día atraídos por la fama de su santidad y por los milagros que realizaba.[22]

El 20 de septiembre de 1968 se cumplían las bodas de oro del padre Pío con sus estigmas. En la iglesia atestada de fieles, rodeando el altar mayor donde oficiaba la Eucaristía, hubo cincuenta macetas de rosas rojas, una por cada año de sangre derramada. Dos días después, el padre Pío voló a la Casa del Señor (es decir, falleció). Su funeral, transmitido por televisión, congregó a más de cien mil personas.

Aquella manifestación de duelo dio que pensar al Vaticano. ¿No estaremos desaprovechando un activo que derrama carisma por sus cuatro costados? De sabios es mudar de parecer: el padre Pío fue beatificado en 1999 y canonizado en 2002, bajo el nombre de san Pío de Pietrelcina.

Fray Leopoldo de Alpandeire (1864-1956). Francisco Tomás Márquez Sánchez nació en un alejado pueblecito de Málaga en el seno de una familia modesta sin medios para educarlo (cuando murió, sabía escribir a duras penas). Hizo la mili, trabajó acá y allá, sin echar raíces en ninguna parte, y a los treinta años, cuando empezaba a sentirse incómodo en un mundo que no le ofrecía más viático que deslomarse detrás de un arado, de pronto vio la luz y se hizo capuchino, con noviciado en Sevilla, donde no le acabó de ir del todo bien, y después, ya de lego, en Granada, donde arraigó y llegó a ser muy popular.

Muchos granadinos de edad provecta recuerdan la imagen del frailecillo con la talega al hombro, postulando o recaudando para su comunidad. Es fama que se mortificaba con un garbanzo en la sandalia y que en verano discurría[23] por la acera del sol y en invierno, por la de la sombra. Así vivió su vida de santidad luminosa «esparciendo a manos llenas la limosna espiritual de sus oraciones, consejos y ejemplo de vida

austera».[24] Tras una larga enfermedad, en la que brillaron más sus acendradas virtudes, murió en loor de santidad en Granada el 9 de febrero de 1956. Sus restos descansan en la iglesia de su convento. Su sepulcro es cada día más visitado por gentes venidas de todos los rincones del país e, incluso, del extranjero. Sus estampas figuran en los monederos de muchas personas sencillas porque atraen los euros (otros llevan la escobita de fray Escoba). Son incontables los favores que se atribuyen a su intercesión.

El proceso de beatificación se inició en 1961 y aún continúa. El quinto día de cada mes llegan autobuses con devotas de los pueblos que peregrinan a la tumba del santo en su convento, donde rezan y asisten a la Santa misa y, ya de camino, se dan una vuelta por Granada.

Fray Leopoldo se considera protector de los niños maltratados y de los pedigüeños y sablistas en general.

Fray Leopoldo de Alpandeire (estampa, hacia 1990).

Madre Teresa de Calcuta (1910-1997). Agnes Gonxha Bojaxhiu, misionera albanesa nacionalizada hindú, ganó justa fama en el siglo por su labor humanitaria con los enfermos y desheredados de la india.

Múltiples fotografías tomadas cuando se hizo mundialmente famosa, en su edad tardía, nos presentan a una monja quizá no excesivamente favorecida en cuanto al mundano y superficial canon de la belleza femenina e incluso (¿por qué no reconocerlo?) tirando a hombruna, pero cuya mirada transmite bondad, paz y amor universal. Lo que mejor la identifica es su toca sencilla con dos rayas azul celeste —el color de la inmaculada Concepción— cerca del borde.

Precozmente santa, la futura madre Teresa formalizó su Primera Comunión a los cinco años y medio, y recibió la Confirmación a los seis. Fiel a su precocísima vocación religiosa, desde niña ofreció su trabajo a la parroquia jesuita del Sagrado Corazón y en ello perseveró con ejemplar tenacidad hasta que, en su virginal treintena, decidió desposarse con el Señor como misionera. Tras una breve preparación en Irlanda, en la que profesó el 24 de mayo de 1937, se convirtió en «amante de Jesús para toda la vida», y marchó a la india donde trabajaría intensamente hasta su muerte en 1997. Convencida de que el sufrimiento es un don de Dios, llevó su lema («Dar hasta que duela y cuando duela dar todavía más») hasta sus últimas consecuencias: practicante del culto del sufrimiento, prohibió los analgésicos en sus clínicas para agonizantes de Calcuta a fin de facilitar a los moribundos en ellas ingresados una plena comunión con los padecimientos de Cristo en la cruz.[25] Con ejemplar modestia, ella se negaba a sí misma esta oportunidad de santificación y seguía sus propios tratamientos médicos con los mejores especialistas y clínicas de Europa. En una entrevista filmada cuenta, con una seráfica sonrisa, que a un paciente terminal de cáncer que sufría atroces dolores lo confortó diciéndole: «Sufres como Cristo en la cruz. Jesús te está abrazando». Y el moribundo le suplicó: «Madre, por favor, dile a Jesús que no me abrace».

Cuando visitó Washington en 1981, realizó unas declaraciones que consolaron grandemente a los desheredados del mundo: «Creo que es muy hermoso que los pobres acepten su pobreza y que la compartan con la Pasión de Cristo. El sufrimiento de los pobres redime al mundo».

La madre Teresa de Calcuta.

«A pesar de las cuantiosas donaciones que recibían los Misioneros de la Caridad (la orden fundada por la madre Teresa en 1948) —leemos en Jean-Paul Gouteux— no dedicaba ese dinero al equipamiento médico de sus centros, sino a la creación de más de quinientos conventos en la india y el extranjero.»[26] En su edad madura, la madre Teresa sufrió las tentaciones del Maligno, las que los eremitas del desierto llamaban *irrationabilis confusio mentis* (o «confusión irracional de la mente») y vivió una prolongada noche oscura del alma continuamente asaltada por la duda de si Dios existe y si todo el *pack* doctrinal católico (esto de la Revelación, el Espíritu Santo, la presencia real de Cristo en la Eucaristía, los Novísimos y el resto de las inmutables verdades de nuestra religión), constituye, en realidad, como muchos piensan, un tinglado recaudatorio, una pamema, una

gigantesca estafa para que una pandilla de holgazanes vivan como curas a costa de la credulidad y el miedo de los creyentes. «El silencio y el vacío de Jesús —escribía a su confesor y confidente— son demasiado grandes. Miro y no veo, escucho y no oigo, la lengua se mueve, pero no habla.»

Otro pasaje no resulta menos revelador: «La sonrisa es una máscara, una tapadera que lo cubre todo. Hablo como si mi corazón estuviera enamorado de Dios; si estuvieses ahí, dirías: ¡qué hipocresía!».[27]

La madre Teresa en actitud orante (estampa, 2010).

En ese «enorme vacío y oscuridad», la madre Teresa se embarcó en diversas empresas papales para las que era requerida. El Vaticano encontró en aquella monja fea, testaruda e irascible, pero obediente, un eficaz producto propagandístico para mostrar al mundo el aspecto más

amable del catolicismo: la bondad cristiana, la abnegación y el sacrificio sin límites de la iglesia misionera por amor al prójimo y a la fe de Cristo.[28]

La madre Teresa recibió el Premio Nobel de la Paz en 1979 y fue beatificada por el papa Juan Pablo II en 2003.[29] Los que pensaban que el día menos pensado la hacían santa acertaron: en diciembre de 2015 el papa Francisco aprobó su canonización.

San Juan Soldado (¿?- 1938). Al norte de México y sudoeste de Estados Unidos se venera como santo a Juan Soldado (en el siglo Juan Castillo Morales), un soldado raso ejecutado en Tijuana el 17 de febrero de 1938 acusado de violar y asesinar a la niña de ocho años Olga Camacho Martínez. Diversos indicios condujeron a la detención e interrogatorio del soldado Juan, que se confesó culpable y fue condenado a muerte por un tribunal militar. La ejecución se realizó a la vista del pueblo, en la explanada del cementerio de Puerta Blanca, mediante la «ley de fugas», una modalidad de fusilamiento que ofrece más espectáculo que la tradicional, ya que el condenado, liberado de sus ligaduras, tiene una remota posibilidad de escapar. Juan Castillo Morales sólo recorrió un corto trecho antes de que las balas del piquete lo alcanzaran y le ocasionaran la muerte. Lo enterraron en una tumba sencilla y al poco tiempo se divulgó el rumor de que el verdadero asesino de la niña había sido un capitán del ejército y que el reo ejecutado era inocente. Su tumba es hoy lugar de peregrinación a donde acuden devotos, a veces caminando de rodillas, para rezarle y dejarle cartas en las que le piden ayuda para cruzar la frontera y emigrar ilegalmente a Estados Unidos. La foto que circula como estampa entre sus devotos no corresponde, al parecer, a la del verdadero Juan Castillo Morales.[30] Es el patrón de los indocumentados.

San Juan Soldado (estampa, hacia 1950).

San Jesús Malverde (1888-1909). Es una devoción popular de Sinaloa y las regiones limítrofes, en México, donde le hacen novenas y le cantan narcocorridos.

Algunos opinan que nunca existió; otros que sí y alegan que se llamaba en el siglo Jesús Juárez Mazo. Su hagiografía nos enseña que era un bandido generoso que robaba a los ricos hacendados de los altos de Culiacán para dar a los pobres. Unas versiones dicen que murió en un enfrentamiento con la policía el 3 de mayo de 1909; otras, que sólo resultó herido de bala y cuando se le gangrenó la herida, viendo próxima la muerte, pidió a un socio que lo entregara a la policía y repartiera entre los pobres la recompensa ofrecida por su captura.

Es patrón de narcotraficantes y su capilla está llena de exvotos en agradecimiento por «operaciones» culminadas con éxito. En el Vaticano pretenden ignorarlo, como a tantos otros santos populares todavía no homologados, pero consta que el arzobispo Paul Marcinkus le profesaba gran devoción en los tiempos en que dirigía las opacas operaciones del Banco Vaticano (Instituto para las Obras de Religión, IOR), el principal lavadero de dinero proveniente del negocio de la heroína de la familia mafiosa Gambino y de las finanzas del gobierno pronazi de Croacia.

Entre los santos en camino que aún se están gestando en la placenta cálida de la iglesia cabe mencionar a Francisco José Fernández de la Cigoña, un bloguero septuagenario que fustiga como Cristo en el Templo a los malos cristianos, incluso a los cristianos regulares, y que frecuentemente menciona su vanidad con falsa modestia e indisimulada satisfacción. Uno de sus lectores le dedicó este esclarecedor retrato:

San Jesús Malverde (figura de yeso policromado, 2010).

Roja la boina, negra la pezuña

del rencor que lo tiñe y que lo empreña,

prosa de buitre más que de cigüeña,
tan sólo escupe, ensaña y refunfuña.
Insulta a cada obispo que no empuña
su carlistona fe, cuerva y fraileña,
pero en su blog le sigue mucha peña
que ríe sus mordiscos de garduña.
Saco de vanidad y mala entraña,
pelado si la envidia fuera tiña,
sienta cátedra cínica y gazmoña:
Pobre gallego lleno de morriña
del «francofrancofrancorribaspaña»:
don Francisco José de la Ponzoña.

Francisco José Fernández de la Cigoña.

Símbolos de la Pasión de Cristo (Libro de Horas de Leonor de la Vega, 1504).

25

Iconografía cristiana

Tras el Edicto de Milán (año 313) la iglesia confiscó los templos paganos y, por un conocido mecanismo psicológico, legitimó la usurpación destruyendo sus motivos decorativos o apropiándoselos.[1] Ese fue el comienzo de un ambicioso programa propagandístico basado en imágenes que, a lo largo de los siglos, se ha desarrollado en los muros y altares de las iglesias y en las ilustraciones de los libros y estampas devocionales.

A partir del siglo IV, tras la abolición de la crucifixión como pena de muerte, la cruz, hasta entonces cuestionada por sus connotaciones infamantes, se rehabilita como símbolo de victoria y comienza a presidir las iglesias al tiempo que los muros se decoran con pinturas y mosaicos que reproducen figuras y episodios bíblicos, especialmente los del Nuevo Testamento. Paralelamente se va configurando un repertorio de símbolos fácilmente identificables por medio de los cuales se difunden los aspectos más abstractos de la doctrina. Entre el amplio acervo existente, espigo los más significativos.

A

abejas. Simbolizan laboriosidad y dulzura. Son el atributo de san Bernardo, santa Rita de Casia y san Ambrosio, entre otros.

Abeja en el Castillo de Sant'Angelo (Roma).

abrazo de Cristo. Cristo favorece a algunos santos cristianos con un abrazo, a veces desde la cruz. Entre los beneficiados figuran san Francisco de Asís y san Bernardo.

abridera (Virgen). imagen de la Virgen que encierra otra del Niño Jesús a la que se accede por medio de un postigo abierto en el seno materno, a modo de las *matrioskas* rusas. De este modo se mostraba al pueblo sencillo que Jesús se gestaba en el vientre de María. Las vírgenes abrideras escasean, ya que el Concilio de Trento las prohibió, pero quedan algunas como la del monasterio de Santa Clara en Allariz, Orense.

Virgen abridera (Allariz, Orense).

Abundancia. Una joven matrona coronada con guirnaldas de flores y acompañada del cuerno de la abundancia del que brotan los frutos de la tierra. Muy abundante en la iconografía cristiana renacentista.

acacia. Árbol sagrado en las religiones orientales. De madera de acacia era el Arca de la Alianza y de sus ramas espinosas se fabricó, según la tradición, la corona de Jesús.

aceite (óleo). El aceite es un producto muy apreciado en las religiones mediterráneas. Unge a los recién nacidos, a los moribundos, consagra a los reyes, ilumina los lugares sagrados, nutre, cura y purifica.

Ofrenda de aceite de oliva.

Adán. Primer hombre en el relato bíblico. Se representa con una herramienta de trabajo en la mano, en alusión a la maldición divina de ganar el pan con el sudor de su frente. Otras veces sostiene la manzana que en mala hora le ofreció Eva en el Paraíso.

***Agnus Dei* o Cordero de Dios.** Emblema heráldico que representa a un cordero, símbolo de Cristo o de san Juan Bautista (el de san Juan sostiene un lábaro en la pata extrañamente torcida).

agua. Uno de los cuatro elementos esenciales, junto con la tierra, el aire y el fuego. La iglesia la emplea con prodigalidad como símbolo polivalente de purificación que limpia el Pecado Original y libra de las acechanzas del Diablo a los fieles y a sus propiedades.

aguamanil. Atributo de una de las virtudes: la templanza.

águila. La reina de las aves simboliza la elevación del espíritu. Se asocia a san Juan Evangelista porque su Evangelio es el más teológico y, por tanto, el más elevado.

aire. Asociado al relato bíblico de la creación al soplar Yahvé sobre Adán para infundirle la vida y el alma.

alas. Simbolizan ligereza y capacidad para remontarse a las alturas divinas. Son el atributo de los ángeles, arcángeles, querubines y serafines. A veces las encontramos en los símbolos de los cuatro evangelistas. También las luce el Diablo, un ángel caído, aunque en su caso sean de murciélago.

Aleluya. Palabra hebrea que significa «alabar a Dios». Aparece en las filacterias o cartelas de las apoteosis celestiales.

alfa y omega. Primera y última letras del alfabeto griego. Simbolizan el principio y el fin de todas las cosas. En la liturgia mozárabe y en el arte románico simbolizan a Dios.

Alfa y omega (iglesia de los Cuarenta Mártires, Alepo, Siria).

alma. Se representa como una paloma volando hacia un puerto. A partir del siglo XIII se tiende a representarla como una figura femenina pequeña, con una túnica.

almendra mística. Figura geométrica que resulta de la intersección de dos círculos de modo que el centro de cada uno se integre en la circunferencia del otro. También se denomina *vesica piscis* («vejiga de pez» en latín) o mandorla («almendra» en italiano). Dentro de esa figura aparece la figura de Cristo en los pantocrátores románicos.

Almendra mística.

anacoreta. Eremita solitario y sucintamente ataviado, con harapiento sayal o pelliza, que se mortifica en una cueva del desierto consagrado a la oración y al ayuno en el convencimiento de que tan irracional comportamiento es grato a los ojos de Dios. A veces lo acompaña un león o un cuervo.

áncora. Símbolo de los primeros cristianos. Significa esperanza y es atributo de algunos santos como san Nicolás de Bari o santa Rosa de Lima.

ánfora. Recipiente antiguo para líquidos sagrados donde se suelen conservar los santos óleos.

ángeles. Seres espirituales benéficos. En la tradición bíblica son los mensajeros de Dios. Cobran protagonismo en la Anunciación de la Virgen y en la de los pastores. A partir del siglo XVI aparecen como elementos decorativos, a veces reducidos a niños con alitas, que suministran a los artistas un pretexto admisible para representar culos y otras carnales redondeces que de otro modo les vedaría el pacato arte cristiano. A partir del siglo XIX vuelven a abundar como protectores de la infancia.

Ángel querubín (cripta del Barón de Velasco, Arjona, Jaén).

Se dividen en tres categorías: superior, integrada por serafines, querubines y tronos; intermedia, formada por dominaciones, virtudes y potestades; y la tercera, la más modesta, en la que se integran los principados, arcángeles y ángeles.[2]

• Los serafines rodean el trono de Dios, son rojos incandescentes y su atributo es el fuego; los querubines simbolizan la sabiduría divina y son de color azul y oro; los tronos representan la justicia divina y llevan toga y bastón de mando.

• El segundo grupo es responsable de los elementos naturales y de los cuerpos celestes; las dominaciones y las potestades llevan corona y cetro; las virtudes acompañan la Pasión de Cristo y suelen llevar flores o símbolos marianos.

• El tercer grupo es el que se relaciona con la Humanidad. Los principados protegen a las naciones, los arcángeles son mensajeros de Dios y los ángeles protegen a los seres humanos individualmente (el ángel de la guarda).

Ángel en la portada de la basílica de Fourviure (Lyon, Francia).

ángeles músicos. Seres alados muy populares en las iglesias de la Edad Media en escenas de la Virgen con el Niño Jesús.

anillo. Simboliza la unión y el compromiso con Dios. Es el atributo de santa Catalina de Alejandría, santa Inés, san Emeterio y san Celedonio, entre otros.

Anillo papal de Benedicto XVI.

ánimas del Purgatorio. Se representan como hombres y mujeres desnudos sumidos en llamas. Entre ellos es frecuente ver alguno que luce corona real o se toca con mitra episcopal para significar que ni obispos ni reyes están exentos de pasar por el Purgatorio para responder de sus posibles pecados. Sobrevolando la escena suele aparecer el Cielo presidido por la Virgen intercesora.

Ánimas del Purgatorio (iglesia de San Martín, Arjona, Jaén).

antorcha. Símbolo de iluminación y de purificación. Se incluye en algunas escenas martiriales (santa Águeda, por ejemplo) o de la vida de santos como Domingo de Guzmán.

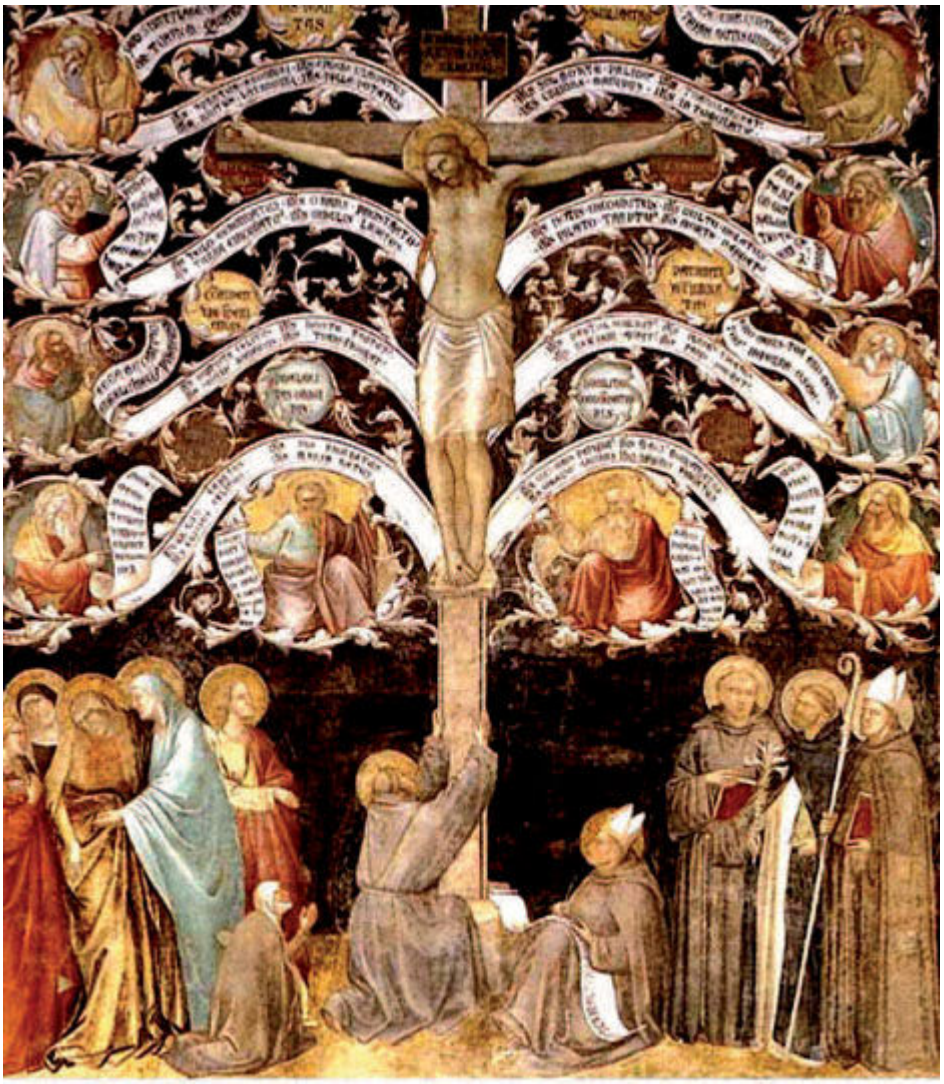
Año Nuevo. Se representa como un niño sonriente.

Año Viejo. Aparece como un anciano cansado y decrépito. Significa la decadencia y el degaste del tiempo.

apoteosis. Composición que glorifica a un santo con la presencia de algún ser divino: ángeles, Virgen, Espíritu Santo...

Árbol de la Cruz. Es el que suministró los materiales para la cruz de Jesús. Nació de la calavera de Adán sepultada en el Gólgota. En el mito cristiano, el moribundo Adán le pide a su hijo Set que ore ante Dios para que un ángel le señale el Árbol de la Misericordia que destila un aceite que le devolverá la salud, pero el ángel le aconseja paciencia porque aún faltan cinco mil quinientos años para que el Unigénito de Dios encarnado lo unja y lo resucite.

Árbol de la Vida. En las antiguas religiones mediterráneas, los árboles personifican divinidades. Algunos aparecen en un fondo mítico común asociados al Árbol de la Vida, como en la epopeya sumeria de Gilgamés y en el Génesis, el texto más antiguo del Antiguo Testamento. Para el cristianismo el árbol es símbolo de Cristo y de la Vida en el que debemos injertarnos (Rom 6, 5).[3]



Árbol de la Vida (Taddeo Gaddi, basílica de Santa Croce, Florencia).

Arca de la Alianza. La caja de madera de acacia forrada de planchas de oro y adornada por las imágenes de dos querubines con las alas extendidas hacia el interior. En este depósito conservaban los

israelitas diversas reliquias sagradas, entre ellas las Tablas de la Ley entregadas por Dios a Moisés en el Sinaí. El Arca era el trono de Yahvé y estaba confinada en el *sancta sanctorum* del Templo de Jerusalén.

Arca de la Alianza.

Arca de Noé. La nave en la que Noé salva a la Humanidad del Diluvio simboliza la salvaguarda del justo en un mundo lleno de peligros. Últimamente se organizan expediciones al monte Ararat, en Turquía, donde algunos aseguran haber localizado sus restos bajo los hielos.

arcángel. Uno de los grados en los que se divide la jerarquía angélica.

Arcángel san Miguel (Museo Nacional de Escultura, Valladolid).

arcoíris. Simboliza la renovada alianza de Dios con la Humanidad después de que Noé lo aplacara con un sacrificio, tras el Diluvio genocida.

arqueta. Aparece en escenas de desposorios como depositaria de la dote de la novia. En muchas iglesias se usaban arquetas para guardar reliquias.

Arqueta (Museo Textil y del Diseño, Barcelona).

asno. Animal doméstico que acompaña a Cristo en su entrada en Jerusalén y a la Sagrada Familia en su huida a Egipto. También aparece en la iconografía de san Martín de Tours y de san Félix de Cantalicio. En el Antiguo Testamento aparece una burra parlante, la de Balaam.

aspa. instrumento de martirio asociado al de san Andrés, santa Eulalia y san Vicente, entre otros.

Aurora. En las representaciones cristianas es un símbolo de optimismo y precursora de la luz solar.

ave fénix. Enorme pájaro fabuloso que, según la mitología pagana, se consumía en llamas cada quinientos años para después resurgir de sus cenizas. Para los egipcios, el ave fénix representaba el Sol, que muere por la noche y renace por la mañana. En la mitología cristiana representa la inmortalidad que la iglesia promete para la otra vida a cambio de que obedezcamos y sufraguemos los gastos de sus ministros en esta.

azada. Atributo del trabajo asociado a santos con profesiones agrarias. Símbolo fálico en las religiones antiguas.

azucena. Flor blanca símbolo de pureza y atributo de la Virgen María y de algunos santos. En muchas iglesias españolas encontramos una jarra con cinco azucenas como emblema de la Virgen que seguramente deriva de la leyenda de Santa María de Nájera con cuya imagen, que supuestamente llevaba varios siglos oculta, se encontró una jarra con azucenas milagrosamente frescas (hoy emblema del monasterio).

azul. Asociado a la Virgen María y la pureza sobrenatural, este color y el blanco son los dominantes en la iconografía mariana.

B

balanza. Símbolo de la justicia.

ballena. Se asocia al pasaje bíblico de Jonás y a la vida de algunos santos.

bandera o banderola. Símbolo de la Resurrección de Cristo.

Banderola del Cristo Resucitado (iglesia de Santa Marina, Sevilla).

banquete sagrado. En la tradición cristiana el banquete ritual es la Santa misa que reproduce la Santa Cena y la institución de la Eucaristía.

barba. Atributo viril que indica sabiduría, fuerza y prestigio. A Jesucristo se le representa casi exclusivamente con barba a partir del siglo VI.

barca. Es el símbolo de la iglesia, que navega por el mar de la historia, desafiando las tempestades del pensamiento laico. En otras representaciones es tripulada por san Pedro y sus compañeros pescadores.

Barca (fresco, catacumbas de San Calixto, Roma).

beato. Grado intermedio de santidad que precede a la categoría de santo y recibe culto local. También puede referirse a un libro religioso medieval ilustrado con miniaturas, como el Beato de Liébana (siglo VIII).

bema. Tribuna elevada entre el ábside y la nave en las iglesias paleocristianas.

bendición. Fórmula verbal acompañada de un gesto ritual que realiza un sacerdote y supuestamente transmite la protección divina sobre personas o cosas.

beso. Acción expresiva de saludo, amistad o de unión amorosa. En el cristianismo el más conocido es el de Judas.

bestiario (o *Bestiarum*). Conjunto de animales, algunos fabulosos, que sirven de pretexto para impartir lecciones moralizantes. Se hicieron muy populares durante la Edad Media en forma de volúmenes ilustrados que describían animales, plantas e incluso rocas.[4]

Tortuga atlante (Sagrada Familia, Barcelona).

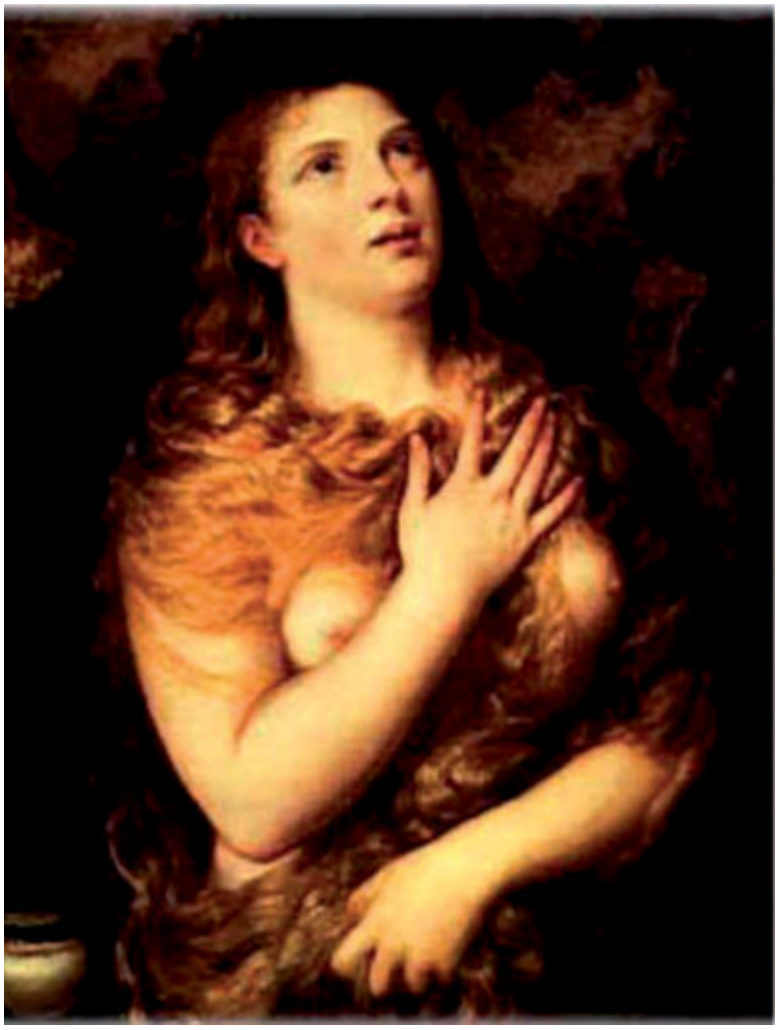
boca. Parte del cuerpo emisora de palabras o de aliento. Simboliza potencialidad creadora y motivo de paso al Cielo o al infierno.

boca abierta. Símbolo festivo del carnaval que también puede significar muerte y destrucción. La boca de un monstruo simboliza la entrada al infierno.

Buen Pastor. La parábola del Buen Pastor (Lc 15, 4-7) alude al que busca a la oveja perdida y la devuelve al rebaño, aunque sea llevándola a hombros. Para los Padres de la iglesia simbolizaba el misterio de Cristo y de la iglesia. «El Hijo de Dios —predica Benedicto XVI en su primera alocución pontificia— no puede desasistir a la Humanidad en una situación tan miserable. Se levanta y abandona la gloria del Cielo, para buscar a la oveja e ir tras ella, aunque entrañe la cruz. La pone sobre sus hombros, carga con nuestra Humanidad, nos lleva a nosotros mismos, pues Él es el buen pastor, que ofrece su vida por las ovejas.»

Buen Pastor (catacumbas de Priscila, Roma).

buey. Animal que aparece junto al pesebre de Belén. Acompaña a determinados santos en escenas cotidianas o de su martirio. Simboliza al evangelista san Lucas.



María Magdalena (Tiziano).

C

caballo. Simboliza la virilidad y la caballerosidad. Atributo de los santos caballeros.

cabellos. Señal de vigor en el héroe y de sensualidad en la mujer. Son famosas las cabelleras de Eva, de Sansón y de María Magdalena, así como las de las santas hirsutas.

cadenas. Símbolo de esclavitud y cautiverio, pero también de unión con Dios.

calavera. Representa la muerte y la fugacidad de la vida. Es atributo de María Magdalena. Después de la Contrarreforma, la iglesia la adopta como reflexión sobre las postrimerías.

cáliz. Copa en la que el sacerdote oficiante consagra el vino y supuestamente lo convierte en sangre de Cristo. Volcado alude a la decadencia de la sinagoga.

Cáliz.

calendario. Asociado a la agricultura y a los signos del Zodiaco, representa los doce meses del año con sus correspondientes etapas de siembra y recogida de las cosechas.

camello. Generalmente acompañan a los Reyes Magos de Oriente. También aparecen en algunos pasajes de los eremitas del desierto.

Pintura de un camello procedente de San Baudelio de Berlanga (Cloisters Museum, Nueva york).

camino. Símbolo del esfuerzo y meta espiritual.[5]

campana. instrumento de hierro cuyo sonido convoca a los fieles a la iglesia. Se asocia al exorcismo de los malos espíritus y a la magia de los conjuros.

candelabro. Portalámparas sagrado. El llamado «de los Siete Brazos» o *Menorah* usado por los judíos simboliza el del Templo de Salomón y la religión mosaica. A veces se representa a la Sinagoga como una mujer con los ojos vendados que sostiene afligida el candelabro, en contraste con la iglesia que aparece como una matrona triunfante.

Candelabro de los Siete Brazos.

cántaro. Vasija de barro con asas. Es atributo de mujeres hospitalarias como la Samaritana.

Caridad. Virtud teologal. Suele representarse como una matrona romana sosteniendo a uno o varios niños o como un corazón en llamas.

Carnaval. En la tradición cristiana es el contrapunto a la rigurosa penitencia de la Cuaresma.

Casa del Padre. Así denominan al Cielo los miembros del *Opus Dei*, sin que quede claro si se refieren al Padre Celestial (Dios) o al padre san Josemaría Escrivá que reina en el Cielo con Dios a su izquierda.

castidad. Se representa como una matrona velada. Otras veces está encastillada en una roca que guardan leones.

casulla. Prenda exterior que viste el sacerdote para decir misa. Atributo de san Ildefonso al que, según parece, se la impuso la propia Virgen descendida del Cielo expresamente para el acto.

cedro. Símbolo vegetal de la longevidad y la permanencia. Es originario del Líbano donde, debido a la sobreexplotación, sólo ha quedado el de la bandera.

Cena (Santa). Se representa como una cena pascual o de despedida, los apóstoles reunidos a un lado de una larga mesa (el otro se deja libre, como en el teatro) en un ambiente más solemne que distendido. La tradición apostólica, a partir de Pablo, y después de Juan, considera la desastrada muerte de Jesús en clave pascual: «Cristo nuestra Pascua ha sido inmolado».

La iconografía cristiana abunda en la representación de la Santa Cena como institución de la Eucaristía. Antiguamente los comedores de las casas estaban presididos por un relieve apaisado de la Santa Cena, a veces con la mano del Cristo articulada y móvil. El cabeza de familia le daba un toquecito, que activaba el sencillo mecanismo y la familia se hacía la ilusión de que el propio Cristo bendecía la mesa.

La Santa Cena (Juan de Juanes).

ceniza. En la liturgia cristiana es signo de humildad y muerte-resurrección. Aunque vulnera la legislación sanitaria de la Unión Europea, muchas parroquias católicas continúan ungiendo con supuesta ceniza de santos la frente de sus feligreses el Miércoles de Ceniza.

Cielo. Es el lugar que habita la Corte Celestial y al que van los justos premiados con la presencia divina. Las representaciones del Cielo lo suelen situar por encima de la exosfera, más allá de los cinturones de Van Allen, en el remoto espacio exterior, o en una ciudad amurallada que simboliza la Jerusalén celeste. Es frecuente ver a Dios Padre en medio de la escena con el Cristo a su derecha (todavía visibles los estigmas de la Pasión) y la paloma del Espíritu Santo sobrevolándolo. Alrededor, una multitud de personajes vestidos de túnicas representan a los justos que gozan de la presencia divina. A veces, rodeándolo todo, coros de ángeles celestiales. A juzgar por su iconografía, no parece un lugar muy animado, esa es la verdad.

ciervo y fuente. imagen muy frecuente en el arte cristiano. Alude al salmo 41: «Como el ciervo desea las corrientes de agua, así mi alma te anhela a Ti, Dios mío». El cristiano normalmente representado por una

oveja es, en este caso, el ciervo y Cristo es la fuente en cuyas frescas aguas aplaca su sed de eternidad. Se pueden ver mosaicos con esta figura en la iglesia de San Clemente, en Roma, de los siglos XI-XII.

Cinco Llagas. Representan las heridas o estigmas de Cristo en pies, manos y costado. Son emblema de la Pasión en cofradías y hermandades de Semana Santa y en la Orden franciscana.

circuncisión. Rito propio de algunos pueblos primitivos que entre los judíos simbolizaba la alianza con Dios. Es conocida en la iconografía cristiana la circuncisión del Niño Jesús.

La Circuncisión (Friedrich Herlin).

cirio pascual. Es el cirio de considerables proporciones que se enciende el Sábado Santo para representar a Cristo resucitado.

Cirio pascual (Cloisters Museum, Nueva york).

clavel. Símbolo de boda y de amor divino. En la boca de una folclórica, sensualidad y entrega.

clavo. Atributo de martirio de Cristo. Combinado con la letra *S* compone un jeroglífico que figura en el emblema de algunas cofradías cuyos miembros se llaman, por ejemplo, Esclavos de Nuestro Señor de la Pasión. A veces encontramos los tres clavos de la Pasión apuntando o coronando al Sagrado Corazón.

Clavos de Cristo (catedral de Tréveris, Alemania).

cojera. Significa deficiencia física que se compensa con otras capacidades intelectuales. También en las religiones paganas era signo de iniciación. Jacob quedó cojo tras enfrentarse con el ángel. El propio Juan Pablo II fue cojo en sus últimos años.

colores litúrgicos. El Año Litúrgico está formado por distintos tiempos litúrgicos en los que el sacerdote se reviste con casulla de diferentes colores. Estos colores litúrgicos reglamentados en el siglo XIII eran verde, blanco, rojo, morado y negro, a los que posteriormente se añadieron el rosa y el azul celeste.

• **blanco.** Reservado para la Pascua, Navidad, Jueves Santo, Corpus, fiestas de la Virgen y de los santos que no sean mártires. Simboliza gloria, pureza, alegría e inocencia.

• **morado.** Propio del Adviento y la Cuaresma, y de los funerales y misas de difuntos. Significa humildad y penitencia.

• **rojo.** Característico del Viernes Santo, fiestas de los mártires y algunas relacionadas con el Espíritu Santo. Simboliza fuego, caridad y sangre.

• **verde.** No tiene fecha especial. Es propio del tiempo ordinario. Significa esperanza.

• **rosa.** Propio de los domingos de *Gaudete* y *Laetare* (tercer domingo de Adviento y cuarto domingo de Cuaresma).

• **negro.** Opcional en las misas de difuntos. Significa pesar y luto.

• **azul o celeste.** Se puede usar en el día de la inmaculada Concepción y su octava, pero sólo en España por privilegio pontificio.[6] Significa pureza.

• **dorado.** Puede sustituir a los otros colores (salvo el morado) en las solemnidades.

combate. Representa la eterna lucha entre el vicio y la virtud.

Colores litúrgicos cristianos.

concha. Símbolo precristiano del sexo femenino, de la fecundidad y del agua. El cristianismo lo adopta como símbolo del bautismo o renacimiento a la nueva religión. La más conocida es la de la vieira o concha de Santiago. En algunos países hermanos de iberoamérica la palabra «concha» designa al coño o vulva femenina.

Pila de agua bendita con forma de concha (iglesia de Santa Croce, Roma).

conjuro. Palabra o palabras que tienen el poder de favorecer la realización de un deseo. En época visigoda, el conjuro contra el Demonio formaba parte de la liturgia de la misa.

corazón. Atributo del Sagrado Corazón de Jesús y de María y de algunos santos que han destacado por su inmenso amor a Dios.

Atributos del Sagrado Corazón de Jesús.

Corazón, Sagrado. Símbolo del amor desde el Renacimiento. En 1647 la monja santa María Alacoque promueve el culto al Sagrado Corazón, en su representación de Jesucristo que lleva el corazón por fuera, visto como a través de una radiografía, a menudo resplandeciente entre llamas y coronado de espinas.

Sagrado Corazón de Jesús (estampa, 1925).

Cordero de Dios. Animal que simboliza a Jesús (*Agnus Dei*). Su base escriturística reside en que el cordero es el típico animal sacrificial de las fiestas judías. Jesús aceptó la muerte en la Cruz tan mansamente «como cordero que llevan al matadero». Sin embargo, otras veces se presenta como pastor: «yo soy el buen pastor [...]. Yo doy mi vida por las ovejas»(Jn 10, 14 y ss.). ¿En qué quedamos, cordero o pastor? En realidad no hay contradicción alguna, puesto que, tratándose de Dios, Jesús puede ser cordero o pastor a voluntad.

Cordero de Dios (estampa, 2005).

cordón de San Francisco. Cordón blanco con nudos que llevan atado a la cintura los religiosos franciscanos. Es frecuente verlo esculpido en piedra en los conventos pertenecientes a la Orden franciscana. Cuando los nudos son cinco, simbolizan los estigmas de Jesús en la Pasión, pero si son solamente tres, representan los tres votos de pobreza, obediencia y castidad.[7]

corona de espinas. Es atributo de la pasión de Cristo. Pertenece a los llamados «improperios» que sufre Jesús en la cruz.

Corona de espinas.

coronas de Adviento o Navidad. Los antiguos germanos tejían coronas de ramas verdes en lo más crudo del invierno, sin miedo a los sabañones, para estimular la vuelta de la primavera. Cristianizada, la corona significa la renovación en Cristo.

coronas de gloria. indica vida justa y rango de las personas u objetos que se califican con ella. La palabra se usa en el sentido de reconocimiento divino.

***Corpus Christi* (o Cuerpo de Cristo).** Fiesta cristiana de la Eucaristía instituida por la iglesia para proclamar que el cuerpo resucitado de Jesucristo está verdaderamente presente en la hostia consagrada, una propuesta que, por su apariencia descabellada, resultaba difícil de aceptar para los cristianos más propensos al raciocinio y a la aplicación del sentido común. Se celebra el jueves siguiente al octavo domingo después del Domingo de Pascua (es decir, sesenta días después del Domingo de Pascua), o, dicho más fácilmente, coincide con el jueves que sigue al noveno domingo siguiente a la primera luna llena de primavera. La fiesta del Corpus Christi aparece documentada por primera vez en Lieja, tras las visiones sacramentales de la beata Juliana de Mont-Cornillon (1193-1258).[8] Urbano IV, que había sido arcediano de Lieja, la extendió a toda la iglesia en 1264. En España se celebra con especial solemnidad en Granada y Toledo.

Hostia consagrada expuesta en una custodia (estampa, principios del siglo XX).

costurera profética. En la iconografía mariana determinadas representaciones de la Virgen en un ambiente hogareño cosiendo junto al Niño Jesús. En la catedral de Jaén existe una creencia popular muy arraigada: a la persona que ve las tijeras de la Virgen costurera, se le concede un deseo.

crismera. Vaso o cántara donde se guardan los santos óleos para las unciones sacramentales. La tiene como atributo la Orden de los Caballeros de San Remigio y San Constantino. Elfidio Vallecillo, sacristán de la iglesia de San Bartolomé a principios del siglo XX, se servía habitualmente de aceite de la crismera parroquial para sus paniaceites y fritangas y a ello atribuía no haber cogido en su vida ni un mal resfriado. También engrasaba con él las bisagras de las puertas y el somier.

Crismera (catedral de Granada).

crismón. Está formado por las letras griegas *X* (ji) y *P* (ro) que, superpuestas, forman una figura de seis brazos a modo de rueda cosmológica solar. Para los paganos era el anagrama de la palabra griega *khrestós* («protegido», «auspicioso», «afortunado»). Los cristianos se apropiaron de ella y la hicieron abreviatura de *Christos* (en griego *ΧΡΙΣΤΟΣ*), o sea, Cristo. El crismón, que aparece ya en las primitivas catacumbas, se prodiga en las iglesias románicas del Camino de Santiago.

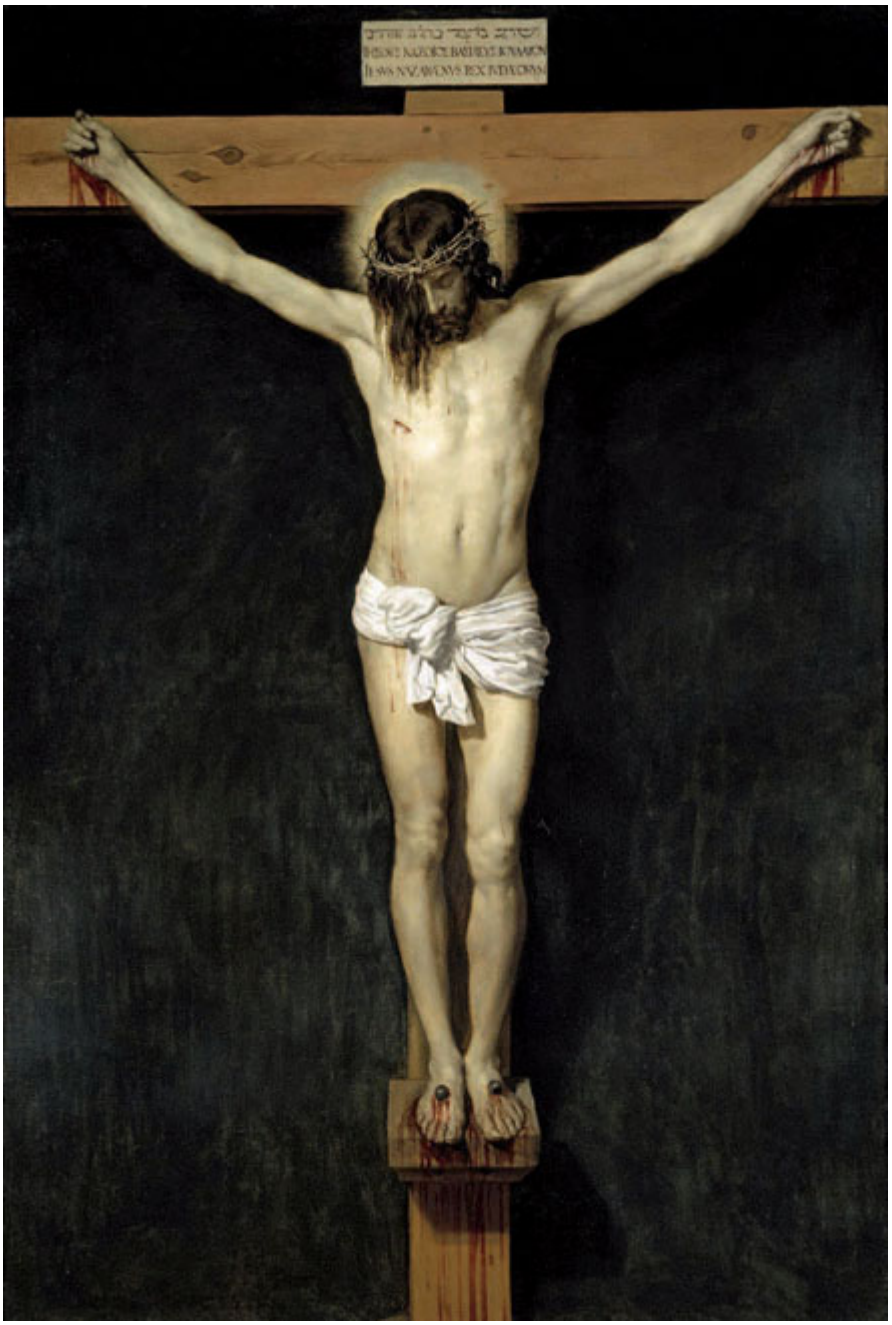
El emperador Constantino incluyó el crismón en su estandarte o lábaro después de adoptar el cristianismo como religión oficial del imperio.

Crismón (Museo Vaticano).

cristóforo. Representa a un joven que lleva un cordero sobre los hombros, que para los cristianos simboliza el Buen Pastor del Evangelio. Es la cristianización de la representación clásica (y pagana) del Moscóforo, el hombre que carga un becerro.

crucificados. En sus representaciones más antiguas, las románicas, Cristo crucificado presenta cuatro clavos: dos en las manos y dos en los pies. El cuerpo aparece erguido, el rostro sereno y los ojos abiertos. Es un Cristo triunfante. Por su parte, el Cristo en Majestad (o Rey de Reyes) viste una larga túnica con mangas (*pallia*), ceñida con un cíngulo

o cordón con una borla en cada extremo, lleva la cabeza desnuda y está peinado con raya y bucles. El Cristo semidesnudo, en cambio, viste un pequeño faldón que va desde la cintura hasta las rodillas.



Cristo crucificado (Velázquez, Museo del Prado, Madrid).

cruz. instrumento de tortura usado en la Antigüedad. Es el principal símbolo de la fe cristiana, signo de salvación, ya que en una cruz se consumó la Redención. En el siglo IX, los crucifijos comenzaron a llevar

una barra o estribo, aunque en forma recta con la idea de que sirvieran de descanso para los pies de Cristo, la forma más frecuente en la iglesia ortodoxa oriental. Hay una gran variedad donde elegir:

• **ansada, egipcia o *tau* enlazada.** Los egipcios la llamaban *ankh* y para ellos simbolizaba la vida, y probablemente también la vida eterna. Se supone que el círculo superior representa a la divinidad, el sol, y los trazos rectos en forma de T el hombre, los brazos y el cuerpo. También se denomina «llave del Nilo» (véase cruz de San Antonio, p. 281).

• **bautismal.** Es una especie de asterisco resultante de superponer la cruz griega y la de San Andrés. El número ocho simboliza regeneración y vida eterna.

Cruz bautismal.

• **bizantina.** Esta cruz de extremos pometeados es la habitual de la iglesia ortodoxa griega.

Cruz bizantina.

• **contra el Mal.** Combina la cruz latina con la flecha para representar esquemáticamente una espada. Simboliza la lucha contra la tentación o contra el pecado.

Cruz contra el Mal.

• **de Alcántara.** Es como la de Calatrava, pero en color verde. La usaban los caballeros de la Orden Militar de Alcántara.

• **de Calatrava.** Es una cruz griega roja con los extremos terminados en sendas flores de lis. La usaban los caballeros de la Orden Militar de Calatrava.

• **de evangelización o misionera.** Simboliza la proyección ecuménica del cristianismo y el deseo de extenderlo universalmente por medio del apostolado.

Cruz misionera.

• **de gloria eterna.** Añade las letras griegas alfa y omega, que representan el principio y el fin, bajo los brazos de la cruz.

• **de Jerusalén o de las Cruzadas.** Está formada por una cruz central compuesta de cuatro Taus y cuatro cruces griegas en los cuadrantes. Se presta a distintas lecturas: para algunos, la cruz griega central representa la ley del Antiguo Testamento frente a las pequeñas que representan los cuatro Evangelios de la Ley Nueva. Para otros, las cinco cruces representan las heridas de Jesús en el Calvario. Según la leyenda, esta cruz figuraba en el escudo de Godofredo de Bouillon, el primer cruzado de Jerusalén. Adoptada por los cruzados, estos la lucían de distinto color según la procedencia del caballero: gules (roja) para los españoles;

plata (blanca) para los franceses; azur (azul marino) para los italianos; sable (negro) para los alemanes, sinople (verde) para los polacos y oro (dorado) para los ingleses.

Cruz de Jerusalén o de las Cruzadas.

• **de las Catacumbas.** Está formada por dos cruces latinas, separadas y reflejadas por el centro mediante una línea horizontal. De este modo los cristianos disimulaban el símbolo de su fe en tiempo de persecuciones. A otro nivel representa el Cielo y el infierno (la cruz inferior está invertida, que es la representación de la cruz del Mal para las sectas satánicas).

Cruz de las Catacumbas.

• **de los Arcángeles.** Las tres líneas que sustentan la cruz representan a los tres arcángeles, Gabriel, Miguel y Rafael.

Cruz de los Arcángeles.

• **de Malta o de las Bienaventuranzas.** Formada por cuatro puntas de flecha que apuntan al centro, fue el emblema de los caballeros de San José que, expulsados de Rodas por los turcos, se establecieron en Malta.

Cruz de Malta.

• **de Montesa.** En principio la divisa de la Orden Militar de Montesa era una cruz griega roja, pero, cuando se le incorporó la Orden de San Jorge de Alfama, se fusionaron las dos cruces resultando una cruz griega roja con los extremos rematados en flores de lis negras.

• **de Penitencia.** Sobre los brazos horizontales cuelga el sudario que sirvió para bajar el Divino Cadáver de la Cruz, formando la letra *M* en alusión a María. El sudario vacío simboliza el triunfo de Jesucristo sobre la muerte.

Cruz de Penitencia.

• **de Rosacruz.** Presenta una rosa abierta y frontal en la intersección de los dos trazos. Simboliza a la Orden Rosacruz.[9] A veces se adorna con símbolos cabalísticos y alquímicos.

Cruz de Rosacruz.

• **de San Andrés (o *crux decussata*).** En forma de aspa, instrumento de martirio de san Andrés. Simboliza la humildad y el sufrimiento. En heráldica simboliza al caudillo invicto en combate. La bandera de los

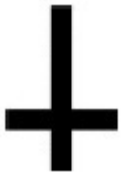
Austrias españoles era una cruz de San Andrés roja sobre fondo blanco hasta que en 1843 Isabel II la sustituyó por la actual, que desde 1786 era bandera de la Marina y aún antes lo había sido del Reino de Nápoles. En el etiquetado de sustancias peligrosas indica que un producto es irritante.[10]

Cruz de San Andrés.

• **de San Antonio.** Es la cruz ansada o egipcia con las proporciones de la cruz latina. igualmente simboliza la vida eterna.

Cruz de San Antonio.

• **de San Pedro.** La cruz invertida, cuando se usa por cristianos devotos, es un símbolo de humildad y del martirio del apóstol Pedro, quien, según Orígenes, «fue crucificado en Roma con la cabeza hacia abajo, como él mismo había deseado sufrir».



Cruz de San Pedro.

• **de Santiago**. Es una cruz latina roja cuyos trazos horizontales rematan en flores de lis, el superior en punta de flecha barbada y el inferior adopta la forma de una espada puntiaguda. La usaba la Orden Militar de Santiago.

• **de la Trinidad.** Se caracteriza por tres círculos interseccionados que representan la Santísima Trinidad.

Cruz de la Trinidad.

• **del Calvario.** Se alza sobre un triángulo que representa el Gólgota. A veces se acompaña con las otras dos cruces, las de los ladrones.

Cruz del Calvario.

• **egipcia (o *crux conmissa)***. Se la conoce como *Tau* (por su similitud con esta letra griega), cruz de las Profecías o del Antiguo Testamento, porque fue la marca que los israelitas hicieron con la sangre de los corderos sobre los postes y dinteles de sus puertas en la noche de Pascua en Egipto.[11] También se conoce como cruz de San Antonio. Es uno de los símbolos de la Orden franciscana porque san Francisco de Asís firmaba con ella.

Cruz egipcia.

• **fálica.** Según un documento rosacruz, «la cruz fálica modificada significa la dual sexualidad del manifestado universo, la presencia y la actividad del universal principio masculino y del universal principio femenino. Sin embargo, la modificada cruz fálica de los rosacruces nada

absolutamente tiene que ver con las groseras formas del culto fálico, que son una abominable tergiversación de la sombra de la Verdad y no deben confundirse con la Realidad».

• **griega (o *crux quadrata*).** La que tiene los cuatro trazos de la misma longitud.

Cruz griega.

• **horcada o de los ladrones.** Tiene forma de y. Se llama «de los ladrones» porque se supone, sin base histórica alguna, que las cruces de los ladrones que acompañaron a Jesús en el Gólgota tenían esa forma. La vemos en escasos Cristos crucificados.

• **latina.** Los dos trazos se cruzan en un ángulo recto, de manera que el horizontal queda dividido por su mitad y el vertical por el tercio superior. Es la cruz más divulgada del cristianismo.

Cruz latina.

• **latina con proclamación.** Luce una cartela en el trazo superior con las letras latinas INRI (iniciales de *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum* correspondientes al título de la cruz).

Cruz latina con proclamación.

• **ortodoxa.** Sobre el trazo vertical se cruzan tres horizontales. El mediano, más grande, representa el patíbulo o palo horizontal; el de arriba, la tablilla; y el de abajo, el *subpedaneum* o travesaño para apoyar los pies.

Cruz ortodoxa.

• **papal o triple.** Presenta tres trazos horizontales que representan a la iglesia, el Mundo y el Cielo. Sólo la usa el papa.

Cruz papal o triple.

• **paté.** Cruz griega cuyos brazos se ensanchan hacia los extremos hasta configurar casi un cuadrado. A menudo se confunde con la de Malta. Se supone que era la que usaban las órdenes militares de las cruzadas: blanca en los hospitalarios, roja en los templarios y negra en los teutónicos. De esta última desciende la **Cruz de Hierro**, la famosa condecoración prusiana a la que se añadió un borde plateado para que destacara contra el negro de los uniformes (los militares, siempre tan coquetuelos).

• **patriarcal o de Lorena.** Presenta dos trazos horizontales en el tercio superior, el de arriba más corto para representar el *titulus* o tablilla de la cruz.

Cruz patriarcal o de Lorena.

• **cruz comunista.** Un Cristo crucificado en el martillo del símbolo comunista, regalo del líder indigenista Evo Morales al papa Bergoglio, cuyo pensamiento al recibir el presente sólo Dios lo conoce.

Cruz comunista (*El Huffington Post*, 9 de julio de 2015).

• **cruz de término.** La levantada sobre gradas o pedestal de piedra en las encrucijadas de los caminos, a la entrada de una población o cerca de una iglesia. Solía marcar el término de los pueblos.

Cuaresma. Término derivado de *Quadragesimam diem*, cuarenta días, los que Jesús ayunó en el desierto. Se la representa como una vieja con un bacalao seco en la mano y unos amplios faldones bajo los que asoman siete piernas, que simbolizan las siete semanas de ayunos y penitencias con los que el católico se prepara espiritualmente para conmemorar la muerte y la resurrección de

Jesús durante la Semana Santa. Hoy casi nadie guarda la Cuaresma en esta sociedad desnortada y hedonista que padecemos y mucho menos se observa el ayuno (limitado al Miércoles de Ceniza y al Viernes Santo).

Alegoría de la Cuaresma.

custodia. Ostensorio donde se coloca la Sagrada forma. Se procesiona solemnemente en la fiesta del *Corpus Christi*.

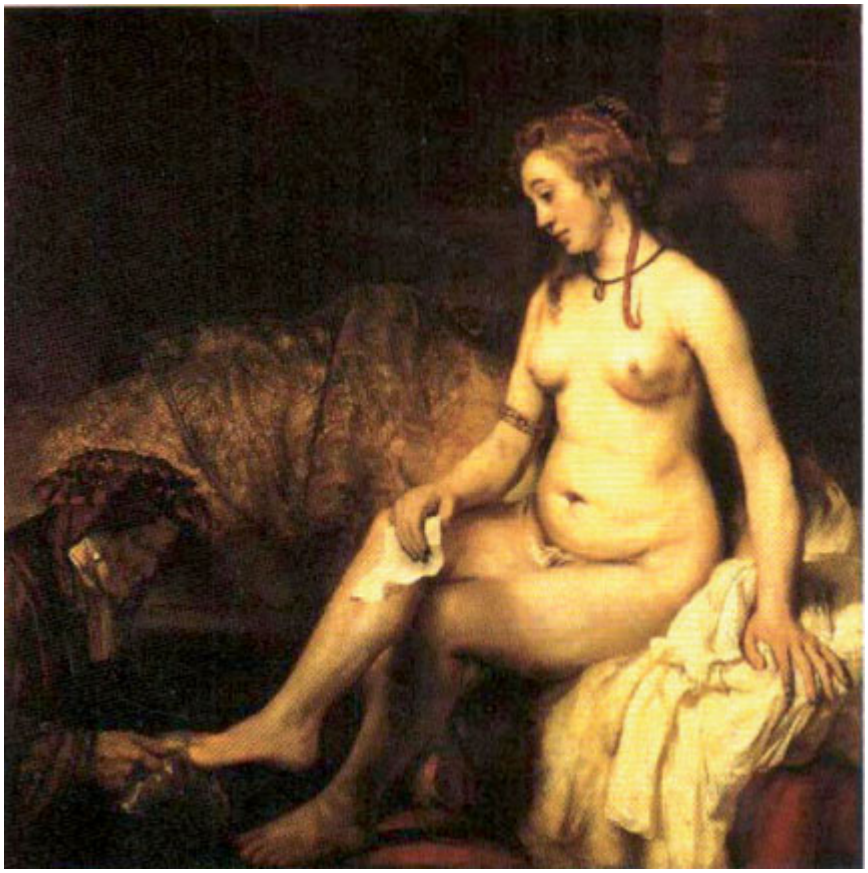
Custodia.

D

Dedos de Cristo. En muchas figuras de Cristo, en especial las bizantinas, observamos que los dedos pulgar y medio se unen por las puntas mientras que los tres restantes permanecen extendidos. Descartado que Jesús padeciera artritis a su corta edad (entre treinta y tres y cuarenta años, según autores), esta extraña postura puede tener dos significados. Primero: el conjunto de los dedos representa las letras IC XC, anagrama del nombre de Cristo. Segundo: tres dedos juntos simbolizan la Trinidad y los dos restantes expresan que Él es la segunda persona de esa Trinidad (1.ª, Dios Padre; 2.ª, Dios Hijo; 3.ª, Dios Espíritu Santo).

Dedos de Cristo (pintura románica).

desnudos. En la pudibunda iconografía cristiana escasea la representación del cuerpo desnudo, salvo en ciertas épocas en que la iglesia se volvió más culta y mundana y lo consintió, aunque fugazmente.[12] En épocas de mayor puritanismo, los pintores han tenido que recurrir a los angelitos desnudos que acompañan a muchas figuras religiosas para saciar su necesidad de pintar carnes, especialmente glúteos.



Betsabé (Rembrandt, Museo del Prado, Madrid).

Diablo o Demonio. Criatura espiritual maligna. La Biblia asegura que es un ángel que se rebeló contra Dios y arrastró en su locura a otros. Sus nombres más conocidos son Satanás y Lucifer. El número del Diablo, considerado la marca de la Bestia, es el seis, seis, seis (666). Suele pintarse como un monstruo horrendo, negro, cuernos y patas caprinas, nariz afilada y ganchuda, ojos de fuego y alas de murciélago. El arcángel san Miguel se representa venciéndolo.

diáconos. Los diáconos mártires (san Cucufate, san Esteban, san Lorenzo y los demás) suelen vestir dalmática roja sobre el alba.

disco solar. Es atributo de Cristo y de la Caridad.

Disco solar (iglesia de los Cuarenta Mártires, Alepo, Siria).

donante. Persona que sufraga el cuadro o la iglesia. A menudo el artista lo retrata en su obra solo o acompañado de su esposa. Son esas figuras arrodilladas, más pequeñas, que aparecen a un lado de la imagen principal**.** Cuando es una cofradía la que hace el encargo, el pintor se las ve y se las desea para meter a tanta gente en el cuadro sin que el tema central pierda intimidad.

dones del Espíritu Santo. Una paloma de la que irradian siete rayos de luz representa los siete dones del Espíritu Santo: sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, piedad, fortaleza y temor de Dios.

Dones del Espíritu Santo.

dragón. Símbolo del mal y trasunto del Demonio o del pecado. Se representa como un monstruo fabuloso con alas de murciélago y garras de león que expele fuego por la boca. Lo vencen los héroes cristianos.

E

***Ecclesia*.** La iglesia se representa como una matrona romana en el esplendor de su majestad y belleza. Lleva una corona en la cabeza, el cáliz en una mano y en la otra una cruz. A veces viste casulla y ornamentos sacerdotales. Junto a ella, en acusado contraste, aparece la **Sinagoga** derrotada, la figura de una triste mujer con los ojos vendados, la corona caída y el candelabro de los siete brazos por los suelos. La figura de la *Ecclesia* es contradictoria, ya que en la iglesia católica las mujeres no tienen acceso al sacerdocio, como es notorio.

Alegoría de la iglesia y de la Sinagoga (estampa, 1950).

emperadores cristianos. Se representan con corona imperial, cetro, manto y bola del mundo rematada en cruz.

Escala Santa. Prefiguración de la subida al Cielo en los sueños de Jacob y en las visiones de algunos santos.

Ascensión de santo Domingo por la Escala Santa.

escoba. Atributo de los más humildes, aludiendo a los servicios domésticos realizados en vida del santo o santa. El más popular es san Martín de Porres, conocido como fray Escoba.

escritorio. Los evangelistas y doctores de la iglesia suelen aparecer sentados ante un escritorio o pupitre mientras meditan o escriben.

esfera terrestre. Cuando se representa bajo los pies del santo significa desprecio y renuncia por el mundo. En la mano de Dios, de reyes o de emperadores representa el poder universal.

espada. Atributo de martirio o de rey cristiano (san Fernando, san Luis de Francia).

espejo. Símbolo de la Virgen, especialmente de María inmaculada, la *Tota pulchra* que agrupa a su alrededor una serie de emblemas, alegorías e inscripciones de alcance teológico: el sol, la luna, la *Porta coeli*, un cedro, un rosal, un pozo, un árbol, un jardín, una estrella, un lirio, un olivo, una fortaleza, un espejo, una fuente, una ciudad, etcétera.

espigas de trigo. Símbolo del pan eucarístico. También atributo de santos labradores como san Isidro o san Abdón, entre otros.

espinas. Símbolo del dolor de Cristo en la cruz. Por ese motivo, santa Rita de Casia luce una espina sangrante en la frente.

esponja. Considerado atributo de la Pasión, forma parte de los *improperia* o burlas a Cristo. En realidad la esponja que los legionarios tendieron a Jesús cuando pidió de beber estaría empapada en *posca*, el vinagrillo (mezcla de agua y vinagre) que solían llevar consigo los soldados romanos, muy reparadora para el sediento.

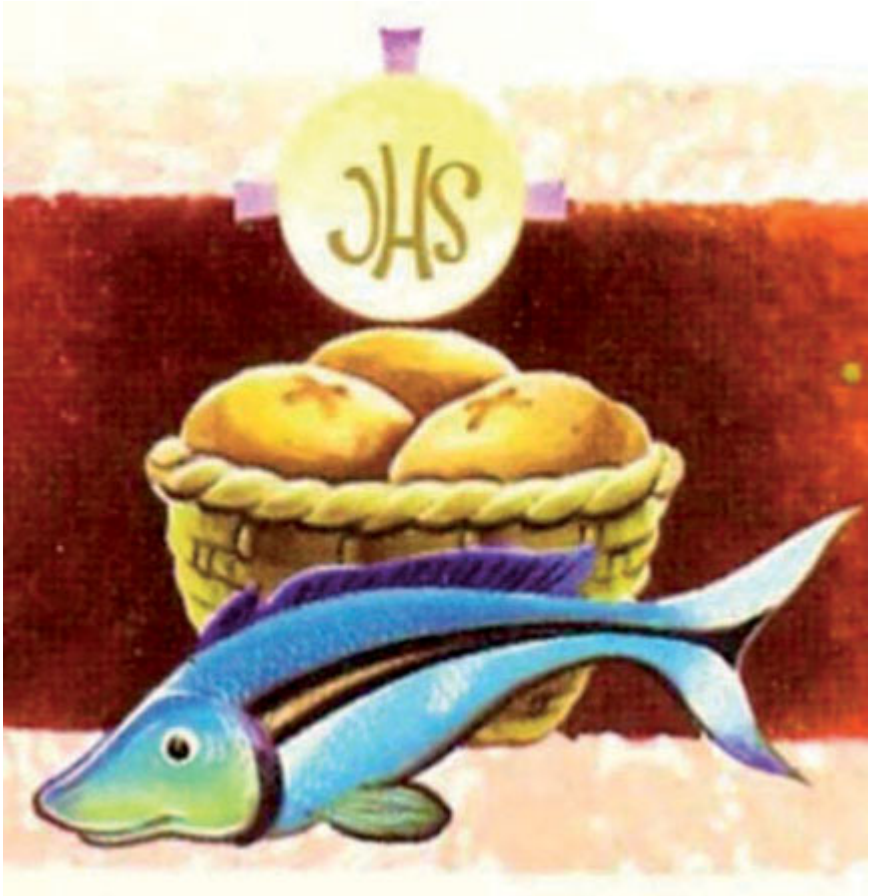
La esponja, uno de los improperios.

estandarte. Banderola que porta algún emblema o imagen.

Estandarte mariano.

estilete. instrumento de escritura a modo de punzón. Es atributo del martirio de san Casiano, cuyos devotos alumnos lo acribillaron con estos pequeños útiles, usados para escribir, como castigo por negarse a adorar a los ídolos romanos. Como se ve, los maestros no suelen estar bien recompensados.

Eucaristía. «Sacramento del sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, instituido por él mismo para perpetuar en los tiempos venideros, hasta su segunda venida, el sacrificio de la Cruz.» La teología católica asevera que fue instituida por Jesús en el transcurso de la última Cena.



Eucaristía.

exorcismo. Conjuro para expulsar supuestos demonios del cuerpo de un poseso.

F

filacteria. Tira de pergamino con un texto breve que alude a un nombre, saludo o frase corta. Viene a ser como las nubes de nuestros tebeos. Se empleó con frecuencia en la época gótica.

Ángel con filacteria.

flor de lis (o de lirio). Emblema precristiano adoptado por linajes nobiliarios europeos. En la heráldica cristiana simboliza la pureza de María y, a veces, la Santísima Trinidad (tres pétalos en una flor).

flecha. Algunos santos la llevan como atributo de martirio (san Sebastián). Cuando atraviesa un corazón, la saeta es símbolo de amor divino y últimamente también del humano.

fruta. Atributo de algunas santas y santos. En ocasiones manzanas o granadas aparecen en mano de la Virgen o del Niño como símbolo de fertilidad.

fuente. Simboliza la vida y la hospitalidad, o un lugar salutífero.

Fuente de Aiguas Santas en Allariz (Orense).

G

gallo. Atributo de san Pedro por su triple negación de Jesús. También se asocia a santo Domingo de la Calzada.

granada. Simboliza la abundancia y la fertilidad. También es atributo de san Juan de Dios por su vinculación con la ciudad andaluza.

Granada en la iglesia de Santa Práxedes (Roma).

H

hábito. indumentaria que viste una orden religiosa según sus propias reglas.

Hábito de religiosa.

halcón. Ave que llevan sobre el puño algunos santos relacionados con la caza y la naturaleza.

haz de varas. Emblema de la justicia o autoridad que llevaban los lictores romanos. Algunos santos lo adoptan como vara de autoridad espiritual.

herejía. Suele representarse en forma de mujer nada agraciada y escurrida de tetas y caderas, tirando a harpía, que, en ocasiones, para mayor claridad, sostiene un libro protestante en las manos. Contrasta vivamente con la Fe, que suele ser una matrona de muy buen ver, de tetas firmes y correctas e incluso voluptuosas formas.

Humildad. Se la representa como mujer recatada, envuelta en un manto y con un cirio en la mano.

I

icono. Retrato de Cristo, de la Virgen o de un santo, en pintura o relieve, venerado en las iglesias cristianas orientales.

Icono bizantino.

ídolo. Figura que representa a una deidad. El culto que recibe se denomina idolatría. Cuando la figura es cristiana se llama imagen y sus fieles la veneran. La diferencia entre adoración y veneración estriba principalmente, si bien se mira, en que la primera es ilícita y la segunda lícita.

IHS. iniciales de *Iesus Hominum Salvator*, es decir, «Jesús, Salvador de los hombres». *Véase también* JHS.

IHS, anagrama de Cristo.

improperios. Son los atributos de la Pasión de Cristo (beso de Judas, espada de san Pedro, azotes, columna, corona de espinas, caña que hizo de cetro, monedas de Judas, clavos, escalera de la cruz, esponja del vinagre, lanza de Longinos, cubilete y dados con los que los soldados se jugaron la túnica, mano que le propinó la bofetada, lienzo de la Verónica, etcétera). También los versículos que se cantan en el oficio del Viernes Santo, durante la adoración de la cruz [13] (véase p. 260).

incienso. Resina aromática, en grano o en polvo, que se quema durante algunas liturgias y produce un humo fragante que, al parecer, agrada sobremanera a Dios y, por extensión, a muchos devotos, especialmente a los cofrades de las hermandades de Semana Santa. En ocasiones, la iglesia lo aplica a personalidades divinizadas como la del

dictador Francisco Franco. Es menester usarlo con tiento, pues recientes estudios consideran su humo bastante cancerígeno debido a los elevados niveles de benzopireno (hidrocarburo aromático policíclico) que contiene. En el plano simbólico, la quema de incienso significa celo, fervor y comunicación con el Altísimo.

Incensario.

Infierno. Lugar espantable a donde van los pecadores condenados por desobedecer a la iglesia. Hay un demonio de la guarda por cada pecador, al que abre las carnes con cuchillas, le desgarra las entrañas con garfios y lo cuelga de sus partes impuras. Juan Pablo II dijo: «No es un horno ardiente. Rezo para que esté vacío», pero Benedicto XVI lo restauró. A ver en qué quedamos, Santos Padres, que nos tenéis hechos un auténtico lío.

Alegoría del infierno (estampa).

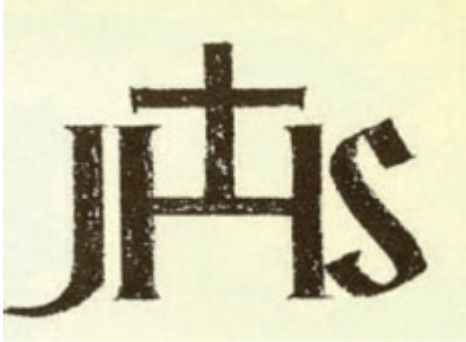
Inquisición. Se simboliza con una cruz flanqueada por una rama de olivo y una espada dispuestas en triángulo con el vértice hacia abajo.

INRI. Abreviatura latina del *titulus* o cartel de la cruz de Jesús. Significa *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum*, lo que viene a ser «Jesús Nazareno, rey de los judíos». Suele figurar en el travesaño superior de la cruz.

invención. En un contexto eclesial significa «hallazgo», especialmente de reliquias. Por lo tanto, cuando se habla de «la invención de una reliquia» no se indica que sea necesariamente falsa, eso es lo de menos, sino tan sólo que se halló de milagro.

J

JHS. También conocido como trigrama latino, es la abreviatura de *Jesus Hominum Salvator* (*véase* IHS). Existen propuestas de actualizarlo para que recoja las palabras *Jesus Hominum Mulieribusque Salvator* (o sea, JHMQS). Esta propuesta, «Jesús, Salvador de los hombres y de las mujeres», parece más políticamente correcta, pero el Vaticano aún no se ha pronunciado al respecto.



JHS, anagrama de Cristo.

Juicio Final. Se representa en una escena coral cuyos principales elementos son: arriba, un cielo azul sobrevolado por ángeles trompeteros; abajo, un cementerio en el que los muertos surgen de las tumbas arrastrando sus sudarios, con cierto sabor *gore*. En medio de todo, Cristo Juez parcialmente tapado con un pareo que deja al descubierto las llagas de la Pasión. A su derecha tiene a los justos y bienaventurados; a su izquierda, a los condenados cabizbajos y cariacontecidos. A veces lo acompaña el arcángel san Miguel con una balanza en la que, ante cualquier duda, contrapesa los pecados y las buenas acciones del candidato.

El Juicio Final (Jacob Backer, 1580, catedral de Amberes).

L

lábaro. Estandarte romano. En la iconografía cristiana luce el crismón del emperador Constantino.

Lábaro cristiano.

laberinto. Trazado en el suelo de algunas iglesias, simboliza el dificultoso camino que ha de pasar el cristiano por este valle de lágrimas hasta ganar el Cielo. En algunos casos se ganaban indulgencias por recorrerlo de rodillas y equivalía a una peregrinación al Santo Sepulcro, representado en el centro.

Laberinto (catedral de Chartres, Francia).

lámparas votivas. Una lámpara o lucerna de aceite era un regalo habitual entre los primeros cristianos en los bautizos.

Lámpara votiva (catedral de Barcelona).

lámparas oferentes. En España se colocaban lamparillas en las ventanas y los balcones como señal de devoción durante la traslación de reliquias e imágenes procesionales.

látigo. instrumento de castigo o de mortificación que aparece en manos de algún santo (entre otros, san Benito de Nursia, san Cucufate y santa Bibiana).

laurel. Significa victoria, recompensa por el triunfo, eternidad.

león. Símbolo de Cristo y del evangelista Marcos. Otras veces aparece como fiera amansada por algún mártir o anacoreta.

libro. Atributo de los apóstoles, evangelistas y doctores de la iglesia. También acompaña a los fundadores de órdenes religiosas representando el libro de regla o reglamento.

Exaltación del Libro Cristiano (iglesia de Santa María la Mayor, Roma).

limosna. Atributo de algunos santos caritativos, como santo Tomás de Villanueva y el beato Miguel de Mañara, relacionados con el cuidado de pobres y enfermos.

lirio. Flor que simboliza la pureza y la aceptación de la novia.

llaves. Atributo de san Pedro y de otros santos guardianes o fundadores.

lobo. Animal que algunas veces encarna al demonio (por ejemplo, en el entorno de la Divina Pastora).

Lobo (Cloisters Museum, Nueva york).

Lujuria. Se la representa como una mujer diabólica en forma de serpiente tentando a un monje para que cometa actos impuros. Otras veces aparece desnuda cabalgando un chivo.

luminarias sagradas. Las lámparas y velas encendidas en las iglesias tienen, aparte de su función iluminadora, una significación simbólica asociada al binomio luz-tinieblas y muerte-resurrección: la muerte habita en la región de la oscuridad y de las tinieblas, la luz significa resurrección y vida eterna. También intervienen las luminarias en ritos asociados con el nacimiento y la iniciación: el bautizado «pasa de las tinieblas a la luz a través del bautismo» (Hch 26, 18). En algunos pueblos de España existía la costumbre de saludar el nacimiento de un

hijo con una lamparilla de aceite que se mantenía encendida hasta que se cristianaba, de ahí las prisas. La norma de colocación es: «Ni tan cerca que queme al santo, ni tan lejos que no lo alumbre».

Altar de velas (monasterio de Montserrat).

M

mandorla. Nombre italiano de la almendra. En la iconografía cristiana enmarca el Pantocrátor, a la Virgen y los ángeles con alegorías a las almas de los difuntos.

Mandorla.

Mano de Dios. Atributo que asiste a algunos santos en su martirio (santa Julia, san Esteban...).

marcas de cantería. Signos que aparecen en algunos sillares de templos románicos o góticos a manera de firma del cantero tallador. Algunos encierran un significado evidente: cruz, compás, plomada.

meses y trabajos. Se representan en los edificios religiosos, pues independientemente de su carácter profano indican la santificación del trabajo y el paso inexorable del tiempo. Se llaman también trabajos mensarios. Algunos personajes llevan medias lunas en la cabeza para simbolizar el curso lunar.

Meses y trabajos (Panteón Real de San Isidoro, León).

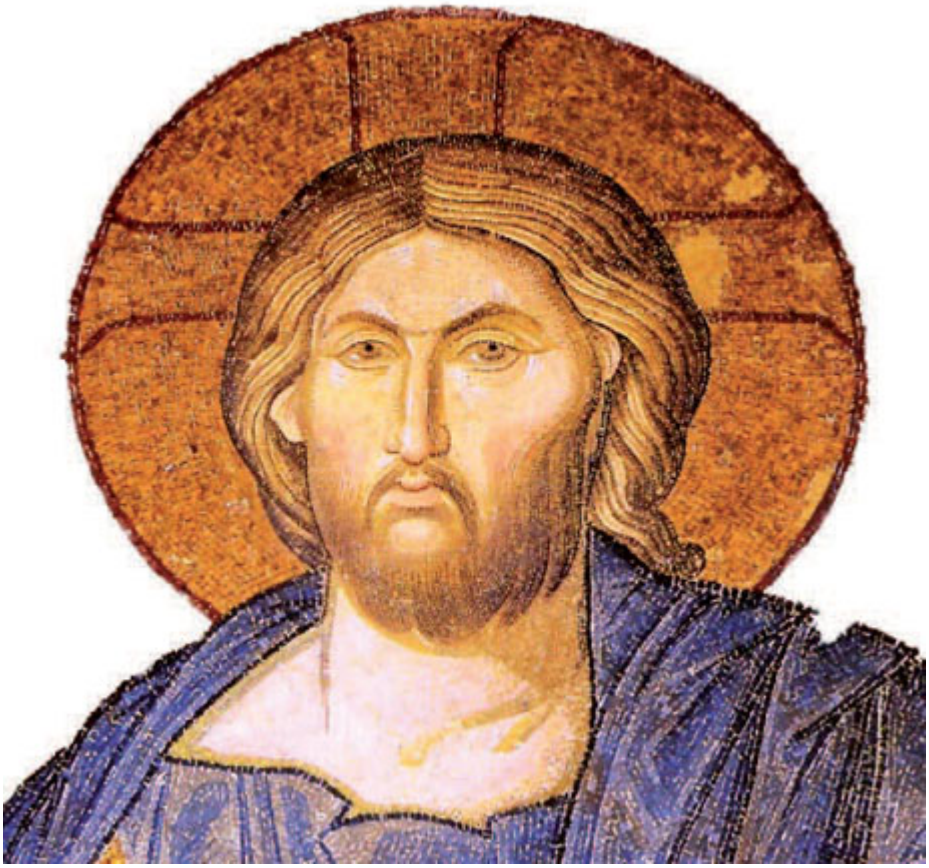
N

Navidad. El ciclo de Navidad abarca una serie de motivos iconográficos: Anunciación (el ángel anuncia a María que concebirá y parirá un hijo); Visitación de la Virgen a santa Isabel; Natividad, el portal de Belén con María, José, el Niño, el buey y el asno; el anuncio a los pastores; Adoración de los Reyes Magos; Circuncisión; Huida a Egipto y matanza de los inocentes.

El Nacimiento (Jacob Backer, 1581).

nimbo. Resplandor, disco o círculo luminoso que suele figurarse sobre la cabeza de los personajes sagrados o santos a partir del siglo IV. Los hay de varios tipos: crucífero (lleva inscrita una cruz y se reserva a las personas de la Trinidad); triangular (privativo de Dios Padre), y poligonal (propio de personajes del Antiguo Testamento). Cuando sólo rodea la frente o la parte superior de la cabeza, se llama «aureola de

santidad». Las aureolas blancas simbolizan virginidad; las verdes, sabiduría; las rojas, martirio. A veces estos colores se combinan en una misma aureola, como le ocurre, por ejemplo, a santa Catalina de Alejandría.



Nimbo cruciforme.

O

oca. Ave que acompaña a ciertos santos por su mansedumbre. Es atributo de san Martín y de santa Amalia, entre otros.

Ocas en la catedral de Barcelona.

ojo. Simboliza la omnisciencia y la vigilancia divina. Por lo general se enmarca en un triángulo. También aparecen siete ojos representando al Cordero místico del Apocalipsis. El ojo es atributo de algunos santos o mártires que sufrieron tormentos oculares y ceguera por defender la fe cristiana (santa Lucía).

Ojo Divino (catedral de Aquisgrán).

Óleos, Santos. Aceite sacralizado por el obispo en la misa crismal del Jueves Santo. Se administra en los sacramentos del bautismo, la confirmación, la extremaunción y la orden sacerdotal.

Santos óleos (catedral de Córdoba).

olivo. Simboliza la paz, la riqueza, la fecundidad, la fuerza y la sabiduría.

P

pacto con el diablo. En algunas ilustraciones, el diablo lleva una bolsa de monedas con las que compra las almas a cambio de riqueza, juventud u otros favores sensibles.[14]

palma. Atributo de los mártires que llevan en la mano derecha. Otras veces la porta un ángel del Cielo.

palmera. Es el árbol del Paraíso y simboliza fertilidad.

Palmera alegórica (San Baudelio de Berlanga, Soria).

paloma. Simboliza el Espíritu Santo. Bajo esta forma apareció durante el bautismo de Jesús en el Jordán. También significa la ingenuidad y la simpleza con que el cristiano debe aceptar las enseñanzas de la iglesia, particularmente las referidas a sus dogmas. La paloma es, junto con la oveja, uno de los símbolos más repetidos en los templos cristianos.

Paloma de la Paz (basílica del Vaticano).

pan. Simboliza la Eucaristía y también el ágape que los primeros cristianos realizaban en sus reuniones. Asimismo es atributo de santos que han practicado la caridad cristiana.

Pantocrátor. Representa a Dios entronizado, rodeado por una mandorla o almendra mística, sentado sobre el arcoíris y rodeado por el tetramorfos, símbolo de los cuatro evangelistas. Es frecuente en los pórticos románicos y góticos.

paño de pureza. Así se denomina el faldellín que luce Cristo crucificado en sus imágenes. Algunos son de tela, a manera de cortina; otros se tallan o esculpen con el resto del cuerpo. Su empleo es anacrónico, puesto que los romanos, menos pudibundos que nosotros, crucificaban a los condenados desnudos. Es costumbre inmemorial imponérselo al Crucificado para ocultar sus vergüenzas que, exhibidas en una iglesia, desedificarían a las devotas y escandalizarían a los niños.

Paño de pureza (Cristo de la Cofradía de Valdesalor, Cáceres).

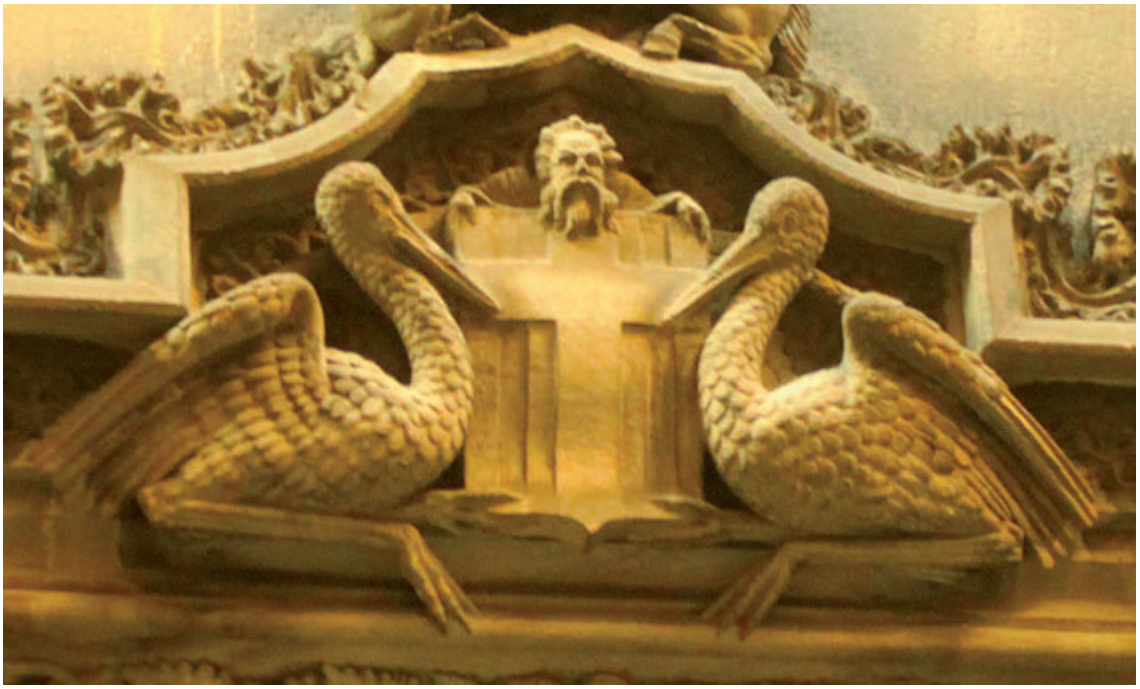
Paraíso. Fabuloso jardín donde Dios creó a Adán y Eva para que vivieran estupendamente, pero luego los expulsó por comer una manzana de un árbol reservado.

pavo real. Símbolo de la inmortalidad y la vanidad.

pechos cortados. Atributo de santas martirizadas que sufrieron la amputación traumática de sus pechos (santa Cristina, santa Águeda, santa Anastasia, etcétera). Se representan en una bandeja y a la santa que la sostiene lisa como una tabla.

Pechos de santa Águeda.

pelícano. Símbolo eucarístico de Cristo. Se relaciona con la antigua creencia de que esta ave alimenta a sus polluelos con su propia carne. Suele representarse en las puertas de los sagrarios y en objetos de culto. En realidad el pájaro se despulga la miseria prendida entre las plumas y cuando atrapa algún parásito se lo introduce en el pico a una de sus crías.



Pelícanos (hospital de San Pablo, Barcelona).

pelirrojo. Judas Iscariote, el Mal Ladrón y otros personajes descarriados suelen representarse pelirrojos y con pecas, sin base escriturística alguna. El prejuicio se divulgó en las sociedades cristianas hasta el punto de que la gente se ensañaba con los pelirrojos con olvido de la piedad cristiana. Ya lo dice Quevedo: «Ni gato ni perro de aquella color».

perdiz. Simboliza la sensualidad y la avidez. Atributo de san Nicolás Tolentino al que, siendo vegetariano, le regalaron dos perdices asadas, él las bendijo y rompieron a volar milagrosamente.

peregrino. Persona que visita un santuario por penitencia o por turismo. Existen tres grandes peregrinaciones cristianas: Roma, Tierra Santa y Santiago de Compostela.

Peregrino (Santiago de Compostela).

perro. Simboliza la fidelidad. Se representa junto a los santos y a los pies de las damas.

pez. Es el primer símbolo cristiano, incluso anterior a la cruz, y anagrama de Cristo. Asociado al bautismo y a la Eucaristía se empieza a divulgar en el siglo II y su uso se mantiene hasta el siglo IV en que gradualmente decae. En griego «pez» se escribía *IXTHUS*. Con esta palabra los cristianos formaron un acróstico, que rezaba *Iēsous Xhristos Theou Hyios Soter* (Jesucristo, de Dios el Hijo, Salvador). Cristo encomendó a sus discípulos, rudos pescadores casi todos ellos, que, en adelante, pescaran almas. De ahí el nombre de Cristo Pescador.

Pez con el anagrama IXTHUS en griego.

pluma. Junto con el tintero, es atributo de los doctores y escritores cristianos.

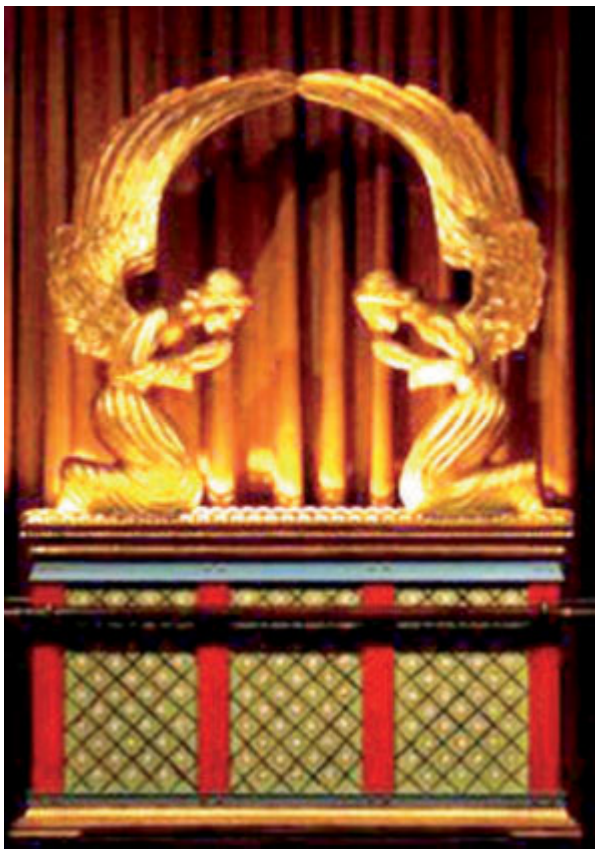
pozo. Símbolo de vida y hospitalidad que aparece en caminos y tierras desérticas.

Pozo Santo (iglesia de la Visitación, Jerusalén).

puente. Lugar de tránsito de peregrinos o atributo de algún santo relacionado con su construcción.

Q

querubín. Ángel guardián del Arca de la Alianza en el Antiguo Testamento. Según la teología cristiana, los querubines representan la fuerza (toro), el amor (hombre), el poder (león) y la sabiduría (águila) de Dios. Esto ya lo mencionaba el judaísmo en el pasaje bíblico del carro de fuego de Ezequiel (Ez 1, 4-28).



Querubines que custodian el Arca de la Alianza.

R

ramo de olivo. Simboliza la hospitalidad y la bienvenida en el Domingo de Ramos, por la entrada de Jesús en Jerusalén, y la fertilidad de la iglesia. Se asocia a numerosos santos, como san Bruno, santa Clara, san Gabriel, san Isaías, santa Oliva y san Pedro Nolasco, entre otros.

Ramo de olivo (*La Anunciación*, Simone Martini, siglo XIV).

rollo. Libro sagrado representado en el arte paleocristiano y medieval.

rosario. Es atributo de muchos santos devotos que lo reciben de manos de la Virgen.

rosa. Las de color rojo simbolizan el martirio y las blancas, pureza y caridad.

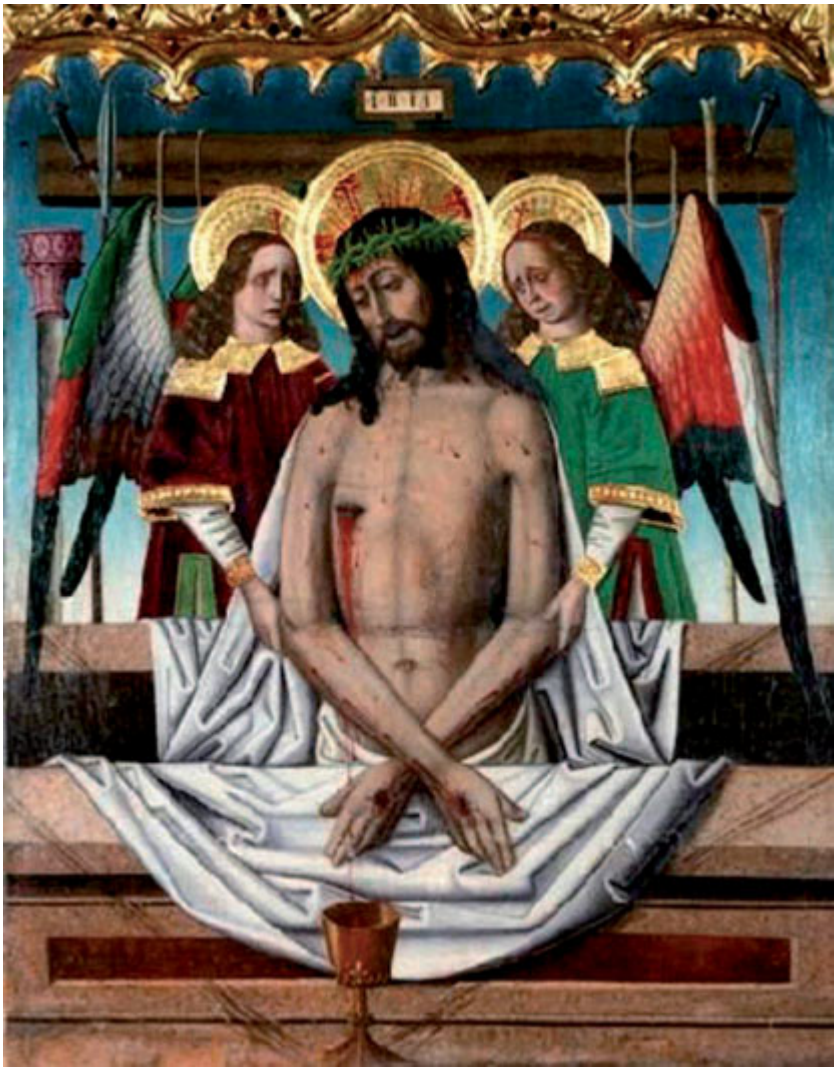
rueda de la fortuna. En la tradición cristiana representa la prosperidad que arrastra a la ruina a los hombres encaramados a ella.

S

sacramentos. La liturgia sacramental católica administra siete sacramentos: bautismo, confirmación, comunión, reconciliación o penitencia, extremaunción, orden sacerdotal y matrimonio. En la iconografía cristiana el más representado es el del bautismo.

Los sacramentos (cartel catequista, iglesia del Carmen, Liérganes, Cantabria).

sangre de Cristo. Se representa recogida en cálices por los ángeles al pie de la cruz. Otras veces, en la liturgia de la misa cuando el sacerdote realiza el prodigio de convertir el vino en sangre de Cristo.



La sangre de Cristo (Museo de Huesca).

sarcófago. Arca rectangular de piedra, a veces decorada con relieves, que contiene el cuerpo de un santo o sus reliquias.

Sarcófago de María Luisa de Marillac (París).

serpiente. Disfraz del diablo para tentar a Eva en el Paraíso. A veces la pisa la Virgen en cumplimiento de la profecía bíblica: «Ella te aplastará la cabeza y tú le morderás el calcañar» (Gn 3, 15).[15]

sibilas. Estas mujeres profetas de la mitología grecorromana sorprendentemente encontraron acomodo en las iglesias porque sus confusos oráculos podían interpretarse, con buena voluntad, como profecías de la venida de Jesús. Se representan con vestimentas lujosas en entornos clásicos, lo cual siempre se agradece.

Sibila (Capilla Sixtina, Roma).

sirena. Criatura mitológica mixta de mujer y ave o de mujer y pez. En contextos cristianos representa la perdición a la que el hombre se deja arrastrar por la mujer malvada, especialmente cuando es atractiva.[16] Abunda como elemento decorativo en capiteles, arquivoltas y medallones.

sol. El sol radiante es un símbolo frecuente en las religiones mediterráneas. En el cristianismo lo encontramos en el vientre de las distintas versiones de la Virgen preñada (la Virgen de la O, de la Cinta y de la Esperanza); así como en la cara y el pecho de Jesús niño. Se asocia al calor y a la luz (salir de las tinieblas) de la nueva religión.

Cristo Sol (iglesia de quintanilla de las Viñas, Burgos).

T

tentaciones. Las que sufren los santos, especialmente san Antonio en su cueva del desierto. Suelen representarse en forma de demonios o lascivas mujeres semidesnudas. Eso explica que se representen tanto las tentaciones del santo eremita.

tetramorfos. Composición cuaternaria que representa a los cuatro evangelistas reconocidos o a sus símbolos zoomorfos: hombre, toro, león y águila. A menudo aparece rodeando a Cristo en las mandorlas románicas o decoran las cuatro pechinas que sostienen las bóvedas renacentistas. Suelen disponerse en el orden en que aparecen en Ezequiel (Ez, 10): arriba, a la derecha, el hombre y, a la izquierda, el águila; abajo, a la derecha, el león y, a la izquierda, el toro.[17]

Tetramorfos, Carrión de los Condes.

• **León.** El león representa al sol y al poder absoluto. Como tal puede simbolizar a Cristo, pero también a la tentación y el pecado que el cristiano debe vencer. Se asocia a san Marcos porque su Evangelio muestra la fuerza de Cristo.

• **Buey o toro.** Simboliza a san Lucas porque su Evangelio comienza con el sacrificio ofrecido por Zacarías.

• **Ángel.** El hombre, o el ángel, simboliza a san Mateo porque su Evangelio comienza por la genealogía de Jesús.

• **Águila.** Simboliza a san Juan, cuyo Evangelio «se eleva a más grandes alturas de espiritualidad». El águila de San Juan ha tenido una gran importancia en la heráldica española. Isabel la Católica obtuvo el correspondiente privilegio pontificio para usarla y la incorporó como soporte de su escudo, según un diseño del cardenal Cisneros. La reina era devota del santo y precisamente fue coronada el día de su festividad. El 2 de febrero de 1938 el bando nacional rescató el águila del desván de la historia y la promocionó nuevamente para soporte del escudo de España por iniciativa del falangista Dionisio Ridruejo. Así se mantuvo en las sucesivas remodelaciones del escudo en 1945 y 1977 hasta su supresión el 5 de octubre de 1981. Nunca ha dejado de aparecer en las banderas «anticonstitucionales» que enarbolan los nostálgicos del franquismo en sus concentraciones.

El águila de San Juan del escudo de Isabel la Católica no guarda relación alguna con las águilas imperiales que aparecen en distintas heráldicas europeas, incluida la de Carlos I (que es la imperial bicéfala), la polaca, la alemana o la rusa.[18]

U

unicornio. Animal fabuloso semejante a un pequeño caballo blanco con un largo cuerno. Simboliza la absoluta pureza y como tal acompaña a la Virgen o a doncellas en algunas representaciones.

Dama y unicornio (Cloisters Museum, Nueva york).

uvas. En racimo, simboliza el vino que una vez consagrado es, de acuerdo con la creencia cristiana, sangre de Cristo (por eso se asocia con la espiga, que suministra la carne del Dios Encarnado). El racimo

de uvas también simboliza el Cielo, la meta del cristiano, su Tierra Prometida, porque las uvas fueron el primer fruto de Canaán que vieron los israelitas al salir del desierto.

Uvas eucarísticas.

V

vanidad (o *vanitas*). Se la representa como un bodegón en el que se amontonan desordenadamente objetos variados: joyas, astrolabios, arquetas, espejos, guadaña, monedas, libros, manjares, calaveras, etcétera. Acompañando a un santo o por sí solas, constituyen una reflexión sobre lo absurdo de los placeres y honores mundanos cuando lo verdadero y fundamental es lo que el cristiano hallará en la otra vida cuya posible existencia es la razón de ser de la iglesia.

Vanitas.

velaciones. Ceremonia que se realiza la noche anterior a la boda. En la iconografía cristiana se representan las de la Virgen.

velo del templo. Cortina o velo que aislaba el presbiterio, el lugar más sagrado del templo, del resto de la nave en los primeros tiempos cristianos. La ocultación de Dios a los fieles aumentaba el misterio.

verde. Color que significa esperanza y primavera.

vicio. Se le representa como un personaje torvo, deforme y borracho. Acompaña escenas relacionadas con el dominio de los bajos instintos de algún santo.

Susana y los viejos (Frans Floris, Galería de los Uffizi, Florencia).

vientre. En la iconografía cristiana se representa el vientre materno de María como engendrador de vida divina. Se significa en advocaciones marianas (Virgen de la O, de la Cinta, de la Esperanza, etcétera).

Virgen de la Cinta (Benozzo Gozzoli, Pinacoteca Vaticana).

vid. Planta sagrada en los antiguos cultos precristianos por las propiedades del vino cuya ingesta facilita el acceso a estados alterados de la conciencia y, por ende, acerca a la divinidad. Se convierte en sangre de Jesús tras su consagración por el sacerdote en la Eucaristía. Jesús se compara con ella: «yo soy la vid, vosotros los sarmientos» (Jn 15, 5).

virtudes y vicios. Las virtudes se representan como matronas sedentes, la cabeza cubierta por un velo y un objeto identificativo en la mano, a menudo acompañadas por la figuración del vicio opuesto. Las principales virtudes se dividen en teologales (fe, esperanza y caridad) y cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza). Los vicios y pecados capitales, los que llevan a la condenación eterna, son siete: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. Es de notar que

los vicios suelen encarnarse en personajes masculinos, mientras que las virtudes son femeninos, con la reveladora excepción de la lujuria. Veamos algunos de ellos:

• **Fe.** Una mujer que lleva un escudo y un cáliz.

• **Esperanza.** Una mujer sentada, apacible.

• **Caridad.** Matrona que cuida o amamanta niños y, a veces, da de mamar a un anciano desvalido.

• **Prudencia.** Mujer que lleva un escudo con una serpiente enroscada o el paso del tiempo (tres caras).

• **Fortaleza.** Matrona que porta un escudo con un león.

• **Paciencia.** Matrona con un escudo y un animal sobre él (carnero o buey).

• **Castidad.** Coronada, lleva un escudo con un ave fénix.

• **Humildad.** Matrona que porta un escudo con una paloma.

• **Idolatría.** Un hombre que adora a un ídolo o al Diablo.

• **Ira.** Un hombre que ataca a otro.

• **Lujuria.** Una cortesana acicalándose, o una pareja de amantes en disposición de dar rienda suelta a sus más bajos instintos.

• **Desesperación.** Un hombre inclinado, casi caído en el suelo, desesperanzado.

• **Cobardía.** Un triste personaje que huye de un conejo.

• **Soberbia (u orgullo).** Un caballero elegante que cae del caballo y se despeña por un precipicio.

• **Inclemencia.** Dama que da puntapiés a sus sirvientes, o una reyerta.

Virtudes teologales (Rafael, Museos Vaticanos).

Vísperas. Del latín *vesper*, «tarde», es el oficio de esa parte del día. Consiste en un himno, dos salmos, un cántico del Antiguo o del Nuevo Testamento, una lectura corta de la Biblia, el *Magnificat* de la Virgen, responsorios, intercesiones, el padrenuestro y una oración conclusiva.

vulva. órgano genital femenino representado en el arte cristiano con forma de concha o laberinto, pero también al natural, sin medias tintas, en algunos canecillos románicos y en misericordias de asientos corales que representan a una receptiva mujer abierta de piernas. Quizás aluda simplemente a la lujuria, por más que no falten autores que lo consideran eco lejano del culto a la diosa madre fecunda.

Vulva (canecillo de San Pedro de Cervatos, Cantabria).

Y

yunque. instrumento de tormento que aparece en algunas escenas martiriales.

Z

zodiaco. Proviene de tradiciones egipcias y mesopotámicas. Significa el paso del tiempo, el calendario. Se relaciona con los trabajos estacionales y también con los apóstoles.

Signos zodiacales en la portada de la basílica de Santa María de Vézelay (Francia).

26

El ajuar de la Iglesia

Como cualquier hogar, la iglesia, que es la casa de Dios, está amueblada y alhajada con una serie de muebles y útiles necesarios para las funciones sagradas de sacerdotes y fieles. Veamos los más importantes.

A

acetre. Del árabe *as-satl*, «vaso con asa». Caldero pequeño que contiene agua bendita. Se complementa con un hisopo.

altar. Del latín *altar* o *ara*. Mesa sobre la que el sacerdote transustancia el pan y el vino en sangre y carne de Cristo, acto conocido como Eucaristía.[1] En esa mesa, convenientemente cubierta con manteles blancos, a veces adornados con primorosos encajes y bordados, se disponen los libros y trebejos necesarios para la Consagración.

El altar puede adoptar diversas formas, pero la más frecuente es un banco de mampostería revestido de mármol o panelado de madera. Dado que es la pieza más importante de la iglesia, se sitúa en un lugar preeminente, para que la comunidad pueda seguir atentamente y con gran provecho espiritual las manipulaciones rituales del sacerdote.

Altar de San José (basílica de Fourvière, Lyon, Francia).

Desde el siglo IV, los altares cristianos se emplazan en el ábside de los templos, a veces sobre un sepulcro o cofre contenedor de reliquias de mártires. En cualquier caso, es ritualmente necesario que contenga alguna reliquia, por mínima que sea.[2]

Los altares mayores se decoran con retablos más o menos elaborados, dependiendo de la importancia del templo. En los primeros tiempos del cristianismo, el altar estaba exento y el sacerdote oficiaba de

cara a los fieles; después, el altar se arrimó al muro y el pastor ofició de espaldas al rebaño, ocultando con su cuerpo las manipulaciones litúrgicas lo que, unido al latín usado en las invocaciones, sobrecogía a la concurrencia por su carácter críptico. Es sabido que tras el Concilio Vaticano II el oficiante volvió a dar la cara a los fieles y dijo la misa no en latín, como era costumbre, sino en la lengua vernácula. Ello, unido a la menor suntuosidad de los atuendos sacerdotales, y a los lamentables arbitrios con que se intentó paliar la falta de personal,[3] contribuyó a una lamentable vulgarización del misterio. Ahora parece que vuelven las misas en latín y la liturgia antigua. Sean bienvenidas. Todo este asunto de la Eucaristía resultaba más verosímil cuando no nos enterábamos de nada.[4]

Altar de iglesia.

Los muros que albergan altares mayores suelen decorarse con elaborados retablos, especialmente a partir de la época gótica (siglo XII). Cuando existen varios altares en un templo (en las capillas laterales), el

principal se denomina altar mayor y se emplaza en la cabecera de la nave central. Son interesantes los altares callejeros que se exponen en toda España el día tres de mayo (Día de la Cruz).

Altar (Museo de la Cárcel de San Pedro, Roma).

ambón. Mueble sitiado cerca del altar, a menudo un soporte vertical y un plano inclinado con tope en el borde inferior para apoyar documentos o libros. Desde el ambón se lee el Evangelio por un clérigo o por un colaborador seglar. Ha venido a sustituir a los obsoletos púlpitos.

Ambón (santuario de la Santa Faz, Alicante).

arzigailo. En las iglesias vascas, especie de tableta más o menos decorada con relieves que tiene una parte lisa en la que se enrolla una vela fina que se va consumiendo lentamente para iluminar una tumba de antepasados o un altar.

Arzigailo.

atril. Mueble para apoyar un libro o documento y facilitar su lectura. Desde el atril se animan los cantos durante la misa, se emiten los comentarios o moniciones y se avisa a los fieles. Los atriles admiten variedad de diseños, sin excluir los de pésimo gusto. La diferencia con el ambón está en la función: el ambón es el lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios; el atril es el sitio de la palabra humana.

B

banco privativo. Tribuna reservada a una familia pudiente que sufraga a la iglesia. La costumbre se perdió en el siglo XIX, pero todavía quedan algunos ejemplares.

Banco privativo.

C

cáliz. Del latín *calix*, «taza». Copa metálica, por lo general de oro o chapada en oro, que contiene el vino que se convierte milagrosamente en sangre de Cristo cuando el sacerdote lo consagra.

campana. Es un instrumento metálico, de bronce por lo general, con el que la iglesia convoca a los fieles o transmite avisos (defunciones, incendios, la hora del *Angelus* u otros menesteres). Como en tantas otras creaciones de la iglesia, se comenzó por unas campanitas no mayores

que un melón en el siglo V,[5] que fueron creciendo a lo largo de la Edad Media hasta alcanzar las proporciones de un tonel de quinientas arrobas en el siglo XVII, a menudo para demostrar que un obispo meaba más lejos que su colega de la diócesis vecina. A estas se las bautizaba con un nombre adecuado («La Gorda», «La Ramona», «La Generala», «La Sobresaltos») y se les inscribían leyendas latinas, adornos y cruces que las singularizaban.

Las campanitas de la Edad Media adoptaban la forma de un dedal, pero a medida que aumentaron de tamaño se les fue ensanchando y reforzando la boca hasta dar en la forma actual.

Los campaneros antiguos, que sabían voltearlas y combinar los toques tirando de esta o aquella soga, desarrollaron un código que permitía transmitir complejos avisos a los feligreses. Hoy, debido a esta vida estresada que llevamos, las campanas constituyen un poderoso emisor de contaminación acústica, especialmente las de la catedral de Jaén. París y otras ciudades europeas han prohibido que tañan, excepto en Navidad para animar a los fieles, beodos o no, a la misa del Gallo.

Campana del abad Sansón (Museo de Córdoba).

campanilla. Es una pequeña campana del tamaño de un huevo, a veces de plata, que tañe el acólito en misa, durante la elevación.

Campanilla de misa.

carraca, carraco o matraca. instrumento musical en el que los dientes de una rueda levantan y golpean una o más lengüetas de madera produciendo un sonido seco y desagradable. La carraca se usa en el Oficio de Tinieblas de la Semana Santa en sustitución de las campanas y campanillas que no se tañen mientras Jesucristo está muerto.

La carraca de la catedral de Santiago.

cartel de catequesis. En algunas instalaciones parroquiales quedan todavía carteles de litografías plastificadas con hule que servían a principios del siglo XX para enseñar doctrina a los catecúmenos. Estos carteles representaban mediante viñetas los vicios y las virtudes, los Novísimos (los últimos cuatro estados del cristiano: muerte, juicio, infierno y gloria) e incluso complejas cuestiones dogmáticas.[6]

Cartel de catequesis (iglesia del Carmen, Liérganes, Cantabria).

cátedra. Sillón capaz en que se sienta el obispo durante los oficios litúrgicos. De ahí procede la palabra «catedral» aplicada a la iglesia donde tiene su cátedra o sede un obispo. También se han llamado cátedras los confesonarios, las sillas de coro y los púlpitos.

Cátedra de San Pedro (Bernini, basílica del Vaticano, Roma).

cepillo. Caja de metal, madera u otro material resistente, provista de cerradura o candado, con una rendija por la que se introducen las limosnas en iglesias y otros lugares de culto. A veces está empotrada en el muro; otras, se fija con cepos de hierro a las rejas de una capilla e incluso puede adoptar la llamativa forma de un agraciado monaguillo que sostiene la caja cuestora.

Cepillo (catedral de Santiago de Compostela).

Lo más novedoso es el cepillo electrónico que comienza a sustituir al tradicional en un intento por remediar la alarmante minoración de las colectas.[7] En sus variados diseños, el cepillo es abundantísimo en las iglesias como testimonio de las múltiples necesidades dinerarias que acarrea la correcta administración de la liturgia más que de la avidez recaudadora del clero.

Cepillo en Caldes de Montbui (Barcelona).

cirio. Vela gruesa y larga que simboliza la luz espiritual en ceremonias religiosas. El cirio pascual, más grueso, se enciende en la cincuentena pascual, en el bautismo y en las exequias.

confesonario. Mueble parecido a un quiosco desde el que el sacerdote atiende las confesiones sacramentales. Usado desde el Concilio de Trento, se constató que favorecía la solicitación clerical, con la consiguiente desedificación del rebaño cristiano, por lo que su uso decayó tras el Vaticano II, pero ahora parece que regresa en el marco de la recuperación de los usos tradicionales de la iglesia y la mayor permisividad social.

Confesonario.

copón. Recipiente con tapadera en el que se almacenan las hostias consagradas. Suele ser más ancho y capaz que el cáliz, a manera de copa grande, de ahí su nombre.

corporal. Del latín *corporalis*, «cuerpo». Servilleta de lino o cáñamo, sin otro adorno que una crucecita bordada por manos monjiles o devotas, sobre la que se posan la patena y el cáliz durante la misa, o la custodia durante la Exposición del Santísimo. Cuando no se usa, se dobla en cuadrados iguales y se guarda en una bolsa plana.

Corporal.

credencia. Mesa auxiliar o repisa inmediata al altar para colocar los utensilios de la misa.

crismera. Ampolla en la que se guarda el crisma, aceite de oliva aromatizado que constituye uno de los tres santos óleos empleados en el bautismo y la confirmación; en la consagración de cálices e iglesias, de obispos y sacerdotes, y en la bendición de campanas mayores. La unción con el crisma favorece, al parecer, la plena difusión de la gracia santificante. Antiguamente también se ungían los reyes.

Crismera.

cruz de la Santa Misión. Adosadas a los muros de algunas iglesias de pueblo encontramos todavía unas sencillas cruces de madera de poco más de un metro de altura con la inscripción «Santa Misión» seguida de un año (por ejemplo, Santa Misión 1942). Estas cruces que el párroco encargaba al carpintero del pueblo y pintaba de gris o marrón eclesial conmemoraban unas sesiones de promoción católica que cada pocos

años visitaban los pueblos. Desde el siglo XVIII, la iglesia organizaba «misiones» o expediciones de frailes especialmente dotados para la oratoria sagrada que, durante una semana o poco más, intentaban conseguir la «conversión emotiva y vibrante de los cristianos, especialmente los poco proclives a frecuentar el templo y sus actos religiosos».[8] Las Misiones duraron en España hasta los años sesenta del siglo XX y sólo se interrumpieron cuando la iglesia se quedó sin pastores a causa de la avalancha de secularizaciones que siguió al Concilio.

Cruz de la Santa Misión (Catedral de Salamanca).

cruz procesional. Es la que encabeza las procesiones y los cortejos litúrgicos denominados de cruz alzada. En ocasiones preside el altar durante la misa. Por lo general lleva la imagen de Cristo crucificado y,

en los extremos de los brazos, las figuras de la Virgen y de san Juan Evangelista. En la parte superior, además del INRI, aparecen Dios Padre o el Espíritu Santo. A los pies de la cruz, la calavera de Adán.

custodia u ostensorio. Del latín *ostendere*, «mostrar». Expositor más o menos elaborado que sostiene el viril, conjunto formado por dos cristales transparentes engastados en un aro dorado que sostienen una hostia consagrada para exponerla a la adoración de los fieles. Algunas custodias son tan elaboradas que alcanzan varios metros de altura. Es famosa la de la catedral de Toledo. Por extensión también se denomina así la parte transparente de un relicario.

Custodia.

E

evangeliario. Es un libro que contiene los textos evangélicos que se leen a los fieles en la liturgia. Abre la procesión de entrada como testimonio de la presencia divina.

F

facistol. Atril giratorio de respetables proporciones situado en el centro del coro. Suele presentar cuatro caras que sostienen otros tantos misales o cantorales, cada uno de ellos del tamaño de una albarda, dimensión que podría parecer extravagante si no fuera necesaria a fin de que los componentes del coro puedan leer los himnos y oraciones desde la comodidad de sus asientos.

Facistol (catedral de Granada).

flabelos. Dos grandes abanicos de plumas de avestruz que seguían al papa en las grandes recepciones o ceremonias cuando lo procesionaban en su silla gestatoria por el Vaticano o sus aledaños. Los flabelos servían originalmente para refrescar al Santo Padre y espantarle las moscas en la estación calurosa. Cuando el trono del Santo Padre se detenía, los flabelos lo flanqueaban componiendo una evocadora escena. Hoy han caído en desuso.

Pío XI entre dos flabelos.

G

gonfalón. Colgadura triangular o rectangular acabada en dos puntas que se usa en ceremonias solemnes.

Gonfalón.

H

hachero. Candelero o blandón que sirve para poner una vela de cera, grande y gruesa (el hacha). Generalmente tiene forma cuadrangular y cuatro pabilos. Era característico de las Castillas, donde las familias importantes solían tener su hachero en la iglesia y lo encendían mientras permanecían en el templo. Las familias más humildes que no tenían hachero (había que ser generoso con la iglesia para que el cura diera el permiso) se contentaban con llevar de casa una palmatoria.

Hachero.

hijuela. Paño blanco que se coloca sobre la patena o sobre el cáliz. El de la patena es circular y el del cáliz, cuadrado.

hisopo. instrumento eclesial que sirve para asperger agua bendita en el acto de la purificación. Consta de una bola metálica agujereada y hueca provista en su interior de una esponja o un estropajo que absorbe el agua. El sacerdote la sacude sobre la persona o la cosa que quiere rociar. En la Antigüedad se usaba un simple ramo de olivo.

Hisopo (Museo de Viena).

hostia santa (o sagrada forma). Oblea o galleta circular de pan ácimo (sin levadura) del tamaño de una moneda de dos euros, elaborada con harina de trigo. El sacerdote la ofrece a los comulgantes que creen en la transustanciación (o sea, en la transformación en tiempo real de la hostia y el vino en, respectivamente, la carne y la sangre de Cristo).

Se debe advertir que lo que el comulgante recibe no es una porción del cuerpo y la sangre de Cristo, sino todo él en presencia real, y por lo tanto convenientemente concentrado, según lo definió el Concilio de Trento.[9] Las hostias sobrantes tras la ceremonia de la comunión se reservan en el sagrario con una lamparita encendida que significa que el Señor está expuesto. En estas circunstancias el fiel está obligado a arrodillarse cada vez que pase ante el altar.

Elevación de la hostia en la misa.

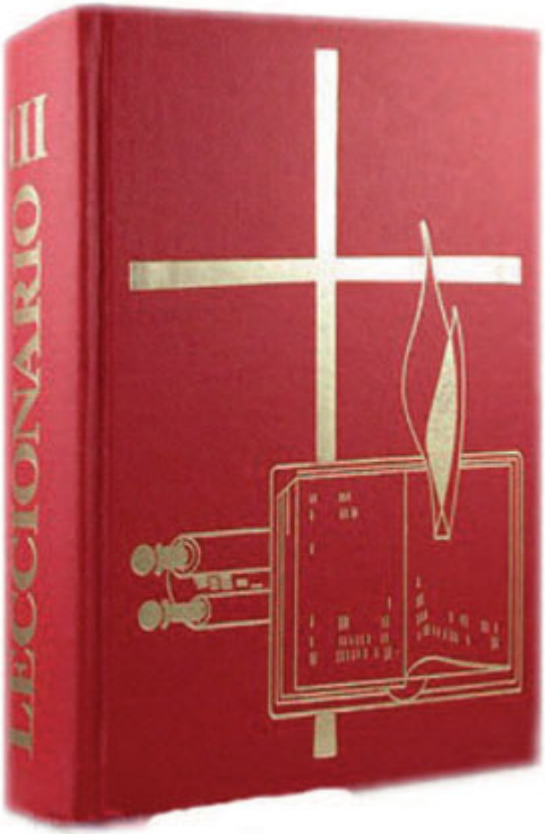
Molde de hacer hostias.

I

incensario. Objeto litúrgico que consta de un receptáculo, en el que se quema incienso sobre unas ascuas, y una cadena con la que el sacerdote o su acólito lo balancea para esparcir el humazo. El granulado de incienso se guarda en una naveta, recipiente en forma de barquichuela (alusión a la nave de la iglesia y a la barca de san Pedro).

L

leccionario. Un libro con los pasajes de la Biblia que se leen en las misas, la lección que se dicta al rebaño cristiano.



Leccionario.

luneta. De *luna*. Pieza de oro, o dorada, en que se encierra la sagrada hostia para ser expuesta.

M

misal. Libro del altar en el que figuran las oraciones de la celebración eucarística.

Misal romano.

misericordia. Pequeña repisa de madera que aparece cuando se levanta el asiento de la silla del coro. Suministra un disimulado apoyo en el que el clérigo puede descansar las posaderas y seguir sentado mientras finge estar de pie por necesidades del culto. Las misericordias pasan inadvertidas cuando el asiento está bajado. Debido a esa discreta posición, los tallistas reprodujeron en ellas una variedad de temas profanos e incluso procaces: monjes dándole al frasco, pícaras escenas de cortejo o de vida cotidiana. Es costumbre interpretarlas en clave moralizante.

Misericordia (Museo Lázaro Galdiano, Madrid).

O

órgano. instrumento musical de viento o aerófono propio de las iglesias. Consta de teclado mixto (para pies y manos) y cuerpo tubular compuesto de tubos de diferentes longitudes y calibres por los que pasa el aire produciendo sonidos.

Órgano (iglesia de Santa María del Mar, Barcelona).

P

palia. Lienzo con el que se cubre el cáliz.

papamóvil. Automóvil provisto de un habitáculo de vidrio blindado, a modo de pecera, que el papa utiliza para desplazarse entre la multitud en sus apariciones públicas después de que el atentado de Alí Agqa estuviera a punto de costarle la vida a Juan Pablo II.[10]

Papamóvil.

pasos (o tronos) procesionales. Plataformas, a veces profusamente decoradas, sobre las que se transportan las imágenes y grupos escultóricos que desfilan en las celebraciones religiosas, especialmente en Semana Santa. Muchas de ellas se llevan a hombros de entusiastas cofrades o costaleros, aunque las cervices sufran lesiones irreversibles, con hidalgo desprecio de la invención de la rueda.

patena. Bandejita circular en la que se coloca la hostia que va a consagrarse durante el oficio de la misa. Antiguamente el monaguillo la colocaba bajo la barbilla de cada comulgante para prevenir que la hostia consagrada pudiera caer al suelo por accidente. Hoy se ha perdido esa imagen tan entrañable debido a la mayor familiaridad (algunos creemos que excesiva) con la que la liturgia moderna trata la hostia. Incluso se permite tocarla al comulgante y hasta se consiente que los laicos administren la comunión en ausencia del sacerdote. Es conocido el dicho «limpio como una patena» para encomiar la pulcritud de una persona o cosa.

Patena.

portavelas. Soporte generalmente metálico en el que se colocan las velas votivas ante la imagen del santo al que se le solicita o agradece un favor. Suele acompañarlo un dispensario de velas donde el donante pueda adquirirlas cómodamente tras satisfacer el estipendio, óbolo, dádiva, limosna sacramental o aportación (o sea, tarifa de precios). Los portavelas están siendo sustituidos por portalámparas eléctricos: se deposita el estipendio, óbolo, etcétera, en una ranura y durante cinco o diez minutos se enciende un pilotito en forma de vela. El gasto es mínimo y casi todo es ganancia.

Portavelas.

púlpito. Tarima elevada junto al altar mayor desde la que el predicador sermonea a los fieles. Suele adosarse a una de las columnas del crucero y se accede a él mediante escalera de caracol. También hay púlpitos portátiles, dotados de ruedas, antiguamente usados en tiempo de misión, cuando el rebaño cristiano no cabía en el sagrado aprisco del templo y la predicación se realizaba en un lugar despejado. El púlpito suele constar de un pretil o balcón circular, el antepecho, que llega hasta la cintura del predicador, y de un tornavoz o techo que evita que su voz se pierda en las alturas y la aumenta y la devuelve hacia la asamblea. Hoy los púlpitos apenas se usan, otra de las perniciosas mudanzas que acarreó el *aggiornamiento* de la iglesia tras el Vaticano II.

Púlpito de la iglesia del hospital de San Pablo (Barcelona).

purificador. Servilleta que utiliza el sacerdote en la misa para limpiar el cáliz.

Purificador.

R

reclinatorio. Mueble de rezo, algo parecido a una silla, que se encuentra en ciertas iglesias y capillas. El modelo más simple consta de una plataforma acolchada sobre la que el orante se arrodilla al tiempo que apoya los brazos sobre el borde del respaldo, igualmente acolchado. Algunos modelos constan, además, de asiento provisto de bisagras que el usuario levanta cuando quiere acceder a la plataforma inferior.

Cuando las devotas disponían de reclinatorio propio en la iglesia, la riqueza del mueble marcaba las diferencias sociales o simplemente patrimoniales. Hoy apenas se usa.

Reclinatorio.

retablo. Estructura de madera que cubre el muro del fondo, detrás del altar. El retablo se divide en «bancos» o niveles ocupados por cuadros o esculturas. En el más alto, el Calvario; en el centro, la imagen titular del templo; los restantes recuadros reproducen escenas de la Biblia o de la vida del santo; en el bancal más bajo, ante los ojos del sacerdote, un Crucificado o *Imago Pietatis*.

Retablo de la sacristía de la catedral de Jaén.

S

sagrario (o tabernáculo). Receptáculo o alacena sobre la mesa del altar mayor, a veces integrado en el propio retablo, en el que se custodia, bajo llave, el copón que contiene las hostias consagradas. Su puerta suele decorarse con un *Agnus Dei* o símbolo similar.

silla eucarística. Silla de mano cerrada (compuesta de un habitáculo a manera de sillón cubierto con dos portezuelas acristaladas a los lados) en la que, hasta bien entrado el siglo XIX, se trasladaba el sacerdote que acudía a dar el viático a un moribundo. Estaba provista de dos varales,

uno a cada lado, que llevaban dos porteadores (o cuatro si el peso del sacerdote lo requería). A veces se decoraba con pinturas alusivas a la Eucaristía.

Silla eucarística.

silla gestatoria. Un trono papal móvil que llevan a hombros ocho porteadores o «sediarios» en ocasiones solemnes. Se dice que su uso se impuso a raíz del oscuro y nunca probado episodio de la papisa Juana (una mujer que se hizo pasar por hombre, engañó al Espíritu Santo y resulto elegida papa). Antes de recibir el visto bueno del colegio cardenalicio, los papas electos habían de pasar obligatoriamente por la silla gestatoria para que el *arquiatra* (médico pontificio) palpara sus partes pudendas, a través de un agujero practicado al efecto, y comprobara que efectivamente, se trataba de un varón con todo su instrumental en regla.[11] Actualmente la silla gestatoria ha caído en desuso aunque aún existen veinticuatro sediarios en la nómina del Vaticano. El artilugio se usó por última vez para transportar el féretro de Juan Pablo II durante sus solemnes exequias. En la España nacionalcatólica la usó también el cardenal Segura, de la archidiócesis de Sevilla, que comparecía arrodillado sobre un artístico reclinatorio barroco, vestido de seda y oro, con la custodia del Santísimo Sacramento entre las manos.

La silla gestatoria constituye, quizá, la más notoria manifestación de pompa que ha concebido la iglesia, directamente inspirada en el Egipto faraónico.

Silla gestatoria.

T

tabla de estipendios y ofrendas. Lista de precios disponible en las sacristías de los templos en la que cada año se establece la tarifa oficial por los servicios religiosos de la parroquia. Por vía de ejemplo reproduciremos una reciente de la diócesis asturiana. Los estipendios corresponden a la celebración de misas y las ofrendas a bautismos,

bodas, funerales y entierros. La misa ordinaria cuesta ocho euros, y doscientos cincuenta las misas gregorianas. Para el bautizo se estipulan quince euros, y sesenta para el matrimonio. El funeral cuesta cuarenta euros sin entierro, y setenta y cinco con entierro. El entierro en distinta parroquia se fija en treinta y cinco euros. Los aranceles aplicables por documento son los siguientes: expediente matrimonial, 22,30 euros, y certificado literal de partida sacramental, 11,48 euros. Los ingresos que las parroquias reciben por todos estos conceptos se distribuyen en tres partes: un veinte por ciento se destina a la propia parroquia y otro veinte por ciento al fondo común diocesano. El sesenta por ciento restante se asigna al sostenimiento del clero.[12]

V

vasos sagrados. Son el cáliz, el copón y la patena.

Copón, cáliz y patena.

velas y lámparas. Las luces que iluminan los altares o testimonian la luz de Cristo. Encendidas delante de una imagen significa plegaria. Ante el sagrario significa que el Santísimo está expuesto, o sea, que la sacra alacena contiene hostias consagradas. El creyente debe hincar al

menos un hinojo cuando cruza delante del Santísimo en sus desplazamientos por la iglesia. quedan exentos de tan piadosa obligación las limpiadoras y los obreros que deban discurrir repetidamente por delante del altar en el desempeño de su oficio, especialmente cuando cobran por horas.

Vela.

Ofrenda de velas en Montserrat.

velo del cáliz. El que cubre el cáliz fuera del ofertorio y el canon de la misa. Es del mismo color litúrgico que los ornamentos.

velo humeral. Paño que cubre los hombros del clérigo cuando procesiona el Santísimo Sacramento o cuando bendice con él.

Velo humeral.

Vía Crucis. Ruta devocional que representa la Pasión de Cristo. Las metopas que reproducen las distintas escenas, a veces simples cruces numeradas, suelen colocarse en los muros o pilastras de las iglesias, pero también se encuentran al aire libre (por ejemplo, en Sevilla, a partir de la Casa de Pilatos), o en cruces sucesivas que marquen la subida de un monte coronado por una ermita (por ejemplo, en el Sacromonte de Granada). El recorrido consta de las siguientes estaciones o paradas:

- 1.ª estación: Jesús sentenciado a muerte.
- 2.ª estación: Jesús con la cruz a cuestas.
- 3.ª estación: Primera caída bajo el peso de la cruz.
- 4.ª estación: Encuentro con la Virgen.

- 5.ª estación: El Cirineo le ayuda a llevar la cruz.
- 6.ª estación: La Verónica enjuga el rostro de Jesús.
- 7.ª estación: Segunda caída en el camino de la cruz.
- 8.ª estación: Jesús consuela a las hijas de Jerusalén.
- 9.ª estación: Jesús cae por tercera vez.
- 10.ª estación: Jesús despojado de sus vestiduras.
- 11.ª estación: Jesús clavado en la cruz.
- 12.ª estación: Jesús muere en la cruz.
- 13.ª estación: Jesús en brazos de su madre.
- 14.ª estación: El Santo Entierro.

Vía Crucis (iglesia de San Carlos Borromeo, Barcelona).

vinajeras. El servicio del vino y el agua para la misa. Suelen ser de cristal y semejantes en diseño a las que se usan en el comedor.

Vinajeras de plata.

vino de misa. El vino puro y de calidad, sin aditivos ni químicas (*ex genimine vitis impollutum*) que, al ser consagrado por el sacerdote durante la misa, se convierte milagrosamente en sangre de Cristo. En su origen se trata de un vino mistela de calidad cuya graduación alcohólica oscila entre diez y quince grados. Una vez consagrado se transforma en sangre de Cristo, del tipo AB positivo, aunque, al parecer, retiene el contenido alcohólico, compatibilidad que aún no ha sido aclarada por la ciencia.[13]

Vino de misa.

La cantidad media de sangre sacramental ingerida por el sacerdote en cada actuación profesional es de unos 35 mililitros, el equivalente a un buen lingotazo, del que es de justicia restar un chorrito de agua que también le añade.[14]

Durante siglos, la comunión con vino se restringía al sacerdote oficiante y a sus colegas concelebrantes si los hubiera,[15] pero recientemente la Congregación Vaticana para el Culto Divino, organismo vaticano que regula esta delicada materia, ha liberalizado las normas y admite la comunión con pan y vino en lugar de con solo pan (la insípida galleta ácima que llamamos hostia) como venía siendo la norma católica.[16]

Anuncio del vino de misa (1900).

Existen numerosas marcas de vinos de misa entre las que destacaremos las italianas Malvaxia Sincerum y Alleluia y las españolas De Müller, de Reus (Tarragona), y San Leandro, de Valencia. La mencionada oficina vaticana ha autorizado a los sacerdotes alcohólicos a consagrar con vino sin alcohol.[17]

Elaboración del vino de misa en un manuscrito del siglo XIII.

Brazo incorrupto de santa Teresa (iglesia de la Anunciación, Alba de Tormes. Salamanca).

27

Reliquias y exvotos

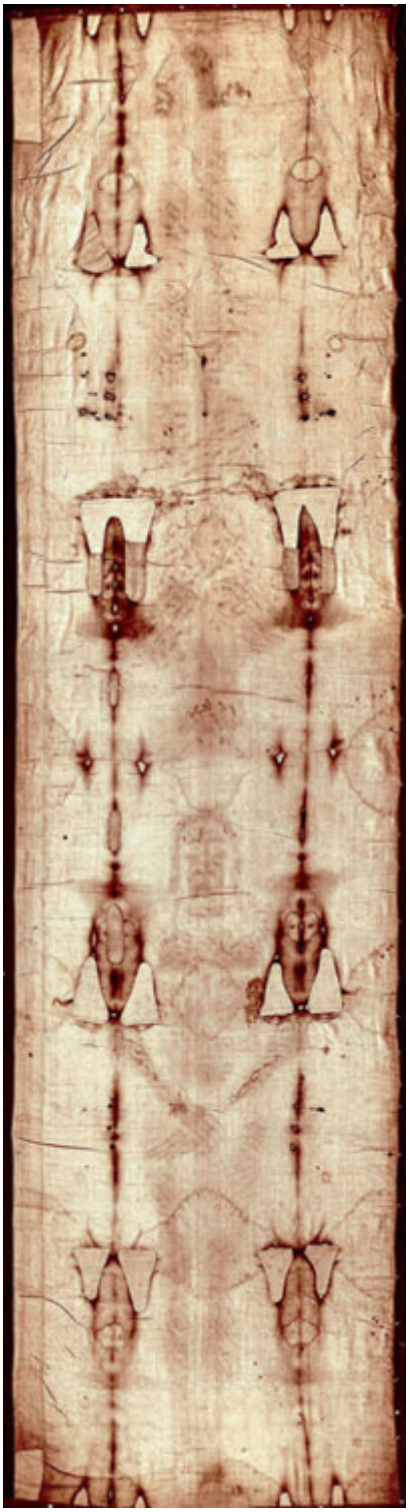
Si exceptuamos las supersticiones de los nativos de Nueva Guinea, la iglesia católica es la única que venera partes de cadáveres e, incluso, espera sanación a través de ellas. El Concilio de Trento decretó que es lícito y conveniente venerar las reliquias auténticas.[1] En las iglesias y santuarios españoles se veneran más de cien mil reliquias que pasan por ser auténticas, y así debemos creerlo, puesto que la iglesia nunca se ha manifestado en sentido contrario.

Santo Rostro (catedral de Jaén).

RELIQUIAS

Las reliquias se dividen en tres categorías según el grado de santidad que contienen:

1. Porciones del cadáver santo o incluso el santo entero convenientemente momificado. Casi siempre se denomina «incorrupto», pero en realidad sería más exacto llamarlo «acecinado».



Sábana Santa (Turín).

2. Fragmentos de su ropa u objetos que entraron en contacto con el santo, lo que abarca también las herramientas usadas en su martirio: cuchillos, garfios, martillos, podaderas, agujas, cadenas, piedras u otros útiles.

3. Objetos tocados a una reliquia de primer grado o a la tumba de un santo. Entre estos se incluyen, por ejemplo, las copias de la Sábana Santa que han tocado la Síndone de Turín.

También podríamos dividirlas en orgánicas e inorgánicas. A su vez, las orgánicas se clasifican en divinas y terrenales. Las divinas pueden ser hematológicas (sangre de la Pasión, o de la Circuncisión, de Jesús o tierra de Getsemaní impregnada de sudor y de sangre); odontológicas (dientes de leche; dientes saltados por la paliza descrita en Mc 14, 65 o por el estacazo de Jn 18, 22); capilares y cárnicas (cualquiera de los catorce prepucios que cubrían el glande del Divino Pene, entre ellos el de Santiago de Compostela).

Reliquia de santa María Goretti.

Relicario múltiple (catedral de Palermo).

Forman las reliquias terrenales cuatro grandes apartados: animales, vegetales, metálicas y pétreas. La reliquia animal es, obviamente, la esponja en que Jesús bebió «hiel y vinagre» en la cruz.

Las reliquias vegetales se clasifican en lignarias o textiles. Pertenecen a las primeras el madero de la cruz, la tablilla con el INRI, las espinas de la corona, la estaca con la que un escriba-policía le propinó un rapisma o estacazo en la faz, el asta de la lanza de Longinos y el cetro de caña; a las segundas, los santos pañales, las sábanas santas, los sudarios, el Pañolón de Oviedo, las verónicas y las sagradas vendas.

Santa Cuna (Santa María la Mayor, Roma).

Las reliquias metálicas son los clavos santos, los hierros de las santas lanzas y los grilletes.

Las reliquias pétreas pertenecen a distintos lugares: el pesebre del portal de Belén, el Santo Sepulcro, la tapadera de este, el pavimento de la fortaleza Antonia y, en general, las piedras que las divinas plantas hollaron en su peregrinar por este mundo, tanto en su vida privada como en la pública.

Otra posible clasificación, atendiendo a su origen temporal, dividiría las reliquias en teológicas, veterotestamentarias, evangélicas y eclesiológicas, considerando por tales las provenientes de beatos/beatas, santos/santas y de milagros y apariciones marianas posteriores, un censo que no deja de aumentar de día en día gracias a la proclividad de

los últimos papas a la santificación de modernos mártires y fieles ejemplares. El lector comprenderá que un censo completo de reliquias está fuera de lugar. Por tanto, en este apartado nos limitaremos a mencionar las más famosas, sin salirnos de España:

Scala Santa (Roma).

• El sobrante del barro que el Creador usó para modelar a Adán, en el santuario de Sangüesa (Navarra).

• Una huella de la pezuña del Diablo, en la ermita de las Angustias de Cuenca.

• Una pluma del ala del arcángel Gabriel, en el monasterio de San Miguel en Liria (Valencia).

• Una sandalia de san Pedro, en Oviedo.[2]

• La huella dejada por Jesús el día de su ascensión a los Cielos, en Garrovillas de Alconetar (Cáceres).[3]

• La mandíbula de san Juan Bautista, en Coria, Cáceres.

• El mantel de la Santa Cena, también en Coria, Cáceres.

• La mesa de la Santa Cena, en la catedral de Sevilla.

• La sangre de Cristo, en la catedral de Burgo de Osma (Soria).

• Leche de la Virgen, en las catedrales de Mallorca, Ávila, Coria y Oviedo.

• Una ración del maná recibido por los israelitas en la travesía del desierto del Sinaí, en las catedrales de Oviedo y Coria.

• Un frasco de tinieblas de Egipto, en una iglesia de Jaca (Huesca).

Velo de la Virgen (catedral de Chartres, Francia).

• Dos pelos, uno de María Santísima y otro de María Magdalena, en Sangüesa (Navarra).

• El cáliz usado por Jesucristo para consagrar la primera Eucaristía durante la última Cena, en la catedral de Valencia.[4] En el mismo templo se venera la toalla con la que Jesús enjugó los pies de los apóstoles.

• Una de las treinta monedas por las que Judas vendió al Maestro está fundida en la campana de la catedral de Velilla del Ebro.

• El manto de Jesús se venera en Valencia y otro en la iglesia de Santa María de Arriaga, en Valladolid. Otros en el extranjero completarían el fondo de armario del Redentor.

• Espinas de la corona del Señor: cinco en la catedral de Oviedo y cuatro en la de Sevilla.

• Los dos Santos Rostros o Verónicas, en Jaén y Alicante, a cual más verdadero.

• El brazo de san Vicente Mártir regalado por una familia de Padua. Según estudios forenses, pertenece a un hombre joven, presenta quemaduras en la piel y se remonta al siglo IV.

• La cabeza de una de las once mil vírgenes, en la catedral de Sevilla.

• La momia de santa Teresa, en Alba de Tormes (Ávila).[5]

La Santa Columna (Santa María de Práxedes, Italia).

Relicario con el dedo de santo Tomás (iglesia de la Santa Croce, Roma).

• La momia de san Fernando, en la capilla mayor de la catedral de Sevilla.

• La momia de san Isidro Labrador, en su santuario de la calle Toledo, Madrid.

Quizá las colecciones españolas de reliquias más completas sean las de la Cámara Santa de Oviedo,[6] la de El Escorial[7] y las de Valencia,[8] estas últimas custodiadas en la catedral y en la iglesia del Patriarca.

Las reliquias vivieron sus mejores tiempos entre los siglos XIV y XVII. A partir del XVIII la devoción a las sagradas reliquias decae considerablemente, si bien hemos de consignar, con gozo, que últimamente comienza a recuperarse de la mano de píos coleccionistas como san Josemaría de Escrivá de Balaguer y sus seguidores.[9]

También se veneran, aunque todavía no sean santos, algunos cuerpos momificados de personas que destacaron por su piedad y devoción. Mencionaremos a dos de ellos:

• Sor María de Jesús. La monja consejera de Felipe IV, a la que el monarca lloriqueaba y ella le daba gran consuelo en sus cartas y lo reprendía con maternal severidad. Está expuesto en el convento de la Concepción de Ágreda (Soria).

Mano de santa Teresa de Ávila (iglesia de la Merced, Ronda, Málaga).

• Doña María Coronel. En el convento de Santa Inés de Sevilla se venera la momia de doña María Coronel, también conocida como «la dama del tizón», una mujer acendradamente cristiana que «por guardar ausencias de su marido, viendo que su fuerte voluntad no bastaba para atajar a los desbocados deseos de la carne, se metió un tizón ardiendo por su miembro natural, para, por esta vía, purgar la escoria de cualquier deshonesto deseo y carnal concupiscencia». Con esas mismas palabras lo cuenta el erudito sevillano Alonso Morgado: «Estando su

marido ausente, vínole tan grande tentación de la carne, que por no quebrantar la castidad y fe debida al matrimonio, eligió antes morir, y metiose un tizón ardiendo por su miembro natural, de lo cual murió».[10]

Relicario del Santo Ombligo (Museo de Cluny, París).

A estas reliquias corporales debemos añadir las relativas a objetos que hayan estado en contacto con el cuerpo. Por citar alguna, traigamos a colación el cilicio ensangrentado que usaba el ilustre y reaccionario Juan Donoso Cortés, celosamente guardado por los religiosos del Corazón de María en Don Benito (Badajoz).[11]

Momia de María Coronel (convento de Santa Inés, Sevilla).

Reliquias de los santos Bonoso y Maximiano (Arjona, Jaén).

EXVOTOS

Los exvotos son un testimonio de gratitud que algunos fieles, gente sencilla por lo general, ofrendan a ciertas imágenes o santuarios en pago por un beneficio recibido. Se dividen en tres apartados:

1. Objetos. incluyen lámparas, muletas, trajes de novia, fotos, gafas, uniformes militares, aparatos ortopédicos, trenzas, compresas o vendas ensangrentadas, entre otros muchos.

2. Reproducciones en cera, en plata o en hoja de lata del órgano curado. Pueden ser piernas, pechos, pulmones, ojos o cualquier otra parte del cuerpo.

3. Cuadros de pequeño tamaño. Representan el favor alcanzado, glosado en un texto explicativo.

Por lo general los exvotos se cuelgan en los muros o en la techumbre de los templos, pero también podemos encontrarlos sobre las propias imágenes si se trata de joyas o condecoraciones.[12]

Exvoto metálico.

Exvotos de cera (santuario de San Campio, Tomiño, Pontevedra).

A veces el exvoto toma forma de azulejo o de lápida conmemorativa, no sólo en el templo, sino fuera de él, en lugares donde ocurrió el milagro o donde por alguna razón conviene situar una hornacina o imagen popular. Antiguamente, incluso, se situaban en rincones y lugares resguardados para evitar que la gente hiciera aguas mayores o menores por respeto a la cruz o a la imagen.[13]

Pintura exvoto mexicano. El texto, tal cual, reza: «San Juditas Tadeo Las gracias te bengo a dar Por Librarme de Dificil Situacion. Y Poder esconderme a tiempo para que mi conpadre no me encontrara con su mujer en su Cama te ofresco este porque el nunca se entero que le poniamos los cuernos Jurando que no lo buelvo hacer. Perdoname pero el cuerpo es devil. G. R. Tucoboya. México D. F. 28 de mayo 1989».

Léon XIII (litografía francesa, siglo XIX).

28

Heráldica de los religiosos

En los edificios religiosos abunda una rica heráldica referida a clérigos e institutos. Unas breves nociones nos ayudarán a interpretarla.

Papa. Timbra su escudo con la tiara, acolada por dos llaves puestas en aspa o sotuer y unidas por una cinta roja. La diestra es de oro y la siniestra de plata, con los ojos abajo y los paletones arriba.[1]

Las llaves simbolizan su poder sobrenatural («Lo que atares en la tierra será atado en el Cielo...»). La de la diestra representa la ciencia, y la de la siniestra, la potencia.

En la heráldica papal confluyen los atributos de dignidad (la tiara) y los atributos jerárquicos o jurisdiccionales que reflejan su múltiple condición de patriarca de Occidente, primado de Italia, metropolitano de la provincia eclesiástica de Roma y obispo de la ciudad de Roma (las llaves). Maravilla que el Santo Padre, por lo general anciano, pueda atender a tanto cargo.

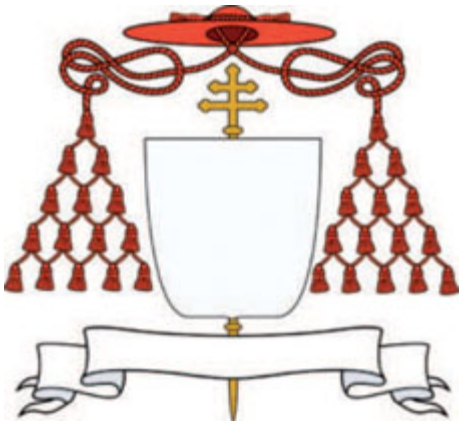
Escudo del papa Francisco.

Patriarcas. Son el papa (obispo de Roma) para Occidente y los obispos de Alejandría, Antioquia, Jerusalén, y Constantinopla para Oriente.[2] Usan la llamada cruz patriarcal, de doble traversa o de Lorena, que tiene dos travesaños horizontales (como la cruz de Caravaca). El menor de estos travesaños representa el cartel del INRI de la Santa Cruz.

Cruz patriarcal.

Cardenal. Inocencio IV (siglo XIII) concedió a los cardenales el privilegio de timbrar sus escudos con el capelo rojo y los dos cordones de borlas pendientes a uno y otro lado. Como el clero es de culito que veo, culito que deseo, los obispos, abades, protonotarios y otras dignidades de rango inferior no tardaron en reclamar su propia heráldica.

En 1832 la Congregación de Ceremonias estableció que cada capelo rojo cardenalicio tendría quince borlas del mismo color, a cada lado y repartidas en cinco órdenes: 1, 2, 3, 4 y 5. El rojo simboliza que el cardenal está dispuesto a dar su sangre por la fe de Cristo y su Iglesia.



Insignias de cardenal.

Arzobispo. En su heráldica encontramos un capelo sinople (o sea, verde) y diez borlas del mismo color a cada lado.[3]

Insignias de arzobispo.

Obispo. Capelo verde o violáceo con seis borlas del mismo color a cada lado en tres órdenes. Cardenales, arzobispos y obispos pueden llevar acolada al escudo y en palo una cruz con una sola traversa, una mitra con sus ínfulas en la diestra y un báculo pastoral de oro en la siniestra vuelto a la izquierda, para significar su jurisdicción exterior.

Los arzobispos u obispos que sean patriarcas o primados emplean la cruz patriarcal descrita arriba.

Insignias de obispo.

Tumba de un obispo en la catedral de Malta.

Abad. Usa capelo negro con tres borlas dispuestas en dos órdenes. Sus insignias o distintivos son: cruz pectoral, báculo, anillo y mitra (las mismas que el obispo). Iconográficamente, se representa un abad con los hábitos de su orden y con la cruz abacial en la mano. Como el abad pueden usar capelo y timbrar con él sus escudos los vicarios generales, los arciprestes y los canónigos de catedrales (estos últimos con borlas moradas).

Insignias de abad.

Lápida del Abad del Císter.

San Antonio Abad.

Abadesa. gasta escudo de armas en forma de losange, sobre báculo de oro en palo y vuelto a la diestra. Está rodeado de un rosario en color negro. Esta disposición se extiende a los priores de algunas Órdenes religiosas.

Abadesa.

Canónigo. Viste sotana y roquete y lleva encima una capa que en ocasiones puede ser de larga cola. El color litúrgico varía del negro al rojo o morado. Usan la muceta (una especie de esclavina) encima de la capa, cuya parte delantera es de color intenso o blanco.

Canónigo.

Sacerdote. Sombrero negro con una solitaria borla a cada lado. Siendo el escalón más bajo de la categoría es raro que alguien lo use, pero existe, que conste.

Sacerdote.

Misionero. Es un religioso que abandona país, familia y amigos para predicar el Evangelio a pueblos primitivos y atraerlos a la verdadera fe liberándolos de sus falsas y necias supersticiones. Como complemento de su labor evangelizadora, el misionero crea escuelas, hospitales, orfanatos y centros de arrecogías.

Los misioneros más activos son carmelitas, cartujos, dominicos, franciscanos, Hermanas de la Caridad, Hermanos de la Caridad Contemplativos, jesuitas,[4] mercedarios, Hermanos de las Escuelas Cristianas, Misioneros Combonianos, Claretianos, Salesianos y Padres Blancos. También destacan las misiones de Caritas.

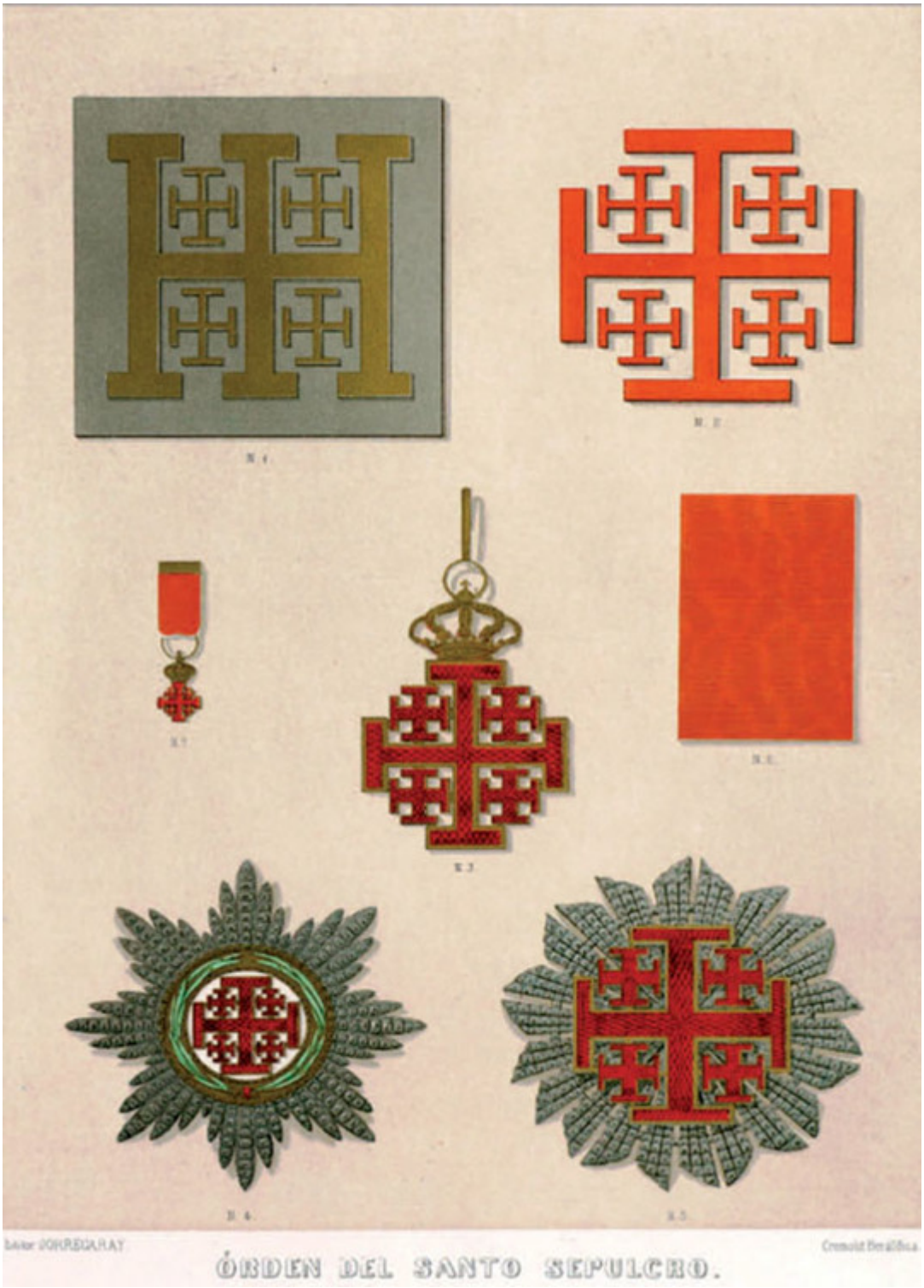
Misionero predicando (1955).

A lo largo del siglo XX los misioneros europeos (católicos o protestantes) cosecharon en áfrica opimos frutos de espiritualidad, logrando convertir a buena parte de su población. Sin embargo, tras la descolonización, el catolicismo pierde prestigio y cede terreno al islam, que se extiende hoy, imparable, por toda áfrica. Ello no debe ser atribuido a que el islamismo sea una religión más verdadera que la nuestra. Tampoco digo que sea falsa, que conste. Probablemente las dos son igual de verdaderas, salvando sus naturales diferencias que no es éste lugar de explicar. Más bien hemos de pensar en que la idiosincrasia de la población africana es más propensa al proselitismo islámico que al apostolado cristiano. Lo cierto es que cuando eran negros o negritos resultaban fáciles de convertir y bautizar, pero desde que son subsaharianos se circuncidan y se pasan al Islam masivamente.[5]

Postura del misionero. Es la posición sexual básica en la que la mujer se tumba de espaldas con las piernas abiertas y el hombre se sitúa sobre ella encarándola y penetrándola. Estimulados por la caridad

cristiana y por la obra de misericordia de enseñar al que no sabe, los misioneros instruyeron en la referida postura a las nativas que hasta entonces, debido a la ignorancia adánica en que vivían, habían copulado estilo perro. La adopción de la postura del misionero contribuyó decisivamente a un potente mestizaje de culturas.[6]

Fase preparatoria de la postura del misionero.



Distintivos de la Orden del Santo Sepulcro.

29

Heráldica de las Órdenes religiosas

Orden benedictina. La Orden de San Benito (benedictinos) usa hábito y escapulario negros, por eso se les conocen como los monjes negros, en oposición a los cistercienses, o monjes blancos, que usan túnica y escapulario de este color.

El primer escudo benedictino representaba una cruz sobre tres montes y al pie la palabra «*Pax*».

Escudo benedictino.

Orden del Císter. El blasón de la Congregación del Císter de Castilla presenta una banda de doble serie de escaques de plata y gules, dos lises de oro; un brazo de monje con cogulla blanca moviente del flanco siniestro empuñando un báculo abacial de oro y una mitra de plata.[1]

Escudo del Císter.

Orden de los cartujos. En un principio (siglo XI), usó como sello una simple cruz. Desde el siglo XIII su escudo es una bola del mundo en azur con el meridiano y el paralelo en oro; sumado con una cruz en oro. En el siglo XIX se generaliza la frase «*Stat Crux dum volvitur orbis*», es decir, «la Cruz se mantiene firme mientras el mundo gira».

Otro escudo de la Orden (el «de la religión») representa los atributos de la Pasión de Cristo: cruz, clavos, látigo, escalera, monedas, martillo, etcétera.

Los cartujos visten de blanco con un doble hábito unido por la traba, un trozo blanco de tela.

Escudo de los cartujos.

Orden de San Francisco. Usa hábito pardo, cinturón de cuerda y tonsura. Sus símbolos principales son el cordón de tres o cinco nudos, el Cristo de San Damián y las sandalias de cuero. Otras insignias franciscanas son la *tau* (cruz en forma de T) y las Cinco Llagas, que representan las de Jesús en la cruz.

Escudo franciscano (antiguo convento de Andújar, Jaén).

Menores capuchinos. Su escudo muestra, en campo de azur, una nube de plata sostenida de un círculo de oro cargado con una cruz latina en su color y al pie dos brazos con llagas en las palmas de las manos, uno de ellos desnudo que simboliza el de Jesucristo (el tapado por la cogulla se cree que es el de san Francisco). Todo este conjunto simboliza la similitud de la vida y obra del santo con la de Jesús, a quien intentó imitar siempre.

Usan un hábito marrón con capucha y ceñido por una cuerda (como los franciscanos).

Terciarios capuchinos. Su blasón es una nube sostenida de una cruz latina en su color con un corazón de gules en el centro, y al pie dos brazos, uno de ellos desnudo.

Escudo de los terciarios capuchinos.

Orden de San Agustín. En el escudo primitivo de los agustinos aparecen cinco símbolos: corazón, libro, pluma, báculo y mitra. Posteriormente, se simplifican y desaparece alguno de ellos.

El corazón (reverberado) simboliza a Cristo; la pluma, la inteligencia y la sabiduría; el libro, a san Agustín (que era doctor de la Iglesia); la mitra y el báculo, jerarquía y poder eclesiástico (porque el santo fue obispo). En ocasiones se representa en el escudo la leyenda «*Tolle lege*», «toma y lee». Los frailes agustinos visten hábito negro ceñido con una correa.

Escudo de los agustinos.

Fray Luis de León, poeta, humanista y agustino.

Orden del Carmelo. El blasón carmelita posee una franja anagramada con una inscripción latina, una corona ducal cimada de un brazo armado, una cruz sobre un monte y tres estrellas de seis puntas. En el escudo se encuentran presentes los colores blanco y marrón, tan representativos del hábito carmelitano. Está aureolado con doce estrellas de plata. La inscripción latina dice: «*Zelo, zelatus sum pro Domino Deo exercitum*», o sea, «me consume el celo por el Señor, Dios de los ejércitos» (1 Re 19, 14).

Las doce estrellas simbolizan los doce puntos de la regla. El monte corresponde al Carmelo donde iniciaron su salvífico negocio.

La cruz la adicionan los carmelitas descalzos durante la reforma teresiana. Representa la penitencia, la mortificación y la perfección de la vida del Carmelo.

La túnica es de color castaño y la capa, blanca. Se representan con un escudo que simboliza el monte Carmelo con estrellas y una cruz.

Escudo carmelita.

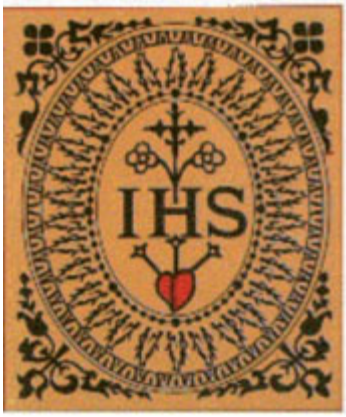
Orden de los dominicos. El logo dominico es la cruz de Calatrava pintada con los colores de la Orden, a veces acompañado con el lema «*Laudare, Benedicere, Praedicare*» («alabar, bendecir y predicar»).

El hábito dominico consta de una túnica y una capilla con capucha blancas, una capa negra, escapulario y rosario.

Escudo de los dominicos.

Orden de los jesuitas. Los jesuitas usan hábito negro, a veces con albilla blanca de sacerdote.

El escudo de los jesuitas presenta el anagrama IHS superado de una cruz flechada con dos cuadrifolios en su base. En la punta del escudo hay un corazón con tres clavos. El corazón representa al Sagrado Corazón de Jesús, la devoción preferida de la Orden; los tres clavos representan los votos de pobreza, castidad y obediencia.



Escudo de los jesuitas.

Orden de la Merced. El escudo de los mercedarios es cortado, con la cruz de la Merced en su primera partición y en la segunda, las barras de Aragón y Cataluña. La cruz se corresponde con la de la catedral de Barcelona y las barras son un privilegio concedido por el rey Jaime I, en la fundación de la Orden.

Viste hábito blanco con el escudo de Cataluña en el pecho.

Escudo mercedario.

Orden de los trinitarios. El emblema de los trinitarios es una cruz con el travesaño horizontal azul y el vertical rojo que, combinados con el blanco del escapulario, componen tres colores alusivos a la Trinidad.

La cruz de la Orden trinitaria tiene la versión calzada (patada) y la descalza reformada (de trazos rectos).

Escudo trinitario.

Orden de los jerónimos. El emblema es un león rampante rojo en campo blanco. Los antiguos jerónimos vestían hábito blanco y gris, después el gris viró al negro, siempre con esclavina y capucha.

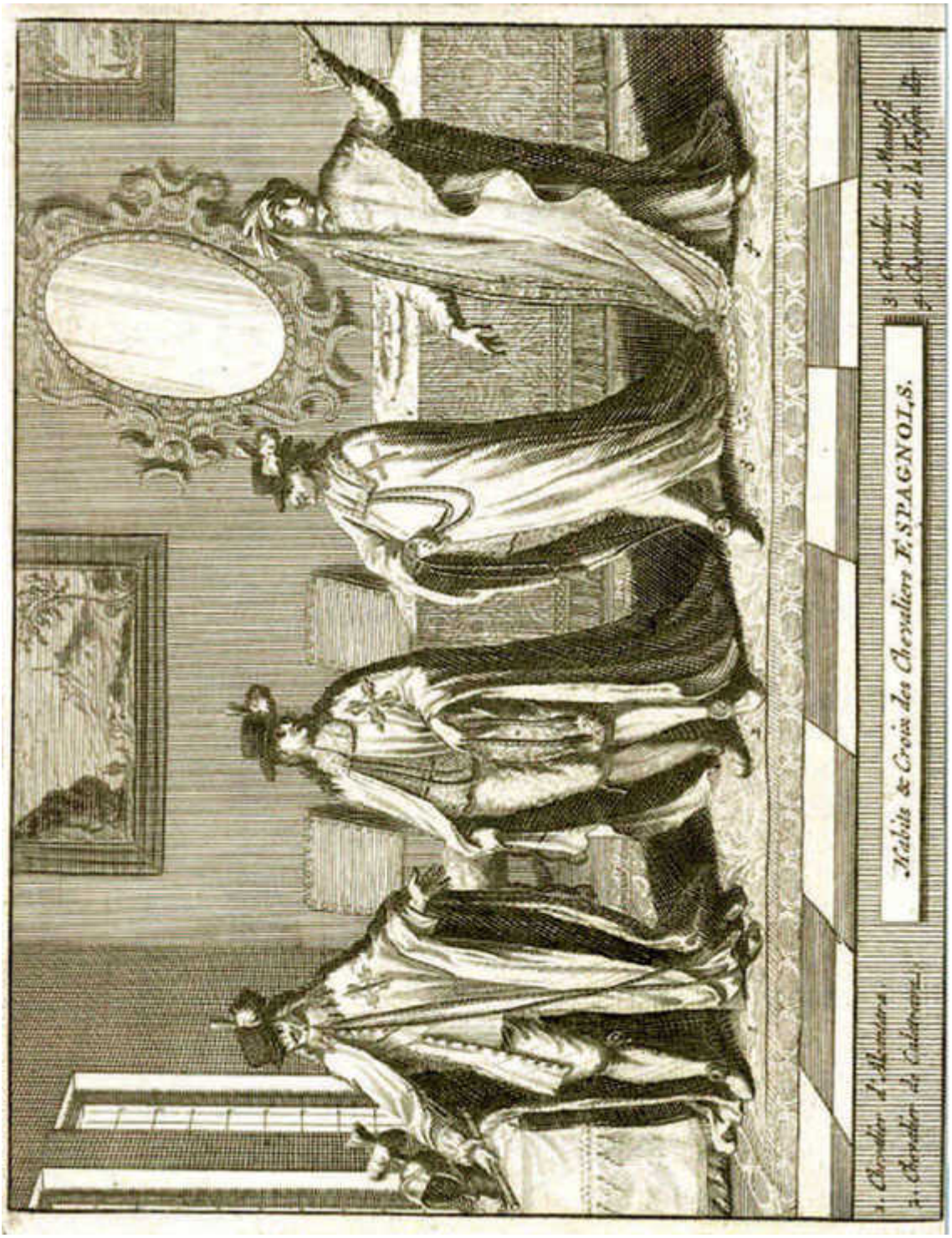
Escudo de los jerónimos.

Hospitalarios de San Juan de Dios. Su escudo representa una granada abierta en su color surmontada de una cruz latina de oro resaltada de un círculo de plata. A veces la acompaña un anagrama con la inscripción: «Juan de Dios, granada será tu cruz».

Visten hábito pardo.

Escudo de los hospitalarios de San Juan de Dios.

Monje curado por la leche de Nuestra Señora (miniatura de Nuestra Señora de gautier de Coincy, París, 1330).



Indumentaria de las Órdenes de caballería españolas (grabado francés, 1724).

30

Heráldica de las Órdenes militares

Tras la conquista de Jerusalén (Primera Cruzada, 1099) muchos cruzados regresaron a sus lugares de origen en Europa, y el reino latino que habían fundado quedó en difícil situación, rodeado de estados islámicos cabreadísimos y resueltos a aniquilarlo. En esta difícil tesitura el papa favoreció la creación de órdenes religiosas integradas por frailes-soldado que, además de orar y de obedecer las tres reglas (pobreza, obediencia y castidad), se entrenaban y combatían como cualquier guerrero de la época.

En la península ibérica, donde los reinos cristianos vivían su particular lucha contra el islam, surgieron también algunas órdenes militares específicas: Calatrava, Santiago, Alcántara, Uclés y Montesa (esta última en Aragón). En tiempos de los Reyes Católicos, ya sin moros que combatir, pero con un crecido patrimonio que administrar, el maestrazgo de las Órdenes españolas recayó en la corona. Desde la desamortización de sus bienes en el siglo XIX, estas han quedado reducidas a una mera categoría honorífica que detentan determinados miembros de la nobleza, especialmente en bodas y ocasiones sociales. Aquí me limito a la heráldica de las Órdenes más frecuentes en las iglesias españolas.

El rey Alfonso XIII como gran maestre de las Órdenes militares (fotografía de ángel Jalón, 1939).

Orden del Templo (o Temple). Se identificaba por una cruz roja, a veces paté, que sus miembros solían llevar sobre el hombro derecho. Su estandarte, el *beausant* (la bella enseña), presentaba dos franjas verticales de igual anchura, una blanca y otra negra. Usaban manto blanco.

Escudo de la Orden del Temple.

Orden de Calatrava. Tuvo como primer emblema una cruz negra, pero a partir del siglo XIV prefirieron una cruz griega (brazos iguales) de gules (roja) y flordelisada (con flores de lis en los extremos).

Usaban el hábito blanco cisterciense.

Escudo de la Orden de Calatrava.

Orden de Santiago. Su insignia es una espada cruciforme gules flordelisada en la empuñadura y en los brazos. La cruz del estandarte tenía una venera o concha de Santiago en el centro y otra al final de cada brazo.

Las flores de lis representan la pureza, el honor inmaculado; la espada, el carácter caballeresco y, quizás el instrumento de ejecución del patrón Santiago.

Usaban el hábito blanco cisterciense.

Escudo de la Orden de Santiago.

El doncel de Sigüenza, caballero de Santiago.

Orden de Alcántara. Su emblema era una cruz griega (brazos iguales) verde y flordelisada (con flores de lis en los extremos).

Usaban el hábito blanco cisterciense.

Sólo se diferencian de los calatravos, de los que proceden, en el color de la cruz.

Orden de Montesa. Su primera divisa fue una cruz de sable, pero en 1400 se le unió la Orden Militar de San Jorge de Alfama y adoptó una cruz que fusionaba las armas de ambas. El resultado es una cruz llana de gules que aparece en hueco sobre una cruz flordelisada de sable. Como las otras órdenes peninsulares, los freires de Montesa usaban hábito blanco cisterciense con la cruz en el hombro.

Escudo de la Orden de Montesa.

Orden de Malta. Se distingue por una cruz blanca formada por cuatro puntas de flecha que confluyen en el centro, unas veces sobre campo rojo y otras sobre campo negro.

La Orden de Malta desciende de la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén instalada por Carlos I de España, en la isla de Malta, en 1530. Malta pertenecía entonces al Reino de Sicilia, que fue de los reyes de Aragón desde el siglo XIII. La Orden perdió sus territorios en 1845, pero aún constituye un Estado soberano.

Escudo de la Orden de Malta.

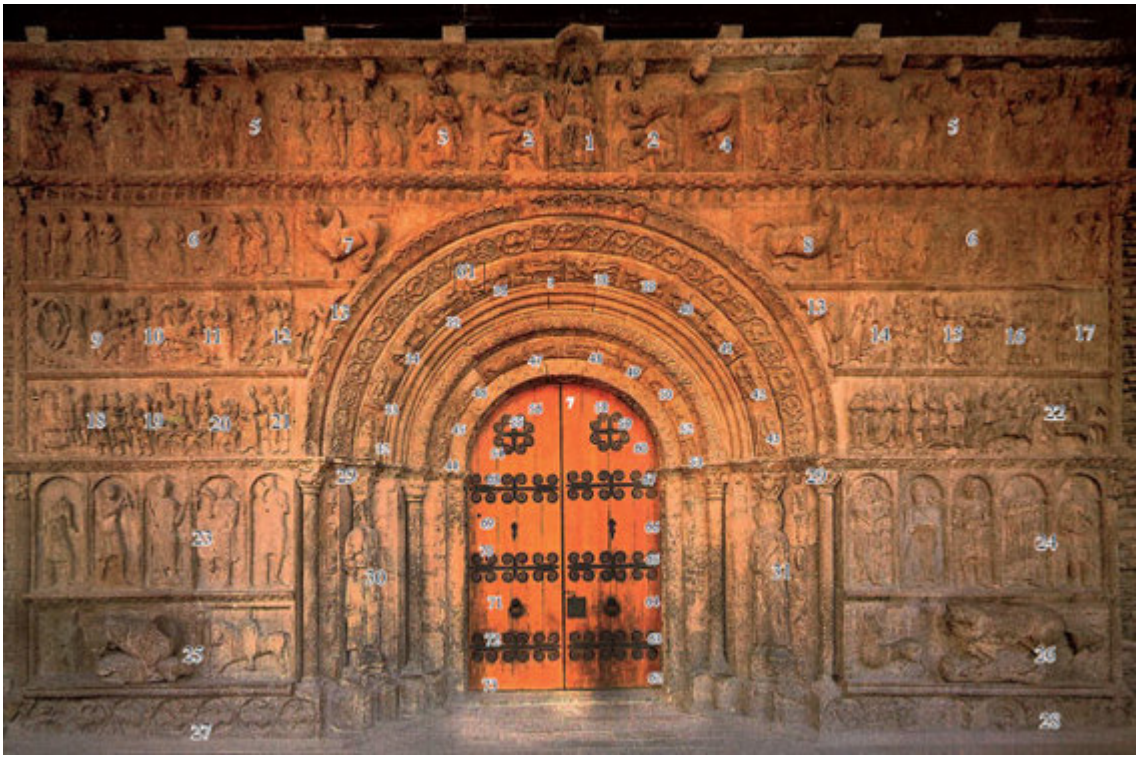
Cruz de Calatrava (Arjona, Jaén).

El obispo de Jaén, don Félix Romero Mengíbar, en un besamanos (1966).

Apéndices

1

El libro mudo de la iconografía religiosa



Un edificio religioso es, o era, un libro mudo cuyo rico programa iconográfico contiene las Escrituras y los dogmas propuestos por la Iglesia para la salvación del creyente. Veamos, por vía de ejemplo, la sugerente acumulación de narraciones y símbolos que cabe en unos pocos metros. En la portada de la iglesia del monasterio de Santa María de Ripoll (Gerona) se encuentran los siguientes temas:

1. El Señor en actitud majestuosa, el Omnipotente (pantocrátor).

2. Coro de ángeles adoradores.

3. El ángel. Símbolo del evangelista Mateo.

4. El águila. Símbolo del evangelista Juan.

5. Los veinticuatro ancianos del Apocalipsis con manto y corona, cítaras y cáliz.

6. Los veintidós santos o bienaventurados miran al Señor.

7. El león. Símbolo del evangelista Marcos.

8. El toro. Símbolo del evangelista Lucas.

9. Sueño de Salomón. El rey pide la sabiduría y ve la majestad del Señor en una aureola almendrada sostenida por dos ángeles.

10. Juicio de Salomón.

11. Sadoc unge rey a Salomón, que monta sobre una mula y es aclamado por el pueblo.

12. Betsabé pide al rey David que su hijo Salomón sea su sucesor. De pie, el profeta Natán y, al lado de David, Abisac.

13. Cigüeñas decorativas.

14. Moisés, acompañado de Aarón y un grupo de catorce personas, entre ellas una mujer, hace brotar una fuente de la roca, en Horeb.

15. Seis israelitas, entre ellos una mujer, piden agua.

16. Los seis israelitas, guiados por el ángel y la columna de fuego, recogen las codornices.

17. Los seis israelitas cosechan el maná que cae del Cielo.

18. Traslado del Arca de la Alianza a Jerusalén, llevada por dos bueyes. David baila y Micol mira por la ventana.

19. Siete músicos acompañan el Arca y bailan.

20. Jerusalén sufre una epidemia de peste: los apestados se asoman por las almenas. El ángel del Señor detiene la espada frente a David.

21. El profeta Gad ordena a David, sentado, que ofrezca un holocausto al Señor. Completan la escena varios soldados con túnica de tela.

22. Batalla de Rafidim entre Josué y Amalec: 1) Aarón y Hur sostienen los brazos de Moisés; 2) cuatro soldados armados con un enemigo a los pies; 3 y 4) cuatro soldados a caballo se enfrentan a otros

cuatro.

23. glorificación del Señor bajo la figura del rey David con el cetro y el libro, sentado en un trono almohadillado con un cortinaje de fondo; cuatro músicos tocan el violín, el címbalo, el corno y la flauta. Los relieves ilustran el salmo 150.

24. Dios entrega la Ley a los conductores del pueblo de Israel: Moisés (con túnica, manto y las manos veladas) y Aarón (con túnica corta y manto). Los dirigentes de la época son representados en el obispo (ornamentos pontificales) y el príncipe (vestido de caballero).

25. Segunda visión de Daniel; lucha del cerdo y la cabra que desafía a Dios profanando el santuario. A la izquierda, el ángel explica la visión al profeta; a la derecha, el rey malvado al que vencerá el Príncipe de los príncipes.

26. La visión de Daniel con las cuatro bestias monstruosas, que serán vencidas por el Hijo del Hombre que reinará con sus santos.

27. Dos serpientes entrelazadas forman ocho medallones decorados con figuras de grifos y leones.

28. Siete medallones con escenas de los tormentos a los condenados.

Relieve románico.

29. Figuras decorativas y símbolos zodiacales.

30. San Pedro con las llaves y el libro.

31. San Pablo con un documento.

32. San Pedro y san Juan con el cojo curado a la puerta del Templo.

33. San Pedro resucita a Tabita en Jafa.

34. San Pedro ante Nerón, sentado en el trono con dos testas simbólicas sobre la cabeza.

35. San Pedro y san Juan con Simón el Mago, cabeza abajo con dos testas diabólicas.

36. Prendimiento de san Pedro.

37. Crucifixión de san Pedro cabeza abajo.

38. Enemias visita a Pablo (Saulo) en Damasco.

39. Bautizo de Pablo (Saulo) por Enemias.

40. San Pablo predica a tres personas.

41. Prendimiento de san Pablo.

42. Decapitación de san Pablo.

43. El verdugo presenta la cabeza de san Pablo.

44. Jonás sentado a la sombra de una higuera.

45. Jonás predica a los ninivitas que asoman la cabeza por las murallas.

46. Jonás arrojado al mar y engullido por la ballena.

47. Jonás desnudo, vomitado por la ballena, en actitud de arrodillarse.

48. Jonás recibe la orden de convertir a los ninivitas.

49. El árbol soñado por Nabucodonosor, al que vemos dormido a su sombra.

50. Nabucodonosor delante de la estatua de oro que se hizo erigir; sus músicos tocan el arpa y la cítara para convocar a los súbditos.

51. Los verdugos atizan el fuego del horno donde hay tres jóvenes.

52. El ángel del Señor ase por los cabellos a Habacuc y lo transporta a Babilonia para que lleve la comida a Daniel, encerrado en el foso de los leones.

53. Daniel en el foso de los leones.

Relieve románico.

54. Abel asesinado por Caín.

55. Abel ofrece a Dios las primicias de su rebaño, un cordero.

56. Un ángel inciensa al Señor.

57. Dios Majestad (el Omnipotente) bendice y muestra el libro de la Ley.

58. Un ángel inciensa al Señor.

59. Caín ofrece al Señor los frutos de la tierra.

60. Caín sepulta el cadáver de Abel.

61. El arco decorado con medallones circulares con motivos vegetales y animales. En el medallón central, el Cordero de Dios con la cruz y, en cada uno de los lados, un ángel que lo adora.

62. Los meses del año. Enero: un campesino recoge leña para el hogar.

63. Febrero: un hombre y una mujer preparan quesos.

64. Marzo: el campesino labra la tierra.

65. Abril: el campesino contempla el trigo a la sombra de un árbol florecido, junto al que pasta una oveja.

66. Mayo: un hombre y dos mujeres recolectan la fruta temprana.

67. Junio: la siega de las mieses.

68. Julio: el campesino carga la gavilla ayudado por su mujer.

69. Agosto: dos hombres rodean el tonel para la vendimia.

70. Septiembre: un hombre y una mujer vendimian.

71. Octubre: el pastor toca el corno y los cerdos comen bellotas.

72. Noviembre: la matanza del cerdo.

73. Diciembre: los esposos cerca del hogar, con jamones colgados.

Relieve románico.

2

El dogma de la Inmaculada Concepción

En 1854, el papa Pío IX realizó una declaración tan trascendental que alteraría para siempre el rumbo de la historia de la Humanidad: proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Desde Roma cantidad de palomas mensajeras volaron en todas las direcciones llevando la buena nueva *urbi et orbe*. En los cuatrocientos mil templos católicos del mundo se celebraron grandes fiestas con repiques de campanas, luminarias nocturnas y misas; en los cientos de miles de conventos de clausura repartidos por la faz de la tierra, las monjitas se regocijaron y recibieron la noticia con albricias, grititos de placer y arrobos místicos.[1]

Inmaculada Concepción (azulejo).

La proclamación de la Inmaculada Concepción de María zanjaba una enconada disputa teológica entre franciscanos (inmaculistas) y dominicos (maculistas) que se remontaba a varios siglos y había sembrado la cizaña entre dos órdenes prestigiosas, las cuales quizás anduvieron tan obnubiladas en la defensa de sus respectivas posturas que descuidaron parcialmente el amor fraterno que como hombres de Dios se debían y deben.[2]

La controversia no se limitó al ámbito eclesiástico, sino que se extendió a la población civil. Ciudades y familias se dividieron en maculistas e inmaculistas y se unieron a la contienda teológica.[3]

En España las ideas inmaculistas triunfaron casi sin oposición. Los monarcas juraban defender dicha creencia al acceder al trono, en muchas universidades los alumnos juraban defender la Inmaculada Concepción con la espada si fuera necesario; Murillo y otros pintores pintaban Inmaculadas por encargo de reyes o conventos franciscanos... Se divulgó el saludo «Ave María Purísima» (respuesta: «Sin pecado concebida») con que aún hoy saludamos la voz virginal de la monjita que nos vende las yemas y la mermelada de tomate en el torno del convento.

Es natural que el papa recompensara a los católicos españoles nombrando a la Inmaculada Patrona de España (sin demérito de Santiago, santa Teresa y los otros patrones que ha merecido esta bendita tierra).

España, como nación consagrada a la Inmaculada Concepción, detenta un privilegio que nos envidia el resto de las naciones de la Cristiandad: nuestros sacerdotes visten una casulla azul en día tan señalado.[4]

Apena reconocer que la proclamación del dogma de la Inmaculada no fue universalmente aplaudida por la clericalla. El presbítero parisino Jean-Louis Verger mostró su disconformidad matando de una puñalada al arzobispo de la archidiócesis, monseñor Auguste Sibour. El irascible teólogo declaró a la policía que, en realidad, hubiera preferido asesinar a Pío XI, pero, careciendo de medios de fortuna para trasladarse a Roma, se había tenido que conformar con monseñor el arzobispo. Puesto en la guillotina, aún gritó «¡Viva Jesús!» antes de que la cuchilla pusiera fin a sus problemas teológicos y lo catapultara, supuestamente, al tribunal de la Justicia Divina, donde, sin duda, lo informaron si el debatido dogma era o no homologable.

Inmaculada Concepción (Museo Sorolla, Madrid).

Como la ejecución de Jesús fue un sacrificio a Dios, que era Él mismo (un autosacrificio difícil de entender, lo sé), en la literatura cristiana Jesús aparece a veces como cordero, que era el típico animal sacrificial de los judíos: «Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo». En el Apocalipsis, el cordero aparece continuamente: el trono de Dios se denomina «Trono del Cordero», aunque alude al sitial ocupado por el Hijo: «¡Gloria a Nuestro Dios que está sentado sobre el trono y al Cordero!» (Ap 7, 9-10). De ahí procede, por extensión, que los cristianos seamos ovejas de la Iglesia. El dueño del rebaño, Dios, o su rabadán en la Tierra, el Papa, pastorea por medio de clérigos, los pastores asalariados, a través de los cuales esquila y ordeña al rebaño, o sea, los fieles. La metáfora no puede ser más bella.

Notas

1. La diferencia entre buey y toro es obvia: el buey es un toro castrado. Lamento que el sexo aparezca ya en la primera página, pero esta precisión resultaba inexcusable. Por otra parte, la Iglesia comparte esta preocupación nuestra por el sexo. Gran parte de la doctrina que recibimos durante el pontificado de Juan Pablo II versó sobre temas sexuales, en especial sobre «la triple concupiscencia», «el placer carnal que desfigura el lenguaje del cuerpo», «la gloria de la castidad», «la pureza intacta» y «los pecados de la incontinencia». Esta aparente fijación del Santo Padre, y de la Iglesia en general, por los temas sexuales no se debe, como pudiera parecer, al hecho de que en su mayoría sean reprimidos sexuales como algunos creen (y les achacan, maliciosamente, unas supuestas inclinaciones pederásticas), sino antes bien a imposiciones del Espíritu Santo, o sea, del propio Dios en persona, cuyos designios, al ser inescrutables, quedan fuera y lejos de toda apreciación humana.

2. Rafa Julve, «La ignorancia religiosa desazona a los docentes de historia del arte», *El Periódico*, 20 de abril de 2009, p. 22.

3. Amando de Miguel, *Los españoles y la religión*, Debolsillo, Barcelona, 2006, p. 203.

1. Las mayores basílicas tenían tres naves, la central más ancha y más alta que las laterales y separada de ellas por columnas. Otro esquema arquitectónico que imitaron los constructores de iglesias.

2. La basílica de San Pedro en Roma, demolida por el papa Julio II para levantar el templo actual, fue la primera que incorporó un transepto o nave transversal para reproducir con su planta una cruz latina. Es lo que técnicamente se conoce por planta cruciforme, para distinguirla de la basilical.

3. El edificio circular romano más importante, el panteón de Adriano, se transformó en iglesia. De nueva planta se construyó la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, supuesta tumba de Jesús, que inspiró muchas otras. En cualquier caso, la planta central es más propia del oriente bizantino, recordemos la iglesia de Santa Sofía en la moderna Estambul.

1. Informado del incidente, el gobernador civil condonó la multa al inculpado atendiendo a su condición de retrasado mental (me refiero al inculpado, no al gobernador) y a que, en esta ocasión, no constaba que hubiera mediado intención pecaminosa.

2. En algunas iglesias de los Pirineos puede verse una puerta secundaria más baja y mezquina por la que estaban obligados a entrar los cagotes o agotes, un grupo racial discriminado que probablemente descendía de moros cristianizados tras la invasión musulmana que los franceses detuvieron en Poitiers. Otra puerta de mezquino tamaño es la de la basílica de la Natividad, en Belén, así dispuesta para evitar que los turcos entraran a caballo en el sagrado recinto.

3. Recordemos la familiar estampa del dictador Franco o de sus sucesores en el Gobierno abrazando la chepa del apóstol en el camarín de la catedral compostelana, una vistosa ceremonia estatal lógicamente suprimida por el Estado laico que sucedió a la dictadura.

4. En otro tiempo, cuando todavía se establecía una rigurosa separación de sexos dentro de la iglesia, la nave se reservaba a los hombres y el coro alto, a la entrada del templo, a las mujeres, de modo que la cercanía y el olor de las hembras no soliviantara a los machos y disparara los niveles de testosterona en el sagrado recinto. En algunos pueblos, sin embargo, era costumbre que las mujeres asistieran al Santo Sacrificio desde los bancos delanteros, cerca del altar, mientras que los hombres se ponían atrás, prestos a salir de estampida en cuanto terminara la ceremonia.

5. Nos trae a la memoria un cuento de Juan de Arguijo (siglo XVII): un racionero cordobés conversaba en la calle con un conocido cuando las campanas de una iglesia cercana rompieron a doblar. «Interrumpió su cuento el racionero y amohinose de suerte que, alzando al Cielo las manos, exclamó: "¡Bendito seas tú, Argel, donde no hay campanas que estorben a los que están en conversación, hablando de lo que les cumple!".» Juan de Arguijo, *Obra completa de don Juan de Arguijo* (1567-1622), cuento 313, Albatros Ediciones, Valencia, 1985.

Igualmente molestos son los altavoces de campanario que difunden a horas intempestivas grabaciones de cánticos celestiales, sin respetar el descanso nocturno o la siesta de los honrados vecinos. Fue famoso el de la iglesia de San Ildefonso de Jaén, instalado por el cura Maroto para loar a su patrona, la Virgen de la Capilla, que ahuyentaba de la capital las pernoctas de los viajantes de comercio, con grave quebranto del ramo hostelero.

6. Campanarios españoles famosos son el de la Giralda de Sevilla, construido sobre una torre almohade; el de la iglesia de San Bartolomé, en Jerez de los Caballeros (Badajoz); la torre norte de la catedral de Santiago de Compostela (La Coruña) y la de Pedroche (Córdoba).

7. Algunas de las espadañas más notables están en la iglesia del Carmen (Cádiz), en la catedral de la Merced (Huelva) y en la iglesia de San Salvador, en Cantamuda (Palencia).

8. Criptas interesantes son las del panteón del barón de Velasco, neobizantina, construida en 1914, en Arjona (Jaén); la de la iglesia del Hospital de la Caridad de Sevilla, cenotafio del venerable Miguel de Mañara, la de la catedral de Palencia y la de Santa Eulalia, en la catedral de Barcelona.

9. Aquí viene al caso la experiencia vivida por un confesor amigo que recibió en el confesonario a un pecador contrito:

—Me acuso, padre —le dijo—, de haber copulado con un ligue en esta iglesia.

—¿Dónde, hijo mío? ¿En la cripta? —se alarmó el cura.

—No, padre —respondió el cuitado—. Lo hicimos detrás del altar de Santa Águeda, en el hueco que hay detrás del retablo.

—El pecado es grave —suspiró el cura—, pero hay que reconocer que el sitio es cojonudo.

—Y, además, el más cómodo, padre —señaló el penitente—, porque lo hicimos la mar de cómodos encima de las alfombras que guarda allí el sacristán.

10. La norma no se ejecutó hasta el primer tercio del siglo XIX, cuando la mortandad causada por la epidemia de cólera de 1831 aconsejó habilitar nuevos cementerios a cierta distancia de las poblaciones. La Iglesia transigió esta vez, aunque consiguió ampliar su jurisdicción a los nuevos cementerios.

11. El cementerio más notable es el de Génova (Italia), que encierra una verdadera galería de arte. En España son recomendables el de la Almudena (Madrid); el de Barcelona y, por su pintoresquismo, los de Luarca, en Asturias, y el de la localidad malagueña de Casabermeja. Podríamos añadir el Cementerio de los Ingleses, en Málaga capital.

1. Por ejemplo, en el de El Escorial, dedicado a san Lorenzo, observamos en muchos lugares la parrilla que simboliza a este santo, asado en uno de esos adminículos de cocina, como páginas adelante se verá.

2. Por doquier encontraremos los emblemas de estos prelados esculpidos en piedra. Ya hemos dicho que nos predican el cristiano desprecio a las pompas terrenas y luego se desviven por dejar memoria de sí mismos. No hay quien los entienda.

3. A raíz de las desamortizaciones del siglo XIX, cuando el Estado los expropió alegando que la economía nacional se iba al garete si no se restituía a manos privadas parte del inmenso patrimonio improductivo (las «manos muertas») que la Iglesia había acumulado. Es sabido que los confesores y los directores espirituales persuadían a muchos ancianos pudientes de que si testaban a favor de la Iglesia cediéndole todos o parte de sus bienes, se redimirían de las penas del purgatorio. A este propósito citaré un suceso cierto ocurrido en la década de 1920. Una anciana rica había testado en beneficio de un convento de dominicos de la localidad. Avisados de que está agonizando, los padres de Santo Domingo acuden a consolarla, pero al llegar a la residencia de la anciana ven salir a una pareja de jesuitas acompañados de un notario. En el intercambio de saludos y cortesías pastorales, el jesuita de más edad les dice: «Los patriarcas del Nuevo Testamento saludan fraternalmente a los patriarcas del Antiguo Testamento». Y el notario remacha: «Amén». Aprovechando la ausencia de los confiados dominicos, habían conseguido que la anciana revocara sus primeras voluntades y testase a favor de los ignacianos.

4. Está a cargo de un monje cillerero, cargo para el que el prudente abad escogía a un hermano abstemio y de sobriedad probada, preferentemente leptosomático, esquinado de carácter e insobornable.

5. En estas boticas monacales se experimentaba no sólo con jarabes medicinales, sino también con vino y diversos espirituosos. De ellas salieron esos licores de monjes hoy tan apreciados, como el Monacal de setenta y tres hierbas, el Benedictine, el Malibú, el Chartreuse e, incluso, el champán, perfeccionado, ya que no inventado, por el benedictino Dom Pérignon (1638-1715).

6. A menudo se sepulta a los monjes en el claustro y a los abades en la propia iglesia.

7. En los conventos carmelitas se consumían patatas ya en el siglo XVI (las menciona santa Teresa en sus cartas), aunque el uso gastronómico de ese tubérculo no se divulgaría hasta dos siglos después.

1. Los ejemplos más representativos están en Oviedo: San Miguel de Lillo (848), Santa María del Naranco, Santa Cristina de Lena y San Julián de los Prados.

2. Especialmente interesante es la iglesia rupestre de Mesas de Villaverde (Málaga). Otros ejemplos representativos de arquitectura mozárabe son San Baudelio de Berlanga (Soria), San Miguel de Escalada (León), San Juan de Baños (Palencia, siglo VII), San Cebrián de Mazote (Valladolid), Santa María de Lebeña (Cantabria), Santiago de Peñalba (León) y San Pedro de Lárrede (Huesca).

3. Son ejemplos el conjunto de Tarrasa (Barcelona); el monasterio de Santa María de Ripoll (Gerona), hacia 799, y la iglesia abacial de San Miguel de Cuixá (Roselló, Lérida), de principios del siglo x, con tres naves cortas divididas por pilares, arcos túmidos y doble ábside rectangular.

4. Ejemplos destacados de arquitectura románica son la iglesia de San Martín de Frómista (Palencia), el monasterio de San Juan de la Peña (Zaragoza) y la catedral de Santiago de Compostela (La Coruña). Esta última posee una planta amplia de cruz latina; tres naves, la central cubierta por bóvedas de medio cañón y las laterales, con bóveda de arista; un largo crucero y una cabecera semicircular con amplia girola y cinco capillas radiales. Sobre las naves laterales discurre una tribuna que rodea toda la iglesia.

5. La culminación de la escultura románica es el Pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago. La puerta, enmarcada por sus arquivoltas, ofrece en el tímpano una visión de Dios en su Gloria, acompañado de santos y músicos, así como la descripción apocalíptica del Juicio Final. Igualmente notables son las puertas del monasterio de Santa María de Ripoll (Gerona) y las de San Martín de Frómista (Palencia).

6. No es que el artista sea torpe: es que no intenta representar fielmente el objeto. Su obra quiere transmitir ideas morales y religiosas mediante símbolos. Eso explica, por ejemplo, que los ojos y las manos de las figuras resulten desproporcionados, en su calidad de partes de la anatomía humana espiritualmente más expresivas.

7. Al lector interesado en contemplar estas obras de arte se le recomienda que dé un paseo por Palencia, el sur de Cantabria y el norte de Burgos y visite iglesias como la de Revilla de Santullán o de San Cebrián de Mudá (Palencia), donde verá penes erectos que abultan más que el propietario; la pareja copulando del capitel de la colegiata de Santillana del Mar (Cantabria); el fraile que se levanta el hábito para mostrar su envidiable natura en San Vicente de la Barquera (Cantabria); o las parejas que hacen uso del matrimonio en las iglesias de San Pedro de Tejada (Burgos), Santa María del Yermo (Cantabria) o San Pedro de Cervatos (Cantabria). La lista incluye también Frómista, Gama, Matalbaniega y Villabermudo (Palencia), así como San Quirce de Los Ausines, Valdenoceda y San Miguel de Cornezuelo (Burgos). Había más, pero muchos se eliminaron en el siglo XIX.

8. Entre los frescos románticos españoles destacan los de San Clemente de Tahull (en el Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona) y los del Panteón de los Reyes de San Isidoro del Campo (León).

9. Entre los frescos góticos más bellos podemos destacar los de la catedral de Salamanca y los de San Miguel de Barluenga y San Miguel de Foces (Huesca).

10. Destacan la remodelación de la basílica del Pilar, el convento de los agustinos filipinos de Valladolid y la catedral de Cádiz.

Se prolongan la imaginería y la pintura del siglo anterior con artistas como José Esteve (1741-1802), autor de la *Inmaculada* de la catedral de Valencia.

11. Si miramos a obras de más fuste de este estilo destacaremos la fachada de la catedral vieja de Barcelona, la catedral de Vitoria y, ya metidos en nuestro tiempo, la fachada de la iglesia mayor de Tarrasa. También se inspira en el gótico el bellísimo templo de la Sagrada Familia (Barcelona), pero este es un capítulo aparte porque está inspirado por un verdadero genio.

12. No me lo confundan con el también sevillano «Cristo del Pedo» (o «del Cuesco»), así denominado por su peculiar escorzo, pues este es barroco, del siglo XVII, y obra de algún mérito.

13. Pongamos un ejemplo. En 1907 varios beneméritos investigadores recorrieron el pirenaico valle de Arán y la Alta Ribagorza fotografiando y describiendo unos treinta edificios románicos dispersos por aquellas comarcas. Justo un siglo después, en 2007, el investigador Santiago Alcolea repite el viaje con los mismos objetivos y el estudio de sus predecesores en la mano. El resultado ha sido descorazonador: el 82 % de los objetos artísticos que había hace cien años ha desaparecido, un 22 % destruido en la Guerra Civil y el 60 % restante en tiempo de paz, vendido por los párrocos con el consentimiento de los obispos y de manera absolutamente legal, respetando el Código de Derecho Canónico de 1917. Véase el libro de Jordi Campillo *On és la calaixera? L'espoli del patrimoni historicoartístic altpirinenc al segle XX*, Garsineu Edicions, Barcelona, 2007.

14. Y conste que la caridad bien entendida comienza por uno mismo, en este caso por el párroco, tan necesitado en lo corporal y en lo espiritual.

1. El cristianismo, en sus orígenes una secta judía herética, copió ceremonias, ritos y creencias de otras religiones mistéricas con las que competía. Esto explica que incorporara doctrinas y creencias a menudo contradictorias. Por una parte, su origen judío lo obligaba a proclamar la existencia de un Dios único, iracundo, vengativo (incluso francamente miserable, a veces) y celoso de su singularidad; por otra, la influencia del paganismo lo conducía a la creencia en un trío de dioses (como mínimo). Esta incoherencia se manifestó en la proclamación de la Santísima Trinidad: Dios es a la vez uno y tres. Como ello es matemáticamente imposible, la Iglesia lo ha declarado un misterio y un dogma en el que sus seguidores han de creer si quieren salvarse del Infierno.

En realidad, visto desde el punto de vista teológico, la Santísima Trinidad no deja de tener cierta lógica: es de sentido común que el Hijo es en realidad el Padre y viceversa, si tenemos en cuenta que ese Hijo se encarna como un hombre normal y corriente, que nace de una Virgen fecundada por Dios Padre, o sea Él mismo, con dos naturalezas, divina y humana, para que los hombres lo torturen y crucifiquen y, de ese modo, la Humanidad quede limpia de un Pecado Original contraído en el Paraíso por la primera pareja humana (Adán y Eva) y heredado por el resto de la Humanidad con la única excepción (según se ha sabido después) de la Virgen. Esto no requiere mayor explicación porque es de sentido común y se entiende perfectamente.

2. Aunque, al propio tiempo, con esa coherencia esencial que caracteriza a la Iglesia, prohibió ciertas representaciones demasiado humanas de la Trinidad.

3. En ocasiones la paloma del Espíritu Santo sobrevuela las cabezas de los apóstoles y hace aparecer sobre ellas lenguas de fuego. Esto se debe a un carisma o don llamado glosolalia que consiste en hablar distintas lenguas sin el esfuerzo de estudiarlas. Es la envidia de las academias de idiomas en general y, más en particular, de los gobernantes españoles cuando han de intervenir en foros internacionales por imperativo del cargo.

4. La representación de la Trinidad más esquemática es el triángulo equilátero, desaprobado por san Agustín, porque era un símbolo maniqueo. Probablemente por este motivo no aparece hasta el siglo XI con el vértice hacia abajo. Más tarde se generalizó el vértice hacia arriba. El triángulo representa en la masonería al Gran Arquitecto del Universo.

5. El plumaje no nos permite sexar al ave a simple vista, pero, puesto que tuvo que ver directamente en el embarazo de María, no nos parece aventurado considerarlo pichón.

6. En efecto, su promiscuidad es notable.

7. Ya sé que el vaso canónico para beber la manzanilla de Sanlúcar se llama caña, pero me he resignado a no usar la palabra apropiada para que me entiendan los desdichados lectores que no han disfrutado del privilegio de hacer el camino del Rocío, «la experiencia más grande que una persona humana (*sic*) pueda tener en esta vida». Debo esta precisión al vehemente rociero M. Z. Ch., también conocido como «el Gorrón de Villamanrique». Desde aquí, mi agradecimiento al ilustre prócer.

1. «No os hagáis ídolos, ni pongáis imágenes o estelas, ni coloquéis en vuestra tierra piedras grabadas para postrarse ante ellas, porque yo soy Yahvé vuestro Dios» (Lv 26, 1). Lo mismo recomiendan el Éxodo (Ex 20) y el Deuteronomio (Dt 5, 8), pero los católicos nos lo pasamos por el forro.

2. El pez, *ICHTHYS* en griego, es anagrama de Cristo: sus letras son las iniciales de la frase *«Iesous Christos Theou Yios Soter»* (*Iesous*, Jesús; *Christos*, Cristo; *Theou*, Dios; *Yios*, Hijo; *Soter*, Salvador) o, lo que es lo mismo, «Jesús Cristo, Hijo de Dios, Salvador». Lo ampliaremos en el apartado de los símbolos.

3. Se inspira en una figurita de cera de 48 centímetros de altura que la princesa Polixena Lobkowitz regaló a los carmelitas de Praga hacia 1630. En 1655, el conde Martinitz, gran marqués de Bohemia, regaló a la imagen una preciosa corona de oro esmaltada con perlas y diamantes.

4. El Pantocrátor se observa mucho en las iglesias medievales, especialmente en los tímpanos de las portadas, en los ábsides y en los frontales de altar. Es la representación de Cristo románico por excelencia.

5. El paño de pureza es, en realidad, una falda que rodea la figura. Admite largos muy diversos, desde la maxi del Cristo de Burgos hasta la minifalda que observamos en otras imágenes castellanas.

6. Véase Mc 9, 42-43: «Y cualquiera que escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello, y fuera echado en la mar. Y si tu mano te escandalizare, córtala: mejor te es entrar a la vida manco, que teniendo dos manos ir a la Gehenna, al fuego que no se apaga».

7. En muchas imágenes aparecen sólo tres huevos. El huevo de avestruz simboliza la vida y la resurrección. Ya aparece en enterramientos prehistóricos como ofrenda funeraria.

8. Es patrón de la localidad jiennense de Cabra de Santo Cristo y posee dos activas cofradías en Sevilla y Murcia que efectúan estación de penitencia en Semana Santa. El título completo de la cofradía sevillana sugiere la complejidad teológica de su devoción: Pontificia, Real, Ilustre y Fervorosa Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de Burgos, Negaciones y Lágrimas de San Pedro y Madre de Dios de la Palma.

9. La imagen, del taller de Juan de Mesa (escuela sevillana), se veneraba en el convento de los capuchinos de la plaza fuerte de Mehdía o Mármora (Marruecos). En 1681 la capturaron los moros y la arrastraron por las calles ocasionándole multitud de tolondrones y desperfectos. Rescatada por los trinitarios, la restauraron y la depositaron en la iglesia de la plaza de Jesús, en Madrid, donde es venerada por el pueblo. Al parecer es muy milagrosa.

10. Ya en el siglo XII, san Bernardo mencionaba a menudo «el muy dulce corazón de Jesús». Paralelamente, en la Edad Media se rendía culto a las Cinco Llagas de Cristo (en las manos, los pies y el costado). En las primeras imágenes de Cristo, la lanzada del costado quedaba del lado derecho, pero a final de la Edad Media los artistas la trasladaron al lado izquierdo para que interesara el corazón. Este protagonismo del corazón condujo, andando el tiempo, al culto del que tradicionalmente se consideraba el órgano del amor. A finales del siglo XVI menudearon imágenes del Corazón de Jesús (solamente el corazón, sin persona que lo sustentara) atravesado por tres clavos y engastado en una corona de espinas. De ellas, poco después, derivaría la figura de Jesús con el corazón por fuera.

11. El cerebro incorrupto de santa Margarita María se conserva en su convento dentro de un bello relicario de cristal y oro.

12. «El último esfuerzo», dijo. El aviso iba en serio, que Dios no bromea, pero es evidente que la Humanidad no le prestó demasiada atención. Por eso el mundo va como va.

13. Pero se limitó a divulgar la devoción del Cristo, que era el que se le aparecía, marginando la del Sagrado Corazón de María.

14. A la rápida divulgación del culto contribuyó el hecho de que ofreciera una serie de ventajas a sus practicantes, a saber:

1. Bendeciré los lugares donde la imagen de mi Corazón sea expuesta y honrada.

2. Estableceré la paz en el hogar.

3. Les daré todas las gracias necesarias en su estado de vida.

4. Los confortaré en todas las aflicciones.

5. Los pecadores encontrarán en mi corazón un océano infinito de misericordia.

6. Los fríos se harán fervorosos.

7. Los fervorosos se harán perfectos.

8. A los sacerdotes les daré la gracia de tocar a los corazones más endurecidos.

9. Los que promuevan esta devoción encontrarán sus nombres escritos en mi Corazón.

10. A los que comulguen los nueve primeros viernes de mes seguidos, no morirán en desgracia, ni sin recibir los Sacramentos.

15. A Bernardo de Hoyos le dolía España y su secular atraso, como después le dolió a los noventayochistas y ahora nos duele a nosotros. ¿Por qué hemos de ser menos que nuestros vecinos? La Corte Celestial, el Espíritu Santo o quienquiera que sea responsable en este asunto, nos ningunea hasta en la homologación de las apariciones de la Virgen: ¿Por qué se les ha confirmado Lourdes a los franceses, Fátima a los portugueses y nosotros todavía estamos esperando que nos homologuen alguna de las múltiples apariciones de María registradas en nuestra tierra: Garabandal, El Escorial, El Palmar de Troya, etcétera. La injusticia que comete con los españoles el Espíritu Santo (o a quien competa el asunto allá arriba) es evidente, máxime cuando nuestros obispos tienen ya consagrada España al Inmaculado Corazón de María (Congreso de Zaragoza, 12 de octubre de 1954) y han renovado la consagración recientemente (peregrinación al Santuario del Pilar de Zaragoza, 22 de mayo de 2005). ¿No bastan estas muestras de amor y devoción? ¿Qué más podemos ofrecerle? ¿Es que hemos dejado de ser la Tierra de María Santísima, ese título que tanto nos enorgullece? También es cierto que no parece conveniente puentear a la Iglesia ni al Vicario que ata y desata en la Tierra por concesión perpetua de Cristo. ¿No podía el Opus Dei mover sus influencias en el Vaticano para que nos homologuen? ¿Qué trabajo le cuesta al Santo Padre concedernos su venia para que tengamos un santuario de fama universal, aunque sea el de Torreciudad con su Virgen de la Rosa que se le apareció a san Josemaría?

16. El Corazón de Jesús no puede tener queja. El rey Alfonso XIII le consagró España el 30 de mayo de 1919 en la inauguración del monumento del Cerro de los Ángeles (Madrid), en presencia del Gobierno en pleno y las máximas jerarquías religiosas y, si exceptuamos el contratiempo de su fusilamiento y posterior voladura en 1936, España siempre se ha mantenido fiel a su devoción hasta nuestros días. Todavía quedan casas de renta antigua con la placa del Sagrado Corazón en la puerta de cada vivienda.

17. Una especie de inspección creada en 1588, por el papa Sixto V.

18. Podemos comprender la postura realista de Jesucristo. Hacía ya tres siglos que se había aparecido reiteradamente a la monja Margarita María de Alacoque para comunicarle que aquella advocación, la del Sagrado Corazón de Jesús, «era el último esfuerzo de su amor», es decir, nos había dado un ultimátum. A pesar de eso la Humanidad, la Cristiandad al menos, no sólo no se había regenerado, sino que iba de mal en peor (enciclopedismo, materialismo, cientifismo, evolucionismo, laicismo y socialismo). En tan grave coyuntura, ¿qué hacer? Cristo podía mostrarse fiel a su palabra y cumplir la amenaza castigando al género humano, eso es evidente (no sería la primera vez, recordemos el Diluvio). Sin embargo, esta vez se mostraba un padre tolerante y comprensivo, no el *padre padrone* del Antiguo Testamento, sino el padre tolerante del Nuevo, un padrazo. Quizá la experiencia de su paso por la Tierra, con aquella traumática experiencia de la Crucifixión, lo había hecho madurar. Lo cierto es que, olvidando las amenazas que profiriera tres siglos antes, se mostraba dispuesto a conceder a la Humanidad una segunda oportunidad. Para ello había renovado su imagen (aunque no creo que los asesores de imagen vayan al Cielo) y en lugar del Sagrado Corazón de Jesús, un tanto carroza y quizá retro en su concepción plástica, proponía ahora el Señor de la Misericordia con los dos rayos de luz emanando de su figura. Es evidente que había devuelto el Corazón a su caja torácica, de donde nunca debió salir (asustaba a los niños).

19. Excepto cuando lo pintan iracundo y extremadamente violento, en el trance de expulsar a los mercaderes del Templo.

20. De la prensa internacional copiamos la siguiente noticia, publicada en 2008: «Los vecinos del barrio Santa Rosa de Lima, ubicado al oeste de la capital santafesina, no logran salir de su asombro desde la mañana de hoy debido a una "imagen de Cristo" que quedó estampada en la pared donde orinó un perro. Se trata de una supuesta imagen de Jesucristo que habría aparecido en una pared donde minutos antes había orinado un perro callejero. La prensa local informó de que en la capital santafesina hay un "alboroto muy grande" debido al hecho que llamó la atención de todos y cuya imagen fue fotografiada y filmada por cuanto camarita anduvo dando vueltas por el lugar. El hecho ocurrió en Aguado, entre La Rioja y Tucumán, cuando un vecino logró divisar una "imagen rara" luego de que el perro orinara sobre la pared de un comercio que da a la vereda, sobre la calle. El vecino que observó la imagen sostuvo en declaraciones a la prensa que la misma era "muy similar a la silueta de la cara de Cristo" por lo que avisó a sus conocidos. Minutos después del "avistaje", un numeroso grupo de vecinos se juntaron para ver la imagen a la que calificaron como un "milagro" y prometieron asistir al "santuario" para rezarle y prenderle velas. Una vecina que llegó al lugar para ver "la cara de Cristo" dijo a la prensa santafesina que la aparición "es una bendición para todo el barrio"».

21. Es una ocurrencia de la película *Dogma* (Kevin Smith, 1999), protagonizada por Ben Affleck y Matt Damon, que se ha popularizado en ambientes marginales y ecologistas.

22. La modelo interpreta el papel de «la Hija de Dios» en la obra teatral *La pasión según Alejandra Azcárate*, sacrílega parodia de la Santa Cena, con reconocidas personalidades de su país en el reparto apostólico. Los sonrojantes fotogramas aparecieron en la revista masculina *Soho*.

23. En el libro en cuestión también aparecen: una Anunciación en la que el arcángel san Gabriel, empalmado como un pollino, eyacula sobre María; la Virgen acunando a un lechoncillo; san Roque amancebado con su perro; san Juan de la Cruz practicando sexo oral; santa Teresa en pleno orgasmo (más intenso que el que le esculpió Bernini, si cabe imaginarlo) y otras lindezas. Lo más sangrante es que el engendro está prologado por el consejero de Cultura y candidato socialista a la alcaldía de Badajoz. El PP ha denunciado el ataque a la simbología de la religión católica. En Londres disienten y han galardonado a Montoya con el premio Erotic Awards 2007. Vergonzoso.

1. Nos gusta más el Jesús nórdico de las estampitas que hacen suspirar a las novicias, el que hacía levitar a santa Teresa y tanto la ponía.

2. La idea que tenemos de Jesús, alto, guapo, de mirada serena, con barba partida, es la que nos ofrece la iconografía a partir del Sagrado Corazón esculpido por el danés Thorvaldsen, pero no es creíble que este chicarrón nórdico reproduzca el aspecto de nuestro humilde carpintero galileo.

3. ¿Por qué no? ¿Qué significa ese minúsculo lapso de tiempo, catorce siglos, apenas un milenio y pico, comparado con el abismo sin límites de la Eternidad, con las cifras de millones de millones de trillones de años en las que se maneja Dios? Dios es eterno, no tuvo principio ni tendrá fin. Ante esa enormidad mareante de tiempo, un milenio y pico de diferencia carece de importancia. Por lo tanto aceptemos, como hacen los sindonólogos, que en el siglo I envolvieron un cadáver con un lienzo del siglo XIV. Además, tenemos pruebas concluyentes de que Dios ha alterado el análisis de los laboratorios del radiocarbono para castigar la presunción de los científicos descreídos. Lo dicen las Escrituras: «No pondrás a prueba al Señor, tu Dios» (Dt 6, 16).

4. Y eso que, ocupadísimo como estaba en la salvación de la Humanidad, nunca pisó un gimnasio ni realizó trabajo alguno que requiriera un esfuerzo físico que entrañara cierto desarrollo muscular.

1. Esto refleja una economía insuficientemente monetarizada, propia de tiempos arcaicos. Hoy los sacerdotes prefieren que paguemos en metálico los estipendios (así los llaman) que perciben por sus servicios, aunque tampoco ponen reparos a fincas y herencias.

1. Tenía sus motivos: la Virgen le concedió el inconmensurable honor de degustar la leche de su pecho no mamándola directamente, lo que se hubiera prestado a malévolos comentarios, sino a distancia, apretándose el pecho de manera que un chorrito del preciado líquido fuera a parar a los labios de Bernardo, que oraba postrado ante ella. Es lo que la Iglesia conoce técnicamente como «lactancia de san Bernardo». Es de señalar que, aunque el santo no estaba habituado a beber en botijo, y mucho menos en porrón, dado que era francés, sin embargo no se desperdició ni una gota del preciado líquido. Este suplemento alimenticio no se lo ha concedido la Virgen, que se sepa, a ningún otro santo.

2. Afortunadamente estas rencillas entre órdenes fraternas (que a veces se resolvían en reyertas, con derramamiento de sangre y todo) han desaparecido hoy o están muy mitigadas. Ello se debe a que el ecumenismo se abre camino, gracias sean dadas a Dios.

3. En 1044, en el curso de una cacería, el rey de Navarra García Sánchez III, más conocido como García el de Nájera, penetra en una cueva y encuentra una imagen de la Virgen, la que hoy veneramos como Santa María en la Cueva, acompañada de una campana y una jarra de barro vidriado y dos asas, o terraza, que contiene un ramo de azucenas frescas (esta jarra se constituiría en símbolo del monasterio). El rey decide construir allí mismo el monasterio de Nájera. Es el origen del símbolo de la vasija o jarrón con cinco azucenas, tan habitual hoy en la iconografía cristiana.

4. Me refiero a la coquilla o coquillera, esa pieza de la armadura que tanto destaca en los retratos de Carlos V armado. A caballo era incómoda de usar y en lo más reñido del combate la bisagra podía pellizcarle a uno sus partes, con la consiguiente e inoportuna pérdida de concentración.

5. Entonces se decía «una doncella en cabello». Cuando una mujer se casaba, se recortaba la cabellera y tapaba el pelo con una toca. «Soltarse el pelo» equivale a perder el recato y entregarse a los más bajos instintos.

6. Tras el pecado del Paraíso, Adán y Eva se esconden y Dios los llama a juicio; Adán, nada caballeroso, culpa a Eva y ella se excusa alegando que la serpiente la engañó (Gen 3, 13). Dios entonces maldice a la serpiente, y le anuncia: «Pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Él te aplastará la cabeza y tú le acecharás el calcañal» (Gen 3, 15).

7. También vale un fraile, si ha recibido órdenes ordinarias.

8. Son: la profecía de Simeón; la huida a Egipto; la pérdida de Jesús Niño en Jerusalén; el encuentro con Jesús camino del Calvario; la muerte de Cristo en la Cruz; el descendimiento de Jesús de la Cruz, cuando la Virgen abraza el cadáver de su Hijo, y la inhumación del Divino Cadáver.

9. La advocación de la Medalla Milagrosa así como las de La Salette, Lourdes y Fátima corresponden a otras tantas apariciones de la Virgen que siguen un determinado patrón: María se presenta ante niños o monjas receptivas, con variados efectos especiales y mensaje más o menos tremebundo, avisando de calamidades si las ovejas cristianas se apartan del redil de la Iglesia. Se sospecha que responden a un mismo plan de marketing con el que el Cielo intenta contrarrestar los perniciosos y perdurables efectos de la Revolución francesa.

10. El 27 de noviembre de 1830, la Virgen se le apareció a la monja y le dijo: «Esto que ves me lo vas a poner en una medalla. Todas las personas que la lleven, contarán con mi protección». ¿Qué veía Catalina? Veía a la Virgen alta y guapa, vestida de blanco hasta los pies con una aureola alrededor de la cabeza en la que podía leerse: «Oh, María, sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a Ti». Junto a la Virgen había un globo de luz en el que se distinguían una Cruz superpuesta a una letra M, la inicial de María, y debajo, completando el cuadro, los corazones de Jesús y María. La Virgen abrió las manos apuntando los dedos hacia el suelo y hete que de sus dedos fulgentes salieron rayos luminosos que irradiaban hacia abajo. «Este globo que ves —prosiguió la Virgen— es el mundo entero donde viven mis hijos. Estos rayos luminosos son las gracias y las bendiciones que yo derramo sobre todos aquellos que me invocan como Madre. Me siento tan contenta al poder ayudar a los hijos que me imploran protección. Pero ¡hay tantos que no me invocan jamás! Y muchos de estos rayos preciosos quedan perdidos, porque pocas veces me rezan.»

De este modo tan conmovedor y sencillo la Virgen nos regaló la llave que abre las puertas del Cielo, su «medalla milagrosa».

11. Por eso, en puridad, debemos hablar de aparición de los pastores a la Virgen y no de la Virgen a los pastores, puesto que fue Ella la sorprendida.

12. Alfonso Torres, *No los dejes caer en la tentación*, Esfera de los Libros, Madrid, 2004, pp. 332-333.

1. Por eso el presbítero y eximio poeta Luis de Góngora llama, con discutible licencia, «ramerías» —o sea, concentraciones de rameras— a las romerías.

2. Las palabras «negro» y «sabio» comparten la misma raíz en árabe. El negro representa la sabiduría, especialmente la secreta que rige las leyes del universo. En ocasiones el nombre primitivo de la Virgen era, simplemente, «la Negra». El manantial que mana junto a la ermita de la Virgen de la Fuensanta de Martos, en Jaén, se llama todavía «fuente de la Negra».

1. En realidad debió ser un higo, pero los exegetas bíblicos han acordado poner manzana para evitar el malicioso equívoco que se produciría si dijéramos: «Adán se comió el higo que le ofrecía Eva».

2. Nuestros primeros padres están algo desprestigiados desde que Darwin expuso la teoría de la evolución y sus secuaces comenzaron a desenterrar restos de homínidos que cuestionan la Creación divina. España, nos entristece reconocerlo, figura entre los países que más colaboran al descrédito del creacionismo con excavaciones como las de Atapuerca.

3. Y aunque no hubieran sido mustias, tampoco le habrían gustado. Yahvé es carnívoro. En el pacto con Abraham le exige «una becerra, una cabra, un carnero, una tórtola y un palomino para un sacrificio» (Gn 9, 10).

4. Fue el primer drama rural del que tenemos noticia, más propio de la España profunda que de la Biblia, para que se vea que en todas partes cuecen habas.

5. Craso error de los artistas, puesto que en Oriente no se sacrifica apuñalando, sino degollando: un rápido corte horizontal en la garganta que siega la carótida y la tráquea.

6. En su descargo hay que decir que, anteriormente, Esaú había vendido su derecho de primogenitura por un plato de lentejas, lo que da idea de lo hambrón y atolondrado que era.

7. El lector de la Biblia o el visitante de las iglesias puede sospechar que en el Libro Santo no se aprenden más que mañas y sinvergüencerías. Lea los Proverbios y comprobará que no siempre es así.

8. La Iglesia no ha reconocido todavía a Moisés como patrón de los cornudos. Es una iniciativa gremial que se está estudiando.

9. Lo más sangrante es que, según las Escrituras, el propio Dios le inspira las negativas. Dios no se detiene ante nada cuando se empeña en cumplir Sus inescrutables designios.

10. Es el episodio que recuerda Sancho en el *Quijote*, cuando exclama: «Aquí pereció Sansón y cuantos con él son».

11. Es el primer *voyeur* documentado de la Historia, incluso anterior a Giges, el que miraba a la esposa de Candaules, rey de Lidia, según Heródoto.

12. Salomón era muy hábil en lo que se refiere al trato con mujeres: mantenía setecientas esposas y trescientas concubinas y a todas las contentaba, si bien es cierto que a veces flojeaba de las rodillas.

13. Isaías profetizó que el Mesías nacería de una «muchacha» (*almah*, en hebreo), pero el evangelista Mateo manejaba una defectuosa traducción griega en la que habían escrito «virgen» (*betulah*) en lugar de «muchacha» y de ahí procede todo el mito católico de la Virgen embarazada por Dios que da a luz a Jesús. Duele reconocerlo, pero un simple error de traducción ha determinado la teología católica y hasta la creación de una rama específica de ella: la mariología. A estas alturas no cabe marcha atrás, así que «sostenella y no enmendalla».

14. Ya vemos que la tarjetita con el nombre del congresista o la plaquita que identifica al militar o al policía no son invención moderna. Es uno de los méritos de la Iglesia, tan adelantada en muchas cosas. Hemos de considerar que, a menudo, la propia torpeza de los artistas dificultaba la identificación de la imagen, motivo por el cual era preferible acompañarla con un texto explicativo. Una torpeza similar en el ramo de la imaginería es la de un escultor al que la propia parroquia entregó un gigantesco tronco de encina para que tallara un san Cristóbal y, después de mucho trabajarlo, sólo consiguió una mano de almirez.

15. Este Asuero se ha identificado con el histórico Jerjes I, rey de los persas.

16. Según otros exegetas, lo que dijo fue: «Tira más un culo que un mulo».

1. La mandorla es un remoto símbolo místico resultante de la intersección de dos círculos iguales. Los pitagóricos la llamaban «la medida del pez» o *vesica piscis* (vejiga del pez), de la que se deducen interesantes enseñanzas de la geometría sagrada. Al parecer, inspiró la construcción del arco ojival, elemento esencial en las catedrales góticas.

2. Hasta no hace mucho, en el día de San Marcos los curas de las parroquias salían a bendecir los campos. Una jaculatoria popular se recitaba en tiempos de sequía: «Agua, san Marcos, / rey de los charcos, / para mi triguito, / que está muy bonito; / para mi cebada, / que ya va granada; / para mi melón, / que ya tiene flor; / para mi sandía, / que está florecida; / para mi aceituna, / que ya tiene una». Unas veces funcionaba y otras no.

1. El alarido o grito de guerra de los cristianos era: «¡Santiago y cierra!» (o sea, «Santiago y carguemos contra el enemigo»).

2. Matizo: mientras redactaba estas líneas, un fin de semana de 2015 (sin respetar, por cierto, el descanso dominical, *mea culpa*), me vinieron a la cabeza varias noticias que leí, hace años, en la prensa. Una de ellas informaba de que un juez de Valladolid obligó a retirar los crucifijos de un colegio público con el pretexto de que un Estado constitucionalmente aconfesional no puede respaldar ningún credo. La segunda noticia era que la Conferencia Episcopal se reunía de urgencia para arbitrar medidas que atajasen la descatolización creciente de los españoles visible en el hecho de que el número de los que no asisten a la misa dominical se incrementa en unas doscientas mil personas al año. Y, ya para rematar, el hermano en Cristo José Bono no tuvo redaños para dedicar la proyectada placa conmemorativa a sor Maravillas en un lugar destacado del Congreso de los Diputados que presidía. ¿No eras presidente? ¿No eras el que mandaba en aquel cotarro, el *capo di tutti capi*? Pues, coño, haber llamado a mantenimiento para que pusieran la placa, haberte pasado por el forro la opinión de los descreídos y que vayan con las reclamaciones al maestro armero. Si los primeros cristianos se hubieran plegado tan fácilmente ante la presión del paganismo, nos habríamos quedado sin mártires, eso es seguro, y a lo mejor ni teníamos hoy Iglesia y éramos fieles de aquella religión romana tan comodona, sin Infierno, ni Purgatorio, ni Valle de Lágrimas, ni temor de Dios, ni sentido del pecado, ni Semana Santa. ¡No sé adónde vamos a llegar!

3. El de la Santa Cena. A veces asoma por el borde un dragoncito alusivo a una leyenda piadosa que sostiene que intentaron envenenarlo, pero que el veneno salió de la copa en forma de dragón.

1. O sea, reputado o tenido por padre, hermano u otro parentesco, no siéndolo en realidad.

2. El comunismo remite en el mundo, cierto es, pero no lo es menos que la relajación moral crece incontenible: no hay más que poner la televisión y ver que todo está lleno de señoras de moral distraída, drogatas y chorizos. Es lícito pensar que san José tiene desatendida la relajación moral, abrumado como está con el trabajo de tantos y tan diversos patronazgos.

3. Esta bella metáfora justificó, siglos después, que a los condenados por la Inquisición se les quemara vivos, en lugar de ejecutarlos en la horca como se hacía con los condenados de la justicia ordinaria.

4. Ya se ve lo duros de corazón que eran aquellos judíos. Que pruebe una pareja estéril a testar a favor de la Iglesia o de unas monjas a ver si les rechazan la herencia. Nuestra Iglesia está hecha de otra pasta.

5. La «santa intransigencia», como la llama san Josemaría Escrivá de Balaguer.

1. ¿Qué mensaje subliminal nos quiere enviar la mitología romana, que lo que uno practica con su mujer (o esta con su marido) es una mierda, que el casquete fetén es el que se efectúa extramuros de la venerable institución matrimonial?

2. Por ejemplo, *Consus* protegía las cosechas y se le honraba en las fiestas *Consualia*; *Flora* protegía las flores; *Pomona*, los frutos; *Faunus*, los montes y las praderas; *Silvanus*, las selvas; *Pales*, los rebaños; *Terminus*, las fronteras y los linderos. Y, en otro orden de cosas, también tenían un dios *Sterculus* que reinaba sobre la mierda; un *Crepitus* para el pedo (y lo que lo acompaña) y, como hemos visto, una *Cloacina* para los retretes y las cloacas.

3. Tranquilizaron sus conciencias distinguiendo la latría, que es el culto reservado a Dios y a sus asociados (o sea, las tres personas de la Santísima Trinidad), de la dulía, el que se ofrece a los santos, y de la hiperdulía, el debido a la Virgen. De este modo, aunque ocurran fenómenos de idolatría, cuando la gente se despepita por la imagen del santo del pueblo, ellos reservan su conciencia en la restricción mental. Como decía san Ambrosio: «Las locuras son lícitas siempre que paguen». Y como decía santo Tomás: «Por palabras no va a quedar y a palabritas no hay quien nos gane».

4. Sin pretensiones de exhaustividad citaremos algunos patronazgos. Abogados: san Ives (19 de mayo); actores: san Genís (25 de agosto); albañiles: san Esteban (26 de diciembre); arquitectos: santo Tomás (21 de diciembre); artilleros: santa Bárbara (4 de diciembre); astrónomos: san Cominico (4 de agosto); atletas, gimnastas y gais en general: san Sebastián (20 de enero); aviadores: Nuestra Señora de Loreto (10 de diciembre); banqueros: san Mateo (21 de septiembre); barberos: santos Cosme y Damián (27 de septiembre); cantantes: san Alberto (15 de noviembre); carniceros: san Adrián (28 de septiembre); carteros: san Miguel (29 de septiembre); cazadores: san Humberto (3 de noviembre); científicos: san Gabriel (24 de marzo); cobradores: san Bonifacio (5 de junio); cocineros: santa Marta (29 de julio); comediantes: san Vito (15 de junio); conductores: san Cristóbal (30 de agosto); constructores: san Vicente Ferrer (5 de abril); dentistas: san Apolinar (9 de febrero) o el rico Epulón; doctores: san Lucas (18 de octubre); editores: san Juan Bosco (31 de enero); enfermeras: san Marcos Evangelista (30 de abril); estenógrafos: san Gregorio (12 de marzo); estudiantes: san Genecio (25 de agosto); floristas: santa Dorotea (6 de febrero); libreros: san Juan de Dios (8 de marzo); limosneros: san Alejandro (17 de julio); mercaderes: san Jerónimo (30 de septiembre); mineros: san Francisco de Asís (4 de octubre); músicos y notarios: santa Cecilia (22 noviembre); obreros: Santiago el Mayor (25 de julio); panaderos: santa Isabel (19 de noviembre); pescadores: san Andrés (30 de noviembre); pintores: santa Catalina (25 de abril); policías: san Lucas (18 de octubre); profesores: san Gregorio el Grande (12 de mayo); recaudadores de impuestos: san Mateo (21 de septiembre); sastres: santo Tomás de Aquino (7 de mayo); etcétera, etcétera.

5. Aún podemos seguir la pista a las deidades antiguas cristianizadas. De hecho, algunos santos paganos perviven en antiguos santuarios, asociados un río, una cueva o montaña, como en el caso de san Cristóbal; otros perduran a través de las grandes fiestas estacionales asociados a la muerte y a la resurrección de la naturaleza, a la siembra y a la recogida de las cosechas.

6. Para que luego digan que el catolicismo no goza de buena salud: salvando los pequeños escollos coyunturales antes mencionados, está mejor que nunca y la sobrenaturalidad habita entre nosotros en fábricas, oficinas, ascensores, merenderos, graderíos y hasta en bares de alterne si a mano viniere.

7. En efecto, la mujer no sólo soporta, incluso con gozo, los dolores del parto, sino que se presta gustosamente a tormentos como cirugías, estiramientos de piel, desnarigamientos en quirófano, parrillas de rayos UVA, prolongados ayunos, cocimientos en saunas y depilaciones con pinza o cera ardiente.

1. Esta imagen es, en realidad, el boceto de un monumento gigantesco proyectado a finales del siglo XIX que nunca se construyó. El altar del Santo Ángel Custodio de España fue inaugurado el 13 de mayo de 1920, con asistencia de la Familia Real española. En aquel acto Alfonso XIII propuso la creación de la Asociación Nacional del Santo Ángel Custodio del Reino.

2. La jaculatoria del santo Ángel Custodio de España reza: «Virgen Inmaculada, Santiago Apóstol, santa Teresa de Jesús y santo Ángel, patronos de España, conservadnos en la fe y defendednos de los enemigos de nuestra patria» y «Enviará el Señor a su Ángel alrededor de los que le temen y los librará» (Sal 33).

3. Lo que no suele reproducir la iconografía cristiana, por respeto al lugar sagrado y por no contribuir a la desedificación de las devotas, es el miembro viril del Demonio que, a juzgar por los testimonios de novicias que lo sintieron en sus carnes, es tan cumplido que, de ser su propietario persona honrada (que no lo es, obviamente), le daría de sobra para ganarse la vida como actor de películas porno en lugar de andar por ahí tentando a la gente y contribuyendo a la perdición de las almas. La monja Margarita de Sarre, a la que galanteaba, nocturno, sin temor a sagrado, lo compara con el de un mulo «que —precisa la monja— es el animal mejor provisto»; otra monja, catalana, frecuentada por el Maligno en 1619, declara que el miembro de este mide «*alguns tres quarts poc més o manco*».

4. El 3 de febrero de 1999, Su Santidad Juan Pablo II presentó el nuevo ritual de exorcismos (una versión mejorada que deja obsoleta la anterior) y recordó que «el demonio existe». De hecho, el propio papa realizó cuatro exorcismos durante su pontificado. En España podemos enorgullecernos de contar con varios reputados sacerdotes exorcistas. El más conocido es el sacerdote Antonio Fortea, párroco de Villalbilla (Madrid), exorcista titulado y especialista en «demonología», que lleva expulsados cientos de demonios de fieles poseídos procedentes de todos los puntos de España. El Vaticano ofrece cursos de exorcismo para sacerdotes. No hay que darle un respiro al Maligno; al enemigo, ni agua. Debemos recordar que los únicos exorcismos homologados son los que realiza la Iglesia católica a través de sus ministros autorizados. Desconfíe de las imitaciones que se anuncian en los medios (la Bruja Lola, Aramís Fuster, el doctor Mokimba, vudú africano u otros sucedáneos).

1. No es por nada, pero, desde el punto de vista de Victoria, hubiera sido preferible que Dios le permitiera morir ahogada.

2. Existe un dulce conventual, «las tetas de santa Águeda», en el que la teta se configura de merengue, nata, trufa, crema tostada o café. En Zaragoza es tradicional comerlo la víspera del día de la santa, 5 de febrero. En Teruel hacen las tetas de dos maneras: de bizcocho o con crema. Ahora bien, donde se ponga un buen par de tetas reales, no culinarias, que se quite todo.

3. Sea como fuere, es el abogado de los males de garganta, de eso cabe poca duda. En muchos pueblos españoles se bendicen rosquillas el día del santo y las devotas reservan alguna en el fondo de la cómoda bajo las amarillentas sábanas del ajuar de la abuela, por si se presenta una emergencia de ahogo en la familia.

4. De esta y otras hagiografías se deduce que el hierro afilado (hacha, espada, cuchillo, guillotina, etcétera) se resiste al milagro.

5. Como no sabemos de cierto la fecha de su nacimiento, no sabemos si murió joven o ya anciana. Los ilustradores la pintan joven y hermosa como todas las mártires por causa de Cristo.

6. Alic, M., *El legado de Hipatia. Historia de las mujeres desde la Antigüedad hasta fines del siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 1991, pp. 58-63.

7. En una película a ella dedicada, *Ágora* (Amenábar, 2009), la bella Rachel Weisz encarna a la filósofa y nos enseña en un par de escenas su culito respingón y presumiblemente firme.

8. En castellano, por cierto, «capilla» también puede significar «capa pequeña».

9. Lo que todos los cristianos nos hemos preguntado alguna vez en la intimidad de nuestra conciencia, especialmente hoy, con tanta incitación a la sensualidad, perdido el recato, dominados por modas inverecundas, cuando hasta las ursulinas se ciñen como meretrices y a las niñas les salen las tetas antes que los dientes.

10. Las hagiografías no se ponen de acuerdo sobre el número de las vírgenes de Colonia, unas veces son cinco, otras ocho y otras once. Tampoco coinciden los nombres, que podrían ser Úrsula, Sencia, Gregoria, Pinnosa, Marta, Saula, Brítula, Saturnina, Rabacia, Saturia y Paladia.

11. ¿Cómo se puede fabricar un líquido que parezca sangre, que permanezca sólido y que se pueda licuar a voluntad del prestidigitador? Existen varios procedimientos entre los que citaremos dos. Primero: usando una sustancia dotada de un punto de fusión muy bajo (por ejemplo, el esperma de ballena convenientemente teñido de rojo), de manera que el calor de las manos de la persona que sostiene la ampolla de cristal provoque el prodigio. Segundo: mediante una sustancia tixotrópica. La tixotropía es la facultad que tienen ciertos geles de licuarse cuando se agitan volviendo a su estado original al quedar en reposo. Un ejemplo próximo es la salsa kétchup. Entre las diversas recetas de sangres milagrosas existentes reproduciremos la que ofrecen Garaschelli, Ramaccini y Della Salla (*Nature*, vol. 353, n.º 6344, octubre de 1991, p. 507). Se diluyen 25 g de cloruro férrico en 100 ml de agua y se añaden lentamente 10 g de carbonato cálcico. El resultado se somete a diálisis durante cuatro días. Se deja evaporar hasta que se llega a un volumen de unos 100 ml y se añaden 1,7 g de cloruro sódico. La sustancia finalmente obtenida es un gel tixotrópico que presenta un gran parecido con un cuajarón de sangre. No parece casual que el cloruro férrico se encuentre en el mineral llamado molisita muy abundante, y esto resulta revelador, en el entorno volcánico de Nápoles.

La Iglesia, en su prudencia, nunca ha permitido el análisis científico del contenido de las variadas ampollas de sangre milagrosa que reciben culto en sus templos (san Genaro, san Pantaleón, san Lorenzo y otras), pero los trucos que permiten fingir el milagro son bien conocidos por sus competidores, los ilusionistas seglares.

La hipótesis sobrenatural también encuentra dificultades para explicar algunas fusiones a destiempo (las fusiones habituales se producen siempre en las fiestas correspondientes). Es fama que la sangre de san Genaro se licuó fuera de temporada ante el general napoleónico Championnet en 1799. El general insistió en que le mostraran la ampolla, y como el milagro no se produjera, advirtió a los curas que, si no lo presenciaba inmediatamente, allí iban a rodar cabezas. La amenaza resultó mano de santo: fue proferirla y la sangre de san Genaro se avino a razones y se licuó como si le hubieran inyectado un quintal de anticoagulante. Esto es inexplicable desde la hipótesis sobrenatural, salvo que alguien sostenga que san Genaro sentía debilidad por los generales napoleónicos. Sin embargo, desde un punto de vista natural, todo ello tiene una explicación plausible: la sangre milagrosa se licúa cuando la ampolla que la contiene se mueve, independientemente de la fecha del evento. No entraremos en la discusión de si se trata de un milagro o es un mero truco de la Iglesia para estimular devociones y dádivas de devotos crédulos. Es de señalar que la devoción de la licuefacción de la sangre de san Genaro en Nápoles desencadena tal entusiasmo entre sus devotas que algunas, de ordinario pacatas y recogidas, se desmelenan ese día y prorrumpen en alaridos de «*Scopami, trombami*!» («¡Fóllame, fóllame!») mientras un coro de monjitas dispuesto al efecto se desgañita entonando a voz en cuello himnos litúrgicos en un intento, casi siempre fallido, de ahogar las comprometedoras

expresiones de devoción popular. Imaginamos que san Pedro, en el Cielo, le dará con el codo a San Genaro y este se sonrojará mientras el Padre Eterno se sonríe y acoge la transgresión de sus ovejitas con pastoral benevolencia.

12. Recordemos que el proselitismo se denomina «apostolado» cuando lo practican los católicos.

13. En efecto, según sus hagiógrafos, las damas convertidas por Sofía modificaban su conducta en el tálamo y en adelante sólo accedían al débito conyugal si el marido lo reclamaba con objeto de engendrar hijos para la Iglesia, nunca por el mero placer sensual que tan repugnante acto reporta, y en ningún caso consentían a aquel la introducción de su natura por el vaso equívoco, lo que entonces se llamaba «bizantino», y mucho menos el «galo» (hoy llamados griego y francés, respectivamente).

14. No es lo que nos sugiere la Historia. Tampoco lo mencionan las *Memorias de Adriano* de la Yourcenar, descreída confesa.

15. No se les ocurrió a los cuitados que, cuando lo demás falla, la vulgar decapitación de toda la vida rinde excelentes resultados, como venimos comprobando en otros casos.

1. El Vaticano, que sólo cuenta con cinco kilómetros de carreteras, todas dentro de su casco urbano, lo ha apeado del santoral, y allá se las arreglen con sus accidentes de tráfico el resto de los países con redes viarias más extensas.

2. Esta es patrona de los travestis, pues en su retiro del desierto pasaba por hombre y se hacía llamar Pelagio. No hubiera sido prudente presentarse como mujer ante los eremitas de aquellos yermos, a los que el demonio continuamente tentaba con salaces visiones carnales.

1. Aún hoy, recuerden la sentencia que pesa sobre el escritor Salman Rushdie y el rifirrafe por las caricaturas de Mahoma.

1. Felipe II, casado con la hermana del rey de Francia, allanó las dificultades y logró las reliquias francesas. San Eugenio, agradecido, intercedió para que la reina quedara preñada (era de partos difíciles) y diera a luz una infanta a cuyos dos primeros nombres, Isabel Clara, se añadió el de Eugenia en homenaje al santo.

2. La iconografía es piadosa con él y se contenta con representarlo robusto, pero lo cierto es que era francamente gordo, hasta el punto de que su mesa tenía el tablero redondeado para que cupiera la panza. Escribió tanto que forzosamente hubo de observar una vida muy sedentaria, lo que unido a su excelente saque en el refectorio y en las ocasionales visitas que hacía a la cocina o a la cilla (era íntimo del cillero) explica su obesidad. No parece casual que su obra sobre el Corpus Christi se titule ¡*Oh banquete precioso y admirable*!

1. *Vera relación de los hechos acontecidos en Las Alpuxarras en lo tocante á una piadosa muller llamada la Bernarda, y al conyo della, que fizo grandes milagros para la gloria eterna de Dios nuestro Senyor y de la Sancta Madre Ecclesia, escrita por el Licenciado Higinio Torregrosa, Cura Propio de la Ecclesia del Sancto Christo del Zapato desta ciudád de Artefa, Granada, 1724, folio 27 vuelto*.

2. «Dicen los senyores teologos e dominicos desta Ecclesia de Granada que nunca oyóse en toda la christiandad, que el Senyor papa gobierna, y Christo benedice, que nada bueno saliera del conyo de una muller, a no ser el Senyor mesmo IesuChristo, de su Sancta Madre, con todo Virgen, e que por eso la devoçión popular del conyo de la Bernarda era cosa perniçiosa que devía ser desterrada, so pena de mandar la inquisición a façer las pesquisas oportunas.»

3. Un caso similar, salvando las enormes distancias, fue el del asno de Abundio: «Cada día le echaba menos de comer —explicaba el afligido arriero— y, ya que lo tenía casi acostumbrado a no comer nada, va y se me muere».

4. Rudolph Bell, *Holy Anorexia*, Chicago, University of Chicago Press, 1985, cap. 2.

5. Así se denomina una iglesia en miniatura construida en el interior de la basílica de Santa María de los Ángeles, en Asís, donde comenzó el movimiento franciscano.

6. Este detalle parece contradictorio porque santo Domingo y los dominicos fueron precisamente los mayores detractores del dogma de la Inmaculada Concepción frente a los franciscanos, que lo defendían ardorosamente. Unos y otros utilizaron cuantos recursos ponían a su alcance la dialéctica y la controversia y extremaron su rigor con el contrario, a menudo faltando a la caridad cristiana. Como es sabido, ganaron los franciscanos: en 1854, el papa Pío IX promulgó el dogma de la Inmaculada Concepción.

7. Si llegaba empapado al convento, en lugar de acudir a la chimenea a calentarse y secar sus vestidos como todo el mundo, marchaba a rezar en la helada iglesia con las ropas empapadas. Esta probanza de santidad en ningún caso debe interpretarse en clave exhibicionista y mucho menos masoquista.

8. Ya es de lamentar que, con la cantidad de reliquias santas que venera la cristiandad, no figure entre ellas la milagrosa casulla descendida del Cielo y probablemente fabricada de algún tejido inconsútil e imposible de analizar en parámetros terrenales. Sería la prueba irrefutable de que el Cielo existe, tan necesaria hoy para esta sociedad materialista y tibia que se aparta de los sacramentos, ignora la Cuaresma, pasa la Semana Santa en las impúdicas playas, cambia las catedrales por los hipermercados y prefiere a la confesión de toda la vida el psicoanálisis o la confidencia en una piltra de Gran Hermano.

9. Prodigio semejante no se había visto en el mundo desde que los dioses olímpicos concedieron que la Venus desnuda esculpida por Pigmalión se encarnara y cobrara vida para complacer a su autor. En el siglo se llamó Galatea.

1. Llama la atención la calva cerúlea y los rasgos afilados que presenta tanto en estampas como en imágenes. Ello se debe a que los primeros artistas que lo representaron tomaron como modelo su mascarilla funeraria.

2. ¿Alucinación? ¿Aparición celestial? Que cada cual piense lo que quiera. Ya vemos que la comunicación directa entre Dios y sus santos es bastante frecuente. Difícil de creer, pero frecuente.

3. Si el papa Francisco contara hoy con unos cuantos como él, las iglesias no estarían tan despobladas como las vemos ni la Conferencia Episcopal española tendría que reunirse de urgencia para ver cómo atajamos las masivas deserciones que están reduciendo alarmantemente el rebaño cristiano.

4. El devoto que lea estas líneas sepa que la psicología es una ciencia judía de la que debe alejarse lo más que pueda so pena de entibiar su devoción. La psicología emponzoña las almas cristianas enseñándoles que todas estas historias piadosas no son más que delirios de pajilleros atormentados en la soledad de conventos y sacristías, amén de paparruchas forjadas por embaucadores que han convertido en oficio respetable el de timar a la gente con el cuento del Más Allá.

5. El psiquiatra Francisco Alonso Fernández en su libro *Estigmas, levitaciones y éxtasis* (Temas de Hoy, Madrid, 1993, pp. 61 y ss.) la clasifica como neurótica histérica, estigmatizada mística subjetiva o invisible dotada de una personalidad masoquista. La escuela alemana afina en las neurosis monjiles y las denomina «neurosis eclesiogénicas». Estos juicios no empañan para nada su valía como escritora, por supuesto.

6. En estas actividades tuvo que superar innumerables obstáculos debido a su condición de mujer y, lo que es peor, de persona obstinada. De hecho, las pasó tan canutas que sus memorias se titulan *Las moradas*.

7. La propia santa relata su singular experiencia: «Vi a un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo, en forma corporal [...]. No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan [...]. Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor que no hay desear que se quite» (*Vida de santa Teresa*, cap. XXIX).

1. En efecto, se da la circunstancia de que Nuestra Señora sólo se aparece a sencillos pastores o a monjitas aquejadas de distonía neurovegetativa sin que, hasta la presente, haya comparecido ante ningún notario o registrador de la propiedad.

2. O sea, que lleva el corazón por fuera, donde se vea bien.

3. Lamento el efecto que estas precisiones puedan hacer en lectores y lectoras sensibles. Sólo intento acercar la figura de la santa a partir de sus piadosas hagiografías.

4. En su visita al santuario, Juan Pablo II desarrollaría doctrinalmente el mensaje de La Salette: «En este lugar, María, la madre siempre amorosa, mostró su dolor por el mal moral causado por la Humanidad. Sus lágrimas nos ayudan a entender la gravedad del pecado y del rechazo a Dios, mientras que manifiestan al mismo tiempo la apasionante fidelidad que su Hijo mantiene para con cada persona, aunque su amor redentivo está marcado con las heridas de la traición y abandono de los hombres».

5. Una fuente católica lo explica: «Maximino fue sucesivamente seminarista, estudiante de medicina y empleado de la Administración pública, cargo del que fue despedido al poco tiempo. Pasó meses en la miseria, vagando por las calles de París como un *clochard*, hasta que lo empleó una empresa que comercializaba un licor monacal para que lo propagara gracias a su fama de vidente. El negocio quebró y se vio nuevamente en la calle, de donde lo recogió un matrimonio de buena posición económica. Pasó por Roma, fue paje pontificio (sólo seis meses) y volvió a Francia para comprobar que sus padres adoptivos se habían arruinado. Finalmente, un noble español lo dotó con una buena cantidad de francos para que pudiera vivir dedicado al apostolado. Maximino malgastó el dinero en proyectos imprudentes, volvió a quedar en la ruina y endeudado. La congregación de los padres de La Salette, fundados a pedido de la Virgen, le ofrecieron un puesto en la casa, pero se negó. Murió de hidropesía a los treinta y nueve años». En cuanto a Melania, «recorrió varios conventos de distintos países sin arraigar en ninguno debido a su aspereza de carácter y falta de tacto. Finalmente el Vaticano arregló las cosas para que viviera hasta su muerte en una casa particular».

6. De hecho Sabino Arana, fundador del nacionalismo vasco y católico a machamartillo, fue a Lourdes en viaje de novios, se le ocurrió beber del agua milagrosa y se tiró más de una semana en la cama con diarrea e imposibilitado de atender debidamente a su esposa.

7. Además les reveló tres secretos: el primero sobre el fin de la primera guerra mundial (1914-1918), el segundo sobre la muerte prematura de Francisco y Jacinta y el tercero quedó consignado por escrito y depositado en el Vaticano hasta que, ya en nuestros días, y con cierto desencanto, todo hay que decirlo, debido a las expectativas que habían generado, el papa Juan Pablo II reveló que se refería al atentado sufrido por él mismo cuando el terrorista turco Alí Agca lo tiroteó en la plaza de San Pedro.

8. Juan Pablo II los beatificó en el año 2000.

9. La propia iglesia reconoce este extremo. El obispo auxiliar de Lisboa y presidente de la Comisión Científica de la Documentación Crítica de Fátima, monseñor Carlos Azevedo, la recordó en «su papel de mujer simple que acogió el misterio de Dios».

10. Este prodigio no fue unánimemente apreciado por las monjas. «Otro día procura que el dulce Jesús transforme las patatas en codillos de cerdo, que para rosas ya tenemos las del jardín», la amonestó, severa, la superiora.

11. Es frecuente que los místicos padezcan alguna vez en la vida esta especie de pájara ciclista: el maligno nunca descansa en su propósito de apartarlos de la fe. Es lo que los eremitas denominaban «el demonio del mediodía». A menudo se presenta bajo la especie de ensoñaciones, salaces y tentaciones de la carne.

12. Los restos mortales de sor Faustina yacen en la capilla del convento bajo la milagrosa imagen de la Divina Misericordia. Fue beatificada el 18 de abril de 1993 y canonizada el 30 de abril de 2000 por Juan Pablo II.

1. En los retratos de la serie «Los Borbones en Pelotas», obra de los hermanos Bécquer, monseñor Claret aparece reiteradamente caricaturizado en actitud de bendecir a la reina y a su amante, en el propio acto de la cópula fornicatoria, o bien cuando cohabita carnalmente con el propio rey por vaso equívoco, siendo, en este caso, la suya condición activa, o de dador, y la del rey de bardaje, o tomador. En esta iconografía su distintivo es, además de la mitra y las vestiduras curiales, un miembro viril desmesurado más propio de asno garañón que de persona, mucho menos si tenemos en cuenta la castidad a la que obliga el estado religioso.

2. Blanca y en botella: la leche. O sea, Fidel Castro.

3. «Putañero y borracho» fueron las palabras del instructor de su causa en el Vaticano. Se están tramitando las indulgencias, pero las cosas del Vaticano van despacio.

4. Recuerden el mandato divino, «Creced y multiplicaos».

5. ¡A los cinco años!, como lo oyen (véase revista *Crónica-El Mundo*, n.º 685, 23 de noviembre de 2008, p. 3). En todo el santoral no encontrarán un caso parecido. Imaginemos una tierna niñita educada entre algodones, en el seno de una aristocrática y cristiana familia, que, a la temprana edad de cinco años, ya está de vuelta del mundo y ambiciona el carisma que el Cielo concede a los que se conservan puros y castos como el lirio de la metáfora bíblica.

6. A finales del año 208 hubo cierta polémica después de que el presidente del Congreso de los Diputados, don José Bono, desistiese de colocar una placa dedicada a santa Maravillas en el edificio del Parlamento desde el que los padres de la Patria legislan para el Estado supuestamente laico (aunque subvencione a la iglesia). El diario *El País* (24 de noviembre de 2008) cuestionó los méritos de la monja afirmando que «creó una congregación ultra» cuando «decidió escindirse de las carmelitas descalzas tras el Concilio Vaticano II por considerar la nueva doctrina demasiado progresista», acaudilló «una de las congregaciones más rígidas y ultraortodoxas que existen» e inspiró al grupo ultraconservador Getsemaní «para captar a unas doscientas adolescentes en el año 2000 a espaldas de sus familias —que denunciaron tretas y engaños— para destinarlas a los conventos de clausura fundados por Maravillas con métodos cuestionados hasta por la Conferencia Episcopal».

7. Los nativos sucumbían por centenares víctimas de enfermedades desconocidas antes de la llegada de los blancos (sífilis, gripe, cólera, lepra...).

8. Sus padres (Luis Martín y María Celia Guerin) eran tan devotos que se casaron para vivir en castidad perpetua, como hermanos, y sólo se avinieron a consumar por imposición de su director espiritual, que les ordenó traer cristianos al mundo. Obedientes, perseveraron en ello y en trece años engendraron nueve hijos de los que sólo sobrevivieron cinco niñas, cuatro de ellas monjas. Se comprende que los dos cónyuges fuesen beatificados por la iglesia el 19 de octubre de 2008.

9. Las edulcoradas hagiografías ocultan estos extremos y nos presentan una familia modélica sin más anormalidad que un catolicismo extremo, pero Jean-François Six, en su estudio del entorno familiar, escribe: «quizás escandalice desvelar la falsa espiritualidad de la señora Martín, mostrar lo que tenía de mórbido. Le producía una cierta satisfacción ver morir a sus hijos todavía jóvenes y sin mancha e ir directamente al Cielo» (*La verdadera infancia de Teresa de Lisieux. Neurosis y santidad*, Stvdium Ediciones, Madrid, 1976, p. 13).

10. *Ob. cit.*, p. 27.

11. *Últimas conversaciones*, París, 1971, pp. 1157-1158.

12. Ocurre de pronto, como una cerilla que se consume y se apaga. Este sufrimiento consiste básicamente en pensamientos y sentimientos contrarios a la existencia de Dios, y por él han transitado otros místicos cristianos y de otras religiones aparte del cristianismo.

13. Fue la tercera mujer en conseguir ese nombramiento después de santa Teresa de Jesús, también carmelita, y santa Catalina de Siena.

14. El fenómeno no es nada extraño en las provincias Vascongadas y Navarra, tradicional vivero de vocaciones que ha dado a la Cristiandad y a la iglesia una sazonada cosecha de curas, frailes y monjas. Irlanda nos ofrece un caso parecido. Es fácil ver en ello la mano de Dios.

15. «Le costó dejar su templo, su cuartucho de la portería —escribe su hagiógrafo —. [...] Al amanecer del día nueve volaba a los brazos del Padre, de los que nunca se había separado. El suave aroma de sus virtudes impregnadas de carisma ignaciano aún perfuma el campus de la Universidad.» «La gran lección del hermano Gárate —recordaba el padre Arrupe— es la mejor lección impartida en Deusto.»

16. El caserío donde nació esta luminaria de la iglesia fue donado a la Compañía de Jesús por la señorita Conchita Aztiria y Zabala Anchieta y se ha restaurado para acoger el santuario de san Francisco de Zárate.

17. Por ejemplo, a los diecisiete años asiste al nacimiento de Giovanna Rizzani, futura hija espiritual suya a la que todavía no conocía. No se ven todos los días casos tan extraordinarios como este.

18. «Discernimiento extraordinario» se llama en términos eclesiásticos esta cualidad que consiste en leer en el alma del interlocutor. En una partida de póker, y no digamos ya de mus, no tiene precio, aunque en estos casos carecería de carisma santificador.

19. Estudiosos hipercríticos han señalado que, en vida de Pío, el Vaticano perteneció al segundo grupo, al de los que pensaban que era un farsante, pero, una vez muerto, la iglesia se encontró con un producto que no había buscado: cientos de miles de devotos del padre Pío repartidos por los cinco continentes. Hubiera sido insensato despreciar ese activo. Gestionémoslo, dijo el papa, y de este modo, iluminada por el Espíritu Santo, la iglesia cambió de actitud de la noche a la mañana: donde dije digo, digo Diego. Tras un rápido proceso elevó a los altares al presunto charlatán. Al margen de las motivaciones humanas del Santo Padre, sus dicasterios y curiales hemos de tener en cuenta que, como dice el Evangelio, «el Espíritu (Santo) sopla donde quiere» (Jn 3, 8). El Espíritu Santo ha podido tener sus propios motivos para demostrar sólo tardíamente la santidad del padre Pío.

20. Es sorprendente la cantidad de capuchinos que, de tanto acercarse a Dios, parece que se alejan del mundo y fácilmente pueden pasar por locos a causa de esas presuntas rarezas que, en realidad, esconden santidad.

21. Agustín Gimelli, fundador de la Universidad Católica de Milán y amigo del papa Pío Xi, era especialista en fraudes místicos y rarezas conventuales, que desgraciadamente menudeaban cada día más, para descrédito de la iglesia.

22. Por vía de ejemplo copiaremos uno de ellos de un texto hagiográfico: «La señora María, hija espiritual del padre Pío, contó que su hermano, una tarde, mientras oraba, se durmió. De repente lo despabiló una bofetada en la mejilla derecha y él tuvo la sensación de sentir que la mano que lo golpeó fuera cubierta por un medio guante. Pensó enseguida en el padre Pío (que usaba mitones) y al otro día, después de la misa, le contó lo ocurrido: "¿Tú crees que está bien dormirte cuando estás rezando?", le riñó cariñosamente el padre Pío. El muchacho comprendió que lo había despertado el padre Pío con su habilidad para la bilocación».

23. De *discurrir* en su acepción de «caminar», no de «pensar».

24. También es fama que repartía unos coscorrones dolorosísimos entre los pilluelos que se desmandaban. Debo esta precisión a mi buen amigo el escritor y pintor Francisco izquierdo, que siendo niño padeció más de una vez esta habilidad de fray Leopoldo.

25. Lo explica con lujo de detalles y documentación Christopher Hitchens en su libro *The Missionary Position: Mother Teresa in Theory and Practice*, Verso Books, Nueva york, 1995. La misma desatención de los moribundos confiados a las monjas de la madre Teresa denuncia Robin Fox en la revista médica *The Lancet* tras una visita a las casas de moribundos de Calcuta en 1994.

26. Jean-Paul Gouteux, *Apología de la blasfemia. El peligro de creer*, Montesinos, Barcelona, 2009, p. 72.

27. El mismo problema del *San Manuel Bueno, mártir* unamuniano: el del cura que, después de muchos años de profesión, descubre, de pronto, que todo es mentira y se conforma en la hipocresía, o en la comodidad, de seguir con los hábitos porque de algo hay que vivir.

28. inspirado por el Espíritu Santo, Juan Pablo II sermoneó al mundo su prístino mensaje (ultraconservador, sí, ¿nos avergonzaremos de ello los buenos cristianos?) por medio de la madre Teresa cuya bondad no ofrecía resquicio a la duda. Fiel a las consignas del Santo Padre, la monjita rechazó tajantemente cualquier asomo de control de la natalidad, ni siquiera en aquellos lugares donde la superpoblación y la escasez de recursos condenan a tantos niños a morir por desnutrición. «Dios siempre provee —no se cansaba de repetir la santa monja—. Por muchos niños que nazcan, nunca serán suficientes», añadía. Y ante el acoso de algunos periodistas de la prensa canallesca que la confrontaban con espeluznantes estadísticas declaró: «Dios cuida de los pájaros y de los niños». Cuando Irlanda sometió a referéndum el divorcio, el papa fletó a Belfast a la madre Teresa, con un billete de clase *business*, para que diera testimonio cristiano de su oposición a las medidas liberalizadoras que proponía el Gobierno.

29. Como de todo ha de haber en la viña del Señor, no faltan detractores que critican la labor de la madre Teresa. En el blog del periodista Manuel Saco leemos: «Esta mujer, a la que Juan Pablo II se apresuró a buscarle un milagro tras su muerte para acelerar precipitadamente su camino hacia la santidad, era una integrista que consideraba el sida como "un castigo de Dios por un comportamiento sexual inadecuado". En vida se comportó como la papisa de una Orden multimillonaria que tiene en la india su escaparate de pobreza para obtener fondos [...]. Durante años, la maquinaria eclesial se encargó de acallar las voces de representantes de ONG que denunciaban la falta de equipamientos básicos en sus hospitales (morfina, otros anestésicos o antibióticos) mientras que la Orden de la Misioneras de la Caridad a la que pertenecía manejaba fondos de millones de dólares en sus sedes fuera de la india [...]. Ahora, en la muerte de la madre Teresa, su tránsito hacia la santidad puede ser incierto, tras la inoportuna publicación de sus dudas, más que dudas, sobre la existencia del Dios que da de comer tan ricamente a sus hermanas en Cristo. Esa doble vida de la que hoy pretenden hacer santa, para así seguir engrasando la maquinaria empresarial de la iglesia católica, es la alegoría perfecta de las religiones, de su poliédrica moral, de su inmoral moralidad. Yo pude escapar de sus garras a los diecisiete años, pero la madre Teresa de Calcuta tuvo que morirse para poder decir al mundo lo que su trabajo cotidiano con los más miserables se empeñaba en demostrarle a diario: que Dios no existe, que es imposible que exista alguien tan cruel y desalmado».

30. El Juan Soldado mexicano tiene un paralelo español en «el Soldado de los Milagros», Benito López Franco, natural de Cetina, asesinado en su cuartel de Melilla en 1950. Benito era apuesto, guapo y sabía cantar, cualidades que inflamaron de amor a la hija adolescente de un oficial. Otras versiones apuntan a que podía haber enamorado a la adolescente y a su madre y que su asesinato fue un asunto de honor militar. Un buen día, Benito apareció ahorcado en los retretes, lo dieron por suicidado y lo sepultaron. Es posible que sólo intentaran escarmentarlo con una paliza y se les fuera la mano. Su tumba está siempre cubierta de flores de devotos agradecidos a los que hace milagros desde el Cielo.

1. Por ejemplo, en la iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén, en Roma, existe una hermosa estatua de la diosa Juno a la que han añadido una cruz para que pase por santa Elena.

2. Según el Pseudo-Dionisio Areopagita (siglos IV y V).

3. El Árbol de la Vida o *Lignum Vitae* aparece en la primera pintura gótica. Es propio de las iglesias franciscanas y dominicas. Son notables sus representaciones en los murales de la iglesia de L'Arboç (Tarragona), hacia 1310-1320, y del convento dominico de Puigcerdá (Gerona), hacia 1330-1340.

4. Por ejemplo, el pelícano, del que se creía que se hería el pecho para alimentar a los polluelos con su propia sangre, simbolizaba a Jesucristo inmolado en la cruz para redimir a la Humanidad.

5. También título de un famoso libro de san Josemaría Escrivá de Balaguer en el que condensa su profundo pensamiento en forma de píldoras conceptuales que, bajo la apariencia de perogrulladas, esconden una complejidad de pensamiento digna de meditación y estudio.

6. Disuelta España, el privilegio se ha hecho extensible a las diecisiete autonomías resultantes sin que ninguna de ellas tenga preferencia sobre las demás. Tal situación es, evidentemente, provisional, hasta que el desarrollo de la democracia exija que la iglesia firme un Concordato con cada una de ellas y nombre los diecisiete nuncios correspondientes. Entonces se verá quién merece un tratamiento preferencial de la Santa Sede.

7. Se entiende que para las órdenes primera y segunda, porque para la tercera orden, compuesta mayoritariamente por casados, los tres nudos simbolizan pobreza, obediencia y humildad. Se descarta la castidad por razones obvias y, porque como dijo san Pablo, si no puedes resistir la tentación de la carne, cásate, que es mejor casarse que abrasarse. No todos los casados están de acuerdo en que sea mejor, como es sabido.

8. Aquejada de histeria nerviosa, la beata Juliana constituye uno de los primeros casos de anorexia conocidos. Pasaba el día meditando sobre los misterios de la Eucaristía, lo que unido a su penoso estado físico fácilmente le inducía visiones celestiales. La presencia real de Dios en la Sagrada forma quedó probada por el milagro eucarístico acaecido hacia 1264 en Orvieto, Italia, donde a un sacerdote incrédulo le comenzó a sangrar la hostia en las manos y le puso el corporal perdido de sangre. Acojonado, corrió a la sacristía y por el camino cayeron varias gotas de la preciosísima sangre (de Cristo, evidentemente) sobre el pavimento (aún se conservan la losas, como preciada reliquia). Una comisión de teólogos certificó el prodigio. Exactamente el mismo milagro ocurrió en la iglesia gallega del Cebrero el año 1300. En la sacristía de la basílica de El Escorial se venera una Sagrada forma que sangró milagrosamente cuando los protestantes tomaron la ciudad de Gorcum (Alemania) en 1597 y pisotearon las hostias consagradas que encontraron en la parroquia. Se conocen, además, otros casos de hostias sangrantes, lo que prueba la carencia de base de los incrédulos que reducen el misterio de la Eucaristía a irracional pamema inventada por los curas para someter a la gente y sacarle los cuartos con absurdas promesas de felicidad eterna.

9. La fraternidad de los Rosacruces u Orden Mística de la Rosa Cruz (AMORC) es una fundación del teólogo luterano Juan Valentín Andrea, autor del folleto *Fama Fraternatis Rosa Crucis* (Cassel, Alemania, 1614), en el que relata la historia de un iniciado alemán, Christian Rosencreuz (1378-1484), que supuestamente fundó la Hermandad Rosacruz en 1408. La rosa y la cruz formaban parte del escudo de la familia Andrea.

10. Me refiero al aspa de San Andrés, no a la bandera rojigualda.

11. «Yahvé llamó entonces al hombre vestido de lino que tenía la cartera de escribano a la cintura, y le dijo: "Recorre la ciudad, Jerusalén, y marca una *tau* en la frente de los hombres que gimen y lloran por todas las abominaciones que se cometen en ella". Y a los otros oí que les dijo: "Recorred la ciudad detrás de él y herid. No tengáis piedad, no perdonéis; matad a viejos, jóvenes, doncellas, niños y mujeres hasta que no quede uno. Pero no toquéis a quien lleve la *tau* en la frente. Empezad por mi santuario"» (Ez 9, 3-6).

12. El ejemplo más destacado lo encontramos en los frescos de la Capilla Sixtina del Vaticano, pintados por Miguel Ángel entre 1535 y 1541. Diez años después, ya le parecían al papa demasiado atrevidos e hizo añadir taparrabos a los personajes. El encargo recayó en un pintor mediocre, Danielle da Volterra, que desde entonces fue conocido por *Il Braghettone*.

13. También podríamos considerar improperios, pero esta vez contra el bando judeorromano responsable de la crucifixión de Jesús, las letras de algunas saetas cantadas por el pueblo devoto en Semana Santa: «Lo coronaron de espinas, / y a poco lo dejan tuerto, / los hijos de la gran puta. / ¿No es *pa* cagarse en sus muertos?».

14. Burt Riggulsford señala que la diferencia entre Dios y el Diablo consiste en que uno te soborna con gozos en esta vida terrenal mientras que el otro te los aplaza a la otra vida, hipotética y quizás enteramente imaginaria, de la que, por otra parte, no te ofrece ninguna prueba irrefutable y, además, te condiciona tal disfrute a la renuncia del otro. A eso atribuye el filósofo que crezca el número de los cristianos que se apartan del camino de la virtud pensando que más vale pájaro en mano que ciento volando.

15. En la iconografía eclesial, Nuestra Señora no pisa la cabeza de la serpiente, sino su pescuezo (si la serpiente lo tuviera). Esta alteración de la literalidad del texto bíblico es disculpable porque, de este modo, el artista puede expresar el dolor de la serpiente que abre las fauces y los ojos desmesuradamente al sentirse aplastada. Si el pie de la Virgen le aplastara literalmente la cabeza, no expresaría dolor alguno y carecería de emoción.

16. De ahí los refranes «Pueden más dos tetas que dos carretas» o «Tira más pelo de coño que soga de barco» (con su variante culta: «Tracciona más pendejo vulvar que calabrote de navío») y otros del mismo jaez.

17. Mucho me temo que su origen no sea cristiano porque ya aparece en el templo egipcio de Kom Ombo, construido hacia el año –500. Allí encontramos una representación del tetramorfos con la diosa Maat en el centro (caracterizada por una pluma sobre la cabeza, como Pocahontas). Maat es la diosa de la verdad, de la justicia y de la palabra. En tres de las esquinas, rodeándola, encontramos el león, el toro y el águila. La cuarta, que en el tetramorfos corresponde al hombre, la destrozaron los cristianos porque representaba a la serpiente, que para ellos representaba al Diablo que tentó a Eva.

18. La de San Juan es un águila real pasmada, de sable, nimbada de oro, con el pico y las garras de gules, y un halo de oro.

1. Esta extraña pero entrañable palabra procede del griego Ευχαριστία, *eucharistia*, o sea, «acción de gracias».

2. A efectos prácticos se coloca bajo el mantel eucarístico un relicario plano, especialmente en los altares portátiles. Estos altares pueden llevarse a Eucaristías al aire libre (misa de campaña) como las que se celebraban en nuestra Cruzada de Liberación o las multitudinarias que ahora vuelven a efectuarse en concentraciones pías con ocasión de Congresos Eucarísticos o visitas papales.

3. Recordará el lector que, tras la desbandada de curas en la década de 1970, cuando miles de presbíteros ahorcaron la sotana para emparejarse en sacrílego concubinato con alguna hija de confesión, muchos pueblos españoles se quedaron sin párroco y los curas restantes tuvieron que ocupar las vacantes y atender las necesidades espirituales de varias localidades. Ello los obligaba a dejar hostias consagradas en el Sagrario, a veces dentro de un túper para que se mantuvieran frescas y crujientes, a fin de que a sus ovejas de comunión diaria no les faltara su ración eucarística. En ausencia del sacerdote, administraba la comunión la persona por él designada, generalmente una solterona de las que quedaron para vestir santos (dicho sea sin intención peyorativa), lo que concitaba celos, rencillas y murmuraciones entre el resto de las ovejas eucarísticas.

4. Una restitución litúrgica a la que, justo es recordarlo, se adelantó con avanzado criterio el papa Clemente en su basílica de El Palmar de Troya (Sevilla) sin que el Vaticano le prestara atención. Antes bien se mofaban de él, con escasa caridad cristiana.

5. Así es la más antigua campana española, la del abad Sansón (Museo de Córdoba), que lleva inscrita su fecha de fundición: 955 o 925.

6. Una colección completa de estos carteles puede contemplarse en el atrio de la capilla del Carmen, en Liérganes (Cantabria).

7. Una nota emitida por el Cabildo de la catedral de la Almudena, Madrid, explica el alcance de esta moderna innovación: «Tras la instalación de cepillos electrónicos en nuestra catedral, el Cabildo hace pública la siguiente nota: "Desde hace un tiempo, las colectas en los templos han bajado, y creemos que no por otra razón que la de llevar los fieles menos dinero en papel por temor a los frecuentes robos. En su lugar se prefiere llevar la tarjeta de crédito. El llamado cepillo electrónico facilita una colaboración más generosa de los fieles (sin descartar la que puedan hacer a través de los cestillos que se ofrecen normalmente al comenzar el ofertorio de las misas) y que consiste en marcar una determinada cantidad (tal como se explica en el mismo cepillo electrónico) e introducir la correspondiente tarjeta; inmediatamente, el cepillo devuelve el oportuno recibo donde consta la cantidad que se ha entregado, y con él basta para desgravar en Hacienda"».

8. En el *Diario de Teruel* del 20 de abril de 1956 leemos: «Teruel, que recuerda aún con emoción aquella Santa Misión del año 1949, se dispone a asistir a otra que se iniciará el domingo próximo y cuyos detalles de organización se están ultimando en las oficinas que han sido abiertas en el Palacio Episcopal. Veintidós misioneros, del clero secular y regular y también los sacerdotes turolenses, llevarán a cabo en los diversos centros el programa misional de forma que no resulte demasiado intenso y, sobre todo, compatible con la obligaciones de hombres, mujeres o niños. El domingo por la tarde harán su entrada en Teruel los misioneros y a la vez, la Santísima Virgen de Fátima en su imagen peregrina, que ha recorrido medio mundo derramando gracias entre los hombres de todas las razas y de todos los corazones».

9. Lo recoge el Catecismo de la iglesia Católica, número 1407, recogiendo la enseñanza de la iglesia y la del Concilio Vaticano II (*Lumen gentium*, 11 y *Presbyterorum Ordinis*, 5) en los números 1373 a 1381, donde se especifica claramente que no se trata de un símbolo, sino de la presencia real de Jesucristo en el pan y en el vino.

10. Acaeció el 13 de mayo de 1981. Afortunadamente la Virgen de Fátima anduvo ágil al quite y desvió el proyectil para que no interesara ningún órgano vital del Santo Padre. Él, agradecido, le ofrendó la bala en su visita a Fátima y hoy figura engastada en la corona de la imagen.

11. Condición imprescindible para que una persona sea consagrada sacerdote católico es que disponga de órganos sexuales de varón enteros y en perfecto estado de uso. Ello entraña que no puedan acceder al estado sacerdotal eunucos (aunque lo sean por defecto natural) ni mujeres.

12. Se observa un incremento del 4,5 % sobre las tarifas del año anterior, lo que supera sensiblemente la tasa de inflación anual, pero no es pensable que la iglesia lo haga por codicia de los bienes ajenos. Es cierto que las ceremonias civiles salen más baratas, pero donde se ponga una marcha nupcial en el marco incomparable de un altar barroco lleno de dorados y santos que se quite un juzgado, codeándote con delincuentes esposados, o una alcaldía con una manifestación vecinal en la puerta que protesta por la inseguridad ciudadana y porque el botellón no los deja dormir.

13. Algunos sacerdotes dieron positivo en el control de alcoholemia de la Guardia Civil después de oficiar varias misas en parroquias distantes que exigían desplazamiento en automóvil. Por lo general la Benemérita se muestra comprensiva y los deja proseguir su camino tras leve reprimenda. Sería deseable que en el próximo Concordato se incluya una cláusula que los exima de soplar por el tubito del alcoholímetro. Podría negociarse si el Vaticano cediera en lo de restituir a san Cristóbal, patrón de los conductores, a los altares.

14. Sin embargo, barajando las cifras totales de misas y botellas de vino consumidas en nuestras iglesias, no salen las cuentas. Al consumo estrictamente sacramental hay que sumar el realizado subrepticiamente en la sacristía por clérigos complacientes cuando no dipsómanos y por monaguillos descuideros.

15. La *perfectio sacramenti* requiere la comunión del sacerdote celebrante y los concelebrantes bajo las dos especies (cfr. Santo Tomás de Aquino, *S. Th*. III, q. 80, a. 12 c; q. 82, a. 4 c), pero la Congregación para la Doctrina de la Fe dirigió en 1995 una circular a los presidentes de las conferencias episcopales autorizando que algunos concelebrantes comulguen sólo con pan cuando el celebrante principal sume todo el cáliz («sume» es la jerga vaticana para decir «bebe», «se empina», «trinca» o cualquier otra palabra castellana más inteligible que «sume»). Por cierto, después de la consagración, lo que hay en el cáliz no es vino, sino *sanguis*, o sea, sangre.

16. No obstante, debido a la creciente secularización y abandono de los sacramentos por parte de muchos fieles, el principal productor de vino de misa de Italia asegura que «las perspectivas de crecimiento del consumo de vino de misa son débiles».

17. Esto me trae a la memoria el caso de don Florencio Vallecillo, capellán de mi regimiento, un sacerdote de acendrada virtud que, al consagrar, tanteaba con el pie buscando la barra.

1. El Canon #1190 establece:

Primero. Está terminantemente prohibido vender reliquias sagradas.

Segundo: Las reliquias insignes así como aquellas otras que gozan de gran veneración del pueblo no pueden en modo alguno enajenarse válidamente o trasladarse a perpetuidad sin licencia de la Sede Apostólica.

Y el Canon #1237: Debe observarse la antigua tradición de colocar bajo el altar fijo reliquias de mártires o de otros santos, según las normas litúrgicas.

2. En su visita a tierras astures, en agosto de 1989, el papa Juan Pablo II fue obsequiado con un par que la reproducía. Es fama que lo usó en su retiro de Covadonga.

3. «A unos cincuenta metros de la famosa "Peña de la Resbalaera", y en medio del camino que va a las huertas del Marejil, existe una roca silícea, de poca elevación, con una incrustación de cuarzo de forma ovalada semejando una huella de pie, con su estrangulación separatoria de planta y talón. Es frecuente ver a niños y viejecitas detenerse y besarla por la creencia generalizada de que es este lugar fue donde por última vez apoyó sus divinos pies Jesucristo para ascender a los Cielos», en Moisés Marcos de Sande, «Del folklore garrovillano: usos y costumbres», *Revista de Estudios Extremeños*, t. I, 1945.

4. Se supone que se trata del Santo Grial. En 2008 un congreso mundial de griálogos reunido en Valencia declaró solemnemente, tras intensas deliberaciones, que los otros tres o cuatro Santos Griales venerados en distintos santuarios de la cristiandad son falsos y que sólo este es el legítimo.

5. El corazón y el brazo se exponen en el museo de la iglesia de la Anunciación. Una niña de corta edad describió gráficamente el corazón momificado: «Parece un boniato», comentario descorazonador que debemos atribuir a su inocencia. Aparte del corazón, otras porciones han sido detraídas de la momia de la santa: el pie derecho y la mandíbula, que están en Roma; la mano izquierda, que se encuentra en Lisboa; dedos y otras porciúnculas de carne repartidos por diversos santuarios, y, quizá las más notorias, el ojo y la otra mano que se veneran en el convento de las carmelitas de Ronda. Franco llevó consigo la mano de santa Teresa durante todo su mandato y sólo a su muerte les fue devuelta a las monjitas propietarias. Por cierto, las de Alba de Tormes llevaron el brazo a Nueva york en una visita a la comunidad hermana de aquella ciudad. Hubo cierta dificultad a la hora de declararlo en la estricta aduana americana, dado que la venerada reliquia no encajaba en ningún apartado del formulario oficial. Finalmente la santa iluminó a un funcionario que soslayó el escollo consignándola en la casilla de «Conservas y salazones», con lo que pudo entrar, triunfal y solemnemente, en Estados Unidos.

6. En el Arca Santa se atesoran las siguientes reliquias: «del leño del Señor, de la sangre del Señor, del pan del Señor, esto es, de su Cena, del sepulcro del Señor, de la tierra santa sobre la que estuvo el Señor, del vestido de santa María y de la leche de la misma Virgen y Madre del Señor, del vestido del Señor dividido a suertes y de su sudario». Este sudario, también conocido como Pañolón, cobra últimamente gran fama desde que la secta sindonológica se ocupa de extraer de él conclusiones que nos iluminen sobre los pormenores de la Pasión del Señor.

7. La colección escurialense, reunida por el entusiasta coleccionista Felipe II, se compone de unas siete mil quinientas reliquias, que se guardan en quinientas siete cajas o relicarios escultóricos diseñados por Juan de Herrera y construidos por el platero Juan de Arfe Villafañe. Los relicarios adoptan diversas formas adecuadas a su contenido: cabezas, brazos, estuches piramidales, arquetas, etcétera. El Rey Prudente tomó sus precauciones y dispuso la estricta separación de sexos: en el lado del Evangelio se guardan los huesos de las santas y mártires hembras; en el lado opuesto, los de los santos y mártires varones.

8. Cuatro armarios repletos de reliquias que custodia, con celo ejemplar, el canónigo más anciano del Cabildo. Entre ellas cabe destacar un fragmento de la columna donde Cristo fue azotado, otro fragmento del Santo Sepulcro; un tercero del pesebre donde nació; otras piedras del monte Sinaí algo chamuscadas por el incendio de la zarza ardiente; el «verdadero» velo de la Virgen; las piedras «con las que el mismo san Esteban fue apedreado»; las flechas que mataron a san Sebastián; varias camisas de los Santos inocentes; la esponja «con la que santa Práxedes recogía la sangre de los mártires»; un retalito del pañal del Niño Jesús; el cuerpo incorrupto de un Santo inocente «de los que mandó degollar el rey Herodes», entre otras.

9. Conocedores de su pasión por las reliquias, los miembros de su instituto, el Opus Dei, se dedicaron con ahínco a adquirirlas para ofrendarlas al Padre. Entre ellas son de destacar el *Lignum Crucis* cedido por el arzobispo de Burgos y las reliquias de san Severino obtenidas por intercesión del cardenal de Nápoles.

10. Existe un proyecto, auspiciado por una asociación católica, de canonizarla para que sea patrona y abogada de las mujeres decentes y protectora contra las tentaciones de la carne, títulos para los que, evidentemente, está más cualificada que María Goretti, dicho sea sin menospreciar a la santa italiana.

11. Morán, Gregorio, *El maestro en el erial*, Tusquets, Barcelona, 1998, p. 473.

12. Varias santas patronas españolas ostentan la Cruz de Hierro alemana por ofrenda de excombatientes de la División Azul que se las habían prometido si regresaban con vida, entre ellas la granadina Virgen de las Nieves, a la que esta condecoración le fue sustraída junto con el resto de las joyas hace años.

13. Es conocida la anécdota referida a Quevedo. El inmortal escritor solía mear en cierto rincón de la calle, de regreso a casa. Un buen día encontró que los dueños de la casa mingitoria habían puesto en aquel lugar una cruz y, no obstante, meó. Al día siguiente reparó en un letrero que decía: «Donde se ponen cruces no se mea» y él escribió debajo: «Donde se mea no se ponen cruces». Esta fea costumbre de mear en la calle era propia de tiempos en que ni en casa había sanitarios. Ahora vuelve de mano de la juventud botellonera, siempre tan respetuosa con las esencias patrias.

1. Lamento el aparente galimatías. Para un profano cuesta entender la terminología heráldica, me hago cargo, pero en cuanto se le coge el tranquillo resulta interesante y placentera. Sigan leyendo y lo comprobarán.

2. Por los Concilios de Nicea (325), Constantinopla (381) y Calcedonia (451).

3. No está muy claro lo que simboliza el sinople (verde) arzobispal, unos dicen que la buena hierba con la que el buen pastor alimenta a su rebaño, otros que la esperanza de llegar a cardenal y poder vestir de rojo y acceder al círculo más privilegiado como príncipe de la Iglesia.

4. Es fama que los jesuitas, cuando un novicio acreditaba torpeza, lo enviaban de mártir a Japón. No sé qué habrá de verdad en ello. Lo que sí parece cierto es que en una ocasión cierto prelado recién llegado a una diócesis giraba su preceptiva visita a una casa de jesuitas y, al pasar por la cocina, se sorprendió al encontrar a uno que no parecía muy inteligente. En un aparte le expresó su perplejidad al general de la orden: «Padre, me extraña que, con la fama que tienen los ignacianos de ser gente lista y aguda, hayan admitido en sus filas a este semoviente». Se sonrió el general y respondió, en confianza: «Su Ilustrísima entenderá que cada hermano tiene su lugar en el mundo ya que todos somos hijos de Dios. Concretamente ese que me ha señalado no es que sea ningún talento, pero no sabe su Ilustrísima la mano que tiene para escoger los mejores melones».

5. Es de notar, con la natural preocupación, que en Europa estamos asistiendo a un proceso similar, pues mientras apenas se conocen casos de conversiones de musulmanes al catolicismo, menudean cada vez más los de católicos que se hacen musulmanes y de llamarse Pepita o Manolo pasan a conocerse como Aixa Pérez o Mohamed Serrano.

6. La preferencia de los clérigos por esta postura obedece a claras razones escriturísticas que han sido refrendadas en la doctrina de los padres de la Iglesia. Metodio, en sus comentarios al génesis (*Historia Eclesiástica*, cap. 31) sostiene que «la causa del Diluvio fue que las mujeres se depravaron y abusaron de los hombres poniéndose debajo de ellos y ellas encima». San Pablo, en su *Epístola a los romanos* (cap. 1) dice: «Las hembras de estos variaron el uso natural en aquello que es contra natura». Lo mismo dice, y tiene por pecado mortal la fornicación por la espalda, Filiarco en su libro *Del oficio de los sacerdotes* (tomo I, parte 2, 1.4, cap. 19); santo Tomás (4 disp. 31). Esclarece la cuestión el moralista jesuita Tomás Sánchez en su controversia 16, titulada «¿Es viciosa la cópula conyugal por razón del modo o del sitio donde se ejecuta?», que se incluye en el libro *Moral jesuítica o sea Controversias del Santo Sacramento del Matrimonio* (Madrid, Imprenta Popular, 1887, pp. 87 y ss.).

1. Las bandas de escaques de plata y gules proceden del escudo de los duques de Borgoña de los que el abad de Claraval era pariente.

1. Precisamente el 8 de diciembre. Ese y no otro es el origen del famoso puente de la Inmaculada, cuando abandonamos las grandes ciudades y salimos por pies unos a la playa, otros a la montaña, otros a Marrakech, otros a París, otros a las islas griegas. Para tan especial ocasión el Santo Padre se engalanó con la rutilante corona de la Iglesia: noventa y dos obispos, cincuenta y cuatro arzobispos, cuarenta y tres cardenales en medio de una multitud ingentísima de pueblo. El Santo Padre, en su bula *Ineffabilis Deus*, definía como dogma de fe el gran privilegio de la Virgen: «La doctrina que enseña que la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su Concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, es revelada por Dios, y por lo mismo debe creerse firme y constantemente por todos los fieles».

2. Una piadosa leyenda franciscana asegura que, mientras el rifirrafe clerical arreciaba, las imágenes de la Virgen cobraban vida milagrosamente para asentir con la cabeza ante las peticiones de auxilio de los inmaculistas, como animándolos a proseguir la lucha en defensa de su pureza. Ahora bien, ¿por qué se decidió Pío IX a dar este importante paso de definir un dogma? En las tristísimas circunstancias por las que atravesaba la Iglesia (amenazada espiritual y territorialmente por el Modernismo y la independencia de Italia), en un momento de gran abatimiento, el Pontífice le confió al cardenal Lambruschini: «No le encuentro solución humana a esta situación». Y este le respondió: «Pues busquemos una solución divina. Defina Su Santidad el dogma de la Inmaculada Concepción». «¡Mecachis, pues es verdad!», exclamó el Pontífice. Fue un momento de intensa iluminación, el hito mariológico más importante desde la Anunciación.

3. Sevilla, la ciudad mariana, la que hace teología viva en su Semana Santa, destacó sobre todas las demás por sus entusiasmos inmaculistas: los poetas o poetastros componían versos defendiendo la limpieza de la Virgen, los ciegos cantaban a la Inmaculada en plazas y mercados, los niños jugaban a la Inmaculada, etcétera. Por esta apasionada defensa, Sevilla mereció el título de «mariana» que ostenta en su escudo.

4. Este privilegio fue otorgado por la Santa Sede en 1864, como agradecimiento a nuestra secular defensa del dogma de la Inmaculada Concepción.

La madre del cordero

Juan Eslava Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño,

Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de cubierta: © GUZELIAN

© Juan Eslava Galán, 2016

Derechos cedidos a través de Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Fotografías del interior: © Archivo de autor, © Isabel Castro, © J. Méndez, © AESA, © Album, © Oronoz - Album y © Shutterstock

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights.* Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2016

ISBN: 978-84-08-15434-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com